

[DE TEMPORUM RATIONE.]

ADVERTENCIA DEL EDITOR DE LA PATRILOGÍA.

«La obra siguiente, a veces designada bajo el título de libro mayor de los Tiempos, fue editada bajo este título junto con el libro de la Naturaleza de las Cosas, en Basilea, 1529. Se encuentra en el tomo II de la edición de Colonia. Ambas versiones lo presentan antes del libro de los Tiempos, aunque fue escrito después de este y como un suplemento. En ambas, los capítulos 66 y 67 están impresos por separado bajo el título de Crónica, o de las Seis Edades del mundo. La Crónica se extiende hasta el reinado de León el Isaurio, es decir, hasta el año del mundo 4680, de Cristo 726. Fue impresa en Venecia en 1505, con la Disertación de P. Víctor sobre las Regiones de la ciudad de Roma al final, y una breve Vida de Beda al principio; en París, en 1507; en Basilea, en 1529, junto con el libro de la Naturaleza de las Cosas; y en 1537, en Colonia, con la continuación y notas de Bronchorst. La obra fue comparada con cuatro manuscritos: Bibl. Bodl. F. 3. 5., Magd. Ox. N.E., Bibl. Reg. E, 904, y del Colegio de San Juan de Cambridge, y fue editada por separado por Smith. Duchesne añadió una continuación hasta el año 820 en sus Escritores Francos (tomo III). Finalmente, en la edición de las Obras Menores Eclesiásticas de Beda que dio la Sociedad Histórica Inglesa, la Sexta Edad del mundo, revisada después de Smith y los códices manuscritos de la Bibl. Reg. 13. A. XI. y 12. D. IV., ambos del siglo XII, se presenta sola.

«En nuestra edición, se reproduce el texto del libro de la Ración de los Tiempos de Basilea, pero comparado con los manuscritos más antiguos y excelentes del Museo Británico; con cuya autoridad, además, restauramos dos pequeños tratados sobre la Indigitación y sobre la Ración de las Onzas, dados como obras distintas en ediciones previas, en sus lugares, es decir, en los capítulos 1 y 4. Mucho antes, el editor había sospechado que estos tratados eran fragmentos genuinos tanto por el estilo como por los Comentarios de Bridefert, y por la inscripción de la Ración de los Tiempos en las páginas del tipógrafo (lo que primero podría parecer un error); la misma opinión invadió la mente del doctor Wright al mismo tiempo; y en verdad, los tratados parecen haber encontrado su lugar propio en la edición de Basilea.»

Así habla el doctor Giles, cuyo discurso en inglés hemos traducido. Siguiendo el orden que él observó, no añadiremos nada a sus palabras, salvo que al texto, que él solo había dado, hemos añadido las glosas de Bridefert, los escolios de Juan de Noyon y las notas de Smith.

ARGUMENTO DEL LIBRO DEL VENERABLE BEDA SOBRE LA RACIÓN DE LOS TIEMPOS

Es costumbre de los escritores que al inicio de los libros se presenten tres cosas: la persona, el lugar y el tiempo; por lo tanto, estas tres cosas deben ser buscadas. Se dice persona, porque suena por sí misma, es decir, al sonar por sí misma se demuestra. Se dice lugar por colocar, porque allí se coloca algo. El lugar es sitio o posición, porque todo lo que es corpóreo está contenido en un lugar, y no puede existir sino en un lugar, es decir, todo lo que tiene derecha e izquierda, delante y detrás, arriba y abajo, es local y corpóreo; lo que carece de esto, es incorpóreo e ilocal, es decir, espiritual. Qué es el tiempo lo encontrarás en el primer capítulo. El lugar es: el monasterio de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo, que está en la desembocadura del río Wear, y junto al río Tyne, en el lugar llamado Jarrow: que también el bienaventurado padre Bisi, de sobrenombre Benito, construyó, con el cooperador y socio de la misma obra Ceolfrido, quien, después de Benito, fue abad de dicho monasterio durante 30 años. Tiempo: de Carlos el Grande, hijo de Pipino, hijo de Ansigis, quien engendró a Pipino, padre de Carlos. Persona: Beda, quien, como él mismo demuestra en lo siguiente, fue nativo

de la gente de los anglos. Hay, pues, una isla del Océano, que en otro tiempo se llamó Albión, y ahora se llama Bretaña, situada entre el Norte y el Oeste, opuesta a gran distancia a las mayores partes de Europa: Alemania, Francia, España. Esta, en el presente, según el número de libros en los que está escrita la ley divina, busca y confiesa una misma ciencia de la suma verdad y verdadera sublimidad en cinco lenguas de pueblos: de los anglos, britones, escotos, pictos y latinos, que por la meditación de las Escrituras se ha hecho común a todos los demás. Los anglos, según el bienaventurado Gregorio, se interpretan como Ángeles, por la belleza de sus cuerpos. De cuya progenie, a saber, de los anglos, el venerable Beda tuvo su origen: quien nacido en el territorio del mencionado monasterio, cuando tenía siete años, fue entregado por el cuidado de sus parientes para ser educado por el reverendísimo abad Benito, y luego por Ceolfrido; y pasando todo el tiempo de su vida en la residencia de dicho monasterio, dedicó todo su esfuerzo a meditar las Escrituras, y entre la observancia de la disciplina regular y el cuidado diario de cantar en la iglesia, siempre tuvo por dulce aprender, enseñar o escribir. En el año diecinueve de su vida recibió el diaconado, y en el trigésimo el grado de presbiterado, ambos por el ministerio del reverendísimo obispo Juan, por orden del abad Ceolfrido. Desde el tiempo en que recibió el presbiterado hasta el año 61 de su vida, se dedicó a anotar brevemente la Sagrada Escritura a partir de las obras de los venerables Padres, o incluso a añadir sobre ellas según la forma de su sentido e interpretación. En el principio del Génesis hasta el nacimiento de Isaac y la expulsión de Ismael, cuatro libros; sobre el Tabernáculo y sus vasos, y las vestiduras de los sacerdotes, cuatro libros; sobre la Edificación del templo, alegóricamente, dos libros; también en el libro de los Reyes, 30 Cuestiones; en los Proverbios de Salomón, tres libros; en el Cantar de los Cantares, siete libros; en Esdras y Nehemías, tres libros; en el libro del bienaventurado padre Tobías, un libro de Explicación alegórica sobre Cristo y la Iglesia; también capítulos de lecciones en el Pentateuco de Moisés, Josué, Jueces; en los libros de los Reyes y las Crónicas; en el libro del bienaventurado padre Job; en las Parábolas, Eclesiastés; en el Evangelio de Mateo, cuatro libros; en el Evangelio de Marcos, cuatro libros; en el Evangelio de Lucas, seis libros; en el Evangelio de San Juan; en el Apóstol, todo lo que encontró expuesto en las obras de San Agustín, se preocupó de transcribirlo todo en orden; en los Hechos de los Apóstoles, dos libros; en las Epístolas canónicas, un libro cada una; en el Apocalipsis de San Juan, tres libros; también un libro de epístolas a diversos, de las cuales una es sobre las seis Edades del mundo, una sobre la Ración del bisieto, una sobre el Equinoccio según Anatolio. Describió la vida del santo padre monje y obispo Cuthberto, primero en verso heroico y luego en prosa llana; la Historia Eclesiástica de su isla y su gente en cinco libros; un Martirologio sobre los días de nacimiento de los santos, en el que se esforzó por anotar diligentemente a todos los que pudo encontrar, no solo en qué día, sino también con qué tipo de combate, o bajo qué juez vencieron al mundo; un libro de Himnos en metro diverso o ritmo; un libro sobre Ortografía ordenado alfabéticamente; también un libro sobre el Arte métrica, y a este adjunto otro sobre Esquemas o tropos, es decir, sobre las figuras y modos de locuciones con las que está tejida la Sagrada Escritura; sobre la Naturaleza de las cosas, y sobre los Tiempos, un libro cada uno. Entre todas estas cosas compuso este hermosísimo libro, en el año, según Dionisio, de la Encarnación del Señor 725, que tituló De los tiempos, o de la razón de los tiempos, y después vivió felizmente nueve años, y emigró a Cristo, por cuyo amor despreció el presente siglo. (EDICIÓN DE COLONIA.)

DE LA RAZÓN DE LOS TIEMPOS. (C,S)

PREFACIO.

Sobre la naturaleza de las cosas y la razón de los tiempos, compuse en su momento dos libritos en un estilo conciso, que consideraba necesarios para los estudiantes. Cuando

comencé a darlos y exponerlos a algunos hermanos, decían que estaban mucho más brevemente organizados de lo que deseaban, especialmente el De los tiempos. Por cuya razón parecía que el uso del cálculo de la Pascua requería más: y me persuadían a disertar más ampliamente sobre el estado, curso y fin de los tiempos. Movidio por ellos, obedecí, y después de examinar los escritos de los venerables Padres, edité un libro más extenso sobre los tiempos, según pude, con la ayuda de aquel que, permaneciendo eterno, estableció los tiempos cuando quiso, y que conoce los fines de los tiempos: más aún, él mismo impondrá el fin a los cursos de los tiempos cuando lo desee. En esta obra, para que no ofenda a nadie, he seguido más la verdad hebrea que la edición de los Setenta en la serie del siglo anterior: y también he insertado aquella en todo lo que parecía diferir, para que el lector pueda ver ambas a la vez, y elija lo que considere más digno de seguir. Tengo una opinión firme, que no creo que ninguno de los prudentes deba refutar, que así como el reverendísimo intérprete de la misma verdad hebrea dijo a los detractores de su obra: No condeno, dijo, no repruebo a los Setenta, pero prefiero a todos ellos a los apóstoles: así también yo profeso con confianza, porque no repruebo a los antiguos cronógrafos, que se demuestra que siguieron la traducción de los Setenta Intérpretes a veces, y a veces, como les placía, la tuvieron en desprecio, como también se mostrará en el progreso de esta pequeña obra nuestra; pero prefiero a todos ellos la pureza íntegra de la verdad hebrea, que los más eminentes doctores, Jerónimo en los libros de Cuestiones Hebreas, Agustín en el libro de la Ciudad de Dios, el mismo Eusebio Cronógrafo en el tercer libro de la Historia eclesiástica, a partir de las palabras del historiador Josefo, escribiendo contra Apión el Gramático, comprueban que contiene una serie de tiempos más breve que la que comúnmente se dice en la edición de los Setenta: y no dudan que esta debe ser seguida más, incluso aquellos que elevan a los Setenta con grandes y divinas alabanzas a los cielos: cualquiera que examine sus dichos, creo que pronto dejará de calumniar nuestro trabajo, si no lo contempla, sin embargo, con miradas envidiosas, lo que Dios no quiera. Pero como sea que lo tomen, los que lean estos mis escritos, ofrezco el librito primero editado según mi capacidad, para que lo recorras y examines, mi queridísimo abad Huetberto, rogando mucho que si encuentras algo censurable en él, me lo indiques para corregirlo de inmediato. Pero si ves que está ordenado y razonablemente hecho, agradezcas devotamente conmigo a Dios que lo concedió, y sin el cual no podemos hacer nada. Si a alguien le ofende, o le parece superfluo, que haya intentado algo sobre este asunto: por qué me he esforzado en componer una nueva obra de estas cosas que se podían encontrar dispersas en los escritos antiguos, que escuche, diciendo San Agustín: Porque es necesario que se hagan más libros por más personas en estilo diverso, no en fe diversa, incluso sobre las mismas cuestiones, para que la cosa misma llegue a más personas: a unos de esta manera, a otros de aquella. Que escuche también mi sencilla respuesta: A quien le desagrade, o le parece superfluo, que haya recopilado estas cosas a petición de los hermanos de donde sea, y las haya concluido en el tenor de un solo librito, que las deje para que las lea quien quiera, y él mismo, extrayendo de las fuentes comunes de los padres lo que considere suficiente para él y los suyos, no obstante, mantenga conmigo los derechos intachables de la fraternidad.

COMIENZA EL LIBRO.

CAPÍTULO PRIMERO. Del Cómputo o lenguaje de los dedos.

Al hablar de la razón de los tiempos (con la ayuda del Señor) consideramos necesario, primero, demostrar brevemente la habilidad útil y prontísima de la flexión de los dedos, para que al dar la máxima facilidad de cómputo, lleguemos con el ingenio más preparado de los lectores a investigar y dilucidar la serie de los tiempos mediante el cómputo. Pues no debe ser despreciada ni considerada de poco valor la regla que casi todos los expositores de la Sagrada Escritura se muestran abrazar no menos que las figuras de las letras. De hecho, muchos otros

y el mismo intérprete de la historia divina Jerónimo, en el tratado de la sentencia evangélica, no dudó en asumir esta ayuda de la disciplina: El fruto centésimo, sexagésimo y trigésimo, aunque nace de una misma tierra y de una misma semilla, sin embargo, difiere mucho en número. Treinta se refieren a los matrimonios: pues la misma conjunción de los dedos, como un suave beso que se abraza y se une, representa al marido y a la esposa. Sesenta, a las viudas: porque están puestas en angustia y tribulación: de donde también se deprimen en el dedo superior: y cuanto mayor es la dificultad de abstenerse de las seducciones de la voluptuosidad experimentada, tanto mayor es la recompensa.

Por otro lado, el número centésimo (por favor, lector, atiende diligentemente) se transfiere de la izquierda a la derecha, y con los mismos dedos, pero no con la misma mano: con los que en la mano izquierda se significan las casadas y las viudas: haciendo un círculo, expresa la corona de la virginidad.

Primero se hace la indigitación en la mano izquierda de esta manera.

Cuando dices Uno, doblando el dedo más pequeño de la mano izquierda, lo insertarás en el medio de la palma. Cuando dices Dos, doblado el segundo desde el más pequeño, lo colocarás allí mismo. Cuando dices Tres, doblarás el tercero de manera similar. Cuando dices Cuatro, levantarás de nuevo el más pequeño. Cuando dices Cinco, levantarás de manera similar el segundo desde el más pequeño. Cuando dices Seis, levantarás también el tercero, dejando solo el medio, que se llama Médico, fijado en el medio de la palma.

Cuando dices Siete, colocarás solo el más pequeño, mientras los demás están levantados, sobre la raíz de la palma. Junto a él, cuando dices Ocho, el médico. Cuando dices Nueve, colocarás el impúdico en línea recta. Cuando dices Diez, fijarás la uña del índice en el medio del pulgar. Cuando dices Veinte, insertarás la parte superior del pulgar entre las articulaciones medias del índice y el impúdico. Cuando dices Treinta, unirás las uñas del índice y el pulgar en un suave abrazo. Cuando dices Cuarenta, pasarás el interior del pulgar sobre el lado o dorso del índice, con ambos levantados. Cuando dices Cincuenta, inclinarás el pulgar, curvado en la articulación exterior como la letra griega gamma Γ , hacia la palma. Cuando dices sesenta, rodearás cuidadosamente el pulgar curvado (como antes) con el índice doblado. Cuando dices setenta, llenarás el índice doblado (como antes) con el pulgar insertado, con la uña de este levantada a través de la articulación media del índice. Cuando dices Ochenta, llenarás el índice doblado (como antes) con el pulgar extendido en longitud, con la uña de este fijada en la articulación media del índice. Cuando dices Noventa, fijarás la uña del índice doblado en la raíz del pulgar.

Hasta aquí en la izquierda, pero Cien en la derecha, como Diez en la izquierda. Doscientos, en la derecha: como Veinte en la izquierda. Trescientos, en la derecha: como Treinta en la izquierda. Del mismo modo, los demás hasta DCCC. Además, Mil, en la derecha: como Uno en la izquierda. Dos mil, en la derecha: como Dos en la izquierda. Tres mil, en la derecha: como Tres en la izquierda. Y así sucesivamente hasta nueve mil. Pero cuando dices diez mil, colocarás la mano izquierda supina en el medio del pecho, con los dedos solo levantados hacia el cuello. Cuando dices veinte mil, colocarás la misma extendida sobre el pecho. Cuando dices treinta mil, la misma prona, pero levantada, insertarás el pulgar en el cartílago medio del pecho. Cuando dices cuarenta mil, supinarás la misma levantada en el ombligo. Cuando dices cincuenta mil, colocarás el pulgar de la misma prona y levantada en el ombligo. Cuando dices sesenta mil, la misma prona comprenderá el muslo izquierdo desde arriba. Cuando dices setenta mil, colocarás la misma supina sobre el muslo. Cuando dices ochenta mil, colocarás la misma prona sobre el muslo. Cuando dices noventa mil, la misma

comprenderá los lomos, con el pulgar vuelto hacia la ingle. Pero Cien mil, y Doscientos mil, y los demás hasta DCCC mil, los completará en la parte derecha del cuerpo en el orden que hemos dicho. Pero cuando dices diez veces cien mil, entrelazarás ambas manos, insertando los dedos entre sí.

Hay también otro modo de cómputo, que recorre las articulaciones: que, puesto que se refiere especialmente a la razón de la Pascua, se explicará más oportunamente cuando se llegue a esta en orden. Sin embargo, también puede formarse un cierto lenguaje manual del cómputo que he señalado, tanto para ejercitar el ingenio como para jugar: por el cual, expresando las letras una por una, se puede entregar a otro que también conozca esta industria, aunque esté lejos, para que las lea y las entienda, ya sea insinuando más secretamente las cosas necesarias mediante esto, o engañando a los ignorantes como adivinando. El orden de este juego o lenguaje es tal: cuando desees indicar la primera letra del alfabeto, mantén uno en la mano: cuando la segunda, dos, cuando la tercera, tres. Y así sucesivamente las demás.

Por ejemplo: si desees advertir a un amigo entre los insidiosos que actúe con cautela: muestra con los dedos III, y I, y XX, y XIX, y V, y I, y VII, y V. Las letras de este orden significan: Caute age. También se puede escribir así, si la causa más secreta lo exige. Pero esto puede aprenderse y hacerse más fácilmente con el cómputo y las letras de los griegos, que no como los latinos, que suelen expresar sus números con pocas letras y las mismas duplicadas, sino que, extendiendo todo el carácter de su alfabeto en figuras de números, representan con signos individuales los tres números que son más, siguiendo casi el mismo orden de figurar el número que el de escribir el alfabeto, de esta manera:

Y por eso, tan pronto como aprenden a significar los números con los dedos, sin demora intermedia, también saben prefijar las letras con los mismos. Pero esto hasta aquí. Ahora pasemos a exponer los tiempos, tanto como el mismo Señor, creador y ordenador de los tiempos, se digne ayudar.

CAPÍTULO II. De la triple razón de los tiempos.

Tempora, por lo tanto, reciben su nombre de "temperando", ya sea porque cada uno de esos períodos está separado y regulado, o porque todos los ciclos de la vida mortal se regulan por momentos, horas, días, meses, años, siglos y edades. Sobre cada uno de estos, según el Señor nos lo permita, expondremos, primero advirtiendo al lector que el cómputo del tiempo se distingue de tres maneras. O bien se desarrolla por naturaleza, por costumbre, o ciertamente por autoridad. Y esta misma autoridad se divide en dos: humana, como las Olimpiadas de cuatro años, las ferias de nueve días, las indicciones celebradas en un ciclo de quince años. También el día, que se compone de cuartos, se intercalaba en febrero o agosto según lo ordenaron los griegos, egipcios y romanos según su propio criterio. Divina, como el Señor ordenó en la ley que el sábado se celebrara el séptimo día, que el séptimo año se descansara de las labores rurales, y que el año cincuenta se llamara jubileo. Pues aunque se pruebe que las naciones bárbaras tienen semanas, no es desconocido que lo tomaron del pueblo de Dios. Por costumbre humana se estableció que el mes se computara en treinta días, aunque esto no concuerde con el curso del sol ni de la luna. Pues se atestigua que la luna tiene doce horas menos, manteniendo la razón del salto; y el sol tiene diez horas y media más, según los que lo han investigado con más diligencia. Además, se ha descubierto por la guía de la naturaleza que el año solar se compone de 365 días y un cuarto; y el año lunar, si es común, de 354 días. Si es embolismal, se termina en 384 días, y todo el curso de la luna se comprende en un ciclo de diecinueve años. Pero también los astros errantes se mueven en sus propios espacios

alrededor del zodiaco, lo cual no es que la naturaleza, según la demencia de los paganos, sea una diosa creadora entre muchas, sino que fue creada por el único y verdadero Dios, cuando ordenó a los astros puestos en el cielo que fueran para señales, y tiempos, y días y años.

CAPÍTULO III. De los espacios más pequeños del tiempo.

La hora es la duodécima parte del día: pues doce horas completan el día, como atestigua el Señor, quien dijo: "¿No son doce las horas del día? Si alguien camina de día, no tropieza". Aunque aquí, alegóricamente, se llamó a sí mismo día, y a los discípulos que iban a ser iluminados por él, horas, sin embargo, definió el número de horas según el orden habitual del cómputo humano. Pero es de notar que si todos los días del año se cuentan con doce horas, es necesario que los días de verano se incluyan en horas más largas, y los de invierno en más cortas. Si queremos igualar todas las horas, es decir, tenerlas equinocciales, es necesario que atribuyamos menos a los días de invierno y más a los de verano. La hora, además, contiene cuatro puntos, diez minutos, quince partes, cuarenta momentos, y en algunos cómputos lunares cinco puntos. Pues estas divisiones del tiempo no son naturales, sino que parecen ser convencionales. Porque los calculadores, cuando era necesario dividir el día en doce o la hora en cuatro, o diez, o quince, o cuarenta, o en otras partes menores o mayores, buscaron nombres para designar lo que querían y poder distinguirlo, llamando hora a lo que es el término de un tiempo cierto, como solemos llamar orillas a los límites de las vestiduras, ríos y también del mar. Llamando puntos al pequeño paso del punto que se hace en el reloj, minutos al intervalo menor. Partes a la partición del círculo del Zodiaco, que dividen en treinta días por cada mes. Llamando momentos al rapidísimo movimiento de los astros, cuando se percibe que algo cede y sucede en los espacios más breves. Pero el tiempo más mínimo de todos, y que no puede dividirse de ninguna manera, se llama átomo en griego, es decir, indivisible o inseccionable, que por su pequeñez es visible más para los gramáticos que para los calculadores, quienes al dividir el verso en palabras, las palabras en pies, los pies en sílabas, las sílabas en tiempos, y atribuir dos tiempos a las largas y uno a las breves, no tienen más en qué dividir, por lo que decidieron llamarlo átomo. Sin embargo, los matemáticos, al explorar los nacimientos de los hombres, intentan llegar hasta el átomo, dividiendo el círculo del Zodiaco en doce signos, cada signo en treinta partes, cada parte en doce puntos, cada punto en cuarenta momentos, cada momento en sesenta ostenta, para, considerando más cuidadosamente la posición de las estrellas, descubrir el destino de quien nace casi sin error. Pero como esta observación es vana y ajena a nuestra fe, dejándola de lado, veamos más bien cómo el Apóstol, para indicar la rapidez de la resurrección, utiliza este tipo de vocabulario temporal, diciendo: "Todos resucitaremos, pero no todos seremos transformados, en un átomo, en un abrir y cerrar de ojos, en la última trompeta". No debe pasarse por alto que, aunque los calculadores necesariamente distinguen, muchos escritores llaman indistintamente a ese brevísimo espacio de tiempo en el que el párpado de nuestro ojo puede moverse, que transcurre en el golpe de un pinchazo, que no puede cortarse ni dividirse, a veces momento, a veces punto, a veces átomo.

CAPÍTULO IV. De la razón de las onzas.

Conocer también la división de las onzas, que no es menos apta para medir tiempos y otras cosas que para monedas, es un invento no despreciable. Como tanto las historias dispersas por todas partes como la misma Sagrada Escritura las utilizan, hemos procurado adjuntar brevemente sus nombres y figuras.

Libra, o As, o Asis, doce onzas. Deunx, o Labus, once onzas. Decunx, o Dextans, diez onzas. Dodrans, o Dodras, nueve onzas. Bes, o Bisse, ocho onzas. Septunx, o Septuns, siete onzas.

Semis, seis onzas. Quincunx, o Quinquus, cinco onzas. Triens, o Treas, cuatro onzas. Quadrans, o Quadras, tres onzas. Sextans, o Sextas, dos onzas. Sexcunx, o Sescuncia, una onza y media. Onza, veinticuatro escrúpulos. Semionza, doce escrúpulos, es decir, la tercera parte de una onza. Dos sextulas, o sesclae, ocho escrúpulos. Sicilicus, seis escrúpulos. Sextula, o Sescla, cuatro escrúpulos. Media sextula, o Sescla, dos escrúpulos. Escrúpulo, seis siliquas.

Estos (digo) vocablos de peso, o caracteres, no solo son convenientes para medir dinero, sino cualquier cuerpo o tiempo. De ahí que la razón o costumbre ha prevalecido, para que en el cálculo de cuentas, los niños cambien uno y dos, a menudo por as y dipondio: también tressis, quartussis, quincussis, sextussis, septussis, y otros similares, como si dijeran tres ases, o cuatro ases: y de la misma manera, muchos de los números siguientes. Por lo tanto, si deseas dividir una hora, un día entero, un mes, un año, o ciertamente cualquier otro espacio de tiempo mayor o menor en doce partes, la duodécima parte es una onza: las once restantes se llaman deunx. Si divides en seis, la sexta parte es un sextans: las cinco restantes se llaman dextans, o (como otros) distas. Si en cuatro, la cuarta parte obtiene el nombre de quadrans: las tres restantes reciben el nombre de dodrans. Y la regla de esta disciplina se resuelve, lo que confunde a muchos inexpertos: porque Felipe, al describir en la exposición del bienaventurado Job el flujo del mar Océano que viene dos veces al día, añadió que este viene sin interrupción, ya sea de día o de noche, después de haber pasado el dodrans de la hora equinoccial. Por lo tanto, si deseas dividir algo en tres, la tercera parte se llama trientem, y las dos restantes se llaman bissem. Si en dos, la mitad se llama semis. Así también las demás, que mejor se pueden aprender y enseñar con la palabra de quien habla que con el estilo de quien escribe. Asimismo, de los cuerpos, ya sea que necesites dividir un millar, un estadio, un jugerum, una pértiga, o incluso un codo, un pie o una palma, lo harás con la razón antes mencionada. Finalmente, en el Éxodo, se llama semis al medio codo, narrando Moisés que el arca del testamento tenía dos codos y medio de longitud, y un codo y medio de altura. Y en el Evangelio, la cuarta parte de todo el cuerpo mundano, es decir, la tierra, se considera mística con el nombre de quadrans, cuando al pecador que se envía al castigo se le dice: "No saldrás de allí hasta que pagues el último cuadrante", es decir, hasta que expíes los pecados terrenales, como lo explica el bienaventurado Agustín: "Esto es lo que el pecador escuchó: 'Eres tierra, y a la tierra volverás'". La cuarta parte de los miembros distintos de este mundo, y la última, se encuentra que es la tierra, para que comiences desde el cielo, cuentes el aire como segundo, el agua como tercero, y la tierra como cuarto. También en la exposición donde está escrito: "Era la preparación de la Pascua, como la hora sexta", se menciona esta disciplina, diciendo: "No era ya la sexta completa, sino como la sexta", es decir, habiendo pasado la quinta, y algo de la sexta había comenzado; nunca dirían: Quinta y quadrans, o quinta y trientem, o quinta y semis, o algo similar.

CAPÍTULO V. Del día.

El día es el aire iluminado por el sol, tomando su nombre de que separa y divide las tinieblas de la luz. Pues cuando en el principio de las criaturas las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, Dios dijo: "Hágase la luz", y se hizo la luz, y Dios llamó a la luz día. Esta definición se divide en dos partes, es decir, vulgarmente y propiamente. El vulgo llama día a toda la presencia del sol sobre la tierra. Pero propiamente, el día se completa en 24 horas, es decir, en el circuito del sol iluminando todo el orbe: que siempre y en todas partes lleva consigo la luz diurna, y se cree que se eleva no menos en el espacio aéreo por la noche bajo la tierra que sobre la tierra durante el día. Lo cual testifica la autoridad de muchos, tanto de nuestras letras como de las seculares. Pero para nosotros basta con poner el testimonio de un solo padre, Agustín, quien dice en el segundo libro de las Cuestiones del Evangelio, explicando

figurativamente el número de los setenta y dos discípulos: "Así como en 24 horas se recorre y se ilumina todo el orbe, así el misterio de iluminar el orbe por el Evangelio de la Trinidad se indica en los setenta y dos discípulos. Pues veinte veces cuatro es setenta y tres dipondio". Dice el mismo, en el primer libro sobre el Génesis al pie de la letra: "¿O se debe decir que cuando esta obra de Dios se completó rápidamente, la luz permaneció tanto tiempo sin que la noche sucediera, hasta que se completara el espacio diurno, y la noche permaneció sucediendo a la luz, hasta que pasara el espacio del tiempo nocturno, y se hiciera la mañana del día siguiente, habiendo pasado el primero y único? Pero si digo esto, temo ser ridiculizado tanto por aquellos que lo saben con certeza, como por aquellos que pueden advertir fácilmente que en el tiempo en que es noche para nosotros, esas partes del mundo son iluminadas por la presencia de la luz, por las cuales el sol regresa de occidente a oriente, y por lo tanto, en todas las 24 horas no falta día en el circuito del giro total, en un lugar día, en otro noche". Y poco después, recordando la sentencia del Eclesiastés sobre el sol: "La parte austral, dice, cuando tiene el sol, es día para nosotros, pero cuando circunda la parte del norte, es noche para nosotros: sin embargo, no hay día en otra parte, sino donde está la presencia del sol; a menos que debamos inclinar nuestro corazón a las ficciones poéticas, para creer que el sol se sumerge en el mar, y de allí lavado surge por la mañana desde otra parte. Aunque si así fuera, el mismo abismo sería iluminado por la presencia del sol, y allí sería día; pues podría iluminar también las aguas, ya que no puede ser extinguido por ellas. Pero es monstruoso sospechar esto. Antes de la creación del sol, el circuito de la luz primitiva, lo que ahora se hace por el sol, se realizaba: en el primer y segundo día iluminando las aguas del abismo, que cubrían toda la tierra; en el tercero iluminando el aire vacío con su circunvagación". Hay algunos Padres que en lo que está escrito: "En el principio creó Dios el cielo y la tierra, pero la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo", creen que se designa la confusión informe del cielo y la tierra y el agua, y de todos los elementos, de modo que ni agua, ni tierra, ni cielo, sino que se indica una materia semillero de todos ellos, por así decirlo. Por lo tanto, al no encontrar un lugar en el mundo capaz de la primera luz, necesariamente dogmatizan de manera más profunda sobre todo lo que leen de los primeros siete días que como lo sostiene la costumbre de nuestro siglo. Pero el sentido es mucho más fácil si, según las tradiciones de los Padres y los católicos, se entiende que con el nombre de cielo se muestra el círculo del cielo superior. Con el nombre de tierra, la misma tierra, incluida en sus propios espacios de límites, como es ahora, excepto que no había producido aún germinaciones verdes, ni seres vivientes. Con el vocablo abismo, la infinita difusión de las aguas, cubriendo toda la tierra, en medio de las cuales se recuerda que después se hizo el firmamento del cielo. Finalmente, el santo Clemente, discípulo de los apóstoles y tercer obispo de la Iglesia Romana después de Pedro, en el sexto libro de sus Historias, escribe así: "En el principio hizo Dios el cielo y la tierra; pero la tierra era invisible y desordenada, y las tinieblas estaban sobre el abismo, y el espíritu de Dios se movía sobre el agua. Este espíritu de Dios, por mandato de Dios, como la misma mano del creador, separó la luz de las tinieblas, y después de aquel cielo invisible, produjo este cielo visible, para hacer las moradas superiores para los ángeles, y las inferiores para los hombres. Por ti, por lo tanto, por mandato de Dios, el agua que estaba sobre la faz de la tierra se retiró, para que la tierra te produjera frutos". A esto consiente Ambrosio, obispo de Milán, en el segundo libro del Hexamerón. Pero también Basilio, obispo de Cesarea de Capadocia, quien en el cuarto libro de la misma obra dice: "Reúnanse las aguas, para que aparezca lo seco. Se retira el velo, para que se haga visible lo que hasta entonces no se veía". También Jerónimo, el más docto intérprete de la historia sagrada, en la exposición de la sentencia profética donde se dice: "Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo, sobre las estrellas del cielo exaltaré mi trono", recuerda el cielo superior, escribiendo así: "¿O antes de caer del cielo, decía esto, o después de caer del cielo? Si aún estando en el cielo, ¿cómo dice: Subiré al cielo? Pero porque leemos

'El cielo del cielo es del Señor', cuando estaba en el cielo, es decir, en el firmamento, deseaba subir al cielo, donde está el trono del Señor, no por humildad, sino por soberbia. Pero si después de caer del cielo, dice estas palabras de arrogancia, debemos entender que, aunque precipitado, no descansa, sino que aún se promete grandes cosas, no para estar entre las estrellas, sino sobre las estrellas de Dios". Por lo tanto, según podemos conjeturar siguiendo las huellas de los Padres, cuando Dios dijo "Hágase la luz", inmediatamente las tinieblas que cubrían el abismo se fueron, y la luz emergiendo desde el Oriente, cubrió toda la superficie de la tierra con la amplitud de su resplandor, alcanzando las orillas boreales y australes, así como las occidentales; y poco a poco retirándose al completar el espacio de un día, descendió girando a las partes inferiores de la tierra, y al avanzar la aurora, completó el segundo y tercer día en el mismo orden, diferenciándose solo de la luz solar en que carecía del calor del sol; y porque aún no había estrellas, dejaban aquellas noches oscuras con las antiguas tinieblas. Si a alguien le parece increíble que las aguas sean capaces de recibir la luz, que observe las obras de los marineros, quienes con la aspersión de aceite hacen el mar profundo transparente para ellos, para que entienda que el creador de las cosas, Dios, pudo iluminar mucho más con el aliento de su boca cualquier profundidad de aguas, especialmente cuando se cree que las aguas eran entonces más delgadas, antes de que el creador las reuniera en una sola congregación, para que pudiera aparecer lo seco. Y el día vulgar el Señor lo definió con la sentencia que también puse arriba, diciendo: "¿No son doce las horas del día?" Moisés, sin embargo, describió el propio así: "Y fue la tarde y fue la mañana, un día". Que los hebreos, caldeos y persas siguiendo el orden de la primera condición, deducen el curso del día de la mañana a la mañana, poniendo el tiempo de las sombras bajo la luz. Pero al contrario, los egipcios de la puesta a la puesta. Por su parte, los romanos prefirieron computar sus días de medianoche a medianoche, los umbros y atenienses de mediodía a mediodía. Sin embargo, la autoridad divina, que en el Génesis decretó que los días se computaran de la mañana a la mañana, la misma en el Evangelio sancionó que el tiempo de todo el día comenzara en la tarde y se completara en la tarde, porque quien en el principio del mundo primero llamó a la luz día, luego a las tinieblas noche, él mismo al final de los siglos primero iluminó la noche con la gloria de su resurrección, y así consagró el día mostrándose a sus discípulos: a quienes también, al avanzar la tarde, al cenar con ellos, y ofreciéndose a ser tocado, y otorgando también la gracia del Espíritu Santo, confirmó más plenamente la fe en su resurrección. Y porque entonces después de creada la luz fue la tarde y la mañana un día, ahora, sin embargo, la tarde del sábado resplandece en el primer día del sábado, este cambio de tiempo también nos designa que, trasladados una vez de la luz del paraíso a un valle de lágrimas, ahora seremos trasladados de las tinieblas del pecado al gozo celestial. Pues no puede explicarse de otra manera que con la noche precediendo al día lo que el Señor, en el ejemplo de Jonás, estuvo tres días y tres noches en el corazón de la tierra: donde synecdochicōs, si tomas la parte del día de la Parasceve en que fue sepultado, con la noche pasada, por noche y día, es decir, por todo el día del sábado, la noche y el día completo, y la noche del domingo con el mismo día amaneciendo, y por lo tanto comenzando parte por el todo, tienes ciertamente tres días y tres noches. Con razón se pregunta por qué el pueblo de Israel, que siempre observó el orden del día según la tradición de Moisés de la mañana a la mañana, sin embargo, celebró todas sus fiestas, como también hacemos hoy, comenzando en la tarde y completándolas en la tarde, como dice el legislador: "De tarde a tarde celebraréis vuestros sábados".

CAPÍTULO VI. Dónde está el primer día del siglo.

CAPÍTULO VI. Sobre el primer día del siglo.

En cuanto a la ubicación del primer día del siglo, algunos han considerado que debería anotarse el 25 de marzo, mientras que otros han pensado que el 21 de marzo es más adecuado, ambos basándose en el argumento del equinoccio, como si fuera razonable que, dado que Dios dividió la luz y las tinieblas en partes iguales al principio, el inicio del mundo debería coincidir con el lugar donde se cree que ocurre el equinoccio. Aunque investigan bien, no prevén completamente lo que dicen, y actuarían con mucho más acierto si asignaran el tiempo del equinoccio no al primer día en que se hizo la luz, sino al cuarto día en que se hicieron los luminarias. Pues allí estableció el inicio del tiempo, quien al crear los luminarias dijo: "Que sean para señales, y para tiempos, y para días, y para años". Porque el triduo precedente, como todos han visto, sin ninguna medida de horas, ya que aún no se habían hecho los astros, mantenía la luz y las tinieblas en equilibrio; y finalmente, en la mañana del cuarto día, el sol, avanzando desde el medio del Oriente, comenzó el equinoccio que se observaría anualmente, ubicado precisamente cuando por primera vez surgía sobre la tierra en el lugar del cielo que los filósofos llaman la cuarta parte de Aries, y que, tras completar su circuito anual, volvería a repetir después de 365 días y seis horas, cuyo argumento del cuadrante hace que el punto del equinoccio vernal ocurra a veces en la mañana, a veces al mediodía, a veces en la tarde, a veces en la medianoche, mientras que la luna, por el contrario, está llena en la tarde; pues el Creador, justísimo, no instituyó nada imperfecto, y con las estrellas brillando juntas, y apareciendo en el medio del Oriente, ocupó la cuarta parte de Libra, donde se afirma que ocurre el equinoccio otoñal, y consagró el inicio de la Pascua con su salida. Pues no hay otra regla para observar la Pascua que completar el equinoccio vernal con la luna llena que le sigue; pero si la plenitud de la luna precede al equinoccio incluso por un solo día, ya no se considera la luna del primer mes, sino del último. Es necesario que, así como entonces el sol primero recibió el poder del día, y luego la luna con las estrellas el poder de la noche, así ahora, para insinuar el gozo de nuestra redención, primero el día iguale a la noche en longitud, y luego la luna llena la inunde de luz, por una gracia de misterio cierto, porque aquel sol creado, iluminador de todos los astros, significa la luz eterna y verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. La luna y las estrellas, que no brillan con luz propia, como dicen, sino con luz prestada y reflejada del sol, insinúan el cuerpo de la Iglesia y a cada uno de los santos individualmente, quienes, capaces de ser iluminados pero no de iluminar, saben recibir el don de la gracia celestial pero no darlo. Y en la celebración de la máxima solemnidad, Cristo debía ser antepuesto a la Iglesia, que no podría brillar sino a través de Él. Pues si alguien sostiene que la luna llena pascual puede ocurrir antes del equinoccio, que demuestre que la Iglesia santa existió perfecta antes de que el Salvador viniera en carne; o que cualquiera de los fieles podría tener algo de la luz celestial antes de la llegada de su gracia. Pues no sin razón la observancia del tiempo pascual, que convenía que figurara y viniera la salvación del mundo, fue divinamente dispuesta de tal manera que ni el primer día en que se hizo la luz, ni el segundo en que se hizo el firmamento, ni el tercero en que apareció lo seco, ni inmediatamente al inicio del cuarto, cuando el sol equinoccial salió como un esposo de su tálamo, sino al fin de la tarde, con la luna saliendo, se eligió el comienzo. Se esperó la hora que designaría la iluminación de la Iglesia que vendría en Cristo. Así como en el misterio del sacrificio celestial no se permite ofrecer solo vino, ni solo agua, para que la ofrenda no convenga solo a Dios o solo al hombre, sino que mezclamos el agua de nuestra fragilidad con la sangre que fue exprimida del lagar de la cruz, y también mezclamos el grano de trigo, triturado en el molino de la pasión, con agua, para que, según dice el Apóstol, "Adheridos al Señor, podamos llegar a ser un solo espíritu con Él". Así también, al observar el tiempo de este sacrificio, no busquemos solo el curso del sol, como si creyéramos en Dios pero lo consideráramos elevado más allá de nuestro cuidado, según aquellos que dicen: "Las nubes son su escondite; no considera nuestras cosas, y camina alrededor de los polos del cielo". Ni tampoco busquemos solo la salida plena de la luna, como

si, según los pelagianos, no pudiéramos ser bienaventurados sin la gracia celestial, sino que, según aquel que dijo: "Dios mío, su misericordia me precederá", dediquemos en nuestra celebración de la Pascua la salida equinoccial del sol, venciendo evidentemente todos los obstáculos de las tinieblas, seguida inmediatamente por la luna llena de nuestra devoción. Esta razón de la Pascua mosaica fue perfeccionada en el día de su propia resurrección por aquel que no vino a abolir la ley, sino a cumplirla. De cada uno de estos temas, en su lugar, expondremos más adelante, según el Señor nos lo conceda, contentándonos ahora con advertir que el día 21 de marzo es el encuentro del equinoccio, y tres días antes, es decir, el 18 de marzo, debe anotarse como el primer día del siglo, cuyo indicio creo que los antiguos quisieron fijar allí como el inicio del círculo del zodíaco. Pues en ese día no comienza ni el mes ni el año de los romanos, ni de los griegos, ni ciertamente de los egipcios, por ninguna causa, ni tampoco por estas naciones, aunque los griegos se jacten de ello, sino que la astrología comenzó con los más antiguos caldeos, de quienes el patriarca Abraham, como testifica Josefo, fue instruido, y al conocer a Dios a través de la conversión del cielo y las estrellas, llevó inmediatamente esta disciplina, entendida más verazmente, a la nación de los egipcios, cuando estuvo exiliado entre ellos. Pues también en el libro del bienaventurado Job, que existió no mucho después de Abraham, leemos "mazaroth", que significa signos del horóscopo. Por lo tanto, según la división del zodíaco, el 18 de marzo, cuando se hizo la luz, el sol entra en el signo de Aries. Según el orden de su primera condición, el 21 de marzo levanta el inicio de su circuito y la cabeza de todos los tiempos juntos, según lo que Anatolio, obispo de Laodicea, escribiendo sobre el equinoccio, afirma claramente: "En el día en que, dice, se encuentra que el sol no solo ha ascendido a la primera parte del zodíaco, sino que ya tiene un cuadrante en ese día, es decir, en la primera de las doce partes. Esta primera parte de las doce es el equinoccio vernal, y es el inicio de los meses, y la cabeza del círculo, y la conclusión del curso de las estrellas, que se llaman planetas, es decir, errantes, y el fin de la duodécima parte, y el término de todo el círculo". Donde entendió muy verdaderamente y expresó elegantemente que no hay cabeza del zodíaco, en cuanto a la naturaleza, sino en el equinoccio vernal, y que allí las doce señales, que se llaman partes desde allí, tienen su inicio y su fin, allí el cuadrante, que llamamos bisiestro, allí comienza y termina el salto de la luna, allí el gran año, es decir, el curso de los planetas, obtiene su inicio y su fin.

****CAPÍTULO VII. Sobre la noche.****

La noche se llama así porque daña la vista o los negocios humanos, o porque en ella los ladrones y salteadores encuentran ocasión para dañar a otros. La noche es la ausencia del sol, causada por la sombra de la tierra, hasta que regresa de su ocaso a su salida, según su naturaleza, y el poeta describiéndola dice: "La noche se precipita desde el océano, envolviendo con su gran sombra la tierra y el cielo". Y Salomón en las Sagradas Escrituras expresó: "Él se alimenta entre los lirios hasta que sople el día y se inclinen las sombras". Con un sentido elegante, llama inclinación de las sombras a la desaparición de la noche. Pues dado que, por las condiciones de las regiones hacia las que se dirige el curso del sol, y la interposición de la masa terrestre excluye su esplendor de nosotros, esa sombra, que es la naturaleza de la noche, se eleva de tal manera que parece extenderse hasta las estrellas, con razón, por la vicisitud contraria, es decir, con la salida de la luz, las sombras se inclinan, señalando que la noche se deprime y se disipa, y esa sombra de la noche, hasta el límite del aire y el éter, los filósofos dicen que se eleva, y con las tinieblas agudas como pirámides, a veces toca la luna, que corre en la parte más baja de los planetas, y se oscurece, y ningún otro astro sufre tal eclipse, es decir, pérdida de su luz, porque alrededor de los confines de la tierra, el esplendor del sol, difundido por todas partes, ve libremente lo que está lejos de la tierra, y por lo tanto, los espacios del éter que están más allá de la luna siempre se llenan de

luz diurna, ya sea por su propio resplandor o por el de las estrellas. Y así como en la noche ciega, mirando antorchas encendidas a lo lejos, no dudas de que los lugares circundantes se llenan de la misma luz, aunque, obstaculizado por las tinieblas de la noche, no puedas ver más que las llamas de las antorchas, así, dicen, ese vacío purísimo y cercano al cielo, con las llamas de las estrellas difundidas por todas partes, siempre se vuelve brillante; pero con nuestros ojos obstaculizados por el aire más denso, las estrellas mismas, radiantes con luz, aparecen, pero la iluminación que proviene de ellas no se ve. Dicen que la luna, cuando alcanza las partes más bajas de su órbita llena, a veces se oscurece por la sombra mencionada, hasta que, habiendo pasado gradualmente el centro de la tierra, vuelve a ser vista por el sol; pero para que esto no ocurra en cada plenilunio, la latitud del zodiaco, que es de doce partes, y la diversa altitud de las órbitas le ayudan. Pues porque en la creación de la sombra es necesario que concurren tres cosas a la vez: la luz, el cuerpo y el lugar oscurecido, y donde la luz es igual al cuerpo, allí se proyecta una sombra igual, donde la luz es menor que el cuerpo, allí la sombra crece sin fin, donde la luz es mayor que el cuerpo, allí la sombra disminuye gradualmente al hacerse más tenue, argumentan que el sol es mayor que la tierra, aunque debido a su inmensa distancia parece pequeño, y por eso la sombra de la noche, al disminuir gradualmente, se desvanece antes de alcanzar el éter. El bienaventurado Ambrosio también menciona esta sombra y la noche en el sexto libro del Hexamerón, diciendo: "¿Acaso no pensó Moisés que debía decir cuánto del espacio del aire ocupa la sombra de la tierra, cuando el sol se aleja de nosotros y cubre el día, iluminando las partes inferiores del eje, y cómo, al incidir en la región de esta sombra, el globo de la luna hace un eclipse?" La sombra de la noche se da a los mortales para el descanso del cuerpo, para que la humanidad, ávida de trabajo, no desfallezca y perezca por el esfuerzo continuo, y para que a ciertos seres vivos, que no pueden soportar la luz del sol, e incluso a las bestias que temen la presencia humana, se les proporcione la oportunidad de moverse por todas partes y buscar alimento, según lo que el Salmista canta en las alabanzas de Dios: "El sol conoce su ocaso; pusiste tinieblas y fue la noche, en ella pasarán todas las bestias del bosque", etc. La maravillosa providencia del Creador lo ha dispuesto de tal manera que donde, debido a la lejanía del sol, es más rígida, allí la noche es más larga para acortar y calentar las obras, porque en invierno es más larga que en verano en todo el mundo, y en el mismo invierno es mucho más prolongada para los escitas que para los africanos, así como en verano el día es mucho más largo en Escitia que en África. Pues si no fuera tanto más corta cuanto más ardiente, el día abrasador de Libia ya habría consumido todo hace mucho tiempo. Las partes de la noche son siete: crepúsculo, anochecer, conticinio, intempestivo, gallicinio, matutino, y amanecer. El crepúsculo es una luz incierta; pues decimos creperum para referirnos a lo incierto: esto es, entre la luz y las tinieblas. El anochecer, cuando aparece la estrella del mismo nombre, de la que el poeta dice: "Antes del día, Vesper cerrará el Olimpo". El conticinio, cuando todo guarda silencio, es decir, calla. El intempestivo, la medianoche, cuando, en el sopor del descanso, no es tiempo de trabajar. El gallicinio, cuando los gallos levantan su canto. El matutino, entre la retirada de las tinieblas y la llegada del alba. El amanecer, como una pequeña luz del día que comienza; esto es también la aurora, que se extiende hasta la salida del sol.

CAPÍTULO VIII. Sobre la semana.

La semana, en griego hebdomada, toma su nombre del número siete, llevada a cabo por la costumbre humana en solo siete días, pero por la autoridad de la Sagrada Escritura está marcada por muchas especies, que sin embargo, todas, si no me equivoco, apuntan a un solo fin, es decir, nos advierten que después de la perfección de las buenas obras, esperemos el descanso perpetuo en la gracia del Espíritu Santo. La primera y singular semana, de la cual las demás toman su forma, es sublime por la operación divina, porque el Señor, completando

el ornato del mundo en seis días, descansó el séptimo de sus obras. Donde se debe notar que el número seis no es perfecto porque el Señor completó sus obras en él, sino, como dice Agustín: "Por eso el Señor, que podía crear todo a la vez, se dignó a trabajar en él, porque ese número es perfecto, para que también por este probara que sus obras eran perfectas, que se llena primero con sus partes, es decir, la sexta y la tercera, la mitad, que son uno, dos y tres, y juntos hacen seis". Según este ejemplo de la semana divina, se manda a los hombres la observancia de la segunda, diciendo el Señor: "Seis días trabajarás, harás todas tus obras, pero el séptimo día es el sábado del Señor tu Dios, no harás en él ninguna obra servil. Porque en seis días hizo Dios el cielo y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos, y descansó en el séptimo día". Esta semana del pueblo de Dios se computaba antiguamente así: primer día del sábado, o uno del sábado o de los sábados; segundo del sábado, tercero del sábado, cuarto del sábado, quinto del sábado, sexto del sábado, séptimo del sábado, o sábado. No porque todos los días pudieran ser de descanso, es decir, de reposo, sino porque desde el día de descanso, que sobresalía singularmente por su nombre y culto, se contaban el primero, o el segundo, o el tercero, o los demás en su orden. Pero los gentiles, al aprender del pueblo de Israel la observancia de las semanas, pronto la desviaron en alabanza de sus dioses. Llamando al primer día del sol, al segundo de la luna, al tercero de Marte, al cuarto de Mercurio, al quinto de Júpiter, al sexto de Venus, al séptimo de Saturno; consagrando sus días a los mismos monstruos a los que también los astros errantes, aunque pensaban en un orden diferente. Creían que recibían del sol el espíritu, de la luna el cuerpo, de Marte el fervor, de Mercurio la sabiduría y la palabra, de Júpiter la templanza, de Venus el placer, de Saturno la lentitud: creo que porque el sol, colocado en medio de los planetas, parece calentar y casi vivificar todo el mundo como un espíritu, atestiguando el Eclesiastés, que, hablando de él, dice: "El espíritu va girando y girando, y vuelve a sus círculos". La luna, por el ministerio del humor, sugiere incremento a todos los cuerpos. La estrella de Marte, como está cerca del sol, es ardiente tanto por el calor como por su naturaleza. Mercurio, al discurrir perpetuamente alrededor del sol, se pensaba que estaba irradiado por la luz inagotable de la sabiduría. Júpiter se temple por el frío de Saturno y el ardor de Marte, de un lado y del otro. Venus, por la belleza de la luz que recibe de la proximidad del sol, atrae a los que la contemplan con su aspecto. Saturno es más lento que los demás planetas, cuanto más alto se mueve. Pues completa el zodiaco en 30 años, luego Júpiter en 12 años, Marte en 2 años, el sol en 365 días y un cuarto, Venus, que es también Lucifer y Vesper, en 348 días, nunca alejándose del sol más de 46 grados. El planeta más cercano a él, Mercurio, en 9 días, con un movimiento más rápido, a veces brillando antes de la salida del sol, a veces después de su ocaso, nunca más de 22 grados alejado de él. Finalmente, la luna completa el zodiaco en 27 días y 8 horas. Esta era la necesidad de los gentiles, basada en un razonamiento falso, que pensaban que con razón consagraban el primer día al sol, porque es el mayor de los luminarias, el segundo a la luna, porque es el segundo luminaria, y luego, en un orden alternado, asignaban la primera estrella del sol al tercer día, la primera de la luna al cuarto, la segunda del sol al quinto, la segunda de la luna al sexto, la tercera del sol al séptimo. El papa Silvestre fue el primero en enseñar al clero a tener ferias, a quienes, dedicados solo a Dios, nunca se les permite ejercer la milicia o el comercio mundano, diciendo el Salmista: "Vacad y ved que yo soy Dios". Y también el Apóstol: "Nadie que milita a Dios se enreda en los negocios seculares". Y el primer día, en el que se hizo la luz al principio y se celebra la resurrección de Cristo, lo llamó dominical; lo que ese nombre ya había sido dado en los primeros tiempos de la Iglesia, lo testifica Juan, quien dice en el Apocalipsis: "Estaba en el espíritu en el día del Señor". Luego añadió de su parte la segunda feria, la tercera feria, la cuarta, la quinta y la sexta, reteniendo el sábado de la antigua Escritura, sin temer las reglas de los gramáticos, que, al igual que las Calendas, las Nonas y los Idus, también decretan que las ferias deben pronunciarse solo en plural. La tercera especie de semana se celebra en Pentecostés, completada en 50 días, es decir, siete

semanas de días y una unidad. En este día, Moisés subió al monte ardiente y recibió la ley del cielo, y Cristo envió la gracia del Espíritu Santo del cielo en lenguas de fuego. La cuarta semana era la del séptimo mes, que casi todo se gastaba en solemnes festividades. Entre las cuales, especialmente, destacaba el día de la expiación, en el que solo una vez al año el sumo sacerdote, dejando al pueblo afuera, entraba en el santo de los santos, después de haber recogido en orden los frutos anuales, es decir, de trigo, vino y aceite: significando que Jesús, el gran Sumo Sacerdote, al completar la dispensación de la carne, entraría en las puertas del reino celestial por su propia sangre, para aparecer ahora ante el rostro de Dios por nosotros, que aún estamos afuera, esperando y amando su venida. Donde se debe notar que, así como algunos inmundos por la ley eran mandados a purificarse en el primer, tercer y séptimo día, así también el primer, tercer y séptimo mes fueron solemnes con sus ceremonias respectivas. La quinta semana es la del séptimo año, en el que todo el pueblo, por mandato de la ley, descansaba de la labor agrícola, diciendo el Señor: "Seis años sembrarás tu campo, el séptimo descansarás". La sexta es la semana del año jubilar, es decir, de la remisión, que se teje en siete semanas de años, es decir, en 49 años; al completarse, es decir, al comenzar el año cincuenta, las trompetas resonaban más claramente, y según la ley, se devolvía a todos la posesión antigua.

****CAPÍTULO IX. Sobre las setenta semanas proféticas.****

La séptima especie de la semana es aquella que utiliza el profeta Daniel, abarcando cada semana siete años según la ley, pero con un nuevo método que acorta los años, determinando cada uno con doce meses lunares; los meses embolismales, que suelen añadirse debido a los once días de epactas anuales, no se añaden cada tercer o segundo año según la ley patria, sino que, al llegar al número doce, se insertan como un año completo. Esto no lo hizo por envidia hacia quienes buscan el conocimiento de la verdad, sino para ejercitar el ingenio de los buscadores al estilo de la profecía, prefiriendo que sus perlas sean investigadas con sudor fructífero por los hijos, en lugar de ser pisoteadas con desprecio fastidioso por los cerdos. Pero para que esto se aclare más, veamos las palabras del ángel al profeta: "Setenta semanas han sido acortadas sobre tu pueblo y sobre tu ciudad santa, para que se consuma la prevaricación, y el pecado llegue a su fin, y se borre la iniquidad, y se traiga la justicia sempiterna, y se cumpla la visión y la profecía, y se unja al Santo de los santos". No hay duda de que estas palabras designan la encarnación de Cristo, quien quitó los pecados del mundo, cumplió la ley y los profetas, fue ungido con el óleo de la alegría sobre sus compañeros, y que las setenta semanas divididas en siete años insinúan 490 años. Pero es de notar que estas semanas no se anotan o computan simplemente, sino que se afirman acortadas, advirtiendo al lector en secreto que se indican años más cortos de lo habitual. "Sabe, pues", dice, "y entiende que desde la salida de la palabra para que se reedifique Jerusalén hasta el Cristo príncipe habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas, y de nuevo se reedificará la plaza y el muro en la angustia del tiempo". Según narra Esdras, sabemos que Nehemías, siendo copero del rey Artajerjes, en el vigésimo año de su reinado, en el mes de Nisán, obtuvo de él el permiso para restaurar los muros de Jerusalén, habiéndose permitido mucho antes la construcción del templo por Ciro; y que la obra misma, como se ha dicho, se completó en la angustia del tiempo, siendo tan atacada por las naciones vecinas que se dice que los constructores, ceñidos con espada en los lomos, luchaban con una mano y con la otra reconstruían el muro. Desde este tiempo hasta el Cristo príncipe cuenta setenta semanas, es decir, 490 años de meses lunares, que son 475 años solares. Pues los persas reinaron desde el mencionado vigésimo año del rey Artajerjes hasta la muerte de Darío durante 116 años. Desde entonces, los macedonios hasta la muerte de Cleopatra durante 300 años. Luego, los romanos hasta el año 17 de Tiberio César mantuvieron la monarquía durante 59 años, que son

en total, como hemos dicho, 475 años. Y se contienen en ciclos de 19 años 25 veces, pues 19 veces 25 hacen 475. Y porque a cada ciclo se le añaden siete embolismos, multiplica 25 por 7, resultan 175, que son los meses embolismales de 475 años. Si, por lo tanto, deseas saber cuántos años lunares pueden hacer, divide 175 por 12, doce veces catorce hacen 168, por lo tanto, hacen 14 años, y quedan 7 meses; júntalos a los 475 mencionados, resultan en total 489; añade también los 7 meses sobrantes y parte del año 18 del imperio de Tiberio, en el cual el Señor sufrió, y encontrarás desde el tiempo prefijado hasta su pasión 70 semanas acortadas, es decir, 490 años lunares. A su bautismo, cuando fue ungido el Santo de los santos, descendiendo sobre él el Espíritu Santo como paloma, no solo se completaron las siete y sesenta y dos semanas, sino que ya se había comenzado parte de la septuagésima semana. "Y después de las sesenta y dos semanas", dice, "será muerto el Cristo, y no será su pueblo el que lo negará". No inmediatamente después de las sesenta y dos semanas, sino al final de la septuagésima semana fue muerto Cristo, la cual, por lo que podemos conjeturar, separó de las demás porque de esta iba a relatar más. Pues Cristo fue crucificado en ella, y fue negado por el pueblo pérfido no solo en la pasión, sino continuamente, desde que comenzó a ser predicado por Juan. Lo que sigue: "Y el pueblo con el príncipe venidero destruirá la ciudad y el santuario, y su fin será devastación, y después del fin de la guerra habrá desolación decretada", no pertenece a las setenta semanas; pues se había predicho que estas semanas llegarían hasta el liderazgo de Cristo, pero la Escritura, habiendo predicho la venida y pasión de él, muestra también lo que sucedería después a la gente que no quiso recibirlo. Llama al príncipe venidero Tito, quien en el año cuarenta de la pasión del Señor, con el pueblo romano, destruyó tanto la ciudad como el santuario, de modo que no quedó piedra sobre piedra. Pero habiendo anticipado estas cosas, volvió inmediatamente a exponer el evento de la semana que había omitido. "Y confirmará el pacto con muchos en una semana". Esto es en la última, en la cual tanto Juan Bautista como el Señor y los apóstoles, predicando, convirtieron a muchos a la fe. "Y a la mitad de la semana cesará el sacrificio y la ofrenda". La mitad de esta semana era el año quince de Tiberio César, cuando, comenzando el bautismo de Cristo, la purificación de las ofrendas comenzó a desvanecerse gradualmente para los fieles. Lo que sigue: "Y en el templo habrá abominación de desolación, y hasta la consumación y el fin perseverará la desolación", se refiere a los tiempos siguientes, cuya verdad de la profecía tanto la historia de los antiguos como el evento de nuestros tiempos actuales testifican. Por eso, exponiendo todo el testimonio del profeta, en la medida en que la capacidad lo permitía, lo hemos explicado, porque hemos sabido que esto es ignorado por muchos lectores y que requiere un tipo especial de semana. Se equivocan quienes piensan que los hebreos usaron tales años, de lo contrario, toda la serie del Antiguo Testamento vacilaría, y ninguna edad debería entenderse tan grande como está escrita, sino restringida al curso de la luna. Y leemos que los antiguos griegos, computando el año según el curso de la luna con 354 días, siempre intercalaban cada ocho años noventa días que nacen, si el cuadrante con los once días de epactas se compone ocho veces, distribuidos en tres meses de treinta días. Pero los judíos nunca, sino que solían insertar cada segundo o tercer año un decimotercer mes lunar, al que llamamos embolismo, como la notoria razón de la luna pascual del decimocuarto día claramente prueba. Es de saber que Africano, comenzando el curso de las semanas desde el mismo inicio que nosotros, lo lleva al año quince del mismo emperador, en el cual cree que fue completado, poniendo los años del reino de los persas en 115, de los macedonios en 300, de los romanos en 60. Pero que el lector diligente elija lo que crea más digno de seguir.

CAPÍTULO X. De la semana de las edades del mundo.

La octava especie de la semana, uniforme y única sin el ciclo de la revolución, se completa en figura de la primera semana en todas las edades que pasan de este mundo. En el primer día se

hizo la luz, y en la primera edad el hombre es colocado en la amenidad del paraíso. Dividida la luz de las tinieblas, se hizo la tarde, y, separados los hijos de Dios de la semilla maligna, no mucho después de nacer los gigantes, toda la tierra se corrompió, hasta que el Creador, arrepentido de haber hecho al hombre, dispuso destruir el mundo con el diluvio. En el segundo día se equilibra el firmamento en medio de las aguas; en la segunda edad el arca es llevada en medio de las aguas, sostenida por la fuente del abismo de un lado, y empapada por las cataratas del cielo del otro, que tuvo su tarde cuando los hijos de Adán, moviendo sus pies desde el Oriente, que se habían reunido para construir la torre de la soberbia, fueron castigados con la división de las lenguas y dispersados. En el tercer día, reunidas las aguas en un solo lugar, apareció la tierra seca, adornada con bosques y hierbas; y en la tercera edad, firmadas las naciones en el culto de los demonios, el patriarca Abraham, dejando su parentela y patria, es fecundado con la semilla de los santos. Llegó también la tarde cuando la nación hebrea, oprimida por males, pidió un rey contra la voluntad de Dios, quien, una vez ordenado, primero mató a los sacerdotes y profetas del Señor, y luego él mismo con toda la gente pereció a espada de los filisteos. En el cuarto día el cielo se adorna con luminarias; en la cuarta edad esa nación, ilustre por la fe celestial, gloriosa por el reino de David y Salomón, y por la altura del templo santísimo, se ennoblece en todo el mundo. Pero también tuvo su tarde, cuando, creciendo los pecados, ese reino fue destruido por los caldeos, el templo derribado, y toda la nación fue trasladada a Babilonia. En el quinto día se sacaron los peces y las aves de las aguas; estos permanecen en sus aguas patrias, aquellas vuelan por el aire y la tierra; en la quinta edad, multiplicado el pueblo de Israel en Babilonia, parte de ellos, sustentados por las alas de los deseos celestiales, se dirigen a Jerusalén, parte, desprovista del vuelo de las virtudes, reside entre las corrientes de Babilonia. Siguió también la tarde, cuando, ya inminente la venida del Salvador, la nación judía, debido a la magnitud de sus crímenes, fue hecha tributaria de los romanos, y además oprimida por reyes extranjeros. En el sexto día la tierra se llena de sus animales, y el primer hombre es creado a imagen de Dios, y pronto del costado del hombre dormido se toma una costilla y se forma la mujer; en la sexta edad, con los profetas proclamando, apareció el Hijo de Dios en la carne, quien recrearía al hombre a imagen de Dios, quien, durmiendo en la cruz, emanó sangre y agua de su costado, de donde consagrará para sí la Iglesia. La tarde de esta edad, más oscura que las demás, vendrá en la persecución del Anticristo. En el séptimo día, completadas sus obras, Dios descansó, y significando esto, ordenó que se llamara sábado, el cual no se lee que haya tenido tarde. En la séptima edad las almas de los justos, después de los mejores trabajos de esta vida, descansan perpetuamente en otra vida, que nunca será manchada por la tristeza, sino que será acumulada con mayor gloria de la resurrección. Esta edad comenzó para los hombres cuando el primer mártir Abel, en cuerpo ciertamente en el sepulcro, pero en espíritu entró en el sábado de descanso perpetuo. Se completará cuando, recibidos los cuerpos de los santos en su tierra, poseerán el doble, y la alegría sempiterna será para ellos, y esta es la octava, para la cual el Salmo VI está inscrito, creo que porque en las seis edades de este mundo se debe suplicar por la séptima o la octava edad de aquel mundo. En la cual, porque los justos recibirán gozo, pero los reprobos recibirán castigo, este Salmo comienza, corre y termina con gran temor: "Señor, no me reprendas en tu ira", etc.

CAPÍTULO XI. De los meses.

Los meses se llaman así por la medida con la que cada uno de ellos se mide. Pero mejor por la luna, que en griego se llama μήνη; pues también entre ellos los meses se llaman μηνές. Y también entre los hebreos, según el testimonio de Jerónimo, la luna, a la que llaman jare, dio nombre a los meses; de donde también Jesús hijo de Sirac, quien ciertamente escribió en hebreo, hablando de la luna, dice: "El mes es según su nombre". Pues los antiguos solían

computar sus meses no por el sol, sino por el curso de la luna; de donde, cuantas veces en la Escritura sagrada, ya sea en la ley o antes de la ley, se indica en qué día del mes se hizo o se dijo algo, no significa otra cosa que la edad de la luna, de la cual siempre los hebreos, a quienes se confiaron los oráculos de Dios, según la antigua costumbre de los padres, no cesan de observar los meses. Llamando al primer mes de los nuevos, que está consagrado a las ceremonias de la Pascua, Nisán, que debido al variado curso de la luna, a veces cae en el mes de marzo, a veces en abril, a veces ocupa algunos días del mes de mayo. Pero más correctamente se asigna a abril, porque siempre en él o comienza o termina, o está completamente incluido, observando solo la regla que también mencionamos antes, que la luna que sea la decimoquinta después del equinoccio haga el primer mes del año siguiente; y la que sea antes, el último del precedente, y así sucesivamente. El segundo mes de ellos es Jar en mayo, el tercero Sivan en junio, el cuarto Tamuz en julio, el quinto Ab en agosto, el sexto Elul en septiembre, el séptimo Tisri en octubre, al que llaman año nuevo por la recolección de frutos y las festividades muy celebradas en él, el octavo Marjesván en noviembre, el noveno Kislev en diciembre, el décimo Tebet en enero, el undécimo Shevat en febrero, el duodécimo Adar en marzo, se compara de manera similar. Estos meses, debido al ciclo de la luna, que consta de 29 días y medio, alternan entre 30 y 29 días, y al cabo de dos o tres años, intercalan un mes adicional, que suele formarse a partir de los once días de epactas anuales. Por lo que me siento algo inquieto, cómo nuestros mayores computan el día en que se dio la ley, que es el tercero del tercer mes, como el quincuagésimo desde la matanza del cordero, poniendo los días restantes del primer mes en número de 17, porque trece anteriores habían pasado antes de la Pascua, del segundo 30, del tercero 3, que hacen en total 50 días, cuando consta que dos meses lunares no terminan en 60, sino en 59 días, y por lo tanto, si el mes pascual, computado en 30 días, retuvo 17 días de su curso después de la Pascua, el segundo mes ya no debe concluirse en 30, sino en 29 días, y por lo tanto en el total del tiempo mencionado no se encuentran más de 49 días; a menos que tal vez se deba pensar que, sinécdoque, que es una regla muy frecuente de la Sagrada Escritura, se computa el todo por la parte. Pero, como sea que esto haya sido hecho o computado, sin embargo, está claro que los hebreos acostumbraban observar sus meses según el curso de la luna. Ni debe entenderse de otra manera en el Génesis, donde Noé, con los suyos, entró en el arca el día 17 del segundo mes, y salió después del diluvio el día 27 del mismo mes, que se describe un año solar completo, es decir, de 365 días, porque evidentemente la luna, que en el presente año, por ejemplo, es la decimoséptima en las Nonas de mayo, en el año siguiente será la vigésima séptima el día anterior a las Nonas de mayo. Es de notar que se equivocan mucho quienes piensan que el mes debe definirse o fue definido por los antiguos mientras la luna recorre el zodíaco, que ciertamente, como una investigación más diligente de las naturalezas ha enseñado, recorre el zodíaco en 27 días y 8 horas, y su curso en 29 días y 12 horas, salvando la razón de su salto. Por lo tanto, es más correcto definir que el mes lunar es el circuito del resplandor lunar y la reintegración de nueva a nueva. Pero el mes solar es la digresión del sol por la duodécima parte del zodíaco, es decir, del círculo del signo, que se completa en 30 días y diez horas y media, siendo 22 horas y media más largo que el mes lunar, de las cuales 11 días de epactas y un cuarto suelen crecer anualmente; pues doce veces 22 y 2 hacen 264, que son las horas de 11 días, lo cual es fácil de ver, porque once veces 24 hacen la misma suma. Además, doce veces y media hacen seis, que son las horas anuales del cuarto: pues la luna, completando sus 12 meses 11 días y un cuarto más cortos que los mismos meses solares, recorre el ámbito del zodíaco 13 veces en el mismo tiempo. Pero en el cómputo de ambos meses, la costumbre, o la autoridad, o ciertamente la conveniencia del cálculo prevaleció sobre la naturaleza; pues no solo ordenan los meses de la luna, lo que la necesidad del cálculo obliga, en 30 y 29 días, sino que también intercalan la luna sobrante, que según la razón de la naturaleza debería haber sido intercalada al final del año, donde les place, y, lo que es más grave, los calculadores

difieren tanto entre sí, que a veces en un mismo día uno afirma que es la luna decimocuarta, otro la decimoquinta, otro la decimosexta, y no solo eso, sino que también los meses anuales del sol cada nación los mide con una regla muy diferente y en un orden diverso. Finalmente, los egipcios, que fueron los primeros en comenzar a computar sus meses según el curso del sol, debido al más rápido curso de la luna, para que no se generara error en el cálculo por su velocidad, tomando el inicio desde el tiempo del otoño, se dice que los incluyen en 30 días, cuyo primer mes Thoth comienza el 4 de las Calendas de septiembre, el segundo Phaophi el 4 de las Calendas de octubre, el tercero Athyr el 5 de las Calendas de noviembre; el cuarto Choiak el 5 de las Calendas de diciembre, el quinto Tybi el 6 de las Calendas de enero, el sexto Mechir el 7 de las Calendas de febrero, el séptimo Phamenoth el 5 de las Calendas de marzo, el octavo Pharmuthi el 6 de las Calendas de abril, el noveno Pachon el 6 de las Calendas de mayo, el décimo Pauni el 7 de las Calendas de junio, el undécimo Eiphi el 7 de las Calendas de julio, el duodécimo Mesore el 8 de las Calendas de agosto, que terminan el 10 de las Calendas de septiembre, llaman a los días restantes *ἐπαναγομένας*, o intercalados, o añadidos, a los cuales también en el cuarto año añaden un sexto día, que suele formarse a partir de los cuartos. Por lo tanto, sus primeros años desde el bisiesto comienzan el 3 de las Calendas de septiembre, y los demás el 4 de las mismas, y los años bisiestos terminan el 4 de las Calendas de septiembre, y los demás el 5 de las mismas. Sin embargo, la disonancia que decimos que surge en los años bisiestos desde el tiempo del cuarto intercalado por ellos, no puede recibir concordancia con el curso de nuestro año en el cómputo de la luna o en la festividad de los mismos días antes de nuestro tiempo de intercalación, que se hace el 6 de las Calendas de marzo; pero el mismo día festivo, la misma luna, por ejemplo, la séptima, que entre nosotros se computa el segundo sábado, entre ellos se computa el tercer sábado, y así sucesivamente.

CAPÍTULO XII. De los meses romanos.

¿Por qué los romanos tienen meses de tan diversa longitud? Esta, como leemos en la discusión de Horacio y Praetextato, fue la causa. Rómulo, con un ingenio agudo pero rústico, al organizar el estado de su propio imperio, tomaba el inicio del mes desde el día en que se veía la luna nueva. Sin embargo, como no siempre ocurre que se vea ese día, sino que a veces aparece más tarde o más temprano por ciertas causas, sucedía que cuando aparecía más tarde, se añadían más días al mes anterior, o cuando aparecía más temprano, se daban menos días, y el primer caso llevó a que cada mes tuviera una ley numérica perpetua; así fue que unos meses tenían treinta días y otros treinta y uno. Dedicó el primer mes a Marte, ya que quería ser considerado su hijo, porque se dice que Juno dio a luz a Marte en Frigia en este mes, lo que se prueba principalmente porque el séptimo, octavo, noveno y décimo mes conservan hasta hoy el nombre antiguo derivado de su número. Nombró el segundo mes Abril, como si fuera "aperil", porque en él, al retirarse las nubes, las heladas y las tormentas invernales, el cielo, la tierra y el mar se abren para los navegantes, agricultores y astrólogos, y los árboles y hierbas comienzan a brotar, y también los animales a reproducirse. Puso a Mayo como el tercero y a Junio como el cuarto, en honor a los mayores y los jóvenes, en quienes dividió al pueblo, para que una parte defendiera la república con armas y la otra con consejo. Otros sostienen que Maia, madre de Mercurio, dio nombre a Mayo, probando esto principalmente porque en este mes todos los comerciantes sacrificaban a Maia y a Mercurio. El mes de Junio se nombra ya sea por parte del pueblo, como dijimos, o, como pensaba Cincius, fue llamado Junonio entre los latinos antes: y este nombre del mes permaneció mucho tiempo entre los mayores, pero después, al desgastarse algunas letras, de Junonio se llamó Junio; pues también el templo de Juno Moneta fue dedicado en las Calendas de Junio. El mes de Julio, que había tomado el nombre de Quintilis por su número, incluso después de que se añadieron dos meses

antes de Marzo, lo conservó, pero más tarde, en honor a Julio César el dictador, por una ley propuesta por Marco Antonio, hijo de Marco, cónsul, se llamó Julio, porque en este mes, el 12 de Quintilis, nació Julio. El mes de Agosto se llamaba antes Sextilis, hasta que se le dio honor a Augusto por decreto del senado, porque él mismo venció a Antonio y Cleopatra el primer día de este mes, y consolidó el imperio del pueblo romano. Los meses de Septiembre, Octubre, Noviembre y Diciembre retienen su nombre principal, indicando con su nombre cuántos son desde el mes de primavera, es decir, Marzo, o porque en ellos se avecinan las lluvias. Esta fue la disposición anual ordenada por Rómulo, quien estableció que el año debía tener diez meses y 304 días. Dispuso los meses de tal manera que cuatro de ellos, Marzo, Mayo, Quintilis, Octubre, tuvieran cada uno treinta días, y los seis restantes tuvieran treinta días, que hoy tienen nonas quintanas, los demás septimanas. A los que tenían septimanas, las Calendas volvían al día diecisiete desde los Idus; pero a los que tenían quintanas, el inicio de las Calendas regresaba al día dieciocho: pero como este número no concordaba ni con el curso del sol ni con las fases de la luna, a veces sucedía que el frío del año ocurría en los meses de verano, y al contrario, el calor en los meses de invierno. Cuando esto sucedía, permitían que se consumieran tantos días sin nombre de mes como fuera necesario para llegar al tiempo del año en que el estado del cielo se encontrara apto para el mes siguiente. Pero Numa, siguiendo esto, añadió cincuenta días, para que el año se extendiera a 354 días, en los cuales creía que se completaba el curso de doce lunas, y a esos cincuenta días añadidos por él, añadió otros seis retirados de esos seis meses que tenían treinta días, es decir, uno de cada uno, y los cincuenta y seis días los dividió en dos nuevos meses de manera equitativa, y al primero de los dos lo llamó Enero, y quiso que fuera el primero del año, como el mes del dios de dos caras, mirando hacia el final del año pasado y el principio del futuro. Algunos piensan que se llamó Enero porque es el límite y la puerta del año. Dedicó el segundo a Febrero, es decir, Plutón, quien se creía poderoso en las purificaciones, y era necesario purificar la ciudad en ese mes, en el cual estableció que se pagaran los derechos a los dioses manes. Pero esta costumbre de purificación fue bien cambiada por la religión cristiana, cuando en el mismo mes, el día de Santa María, todo el pueblo, con sacerdotes y ministros, procede con himnos de voz modulada por las iglesias y por los lugares apropiados de la ciudad, llevando en las manos las velas encendidas dadas por el pontífice, y con el aumento de la buena costumbre, aprendió a hacer lo mismo en las demás festividades de la misma bendita madre y perpetua virgen, no ciertamente en purificación del imperio terrenal quinquenal, sino en memoria perenne del reino celestial, cuando, según la parábola de las vírgenes prudentes, todos los elegidos, con las lámparas de buenas obras brillando, saldrán al encuentro de su esposo y rey, y pronto entrarán con él a las bodas de la ciudad celestial. Poco después, Numa añadió un día en honor al número impar, que dio a Enero, para que tanto en el año como en cada mes, excepto en Febrero, se mantuviera el número impar, como si a los infiernos les conviniera la disminución y el número par. Así, los romanos, siguiendo esta distribución de Pompilio al curso de la luna, como los griegos, calculaban su propio año, y necesariamente también instituyeron un mes intercalar al modo de los griegos. Pues los griegos, al darse cuenta de que habían ordenado temerariamente el año en 354 días, ya que se veía por el curso del sol, que completa el zodíaco en 365 días y un cuarto, que a su año le faltaban once días y un cuarto, idearon intercalaciones con una razón establecida, de modo que cada ocho años intercalaban noventa días, de los cuales contaban tres meses de treinta días. Este orden también les pareció bien imitar a los romanos, pero en vano, ya que olvidaron un día añadido por ellos al número griego en honor al número impar; por esta razón, el número y el orden no podían coincidir en el octavo año, pero el error que surgió de ahí, y cómo se le puso remedio, quien quiera saberlo lo encontrará en la mencionada discusión de Horacio y Praetextato, de donde también hemos extraído esto. Finalmente, Cayo Julio César, imitando a los egipcios, estableció el año según el número del sol, como se observa hoy, añadiendo diez días a la observación antigua,

para que el año tuviera 365 días, en los cuales él mismo recorre el zodiaco. Y para que no faltara el cuarto de día, dispuso que cada cuatro años los sacerdotes, que se encargaban de los meses y días, intercalaran un día, en el mismo mes y lugar donde también los antiguos intercalaban el mes, es decir, antes de los cinco últimos días de Febrero, y decidió que se llamara bisiesto. Pues toda intercalación se asignó al mes de Febrero, ya que era el último del año, lo cual también hacían por imitación de los griegos, pues ellos insertaban los días sobrantes en el último mes de su año. Sin embargo, diferían de los griegos en una cosa, pues ellos, al completar el último mes, los romanos no completaban Febrero, sino que intercalaban después del vigésimo tercer día de este, ya realizadas las Terminalias; luego añadían los días restantes del mes de Febrero, que eran cinco, después de la intercalación, creo que por la antigua costumbre de su religión, para que de todos modos Marzo siguiera a Febrero.

CAPÍTULO XIII. De las Calendas, Nonas e Idus.

En tiempos antiguos, esta responsabilidad se delegaba al pontífice menor, para que observara el primer aspecto de la luna nueva y lo anunciara al rey de los sacrificios. Así, celebrado el sacrificio por el rey y el pontífice menor, el mismo pontífice, convocado el pueblo al Capitolio, junto a la curia Calabra, que está cerca de la casa de Rómulo, pronunciaba cuántos días faltaban de las Calendas a las Nonas, y en las quintanas, repitiendo cinco veces la palabra "καλῶ", anunciaba las septimanas repitiendo siete veces. La palabra "καλῶ" es griega, es decir, llamo; y se decidió llamar Calendas al primer día de esos días que se convocaban; de ahí también se dio el nombre de Calabra a la curia a la que se convocaba, y a la asamblea, porque todo el pueblo era convocado a ella. Y el pontífice menor anunciaba el número de días que faltaban para las Nonas, porque después de la luna nueva era necesario que el día de las Nonas los populares que estuvieran en los campos confluyeran en la ciudad, para recibir las causas de las festividades del rey de los sacrificios, y saber qué debía hacerse ese mes. De ahí que algunos piensen que las Nonas se llaman así, como el inicio de la nueva observación, o porque desde ese día siempre se contaban nueve días hasta los Idus. Además, se decidió llamar Idus al día que divide el mes. Iduare en lengua etrusca significa dividir; de ahí viuda, como muy dividida, es decir, muy separada; o viuda, es decir, separada del marido. A algunos les gusta que las Idus se llamen por la palabra griega, por la apariencia; que en griego se llama εἰδέα, porque ese día la luna muestra su apariencia plena. Sin embargo, es de notar que cuando leemos Calendas en la Sagrada Escritura, debemos entender nada más que el nacimiento de la luna nueva, según lo dicho en Números: En las Calendas, es decir, en los comienzos de los meses, ofreceréis holocaustos al Señor. Porque ciertamente los hebreos, como se dijo antes, no conocen otros comienzos de los meses que las Neomenias, es decir, las lunas nuevas.

CAPÍTULO XIV. De los meses de los griegos.

Γαμηλιῶνος

Enero.

α' νεομηνία

1 Calendas.

β' δευτέρα

2 IV.

γ' τρίτη

δ' τετάρτη

3 III.

ε' πέμπτη

4 Prid.

ίσταμένου

ς ἕκτη

5 Nonas de Enero.

ζ' ἑβδόμη

6 VIII.

η' ὀγδόη

7 VII.

θ' ἑνάτη

8 VI.

ι' δεκάτη

9 V.

ια' πρώτη

10 IV.

ιβ' δευτέρα

11 III.

ιγ' τρίτη

12 Pridie.

ιδ' τετάρτη

13 Idus de Enero.

αῤ' δεκάτη

ιε' πέμπτη

14 XIX.

ίς ἕκτη

15 XVIII.

ιζ' έβδομη

16 XVII.

ικ' όγδότη

17 XVI.

ιθ' έννάτη

18 XV.

κ' εικάς

19 XIV.

κα' δεκάτη

20 XIII.

κβ' έννάτη

21 XII.

κγ' όγδότη

22 XI.

κδ' έβδομη

23 X.

φθίνοντος

κε' έκτη

24 IX.

κς πέμπτη

25 VIII.

κζ' τετάρτη

26 VII.

κη' τρίτη

27 VI.

κθ' δευτέρα

28 V.

λ' ἔνη καί νέα

29 IV.

30 III.

31 Pridie Kalendas de Febrero.

Pero ni los griegos ni los egipcios, de los que hablamos antes, observan ninguna distinción de Calendas, Nonas o Idus en sus meses. En cambio, desde el comienzo de cada mes hasta su final, simplemente y sin interrupción, llegan contando en orden creciente de días concurrentes. Pues los griegos (ya que sobre el año y los meses de los egipcios hemos hablado antes), habiendo cambiado y corregido las complicaciones de las intercalaciones mencionadas, establecieron un ciclo fijo en los doce meses del año que gira, muchos de los cuales comenzando su año desde las Calendas de diciembre, comprimen sus meses con el mismo número de días que los romanos: sin preocuparse en absoluto por las Calendas, Nonas o Idus de los romanos, como dijimos antes, sino contando cada mes desde el primer hasta el último día, aumentando gradualmente el número. El mismo diciembre se llama en griego ἐλαφηβολίων, enero νυχίων, febrero θαργιλίων, marzo δίστρος, abril ξαντικὸς, mayo ἄρτεμίσιος, junio διέσιος, julio πάνεμος, agosto λῶος, septiembre γορδιαῖος, octubre ὑπερβερεταῖος, noviembre διὸς. Que ellos observan el año o los meses en este orden, lo muestra tanto el cómputo anual que nos llegó recientemente de Roma, como los cánones que se llaman de los Apóstoles, que en letras más antiguas enseñaron lo mismo, donde se menciona que el duodécimo día del mes ὑπερβερεταῖον es el IV Idus de octubre, lo que ciertamente indica que ambos meses comienzan juntos, ya que ambos tienen el mismo duodécimo día. A esto también se adhiere el libro del santo Padre Anatolio, que compuso sobre la Pascua, donde está escrito: "Por lo tanto, en el primer año, el inicio del primer mes, que es el principio del ciclo de diecinueve años, según los egipcios es el vigésimo sexto día del mes de Phamenoth, según los macedonios el vigésimo segundo del mes de Distri, según los romanos el undécimo Calendas de abril." Pues al afirmar que el vigésimo segundo día del mes de Distri es también el vigésimo segundo de marzo, indica claramente que ambos meses comienzan juntos. Y para que nadie diga que Anatolio no escribió en esta sentencia el undécimo Calendas, sino el octavo Calendas de abril, esto no es así, ya que el vigésimo sexto día del mes egipcio de Phamenoth no es el octavo Calendas, sino el undécimo Calendas de abril; y tanto los que leen el octavo Calendas como el undécimo Calendas de abril en Anatolio, tienen anotado el vigésimo sexto día del mes egipcio en la misma sentencia, que sin duda alguna se prueba que cae en el undécimo Calendas de abril, según lo que describimos anteriormente en su cómputo anual.

CAPÍTULO XV. De los meses de los anglos.

Los antiguos pueblos anglos (pues no me parece apropiado hablar de la observancia anual de otras naciones y callar la de la mía) computaban sus meses según el curso de la luna; de ahí que, al igual que los hebreos y los griegos, tomen su nombre de la luna. Pues entre ellos la luna se llama mona, y el mes monath. El primer mes de ellos, que los latinos llaman enero, se llama Giuli. Luego febrero es Sol-monath, marzo Rhed-monath, abril Eostur-monath, mayo Thrimylchi, junio Lida, julio igualmente Lida, agosto Vueod-monath, septiembre Haleg-monath, octubre Vuinte-fylleth, noviembre Blod-monath, diciembre Giuli, llamado con el mismo nombre que enero. Comenzaban el año el octavo día de las Calendas de enero, donde

ahora celebramos el nacimiento del Señor. Y esa noche que ahora es sagrada para nosotros, entonces la llamaban con el nombre gentil de Modranicht, es decir, noche de las madres, por la causa, sospechamos, de las ceremonias que realizaban en ella. Y siempre que el año era común, daban tres meses lunares a cada estación del año. Pero cuando ocurría un año embolismal, es decir, de trece meses lunares, añadían el mes sobrante al verano, de modo que entonces tres meses se llamaban Lida, y por eso ese año se llamaba Thri-lidi, teniendo cuatro meses de verano, y tres de cada una de las otras estaciones. Además, dividían principalmente todo el año en dos tiempos, invierno y verano, asignando al verano esos seis meses en los que los días son más largos que las noches, y los seis restantes al invierno. De ahí que llamaran al mes en que comenzaban los tiempos invernales Vuinteryfilleth, un nombre compuesto de invierno y plenilunio, porque desde el plenilunio de ese mes el invierno tomaba su inicio. No está de más si también nos ocupamos de interpretar qué significan los nombres de los demás meses de ellos. Los meses Giuli toman su nombre de la conversión del sol en el aumento del día, porque uno de ellos precede y el otro sigue. Sol-monath puede llamarse mes de las tortas, que ofrecían a sus dioses en él; Rhed-monath se nombra por su diosa Rheda, a quien sacrificaban en él; Eostur-monath, que ahora se interpreta como mes pascual, antiguamente tomó su nombre de su diosa llamada Eostre, a quien celebraban fiestas en él, y de cuyo nombre ahora llaman al tiempo pascual, usando el nombre acostumbrado de la antigua observancia para llamar a las alegrías de la nueva solemnidad. Tri-milchi se llamaba así porque en él se ordeñaban las vacas tres veces al día. Tal era la abundancia de Gran Bretaña o de Alemania, de donde la nación de los anglos entró en Gran Bretaña. Lida se dice que es suave o navegable, porque en ambos meses hay una suave serenidad de aires, y se suelen navegar los mares. Vueod-monath es el mes de las cizañas, porque en esa época abundan mucho. Haleb-monath es el mes de los sacrificios. Vuinteryfilleth puede decirse con un nuevo nombre compuesto de invierno y plenilunio. Blot-monath es el mes de las inmoluciones, porque en él ofrecían a sus dioses los animales que iban a sacrificar. Gracias a ti, buen Jesús, que nos apartaste de estas vanidades y nos diste ofrecerte sacrificios de alabanza.

CAPÍTULO XVI. De los signos de los doce meses.

XV Calendas de abril,

en Aries.

XV Calendas de mayo,

en Tauro.

XV Calendas de junio,

en Géminis.

XV Calendas de julio,

en Cáncer.

XV Calendas de agosto,

en Leo.

XV Calendas de septiembre,

en Virgo.

XV Calendas de octubre,

en Libra.

XV Calendas de noviembre,

en Escorpión.

XV Calendas de diciembre,

en Sagitario.

XV Calendas de enero,

en Capricornio.

XVI Calendas de febrero,

en Acuario.

XIV Calendas de marzo,

en Piscis.

Cada mes tiene sus propios signos en los que el sol se encuentra: abril es de Aries, mayo de Tauro, junio de Géminis, julio de Cáncer, agosto de Leo, septiembre de Virgo, octubre de Libra, noviembre de Escorpio, diciembre de Sagitario, enero de Capricornio, febrero de Acuario, marzo de Piscis, como algunos de los antiguos también explicaron en versos heroicos: "Observas las Calendas de abril de Aries de Frixo. Mayo admira los cuernos de Tauro de Agenor. Junio ve a los Laconios igualarse en el cielo. Julio lleva la estrella ardiente de Cáncer en el solsticio. Leo quema el mes de agosto con su fuego. Virgo, en septiembre, enriquece a Baco con tu estrella. Octubre iguala a Libra en tiempo de siembra. Escorpio precipita el invierno en noviembre. Sagitario termina sus signos a mediados de diciembre. Capricornio sanciona el inicio de enero en el trópico. En el mes de Numa, el sólido signo de Acuario se mantiene en medio. Los Piscis dobles avanzan en el tiempo de marzo." Lo que se dijo específicamente sobre diciembre, debe entenderse generalmente para los demás, ya que cada signo termina en su mes medio y comienza desde el medio del anterior. Al instruir a los ignorantes sobre su posición, ruego que no sea una carga para los que ya saben. El círculo del cielo, redondísimo, está rodeado por la línea del zodíaco como por una especie de cinturón de la esfera más amplia, ocupada por órdenes distintos de doce pares de signos que se tocan entre sí: son de tal magnitud que no pueden moverse, levantarse o ponerse en menos de dos horas; a cada uno se le asignan treinta partes, por los treinta días que el sol los ilumina, y las diez horas y media adicionales, que no completan una parte completa de veinticuatro horas, se descuidan en el cómputo. Sin embargo, cuando estas horas adicionales se completan doce veces, y se suman cinco días y un cuarto, se verá cuánto han añadido a las treinta partes, y el año solar se completará no solo con 360 días, sino con cinco días y un cuarto añadidos. Por lo tanto, el primer signo de Aries comienza a levantarse en la parte del cielo que el sol ocupa a mediados de marzo, y se completa en la que ocupa a mediados de abril, y por eso, según algunos, en su octava parte, pero más correctamente según los egipcios, que son expertos en

cálculos, en su cuarta parte, muestra el lugar del equinoccio de primavera. El segundo signo de Tauro comienza su ascenso desde la parte del círculo celestial que el sol ocupa a mediados de abril y se completa en la que ocupa a mediados de mayo. El tercer signo de Géminis comienza desde la parte del zodíaco que el sol ocupa a mediados de mayo; el cuarto de Cáncer desde la que ilumina a mediados de junio, y por eso, según algunos, recibe el solsticio en su octava parte, pero según una investigación más cuidadosa, algunas partes antes, desde allí se inclina hacia la posición inferior del zodíaco, es decir, del círculo del zodíaco; el quinto signo de Leo desde la parte que el sol ocupa a mediados de julio; el sexto de Virgo desde la que ocupa a mediados de agosto; el séptimo de Libra desde la que ocupa a mediados de septiembre comienza a levantarse, y por eso, en su octava parte según la opinión común, pero según una opinión más precisa, algo antes, ofrece el lugar al equinoccio de otoño. Desde allí, inclinándose hacia la zona invernal del zodíaco, el octavo signo de Escorpio desde la parte que ocupa a mediados de octubre, el noveno de Sagitario desde la que ocupa a mediados de noviembre, el décimo de Capricornio desde la que ocupa a mediados de diciembre, levanta su cabeza, y por eso, como se cree comúnmente, en su octava parte, pero como enseña Egipto, madre de las artes, algunas partes antes, dedica su mansión al solsticio de invierno; luego, con el curso del círculo del zodíaco regresando a las alturas, el undécimo signo de Acuario desde la parte solar de mediados de enero; el duodécimo de Piscis desde la misma parte de febrero levanta su vértice, y se completa a mediados de marzo, donde Aries, que sigue, abre el inicio de su ascenso, ya que todos los signos, aunque no en forma, están conectados por la conjunción de sus regiones y el cálculo de su razón, de los cuales el poeta dice: "Por eso, el sol dorado gobierna el mundo a través de las doce constelaciones, medidas en partes ciertas." El zodíaco recibe el círculo lechoso en Sagitario y Géminis. Se podrían decir muchas cosas aquí, pero esto se hace mejor hablando que escribiendo. Sin embargo, como mencionamos anteriormente sobre el orden y el tiempo de los planetas cuyo movimiento es a través del círculo del zodíaco, digamos ahora que el sol recorre el zodíaco en 365 días y 6 horas, y la luna en 27 días y 8 horas; el sol pasa por cada signo en treinta días, diez horas y media, mientras que la luna lo hace en dos días, seis horas y dos tercios de una hora. Si preguntas qué significa un tercio, lo explicamos al principio de este pequeño trabajo sobre cálculos, y lo repetimos brevemente. Un tercio es tanto menos que una hora completa, como 8 es a 12, 20 a 30, 10 a 15; restando una tercera parte, cuando solo quedan dos, esas dos partes son el tercio, y la tercera parte se llama triens. Por lo tanto, se equivocan quienes dicen que la luna recorre en treinta días tanto espacio celestial como el sol en 365, ya que la verdad manifiesta muestra, como mencionamos anteriormente, que la luna completa su curso en 27 días y un tercio de día, mientras que el sol lo hace en 365 días y un cuarto de día, y que el espacio que la luna recorre en un mes, el sol lo completa en trece de sus circuitos.

CAPÍTULO XVII. Del curso de la luna por los signos.

Cuántos puntos ilumina la luna en su primer día.

Cuántas partes dista la luna del sol en su primer día.

Luna I. 4.

Luna α 12. Aries.

Luna II. 8.

Luna β 24. Aries.

Luna III. 12.

Luna γ 36. Tauro.

Luna IV. 16.

Luna δ 48. Tauro.

Luna V. 20.

Luna ϵ 60. Tauro.

Luna VI. 24.

Luna ζ 72. Géminis.

Luna VII. 28.

Luna η 84. Géminis.

Luna VIII. 32.

Luna θ 96. Cáncer.

Luna IX. 36

Luna ι 108. Cáncer.

Luna X. 40.

Luna κ 120. Cáncer.

Luna XI. 44.

Luna λ 132. Leo.

Luna XII. 48.

Luna μ 144. Leo.

Luna XIII. 52.

Luna ν 156. Virgo.

Luna XIV. 56.

Luna ξ 168. Virgo.

Luna XV. 60.

Luna \omicron 180. Virgo.

Luna XVI. 56.

Luna π 192. Libra.

Luna XVII. 52.

Luna ιζ 204. Libra.

Luna XVIII. 48.

Luna ιη 216. Escorpio.

Luna XIX. 44.

Luna ιθ 228. Escorpio.

Luna XX. 40.

Luna κ 240. Escorpio.

Luna XXI. 36.

Luna κα 252. Sagitario.

Luna XXII. 32.

Luna κβ 264. Sagitario.

Luna XXIII. 28.

Luna κγ 276. Capricornio.

Luna XXIV. 24.

Luna κδ 288. Capricornio.

Luna XXV. 20.

Luna κε 300. Capricornio.

Luna XXVI. 16.

Luna κς 312. Acuario.

Luna XVII. 12.

Luna κζ 324. Acuario.

Luna XXVIII. 8.

Luna κη 336. Piscis.

Luna XXIX. 4.

Luna κθ 348 Piscis.

Luna XXX.

Luna 360. Piscis.

La luna se aleja del sol cada día por cuatro puntos, ya sea creciendo más lejos del sol o disminuyendo más cerca de él que el día anterior; cada signo tiene diez puntos, es decir, dos horas, como hemos advertido anteriormente; cinco puntos hacen una hora. Por lo tanto, si deseas saber en qué signo está la luna, toma la luna que quieras, por ejemplo, la quinta, multiplícala por cuatro, son veinte; divide por diez, dos veces diez son veinte; por lo tanto, la quinta luna siempre está a dos signos de distancia del sol. Toma también la octava luna, multiplícala por cuatro, son treinta y dos, divide por diez, tres veces diez son treinta, y quedan dos; la octava luna siempre está separada del sol por tres signos y dos puntos. Entiende dos puntos como seis partes, es decir, tanto como el sol recorre en el zodíaco en seis días, ya que un punto tiene tres partes, porque un signo también tiene diez puntos, pero treinta partes. Toma también la luna diecinueve, multiplícala por cuatro, son setenta y seis; divide por diez, siete veces diez son setenta, y quedan seis; la luna diecinueve siempre se ha alejado del sol en su curso por siete signos, una hora, que es la mitad de un signo, y un punto, es decir, tres partes. Y para que no te surja la sospecha de un argumento engañoso, busca en el diámetro del cielo, que nadie duda que la luna quince lo ocupa, multiplica quince por cuatro, son sesenta; divide por diez, seis veces diez son sesenta; la luna doce siempre está separada del sol por seis signos, es decir, la mitad de la esfera celestial, ya sea que mires hacia adelante o hacia atrás. Finalmente, ves el orbe de la luna, cuando está completamente lleno, opuesto al sol, bajo cuando el sol está alto, y alto cuando el sol está bajo, porque cuando el sol está en el círculo de verano, la luna está llena, y ella está en el de invierno; cuando el sol está inclinado hacia el de invierno, la luna está llena, y la noche más larga revela que ella sube al círculo solsticial; y cuando el sol está en el equinoccio en plenilunio, entonces ella guarda el otro, y cuántas partes el sol ha pasado el equinoccio o el solsticio que recientemente recorrió, tantas partes la luna llena parece haber pasado el equinoccio o el solsticio opuesto.

CAPÍTULO XVIII. Del curso de la luna si alguien ignora los signos.

Pero si alguien, ignorante de los signos, desea conocer los cursos lunares, también debe saber que el sol completa una parte de su zodíaco cada día; porque no debemos entender otra cosa por las partes del zodíaco que los progresos diarios del sol en el cielo; y la luna completa trece partes del mismo zodíaco cada día, es decir, cuatro puntos y una parte; y como ella completa trece partes mientras el sol completa una, de ahí que, como enseñamos anteriormente, no se aleja más del sol en su progreso diario que por cuatro puntos, es decir, doce partes. Por lo tanto, coloca la luna donde quieras calcularla, por ejemplo, en las Calendas de enero como la primera: cuando esta primera ha pasado la noche y el día, ocupa el lugar del cielo que el sol ocupa el día trece del mismo mes. Cuando es la segunda, multiplica dos por cuatro, son ocho. También, para pasar de los puntos a las partes, multiplica ocho por tres, son veinticuatro. La luna II ocupa, por lo tanto, en el cuarto día antes de las Nonas de enero, la parte del cielo que el sol ocupará veinticuatro días después. Cuando es la tercera, multiplica tres por cuatro, son doce, divide por diez, diez veces uno son diez, y quedan dos puntos, es decir, seis partes; la luna III ocupa, por lo tanto, la parte del cielo que el sol ocupará después de un mes completo y seis días después del tercer día antes de las Nonas de enero, es decir, seis días después del tercer día antes de las Nonas de febrero. Cuando es la cuarta, multiplica esto por cuatro, son dieciséis, divide por diez, diez veces uno son diez, y quedan seis puntos, es decir, diez y ocho partes. La luna cuarta ocupa, por lo tanto, la parte del cielo que el sol ocupará después de un mes completo y diez y ocho días después del día antes de las Nonas de enero. Cuando es la quinta, multiplica cinco por cuatro, son veinte, divide por diez, dos veces diez son veinte; después de dos meses completos, el sol llegará a la parte del cielo que ocupa la luna quinta, es decir, el día de las Nonas de marzo. Cuando es la

octava, el sexto día antes de las Idus de enero, multiplica ocho por cuatro, son treinta y dos, divide por diez, tres veces diez son treinta, y quedan dos puntos, es decir, seis partes del cielo, la luna VIII ocupa, por lo tanto, el sexto día antes de las Idus de enero, la parte del cielo que el sol alcanzará después de tres meses y seis días, es decir, seis días después del sexto día antes de las Idus de abril. Cuando es la diecinueve, el catorceavo día antes de las Calendas de febrero, multiplica por cuatro, son setenta y seis, divide por diez, siete veces diez son setenta, y quedan seis, multiplica esto por tres, son diez y ocho. La luna XIX recorre, por lo tanto, el catorceavo día antes de las Calendas de febrero, la parte del cielo que el sol recorrerá después de siete meses y diez y ocho días, es decir, el dieciochoavo día después del catorceavo día antes de las Calendas de septiembre, que es el octavo día antes de las Idus de septiembre. Y para que no te surja la sospecha de un argumento engañoso, prueba en el diámetro del año, que pocos ignoran que la luna ocupa el día quince, multiplica quince por cuatro, son sesenta, divide por diez, seis veces diez son sesenta; después de seis meses completos, es decir, a la mitad del circuito del año, el sol entrará en la parte del cielo que ocupa la luna quince. Y como entonces es el día quince de enero, el sol alcanzará esa parte el día quince de julio. Y para llegar al final, toma la luna treinta, que entonces es el tercer día antes de las Calendas de febrero, multiplica por cuatro, son ciento veinte; divide por diez, doce veces diez son ciento veinte, la luna treinta recorre la parte del cielo que el sol ocupará después de doce meses completos, es decir, después de todo el círculo del año. Es la misma parte en la que ahora el sol había recibido a la luna en su conjunción. Para que esto sea más claro incluso para el entendimiento más lento, hemos cuidado de anotar más claramente cuánto se aleja la luna del sol en cada una de sus edades. Por lo tanto, cuando la luna completa su primera edad, se aleja del sol por un espacio de doce días, la segunda por un espacio de veinticuatro días, la tercera por un espacio de un mes y seis días, la cuarta por un espacio de un mes y diez y ocho días, la quinta por un espacio de dos meses, la sexta por un espacio de dos meses y doce días, la séptima por un espacio de dos meses y veintitrés días, la octava por un espacio de tres meses y seis días, la novena por un espacio de tres meses y dieciocho días, la décima por un espacio de cuatro meses, la undécima por un espacio de cuatro meses y doce días, la duodécima por un espacio de cuatro meses y veinticuatro días, la decimotercera por un espacio de cinco meses y seis días, la decimocuarta por un espacio de cinco meses y dieciocho días, la decimoquinta por un espacio de seis meses, la decimosexta por un espacio de seis meses y doce días, la decimoséptima por un espacio de seis meses y veinticuatro días, la decimoctava por un espacio de siete meses y seis días, la decimonovena por un espacio de siete meses y dieciocho días, la vigésima por un espacio de ocho meses, la vigésima primera por un espacio de ocho meses y doce días, la vigésima segunda por un espacio de ocho meses y veinticuatro días, la vigésima tercera por un espacio de nueve meses y seis días, la vigésima cuarta por un espacio de nueve meses y diez y ocho días, la vigésima quinta por un espacio de diez meses, la vigésima sexta por un espacio de diez meses y doce días, la vigésima séptima por un espacio de diez meses y veinticuatro días, la vigésima octava por un espacio de once meses y seis días, la vigésima novena por un espacio de once meses y dieciocho días, la trigésima por un espacio de doce meses.

CAPÍTULO XIX. Del mismo si no han aprendido a calcular.

Si alguien, incluso menos hábil en cálculos, es curioso sobre el circuito lunar, también le proporcionamos un argumento adecuado a su capacidad mental, para que encuentre lo que busca: de hecho, hemos distinguido toda la serie del circuito anual, que se contiene en doce meses, con alfabetos, de tal manera que el primer y segundo orden contienen veintisiete días, y el tercero uno más, es decir, el que se añade de las ocho horas sobrantes repetidas del tercero. Y para que las letras fueran suficientes para los días que queríamos señalar, no las

pusimos en cada día, sino en días alternos, y por eso no era necesario tocar el alfabeto más allá de la letra o. Hemos precedido a esta obra con una página regular, que contiene diecinueve alfabetos de este tipo comenzando desde diferentes letras, tantos como el ciclo de diecinueve años, junto con los nombres de los meses y signos individuales de doce, que están dispuestos en este orden, de acuerdo con el número de días en que la luna recorre el zodíaco: tiene veintisiete líneas en longitud, con los nombres de los signos anotados antes, y los nombres de los meses después, para que quien no conozca los signos pueda encontrar lo que busca a partir del conocimiento de los meses; y tiene diez y nueve líneas en anchura que muestran el orden del ciclo de diecinueve años con el número de años anotado arriba. Por lo tanto, cuando en cualquier año deseas saber en qué signo o en qué partes del mes está la luna, abre el Códice, nota la letra que está antepuesta a ese día, y recurriendo a la página regular, en la que está la multitud de letras, y encontrando el mismo año en el título del frente, encontrarás la letra de ese día que buscabas, y mirando antes y después, anotarás qué signo o qué mes tiene enfrente. Pongamos un ejemplo que, lector, te sirva para los demás. Buscas dónde está la luna, por ejemplo, en las Calendas de abril del año VI del ciclo de diecinueve años: abre el Códice, busca el día de las Calendas mencionadas, encontrarás la letra e antepuesta; recurre a la página regular, verás el año VI, al observar su alfabeto, encontrarás la letra e, dirige tus ojos a los lados, aquí encontrarás el final de Géminis, allí el inicio del mes de junio. Y ya seas un lector erudito o simple, te alegrarás de haber investigado lo que deseabas. Además, durante todo ese año, en cualquier día que veas la letra e asignada, ya sea creciente o decreciente, sabrás que la luna se ha movido en las mismas partes del cielo. No buscas en este argumento si la luna está en detrimento o aumento de su luz, en oposición o en conjunción con el sol, pero si deseas saber esto, habrá un argumento transmitido por la antigua observación de los egipcios.

CAPÍTULO XX. Qué luna es en cada Calenda.

En el primer año del ciclo decennovenal, en el cual no hay epactas, la luna es novena en las Calendas de Enero, décima en las Calendas de Febrero, novena en las Calendas de Marzo, décima en las Calendas de Abril, undécima en las Calendas de Mayo, duodécima en las Calendas de Junio, decimotercera en las Calendas de Julio, decimocuarta en las Calendas de Agosto, decimoquinta en las Calendas de Septiembre, decimosexta en las Calendas de Octubre, decimoséptima en las Calendas de Noviembre, y decimoctava en las Calendas de Diciembre. Toma estos números como regulares para cada mes, y añadiendo las epactas anuales, descubrirás sin error qué luna es en cada Calenda. Si deseas saber qué luna es en las Calendas de Enero en el segundo año del ciclo decennovenal, toma los 9 regulares, añade las 11 epactas, suman 20, la luna es vigésima. Si deseas saber qué luna es en las Calendas de Junio en el tercer año, toma los 12 regulares, añade las 22 epactas de ese año, suman 34; resta 30, quedan 4, la luna es cuarta en las mencionadas Calendas. Si alguien objeta que el orden de este o del argumento precedente vacila en algún lugar, que él mismo enseñe un argumento más veraz y conciso en tales cuestiones, y lo aceptaremos con gusto. Este argumento precedente que hemos mencionado, ya lo hemos dado a algunos para transcribir, y consideramos que debe ser prefijado al principio de nuestra obra. Sin embargo, el presente argumento que hemos puesto sobre la búsqueda de la luna de las Calendas, basta con haberlo mencionado y enseñado en este lugar. Pues, conocida la luna en las Calendas, fácilmente se verá en qué edad está en los demás días de cada mes, cantando el mismo mes y los días concurrentes. Sin embargo, hay tres años del ciclo decennovenal en los que este argumento no puede conservar la estabilidad de su tenor: a saber, el octavo, el undécimo y el decimonoveno, cuya causa de variación es la inserción dispersa de embolismos a lo largo del año. En efecto, en el octavo año, la luna de las Calendas de Mayo se calcula como 28 según

el argumento, pero debido al embolismo que se inserta en el mes de marzo, se prueba que es 27. Asimismo, en las Calendas de Julio, según el argumento, la luna podría ser 30, pero debido a la adición del día que la superfluidad del embolismo trajo, es 29. Asimismo, en el año 11, porque la luna del embolismo se enciende el día antes de las Nonas de Diciembre, hace que la luna en las Calendas de Marzo sea la vigésima octava, cuando el argumento enseña que debería ser 29. Asimismo, en el año 19, porque la luna del embolismo comienza el tercer día de las Nonas de Marzo, obliga a que la luna en las Calendas de Mayo se calcule como 28 cuando según el cálculo del argumento se canta 29, en el cual también el salto lunar, del que hablaremos más adelante, impugna la credibilidad del mismo argumento. Pues si comienzas el argumento según los egipcios desde el mes de septiembre, donde está el principio de su año, es necesario que la luna del mes de julio tenga 29 días ese año como nunca antes, perdiendo uno, a saber, por razón del salto, y por eso la luna de las Calendas de Agosto se convierte en tercera, que según la regla del argumento se calculaba como segunda. Pero si, según lo que hemos enseñado arriba, prefieres tomar el principio del argumento desde enero, en el mismo orden la luna en las Calendas de Diciembre cae en 7, que según el argumento se pensaba que debía ser sexta, porque ciertamente la luna del mes de noviembre pierde un día, y se ve obligada a estar contenida en solo 29 días en lugar de los 30 acostumbrados. Todo esto se enseña mejor conversando que escribiendo. No obstante, no debe pasarse por alto que algunos comienzan este argumento desde septiembre, poniendo para el mismo septiembre 5 regulares, para octubre 5, para noviembre 7, para diciembre 7, y así sucesivamente, como hemos puesto arriba: lo cual hacen razonablemente por la autoridad de los egipcios, para que de quienes se tomó el origen del cómputo, también imiten el principio del año en su cómputo. Sin embargo, a otros les parece mucho más adecuado y expedito que todo el cómputo, en cuanto la necesidad de la razón no lo impida, comience también desde el principio de su año entre los romanos, y que la razón y el orden immaculado prosigan hasta el final del año.

CAPÍTULO XXI. Qué día de la semana es en las Calendas.

También transmiten un argumento similar para encontrar el día de las Calendas de manera muy rápida, de modo que, usando otros regulares, lo que haces aquí por epactas, lo harás allí por los días concurrentes de la semana. Así, enero tiene 2 regulares, febrero 6, marzo 5, abril 1, mayo 3, junio 6, julio 1, agosto 4, septiembre 7, octubre 2, noviembre 5, diciembre 7. Estos regulares indican especialmente qué día de la semana es en las Calendas, en el año en que se han asignado 7 días concurrentes; en los demás años añadirás los concurrentes que estén anotados en el presente a los regulares de cada mes, y así siempre encontrarás el día de las Calendas sin error. Solo recuerda esto, que cuando se acerca un año bisiesto, se debe omitir un día de los concurrentes, pero usarás ese número que vas a omitir en enero y febrero, y en las Calendas de marzo comenzarás a contar por el que está contenido en el ciclo solar. Por lo tanto, cuando desees buscar el día de las Calendas, por ejemplo, de enero, dices enero 2, añade los días concurrentes de la semana, que fueron en el año que calculas, por ejemplo, 3, suman 5, las Calendas de enero caen en el quinto día de la semana. Asimismo, en el año que tiene 6 concurrentes, toma 5 regulares del mes de marzo, añade 6 concurrentes, suman 11; resta 7, quedan 4; las Calendas de marzo son el cuarto día de la semana.

CAPÍTULO XXII. Argumento sobre cualquier luna o día de la semana.

También hay un antiguo argumento, no solo para las Calendas, sino también para determinar la luna o el día de la semana de cualquier día entre las Calendas, algo más complicado de aprender, pero transmitido a nosotros por la autoridad de los mayores, y por lo tanto, también debe ser transmitido con igual diligencia a nuestros menores. Si desees saber qué luna es en

tal o cual día, cuenta los días desde el principio del mes de enero hasta el día que investigas, y cuando lo sepas, añade la edad de la luna que fue en las Calendas de enero; divide todo por 59, y si quedan más de 30, resta 30, y lo que queda es la luna del día que buscas. Asimismo, si deseas saber qué día de la semana es en tal o cual día, cuenta los días desde las Calendas de enero hasta el día que investigas; y cuando lo sepas, añade el día de la semana que fue en las Calendas de enero; y si es año bisiesto, recuerda también aumentar el día bisiesto después de que haya pasado: divide todo por 7, y lo que queda te mostrará el día de la semana que es dondequiera que busques. Este argumento solo funciona sin esfuerzo si te acostumbras a recitar de memoria el número de días de cada mes por Calendas, Nonas e Idus.

Enero en Calendas I, en Nonas V, en Idus XIII.

Febrero en Calendas XXXII, en Nonas XXXVI, en Idus XLIV.

Marzo en Calendas XL, en Nonas LXVI, en Idus LXXIV.

Abril en Calendas XCI, en Nonas XCV, en Idus CIII.

Mayo en Calendas CXXI, en Nonas CXXVII, en Idus CXXXV.

Junio en Calendas CLII, en Nonas CLVI, en Idus CLXIV.

Julio en Calendas CLXXXII, en Nonas CLXXXVIII, en Idus CXCVI.

Agosto en Calendas CCXIII, en Nonas CCXVII, en Idus CCXXV.

Septiembre en Calendas CCXLIV, en Nonas CCXLVIII, en Idus CCLVI.

Octubre en Calendas CCLXXIV, en Nonas CCLXXX, en Idus CCLXXXVIII.

Noviembre en Calendas CCCV, en Nonas CCCIX, en Idus CCCXVII.

Diciembre en Calendas CCCXXXV, en Nonas CCCXXXIX, en Idus CCCXLVII.

Si deseas saber, por ejemplo, en el año en que la luna es novena en las Calendas de enero, qué luna es en las Calendas de mayo, di: Mayo en Calendas CXXI; resta las Calendas, quedan CXX; añade IX, suman CXXIX; divide por 59, cincuenta y nueve por dos son ciento dieciocho: resta CXVIII, quedan XI; la luna es undécima en las Calendas de mayo. Si deseas saber qué luna es en las XV Calendas de junio, di: Junio en Calendas CLII; resta XV Calendas de junio, quedan CXXXVII; añade IX, suman CXLVI; divide por 59, cincuenta y nueve por dos son ciento dieciocho; resta CXVIII, quedan XXVIII; la luna es vigésima octava en las XV Calendas de junio. Si deseas saber qué luna es en las VII Idus de diciembre, di: Diciembre en Idus CCCXLVII; resta VII, Idus quedan CCCXL; añade IX, suman CCCXLIX; divide por 59, cincuenta y nueve por cinco son CCXCV; resta CCXCV, quedan LIV; resta XXX, quedan XXIV; la luna es vigésima cuarta en el día mencionado. Ayuda al uso de este argumento si el calculador memoriza diligentemente la última parte de cincuenta y nueve: cincuenta y nueve por seis son CCCLIV, cincuenta y nueve por cinco son CCXCV, cincuenta y nueve por cuatro son CCXXXVI, cincuenta y nueve por tres son CLXXVII, cincuenta y nueve por dos son CXVIII, cincuenta y nueve por uno son IX. En el mismo orden, buscas el día de la semana en cualquier momento que desees añadiendo el día de las Calendas de enero. Si deseas saber, por ejemplo, en el año en que las Calendas de enero se celebran el quinto día de la semana, qué día de la semana es el octavo día de las Calendas de

octubre, di: Octubre en Calendas CCLXXIV; resta VIII Calendas de octubre, quedan CCLXVI; añade el quinto día de la semana que fue en las Calendas de enero, suman CCLXXI; divide por VII, siete por treinta son doscientos diez, siete por ocho son cincuenta y seis, quedan V; el quinto día de la semana es el octavo día de las Calendas de octubre.

CAPÍTULO XXIII. Si alguien no puede calcular la edad de la luna.

Si alguien es tan perezoso o torpe que desea conocer el curso de la luna sin ningún esfuerzo de cálculo, que se apoye en los alfabetos que ve en el librito anual, distinguidos según el curso lunar, donde dos circuitos de la luna, es decir, cincuenta y nueve días, están contenidos en tres alfabetos; y cualquier letra que la luna tenga en esta edad una vez, no deja de tenerla siempre marcada de la misma manera en la misma edad durante todo el año, a menos que, lo cual rara vez ocurre, la razón de los embolismos lo cambie. Por ejemplo, en el tercer año del ciclo decennovenal, la luna que tendrá treinta días siempre comienza desde la letra a sin marcar, la segunda está en b, la tercera en c, igualmente sin marcar, es decir, sin ningún punto anotado, y así sucesivamente cada letra mantiene su edad lunar. Asimismo, la luna que tendrá veintinueve días, comenzando desde l subnotado, la segunda siempre está en m, la tercera en n, marcada de manera similar, y así sucesivamente la luna devuelve su edad a cada letra. Para distinguir, la antigüedad dispuso que el primer alfabeto de los tres tuviera letras sin marcar, el segundo subnotadas, y el tercero supernotadas.

CAPÍTULO XXIV. Cuántas horas brilla la luna.

Luna I está presente y ausente del sol

XII

Luna II está presente y ausente del sol

XXIV

Luna III está presente y ausente del sol

XXXVI

Luna IV está presente y ausente del sol

XLVIII

Luna V está presente y ausente del sol

LX

Luna VI está presente y ausente del sol

LXXII

Luna VII está presente y ausente del sol

LXXXIV

Luna VIII está presente y ausente del sol

XCVI

Luna IX está presente y ausente del sol

CVIII

Luna X está presente y ausente del sol

CXX

Luna XI está presente y ausente del sol

CXXXII

Luna XII está presente y ausente del sol

CXLIV

Luna XIII está presente y ausente del sol

CLVI

Luna XIV está presente y ausente del sol

CLXVIII

Luna XV está presente y ausente del sol

CLXXX

Luna XVI está presente y ausente del sol

CXCII

Luna XVII está presente y ausente del sol

CCIV

Luna XVIII está presente y ausente del sol

CCXXVI

Luna XIX está presente y ausente del sol

CCXXVIII

Luna XX está presente y ausente del sol

CCXL

Luna XXI está presente y ausente del sol

CCLII

Luna XXII está presente y ausente del sol

CCLXIV

Luna XXIII está presente y ausente del sol

CCLXXVI

Luna XXIV está presente y ausente del sol

CCLXXXVIII

Luna XXV está presente y ausente del sol

CCC

Luna XXVI está presente y ausente del sol

CCCXII

Luna XXVII está presente y ausente del sol

CCCXXIV

Luna XXVIII está presente y ausente del sol

CCCXXXVI

Luna XXIX está presente y ausente del sol

CCCXLVIII Cálculo del recorrido total.

Los antiguos también transmiten un argumento por el cual se explora cuántas horas brilla la luna en cada edad, porque dicen que la primera luna brilla cuatro puntos, este número se añade diariamente desde la segunda luna hasta el plenilunio, y luego se resta en igual medida en disminución. Y por eso, si deseas saber cuántas horas brilla la segunda luna, multiplica dos por cuatro, suman ocho; divide por cinco, porque cinco puntos hacen una hora; cinco por uno son cinco, y quedan tres; la segunda luna brilla una hora y tres puntos. Asimismo, multiplica tres por cuatro, suman doce; divide por cinco; cinco por dos son diez, y quedan dos; la tercera luna brilla dos horas y tantos puntos. Asimismo, cuando llegues a la décima luna, multiplica por cuatro, suman cuarenta; divide por cinco; cinco por ocho son cuarenta; la décima luna brilla ocho horas. Y para que no pienses que el argumento es dudoso, dicen que tomes quince, y cuando la luna brilla toda la noche, investigues; multiplica por cuatro, suman sesenta, divide por cinco; cinco por doce son sesenta; la luna decimoquinta ilumina doce horas, es decir, toda la noche. Asimismo, si deseas saber cuántas horas brillan la decimosexta y la decimoséptima, y las siguientes lunas, recuerda para cada una cuánto menos son de treinta, y desde ahí construye la base del cálculo. Por ejemplo, si deseas saber cuánto tiempo brilla la luna vigésima quinta, di: Cuánto menos de treinta se verá, porque cinco; multiplica por cuatro, cuatro por cinco son veinte; divide por cinco, cinco por cuatro son veinte; la vigésima quinta brilla cuatro horas, como también la quinta luna. Y este argumento se mantiene fijo en su estación legítima en el tiempo equinoccial; pero en las noches más largas del invierno, o en las más cortas del verano, que se sabe que a veces exceden con mucho el espacio de doce horas, y otras veces no alcanzan a ello, ¿cómo podemos creer que la luna brilla doce horas, a menos que pensemos que no se entienden horas equinocciales, sino que

cada noche se divide en doce partes, que llamamos horas, según su medida de longitud o brevedad?

CAPÍTULO XXV. Cuándo y por qué la luna parece inclinada, acostada o erguida.

Hay quienes, al intentar explorar los aires, dicen que la luna nueva, cada vez que se ve con ambos cuernos hacia arriba, anuncia un mes tempestuoso; y cuando se ve con un cuerno erguido, predice serenidad. Pero la razón natural demuestra que esto es muy diferente. ¿Qué es lo que se cree? ¿Es creíble que el estado de la luna, que permanece fijo en el éter, pueda cambiar de dirección debido a la mutación de los vientos o nubes subyacentes, y que, por temor a una futura tempestad, eleve su cuerno más alto de lo que el orden natural requería? Máxime cuando no en todas las tierras puede existir el mismo flujo de vientos fluctuantes, pero el estado de la luna es el mismo, y su conversión es la misma por la variación del recorrido del sol. Dicen que, como enseña el beato Agustín en la exposición del salmo décimo, no tiene luz propia, sino que es iluminada por el sol. Pero cuando está con él, tiene hacia nosotros la parte que no está iluminada, y por eso no se ve luz en ella; pero cuando comienza a alejarse de él, se ilumina también la parte que tiene hacia la tierra, y necesariamente comienza desde los cuernos, hasta que se convierte en la quincena frente al sol. Entonces, al ponerse el sol, surge, de modo que quien observe el sol poniente, cuando deje de verlo, al volverse hacia el oriente verá surgir la luna, y desde allí, desde otra parte, cuando comience a acercarse a él, convierte hacia nosotros la parte que no está iluminada, hasta que regresa a los cuernos, y desde allí no aparece en absoluto, porque entonces la parte que está iluminada está hacia el cielo, y hacia la tierra la que el sol no puede irradiar. Por lo tanto, cuando el sol, con el día creciente, asciende gradualmente desde las regiones meridionales hacia las partes boreales, es necesario que la luna, que nace en ese tiempo, con un tránsito más rápido, preceda al sol hacia las señales boreales; y por eso, cuando se ve nueva después de la puesta del sol, que va a ponerse al norte de la puesta solar, ciertamente no está junto a él, sino sobre él, de modo que, iluminando sus partes inferiores, parece extender cuernos casi iguales y avanzar como una nave invertida. Pero, después del solsticio de verano, con el curso del sol regresando a las partes inferiores y australes, también la luna nacida en esos meses debe tender su curso hacia las partes inferiores, de donde resulta que, cuando va a ponerse al sur del sol que se ha puesto, sin duda alguna, cuando aparece por primera vez después de la puesta del sol, ya no se ve sobre él, sino junto a él, situada al sur. Y por eso se ven sus lados boreales avanzar erguidos bajo la mirada del sol; porque siempre la luna, con los cuernos vueltos del sol, despliega su parte redonda hacia él, por cuya razón se actúa de modo que cuanto más largo es el día, más alta es la luna nueva; y cuanto más corto y más inclinado hacia el sur es el día, más baja se ve la luna nueva. Y de ahí creció la opinión del vulgo de que la luna, cuando avanza invertida y más alta, anuncia tormentas; pero cuando está erguida y más baja hacia el sur, designa tranquilidad, porque ese es el estado del año que gira, de modo que en los seis meses en que el día decrece, el movimiento del aire es mucho más clemente que en los otros seis. La misma razón se aplica también a la luna menguante, por lo que en su salida matutina a veces aparece erguida, a veces invertida. Lo mismo ocurre con su avance diurno, evidentemente tocada por los rayos del sol desde un lugar superior. Por lo tanto, la conversión de la luna, que es natural y fija, no puede predecir el estado del mes futuro. Pero quienes son curiosos de estas cosas, a menudo exploran el estado del aire que será futuro por el cambio de color de ella, del sol, del mismo cielo, de las estrellas, o de las nubes, o por otros indicios cualesquiera. Finalmente, consideran que la luna cuarta, si está pura y sin cuernos obtusos, da indicio de serenidad para los días restantes hasta el final del mes, y otras cosas semejantes.

CAPÍTULO XXVI. De qué manera la luna, siendo inferior en posición, a veces parece superior al sol.

No es necesario maravillarse cuando vemos que la luna, al pasar por las señales australes, circula mucho más abajo y más cerca de la tierra que el sol, cuando se detiene en las mismas partes, porque evidentemente la luna, mucho más baja no solo que el sol, sino también que Venus y Mercurio, que son las estrellas más bajas, recorre el confín de este aire turbulento y del éter puro. Finalmente, muchos filósofos han demostrado que el sol está a diecinueve partes de distancia de la luna, tantas como la luna misma de la tierra. Pitágoras, un hombre de mente sagaz, calculó que hay 126 mil estadios desde la tierra hasta la luna, el doble hasta el sol desde ella, y el triple hasta las doce señales. Pero con razón cualquiera puede preguntarse y maravillarse por qué la luna, al recorrer el círculo solsticial, parece correr mucho más alta que el sol de verano, cuanto más cortas parecen hacer las sombras. Por lo tanto, es necesario indicar brevemente que este progreso de la luna más allá del sol en ambas regiones del cielo, tanto austral como septentrional, lo genera la latitud del zodíaco, y además, en el austral, también ayuda la misma inclinación de la luna. Pues el mismo zodíaco, aunque tiene 365 partes y un cuarto de largo a lo largo del ámbito del cielo, tiene doce partes de ancho; de estas, el sol solo recorre dos partes medias, mientras que la luna recorre todas. Cuando llega a los lugares australes de este, aparece algo más baja que el sol de invierno, no solo porque está más cerca de la tierra, sino también porque a veces ha pasado cinco o incluso seis partes más allá de los límites del curso solar hacia el sur; y cuanto más penetra en el interior del sur, tanto más baja se muestra a nuestros ojos, que la observamos desde el norte. Pero cuando avanza en el círculo solsticial, a menudo parece algo más alta que el sol de verano, porque, aunque está más cerca de la tierra que el sol, a veces ha pasado cinco o seis partes más allá de los límites del sol hacia el norte, y por eso, a nuestros ojos, que desde la tierra observamos ambos astros desde posiciones inferiores, parece buscar las cumbres del cielo tanto más eminente cuanto más se dirige hacia las partes boreales. Esto se probará con el siguiente ejemplo: Entrarás de noche en una casa muy grande, ciertamente una iglesia, destacada por su longitud, anchura y altura, y llena de innumerables lámparas encendidas en honor del mártir cuyo natalicio se celebra, entre las cuales dos de gran tamaño y de obra admirable, cada una suspendida con sus faros por cadenas en los techos, pero la que te es más cercana al entrar, también está más cerca del pavimento subyacente; pero la vastedad de la casa y la altura de los faros distantes es tal que, más con la vista nocturna, puedes distinguir la luz y las llamas de las antorchas que los mismos recipientes de fuego: evidentemente, cuando comienzas a acercarte a los faros, al levantar la vista directamente hacia los faros y a través de ellos hacia los lugares opuestos de los techos o paredes, te parecerá más alta la antorcha que está más cerca; y cuanto más te acerques, tanto más te parecerá que la que está más baja está más suspendida, hasta que, al percibir con mayor certeza la verdad, reconozcas todo como está dispuesto. Así, nosotros, situados bajo las dos grandes luminarias del cielo, porque tenemos ambas hacia el sur, cuanto más se eleva hacia el norte lo que está más bajo, más se nos acerca, y al dirigir nuestros ojos hacia ellas y a través de ellas hacia el cielo, parece ser más sublime lo que, por razón manifiesta, se muestra más bajo.

CAPÍTULO XXVII. Sobre la magnitud o el eclipse del sol y la luna.

Sobre la magnitud o el eclipse del sol o de la luna, Plinio el Segundo en su obra bellísima de Historia Natural describe así: «Es evidente que el sol se oculta por la intervención de la luna, y la luna por la interposición de la tierra, y se devuelven los mismos rayos del sol que la luna quita a la tierra con su interposición, y la tierra a la luna. Cuando esta se interpone, se producen repentinamente tinieblas, y de nuevo, con la sombra de aquella, el astro se oscurece: pues no es otra cosa la noche que la sombra de la tierra. Ambos eclipses son fijos y

no mensuales, debido a la oblicuidad del zodíaco y a los múltiples giros de la luna, como se ha dicho, no siempre coincidiendo el movimiento de los astros en los minutos de las partes. Esta razón eleva las mentes mortales al cielo, y como si contemplaran desde allí, revela la magnitud de las tres partes más grandes de la naturaleza; pues no podría quitarse todo el sol a las tierras con la luna interpuesta, si la tierra fuera mayor que la luna. La vastedad del sol se revela con mayor certeza a partir de ambos, de modo que no es necesario investigar su amplitud con los argumentos de los ojos y la conjetura de la mente, siendo inmenso, que proyecta sombras de árboles extendidos en los límites a millas de pasos iguales, como si estuviera en medio de todo el espacio.» Y poco después: «Es cierto, dice, que el eclipse del sol no ocurre sino en la luna nueva o en la primera, lo que llaman conjunción, y el de la luna no ocurre sino cuando está llena y siempre lo más cerca posible; pero todos los años ocurren eclipses de ambos astros, en días y horas fijos bajo la tierra; sin embargo, cuando ocurren arriba, no siempre se pueden ver, a veces debido a la niebla, más a menudo por el globo de la tierra que obstruye las convexidades del mundo, descubierto por la sagacidad de Hiparco en doscientos años.» Pero para no parecer que completamos el capítulo solo con las palabras de un hombre gentil, también busquemos qué han sentido los doctores de la Iglesia sobre esto. El beato Jerónimo, interpretando la sentencia del Evangelio, donde se dice que en la pasión del Señor se hicieron tinieblas sobre la tierra: «Quienes escribieron contra los Evangelios, sospechan un eclipse del sol, que suele ocurrir en tiempos de primavera y verano, interpretado por los discípulos de Cristo por ignorancia sobre la resurrección del Señor, cuando el eclipse del sol nunca suele ocurrir sino al amanecer de la luna; pero no hay duda de que en el tiempo de la Pascua la luna estaba completamente llena.»

CAPÍTULO XVIII. Sobre el poder efectivo de la luna.

Sobre el poder efectivo de la luna, el beato obispo Ambrosio en el libro cuarto del Hexamerón lo recuerda así: «Se aplican cosas similares sobre la luna que las que hemos recordado sobre su consorte y hermano, ya que se dedica al mismo ministerio que su hermano, para iluminar las tinieblas, nutrir las semillas, aumentar los frutos. También tiene muchas cosas distintas de su hermano, de modo que lo que el calor de todo el día ha secado de la humedad de la tierra, lo repone el rocío en el tiempo de la breve noche. Pues también se dice que la luna es generosa en rocío. Finalmente, cuando la noche es más serena y la luna está toda la noche, entonces se dice que el rocío más abundante inunda los campos, y muchos que descansan al aire libre, cuanto más han estado bajo la luz de la luna, tanto más han sentido que han recogido humedad en la cabeza. Por eso en los Cánticos Cristo dice a la Iglesia: Porque mi cabeza está llena de rocío, y mis cabellos de las gotas de la noche. Luego se disminuye y aumenta, para ser menor cuando resurge nueva, y cuando está disminuida se llena, en lo cual hay un gran misterio. Pues los elementos también sufren con su defecto, y con su progreso se llenan los que estaban vacíos, como los cerebros húmedos de los animales marinos: pues se dice que las ostras se encuentran más llenas y muchas otras cosas, cuando el globo lunar crece. También sobre los interiores de los árboles alegan lo mismo quienes lo han comprobado por su propio uso.» Estas palabras del beato Ambrosio también las afirma el arte de todos los arquitectos y el uso cotidiano, que enseñan principalmente que se debe observar que los árboles se corten desde la luna quince hasta la veintidós, de los cuales se deben tejer las liburnas o hacer cualquier obra pública. Pues solo en estos ocho días la madera cortada se conserva inmune a la carie, pero cortada en los demás días, incluso en el mismo año, se convierte en polvo por la carcoma interna. Quienes también observan esto, que después del solsticio de verano, es decir, después del mes de julio y agosto, hasta las Calendas de enero, cortan las maderas. Pues en estos meses, al secarse la humedad, las maderas son más secas y, por lo tanto, más fuertes. Pero también la piedra selenita en Persia demuestra

maravillosamente el efecto del poder lunar, que contiene la imagen de la luna, resplandece con un fulgor blanco y nevado, y se dice que aumenta o disminuye diariamente según el curso del mismo astro. A esto consiente Basilio, reverendísimo obispo de Cesarea de Capadocia, en el sexto libro del Hexamerón, diciendo: «Opino que también para la creación de animales y todas las demás cosas que produce la tierra, no se confiere poca formación por el cambio de la luna; pues a veces sus cuerpos parecen más laxos y vacíos cuando envejece; a veces íntegros y llenos cuando crece, porque infunde secretamente en ellos una cierta humedad mezclada con calor. Esto lo demuestran aquellos que, durmiendo al aire libre bajo la luz de la luna, después de levantarse, encuentran sus cabezas empapadas de un abundante rocío. Pero también las carnes frescas, si yacen bajo la luna, pronto se corrompen con una fluida putrefacción. Lo mismo indica el cerebro de los animales ovinos, o incluso las vísceras de los animales marinos, que son más húmedas, así como las médulas de los árboles.» Y poco después: «Pero los movimientos del aire están contenidos en los mismos cambios, como atestigua la novedad de la luna, que a menudo, después de una larga serenidad, suscita repentinamente aglomeraciones de nubes y perturbaciones. También lo indica el flujo refluyente de los euripos, o incluso la reciprocidad de las arenas movedizas, que se consideran cercanas al Océano, que los habitantes de los lugares han demostrado que se agitan según los esquemas de la luna. Los euripos también suelen convertir suavemente sus propias corrientes en ambas direcciones en todo momento; pero cuando nace la luna, de ningún modo pueden permanecer quietos, sino que siempre hierven con un fervor vehemente, hasta que la luna aparece de nuevo, trayendo calma a los torbellinos agitados.»

CAPÍTULO XXIX. Sobre la concordia del mar y la luna.

Maxime admiranda est societas Oceani cum cursu lunae, qui ad omnem eius ortum et occasum, fervore suo, quod Graeci "ῥεῦμα" vocant, littora late contegat, eodemque revocato detegat, ac dulces fluminum occursus salsis undis commisceat et accumulatur; nec mora, praetereunte luna, recedens et ipse, nativae has dulcedini mensuraeque relinquat, tanquam lunae quibusdam aspirationibus invitatus protrahatur, et iterum eiusdem vi cessante in mensuram propriam refundatur. Sicut enim luna, ut supra docuimus, spatio quattuor punctorum quotidie tardius oriri, tardius occidere quam pridie orta est vel occiderat solet, ita etiam maris aestus uterque, sive diurnus sit, et nocturnus, seu matutinus et vespertinus, eiusdem pene temporis intervallo tardius quotidie venire, tardius redire non desinit. Punctus autem quinta pars horae est, quinque enim puncti horam faciunt. Unde fit ut quia luna in duobus suis mensibus, id est, diebus 59, quinquages et septies terrae orbem circuit, aestus Oceani per tempus idem geminato hoc numero, id est, 114 vicibus, exundet ad superiora, et tot aequae vicibus suum relabatur in alveum, quia luna in 29 diebus vicies octies terrae ambitum lustrat, et in 12 horis quae ad naturalis usque mensis plenitudinem supersunt dimidium terrae circuit orbem, ut quae, verbi gratia, praeterito mense super terram meridie, nunc media nocte sub terra solem accendenda consequatur, per tantumdem temporis geminatis aestus sui vicibus, quinquages septies. Maria alta tumescant, obicibus ruptis, rursusque in seipsa residunt. Quia luna in dimidio mensis spatio, hoc est, in 15 noctibus ac diebus quater decies terram circumlabitur, insuper et dimidium terrae semel. Unde fit ut Orientem plena vespere teneat, quae pridem nova vespere Occidentem tenuerat. Mare per id temporis vicies novies adfluit simul et remeat; et sicut luna per dies 15, ut diximus, naturali cursu sui tarditate de occidente in orientem vespertina refunditur, et quae matutina hodie Orientem tenebat, post dies 15 matutina in Occidente videbitur, ita etiam aestus Oceani nunc vespertinus post dies 15 fit matutinus, ac contra matutinus, quotidiano detractus impedimento, vespertinus adsurgit. Et quoniam luna per annum, id est, menses 12 suos, qui sunt dies 354, duodecim vicibus minus, hoc est, trecenties quadragies et bis, terrae ambit

orbem, aestus Oceani tempore eodem 684 vicibus et ipse terras adluit ac resilit. Imitatur autem lunae cursum mare non solum communi accessu et recessu, sed etiam quodam sui status profectu defectuque perenni, ita ut non tardior solum quam pridie, verum etiam maior minorve quotidie redeat aestus. Et crescentes quidem malinas, decrescentes autem placuit appellare ledones, qui, alternante per septenos octonosve dies successu, mensem inter se quemque quadriformi suae mutationis varietate dispertiunt. Saepe quidem aequa uterque sorte septenis diebus ac dimidio cursum consummantes, saepe, vel ventis impellentibus, aut repellentibus, vel alia qualibet accedente sive naturali vi cogente, tardius citiusve venientes, aut minus ampliusve solito ferventes, ita ut aliquoties ordine turbato malina plures sibi aestus hoc mense, pauciores vindicet in alio; unde uterque motus nunc vespertino nasci, nunc matutino consuevit in aestu. Et siquidem aestu vespertino vel novilunio, vel plenilunio, instante malinam nasci contigerit, idem aestus quotidie per VII malinae dies subsequentes fit maior et violentior aestu matutino. Similiter matutino si fuerit malina orta sub aestu, matutinus jam maiori per dies contegit aequore terras. Porro vespertinus finibus quos matutinus aestus coeperat contentus, ulterius cursum extendere negligit, quamvis quibusdam in mensibus uterque aestus in dissimili per omnia cremento proficit. Quanto autem plus aestus maior littora terrasque contexerit, et fluvios ac freta compleverit, tanto latius recedens eadem littora maris exhaurire atque enudare consuevit. Unde videat qui potest an verum sit quod, Philippo teste, ferunt quidam atque confirmant, illam immensam maris Oceani effusionem per omnium regionum ac patriarum fluvios ituram, uno puncto temporis fieri. Scimus enim nos, qui diversum Britannici maris littus incolimus, quod ubi hoc aequor aestuare coeperit, ipsa hora aliud incipiat ab aestu defervere; et hinc videtur quibusdam quia recedens aliunde aliorum unda recurat, iterumque relictis quos adierat finibus, priores festina repetat, ideoque se ad tempus maior malina his littoribus abiens amplius abducat, ut alibi adveniens amplius exundare sufficiat, quod ex lunae cursu potest facillime deprehendi. Verbi gratia, hoc mare, posita circa brumalem solis auctum, vel solstitialem eius occasum, luna, cujuscunque aetatis, sive super terram, seu sub terra sit, aestum solet attollere; at posita circa brumalem solis occubitum, vel solstitialis eius exortum, reflectere. Porro aliis in partibus ab ea coeli plaga recessum maris luna qua hic signat accessum; non solum autem, sed et in uno eodemque littore quo ad Boream mei habitant, multo me citius aestum maris omnem, qui vero ad Austrum, multo serius accipere pariter et refundere solent, servante quibusque in regionibus luna semper regulam societatis ad mare quamcunque semel acceperit. Ergo malinam quinque fere ante novam sive plenam lunam diebus, ledonem totidem ante dividuam saepius incipere comperimus, et circa aequinoctia duo majores solito aestus adsurgere, inanes vero bruma, et magis solstitio, semperque luna in Aquilonia et a terris longius recedente, mitiores, quam cum in Austro digressa propriae visu vim suam exercet, aestus adfluere, naturalis ratio cogit. Per denos autem et novenos annos, juxta lunaris circuli ordinem, etiam maris cursus ad principia motus et paria incrementa recurrit.

CAPUT XXX. De aequinoctiis et solstitiis.

De aequinoctiis, quod octavo Calendarum Aprilium, et octavo Calendarum Octobrium, et de solstitiis, quod octavo Calendarum Juliarum, et octavo Calendarum Januariarum die sint notanda, multorum late et sapientium saeculi, et Christianorum sententia claret. Denique Plinius Secundus, idem orator et philosophus, in libro secundo Naturalis historiae: «Sol autem, inquit, ipse quatuor differentias habet: bis aequata nocte diei, vere et autumno in centrum incidens terrae, octavis in partibus Arietis ac Librae; bis permutatis spaciis in auctum diei bruma octava in parte Capricorni; noctis vero solstitio totidem in partibus Cancri. In aequalitatis causa obliquitas signiferi est, cum pars aequa mundi super subterque terras omnibus fiat momentis. Sed quae recta in exortu suo consurgunt signa, longiore tractu tenent

lucem; quae vero obliqua, ocyore transeunt spacio.» Sed et Hippocrates ἀρχίατρος Antigono regi scribens, per anni spacium qualiter ad praecavendas imbecillitates se observare deberet, ita dicit: «Itaque exordium incipiamus a solstitio, id est, VIII Calendas Januarias, ex qua die humor corporibus crescit usque ad aequinoctium vernum, qui sunt dies XC. Hoc tempus auget hominis phlegma, ex quo frequenter nascitur hominibus catharrus, et distillatio uvae, et punctio laterum, caligo et tinnitus aurium, et odorari nihil possunt. Tali igitur tempore utere calidis et laseratis, et optimis cibus piper habentibus et sinapi, raro lana, caput vero sine intermissione purga; vino indulge, Veneri non parce dies XLV. Proxime sequentes autem sunt ex supradicto dicto die usque ad aequinoctium vernum dies XC, ex supradicto die VIII Calendas Aprilis usque ad VIII Idus Maias sunt dies XLV. His diebus augentur hominibus humores dulces, id est, sanguis. Utere bene olentibus cibus et acerrimis. Item ex die octavo Idus Maias usque in diem octavum Calendas Julias XLV. His diebus crescit bilis amara, id est, cholera rubea. Utere cibus dulcibus, vino indulge, Veneri parce, jejunia minime exequere. Item incipit tempus aestivum ex die octavo Calendas Julias, ipso momento incrementa fellis rubei amittuntur, et cholera nigra ad crescit, quod esse constat usque ad aequinoctium autumnii, id est, usque ad tempora frigoris. Utere cibus dulcibus cunctis, et bene olentibus, et frigidioribus, et qui ventrem molliant per dies XC. Ab aequinoctio autem autumnii, quod est ex die VIII Calendarum Octobrium usque in diem octavum Calendarum Januarium, desinit nigri fellis amaritudo, et humoris crassitudo augetur. Utere cibus calidis et acerrimis omnibus, et abstine Venere, et manus lavabis. Ex die supra scripto usque in occasum Vergiliarum, hoc est, in diem sextum Idus Febr., sunt dies XLVI in occasum Pleiadum. De hac hora hominibus sanguis ad crescit. Convenit ergo comedere laetissimos [An lautissimos?] cibos, et indulgere vino et Veneri: dies sunt ii hiberni XLVII.» Haec quidem gentiles, quibus non dissimilia de tempore etiam per plures Ecclesiae tradidere magistri, dicentes: VIII Calendas Aprilis in aequinoctio verno Dominum conceptum et passum, eundem in solstitio brumali VIII Calendas Januarias natum. Item beatum praecursorem et baptistam Domini VIII Calendas Octobres in aequinoctio autumnali conceptum, et in aestivo solstitio VIII Calendas Julias natum; addita insuper expositione, quod auctorem lucis aeternae cum cremento lucis temporariae concipi simul et nasci deceret. Poenitentiae vero praeconem, quem oportebat minui, cum inchoata minoratione lucis generari pariter et concipi. Verum quia sicut in ratione paschali didicimus aequinoctium vernale duodecimo Calendarum Aprilium die cunctorum Orientalium sententiis, et maxime Aegyptiorum, quos calculandi esse peritissimos constat, specialiter adnotatur, caeteros quoque tres temporum articulos putamus aliquanto priusquam vulgaria scripta continent esse notandos. Ut enim de aequinoctio verno, quod caput esse memoratarum quatuor mutationum annalium mundi origo docet, breviter loquamur, regula tenet ecclesiasticae observationis, a Nicaeno confirmata concilio, ut Paschae dies ab XI Calendas Apriles usque in VII Calendas Maias inquiretur. Item catholicae institutionis regula praecipit ut ante vernalis aequinoctii transgressum Pascha non celebretur. Qui igitur VIII Calendarum Aprilium die putat aequinoctium, necesse est idem aut ante aequinoctium Pascha celebrari licitum dicat, aut ante octavum Calendarum Aprilium diem Pascha celebrari licitum neget. Ipsum quoque Pascha, quod Dominus pridie quam pateretur cum discipulis fecit, aut IX Calendarum Aprilium die non fuisse, aut ante aequinoctium fuisse confirmet; non enim nostri tantum temporis, sed etiam legalis et Mosaica decernit institutio, non ante transcensum hujus aequinoctii diem festi paschalis esse celebrandum, sicut, attestante Anatholio, evidenter docet Philo et Josephus, sicut eorum antiquiores AGATHOBOLUS, et ab eo eruditus ARISTOBOLUS ex Paneade, qui unus ex illis LXX senioribus fuit qui missi fuerunt a Pontificibus ad Ptolemaeum regem Hebraeorum libros interpretari in Graecum sermonem, quique multa ex traditionibus Moysi proponenti regi percunctantique responderunt. Ipsi ergo cum quaestiones Exodi exponerent, dixerunt Pascha non prius esse immolandum quam aequinoctium vernale transiret. Unde nos necesse est, ob conservandam veritatis regulam,

dicamus aperte, et Pascha ante aequinoctium tenebrasque devictas non immolandum, et hoc aequinoctium duodecimo Calendarum Aprilium diei veraciter adscribendum, sicut non solum auctoritate paterna, sed et horologica consideratione docemur; sed et caetera tria temporum hujusmodi confinia simili ratione aliquot diebus ante octavum Calendarum sequentium esse notanda.

CAPUT XXXI. De dispari longitudine dierum et vario statu umbrarum.

Et quidem aequinoctialis dies omni mundo aequalis et una est; verum solstitialis et caeteri omnes diversae longitudinis pro ratione climatum disparium sunt et umbrarum, quod et libri vel Christianorum, vel gentilium industria editi, et testes idonei, qui de utrisque partibus, et borealibus scilicet et meridianis advenere, luce clarius pandunt. Denique beatus Ambrosius, in libro quarto Hexameron, de temporibus et discursu solis disputans, ait inter caetera: «Medio quoque die minor umbra, quam vel in principio est diei, vel fine, et hoc apud nos in parte occidentis. Caeterum sunt qui per duos totius anni dies sine umbra fiunt in partibus meridianis, eo quod solem habentes super verticem suum, undique per circuitum illuminentur, unde et ἄσκιος dicuntur Graece. Plerique etiam ferunt sic e regione ex alto ferri solem, ut per angustiam puteorum aquam, quae in profundo est, viderint refulgere. Esse autem dicuntur in meridiano, qui ἀμφίσκιος vocantur, eo quod umbram ex utroque latere transmittant.» Et paulo post: «Sunt enim in hoc quem nos incolimus orbe terrarum, circa meridiem positi, qui in Australem plagam videantur umbram transmittere, hoc autem fieri dicitur summo aestu, cum in Aquilonem sol dirigitur.» Cui paria scribit Basilius, et ipse in expositione Geneseos. Sed et Plinius secularibus literis, sed non contemnendis, haec ipsa latius exequens ita scribit: «Vasaque horoscopii non eadem sunt usui in trecentis stadiis, aut ut longissime in quingentis, mutantibus semet umbris solis; itaque umbilici, quem gnomonem appellant, umbra in Aegypto meridiano tempore, aequinoctii die, paulo plus quam dimidiam gnomonis mensuram efficit. In urbe Roma nona pars gnomonis deest umbrae. In oppido Ancona superest quinta tricesima. In parte Italiae, quae Venetia appellatur, iisdem horis umbra gnomoni par fit. Simili modo tradunt in Syene oppido, quod est supra Alexandriam V millibus stadiorum, solstitii die medio nullam umbram jaci, puteumque ejus experimenti gratia factum, totum illuminari, ex quo apparet tum solem illi loco supra verticem esse; quod et in India supra flumen Hyphasim fieri tempore eodem Onesicritus scripsit; constatque in Berenice urbe Troglodytarum, unde stadiis MMMMDCCCXX in eadem Ptolemaide oppido, quod in margine Rubri maris ad primos elephantorum venatus conditum est, hoc idem ante solstitium quadragenis quinque diebus totidemque postea fieri, et post eos XC dies in meridiem umbras jaci. Rursus in Meroe insula, quae caput gentis Aethiopum, V millibus stadiorum a Syene, in amne Nilo habitat, bis anno absumi umbras, sole devicesimam Tauri partem, et quartam decimam Leonis obtinente. In Indiae gente Oretum mons est, Malaesus nomine, juxta quem umbrae aestate in Austrum, hyeme ad Septentrionem jaciuntur: XV tantum noctibus ibi apparet Septentrio. In India Patalis celeberrimo portu sol dexter oritur, umbrae in meridiem cadunt, Septentrionem ibi Alexandro morante adnotatum, prima tantum parte noctis aspici. Onesicritus dux ejus scripsit, quibus in locis Indiae umbrae non sint, Septentrionem non conspici; ex eo loca appellari Ascia, nec horas dinumerari ibi. Et tota Troglodytice umbras bis XLV diebus in anno Eratosthenes in contrarium cadere prodidit. Sic fit, ut vario lucis incremento in Meroe longissimus dies XII horas aequinoctiales, et VIII partes unius horae colligat, Alexandriae vero XIII horas, in Italia XV, in Britannia XVII, ubi aestate lucidae noctes haud dubie repromittunt id quod cogit ratio credi, solstitii diebus accedente sole propius verticem mundi, angusto lucis ambitu subjecta terrae continuos dies habere senis mensibus, noctesque e diverso ad brumam remoto. Quod fieri in Insula Thule Pythias Massiliensis scribit, VI dierum navigatione in Septentrionem a Britannia distante.» Haec de

longitudine dispari solstitialium dierum Plinius intexendo, etiam brumalium dierum quae sit in partibus longitudo subintelligendum reliquit. Sed et noctis utroque tempore quae sit mensura, aequae clarum reddidit, quia necesse est cujuscunque sint longitudinis dies, simul et nox XXIII horarum spacium compleant. Sed notandum quod de Thule aliter scripsit Solinus: «Thule, inquit, ultima, in qua aestivo solstitio, solo de cancri sidere faciente transitum, nox nulla; brumali solstitio perinde nullus dies.» Quod Plinius quoque in libro septimo non praetermisit: «Ultima, inquit, omnium quae memorantur Thule, in qua solstitio nullas esse noctes indicavimus, Cancris signum sole transeunte, nullosque contra per brumam dies. Hoc quidam senis mensibus fieri arbitrantur.»

CAPUT XXXII. Causa inaequalitatis dierum eorundem.

Causa autem inaequalitatis eorundem dierum terrae rotunditas est; neque enim frustra et in Scripturae divinae, et in communium literarum paginis orbis terrae vocatur. Est enim revera orbis idem in medio totius mundi positus, non in latitudinis solum gyro, quasi instar scuti rotundus, sed instar potius pilae undiqueversum aequali rotunditate persimilis, neque autem in tantae mole magnitudinis, quamvis enormem, montium valliumque distantiam, quantum in pila ludica unum digitum, tantum addere vel demere crediderim. Talis ergo schematis terra mortalibus ad inhabitandum data, solis circuitus in hoc mundo lucentis certa ratione constitutionis Dei, alibi diem exhibet, alibi noctem relinquit. Et quia, sicut Ecclesiastes ait, Oritur sol, et occidit, et in locum suum revertitur, ibique renascens gyrat per Meridiem, et flectitur ad Aquilonem, necesse est circumiens Orientalibus quibusque prius quam Occidentalibus sub eadem linea positus mane, meridiem, vesperam adducat, ejusdem tamen longitudinis dies utrisque toto anno, sicut et noctes, faciat, item necesse est omnibus sub Aquilonis et Austri plaga contra invicem et eadem linea positus, per totum annum vertentis circuitum, uno eodemque temporis puncto Sol medium coeli conscendat igneus orbem.

No obstante, no nace ni se pone al mismo tiempo o en la misma hora para todos, sino que, al recorrer la región del sur en invierno, llega antes a aquellos que habitan el lado meridional de la tierra, pero se pone más tarde que para nosotros, que estamos al norte, donde el globo terráqueo obstruye su salida, pero obtenemos su ocaso más rápidamente. Por el contrario, en el círculo estival, aparece mucho antes para nosotros que habitamos bajo el mismo, y parece que se pondrá mucho más tarde que para aquellos que viven en el seno meridional de la tierra, quienes, debido a la cobertura de la misma tierra, se les prohíbe verlo antes y se ven obligados a perderlo más rápidamente. Por lo tanto, tienen días más cortos que nosotros en verano y más largos en invierno. Esto no solo se puede conocer por el giro solar, sino también por la posición de todas las estrellas que corren bajo diferentes regiones del polo; la redondez de la tierra hace que algunas estrellas del sur, incluso las más brillantes, nunca nos sean visibles, mientras que nuestras estrellas septentrionales se ocultan en gran parte para ellos. Finalmente, los mismos septentriones, que para nosotros ascienden sobre el vértice y nunca se ponen, no son visibles para los trogloditas y la vecina Egipto. Además, la estrella más grande de ellos, una vez adorada con el nombre de Dios, no puede ser vista ni por nosotros los británicos ni por Italia, el Canopo; no porque la luz de las estrellas se retire y disminuya gradualmente para los más lejanos, sino porque la masa de la tierra interpuesta impide el espacio de visión. Todo esto se puede probar fácilmente desde cualquier montaña muy grande habitada por todos lados.

CAPÍTULO XXXIII. En qué lugares son iguales las sombras o los días.

Y porque anteriormente mostramos, según las palabras de Plinio el Segundo, la distancia de los días solsticiales entre aquellos que están separados al sur y al norte, parece oportuno ahora declarar más ampliamente lo mismo, y también la consonancia de los días entre aquellos que habitan en cualquier parte del mundo bajo la misma línea que se extiende de este a oeste, según sus palabras. Así, escribiendo sobre esto en el sexto libro de la Historia Natural: «Hay más segmentos del mundo, que nuestros antepasados llamaron círculos, los griegos παράλληλους: comienza en la parte de la India que se dirige al sur, se extiende hasta Arabia y los habitantes del Mar Rojo; están contenidos los Gedrosios, Carmanos, Persas, Elimaeos, Partos, Syene, Aria, Susiana, Mesopotamia, Seleucia, llamada Babilonia, Arabia hasta las piedras de Siria, Pelusio de Egipto; y la costa inferior llamada Cora, Alejandría, la marítima de África, todas las ciudades de Cirenaica, Tapsus, Hadrumetum, Clupea, Cartago, Útica, ambos Hippo, Numidia, ambas Mauritania, el mar Atlántico, las columnas de Hércules. En este círculo del cielo, en el día del equinoccio, el gnomon, que llaman umbilicus, de siete pies de largo, no proyecta una sombra de más de cuatro pies de largo. Las noches y los días más largos tienen catorce horas equinociales, los más cortos, por el contrario, diez. El siguiente círculo comienza en la India que se inclina hacia el oeste, pasa por los Medos, Partos, Persépolis, la parte más cercana de Persia, Arabia más cercana, Judea, los habitantes del monte Líbano. Abarca Babilonia, Idumea, Samaria, Jerusalén, Ascalón, Joppe, Cesarea, Fenicia, Ptolemaida, Sidón, Tiro, Berito, Botrin, Trípoli, Biblos, Antioquía, Laodicea, Seleucia, la marítima de Cilicia, el sur de Chipre, el sur de Creta, Lilybaeum en Sicilia, el norte de África y Numidia. El umbilicus en el equinoccio hace una sombra de treinta y cinco pies de largo. El día y la noche más largos son de catorce horas equinociales, con un quinto de una hora adicional. El tercer círculo se origina cerca de los indios Imao. Se extiende por las puertas Caspias cercanas a Media, Cataonia, Capadocia, Tauro, Amano, Issus, las puertas de Cilicia, Solos, Tarso, Chipre, Pisidia, Panfilia, Side, Licaonia, Patara de Licia, Xanthus, Caunus, Rodas, Cos, Halicarnaso, Gnido, Dórida, Quíos, Delos, las Cícladas medias, Cythium, Malea, Argos, Laconia, Elin, Olimpia, Mesena del Peloponeso, Siracusa, Catania, el centro de Sicilia, el sur de Cerdeña, Cartegiam, Gades. Todas las sombras del gnomon hacen treinta y ocho pulgadas. El día más largo es de catorce horas equinociales y media con un trigésimo de una hora. Bajo el cuarto círculo están, desde el otro lado de Imao, el sur de Capadocia, Galacia, Misia, Sardis, Esmirna, el monte Sipilo de Lidia, Caria, Jonia, Tralles, Colofón, Éfeso, Mileto, Quíos, Samos, el mar Icario, las Cícladas septentrionales, Atenas, Megara, Corinto, Sición, Acaya, Patras, el Istmo, Epiro, el norte de Sicilia, la Narbonense de la Galia, la marítima de España desde Cartagena nueva, y de allí al ocaso, las sombras del gnomon de veintiún pies corresponden a dieciséis pies. El día más largo tiene trece horas equinociales y dos tercios de una hora. El quinto segmento se extiende desde la entrada del mar Caspio, Bactria, Iberia, Armenia, Misia, Frigia, el Helesponto, Troas, Tenedos, Abidos, Scepsis, Ilión, el monte Ida, Cícico, Lámpsaco, Sinope, Amisos, Heraclea en el Ponto, Paflagonia, Lemnos, Imbros, Tasos, Casandria, Tesalia, Macedonia, Larisa, Anfípolis, Tesalónica, Pella, Edesa, Berea, Farsalia, Caristo, Eubea, Beocia, Calcis, Delfos, Acarnania, Etolia, Apolonia, Brindisi, Tarento, Turios, Locros, Regio, Lucania, Nápoles, Pozzuoli, el mar de Toscana, Córcega, Baleares, el centro de España. El gnomon de siete pies, sombras de seis. La magnitud del día suma quince horas equinociales. La sexta comprensión, que contiene la ciudad de Roma, abarca las gentes Caspias, el Cáucaso, el norte de Armenia, Apolonia sobre el Ríndaco, Nicomedia, Nicea, Calcedonia, Bizancio, Lisimaquia, el Quersoneso, Melanensium, Abdera, Samotracia, Maronea, Oeno, Bessica, Tracia, Media, Peonia, Ilirios, Dyrrachium, Canusium, el extremo de Apulia, Campania, Etruria, Pisa, Luna, Luca, Génova, Liguria, Antípolis, Marsella, Narbona, Tarragona, el centro de la Tarraconense de España, y de allí por Lusitania, el gnomon de nueve pies, sombras de ocho. Los espacios más largos del día, horas equinociales quince, con una novena parte de una hora añadida, o,

como le agradó a Nigidius, una quinta. La séptima división comienza desde la otra orilla del mar Caspio, va sobre Callatis, el Bósforo, el Borístenes, Tomos, la parte trasera de Tracia, los Triballos, el resto de Iliria, el mar Adriático, Aquilea, Altino, Venecia, Vicenza, Padua, Verona, Cremona, Rávena, Ancona, Piceno, los Marsos, los Pelignos, los Sabinos, Umbría, Rímini, Bolonia, Plasencia, Milán, y todo lo que está más allá de los Apeninos, y a través de los Alpes, la Galia Aquitania, Viena; el Pirineo, Celtiberia. El umbilicus de treinta y cinco pies, sombras de treinta y seis. Sin embargo, para igualar la sombra del gnomon en parte de Venecia, el día más amplio es de quince horas equinociales, y tres quintas partes de horas. Hasta aquí hemos celebrado las exactitudes de los antiguos. Los más diligentes de los siguientes asignaron lo que queda de las tierras a tres segmentos. Desde el Tanais a través del lago Meotis, y los sármatas hasta el Borístenes, y así a través de los dacios y parte de Germania, las Galias, abarcando las costas del océano, que sería de dieciséis horas. Otro a través de los hiperbóreos y Britania, de diecisiete horas. El último escita desde las montañas Rifeas hasta Tule, en el que los días se continuarían, como dijimos, y las noches por turnos. Los mismos también antes de los principios que hicimos, colocaron dos círculos. El primero a través de la isla Meroe, y Ptolemaida, en el mar Rojo, fundada para la caza de elefantes, donde el día más largo sería de doce horas, media hora más; el segundo a través de Syene de Egipto, que sería de trece horas.» Estos extractos de los escritos de Plinio el Segundo tienen su lugar en nuestras obras.

CAPÍTULO XXXIV. De los cinco círculos del mundo y el curso subterráneo de las estrellas.

Ciertamente, ya que al hablar de los tiempos hemos tenido que recordar varias veces el círculo o zona equinoccial, solsticial o brumoso, pensamos que era necesario hablar de ellos un poco más ampliamente. Los filósofos suelen distinguir las desigualdades de los tiempos o los cursos anuales del sol con estos términos, llamando zona o círculo equinoccial a aquella región del cielo por donde el sol pasa alrededor de los equinoccios; solsticial, por donde pasa alrededor del solsticio; brumoso, por donde en invierno suele rodear el mundo. Los círculos o zonas se llaman así porque se forman por el circuito del sol, de los cuales la zona equinoccial, que es la media, se curva alrededor de la tierra en igual espacio por encima y por debajo, mientras que la solsticial tiene tan poco espacio bajo la tierra como la brumosa, que actúa sobre la tierra. Asimismo, la brumosa, que es estrecha sobre la tierra, tiene tanta amplitud de circuito bajo la tierra como la solsticial sobre la tierra, porque ciertamente el sol en el equinoccio exige tanto espacio de noche bajo la tierra como de día sobre la tierra, con tanta diferencia oculto en las partes boreales como visible desviando su camino hacia el sur. Además, en invierno se extiende tanto bajo las partes inferiores de la tierra como en el solsticio se desliza sobre las partes elevadas de la tierra en un largo y amplio circuito. De manera similar, en el círculo estival, es decir, solsticial, hace un recorrido tan breve bajo los lugares septentrionales de la tierra de noche como sobre los lugares meridionales de la misma en los días invernales hace un breve ascenso. Así como cualquier noche del año tiene la longitud que tuvo hace seis meses y tendrá después de seis meses el día, así el sol ahora de noche hace tanto recorrido bajo la tierra como hace seis meses lo hizo y hará después de seis meses sobre la tierra; y tanto ahora de noche hacia el norte, como entonces de día girando hacia el sur. Pero también todas las estrellas, después de completar un curso de seis meses, recorren de día aquella región del cielo que antes recorrían de noche, repitiendo el mismo tiempo de seis meses, realizan sus vigiliat nocturnas habituales, cada una haciendo un recorrido más amplio bajo la tierra cuanto más estrecho sobre ella, y también un recorrido más corto bajo cuanto más largo sobre la tierra. De ahí que en un año solar, Arcturus, Orión y el perro, así como el círculo lechoso y el resto del ejército celestial, rodeen el orbe de la tierra una vez más que el propio sol. Fuera de estos tres círculos del sol, colocan dos círculos en

ambos lados, el septentrional y el austral: de los cuales el septentrional, siempre visible a nuestros ojos, no se forma por el circuito del sol, sino por el de Arcturus y las estrellas que lo rodean; y porque carece de la proximidad del sol, no deja de ser frío. Similar a él es el austral, también frío por la lejanía del sol y siempre oculto para nosotros por la obstrucción de la tierra. De ambos se dice en la alabanza de Dios: «Él hace a Arcturus y a Orión, y a las Híades, y las partes interiores del sur.» Y en otro lugar: «Él extiende el norte sobre el vacío.» También el poeta menciona estos: «Cinco zonas sostienen el cielo, de las cuales una siempre resplandece con el sol ardiente y siempre está abrasada por el fuego.»

Esta es la equinoccial, que porque el sol siempre la ilumina, ya sea presente o cercano de un lado u otro, las tierras subyacentes, quemadas por las llamas y calcinadas, se tuestan por el calor cercano. «Alrededor de ella, las extremas a la derecha y a la izquierda se arrastran, congeladas con hielo azul y lluvias oscuras.»

Se refiere al septentrional y al austral, a los cuales todo lo que está sujeto, debido a la ausencia del sol y de las estrellas más suaves, está infestado por el rigor y el hielo eterno, como lo atestigua el mismo mar congelado, que desde la isla Tule está a un día de navegación hacia el norte. «Entre estas y la media, dos fueron concedidas a los mortales enfermos por el don de los dioses.»

Se refiere a la solsticial y a la brumosa, que son templadas por estar cerca de las ardientes y de las heladas; por eso ambas se dicen habitables, es decir, aptas para la habitación, y no repelen el acceso de los mortales ni por la inclemencia del frío ni por el calor, aunque solo pueden probar que una está habitada. Pues no se debe dar crédito en absoluto a las fábulas de los antípodas, ni ningún historiador ha informado haber visto, oído o leído de alguien que haya cruzado al sur del sol invernal, de modo que, dejando el sol a sus espaldas, después de atravesar los calores de los etíopes, hayan encontrado más allá de ellos lugares templados por el calor de un lado y el frío del otro, y habitables por los mortales. Finalmente, el muy hábil investigador de la naturaleza, Plinio el Segundo, que no niega que la tierra, aunque tenga la figura de una nuez de pino, no obstante, está habitada por todas partes, mira lo que dice escribiendo sobre estas zonas. «Alrededor, dice, solo dos están templadas entre la abrasada y las heladas, y estas mismas no son accesibles entre sí debido al incendio del astro. Dan un ejemplo muy fácil de estas zonas, aquellos que en el rigor más helado del invierno se calientan junto a un fuego hecho en forma alargada, donde el mismo fuego es como la zona media, y lo más cercano a él es completamente intocable debido al ardor; lo que está más lejos de las llamas de un lado u otro se congela en el frío común. Pero lo que está entre estos, templado de ambos lados, es adecuado para calentar, ya sea que quieran estar de un lado o del otro del fuego, que se han preparado para sí mismos en la oscuridad de la noche fría al aire libre para la luz y el calor. Si el fuego pudiera girar como el sol, ciertamente formaría cinco círculos; pero como está fijo, hace cinco líneas, una en el medio ardiente, dos alrededor heladas, y otras dos templadas entre estas.»

CAPÍTULO XXXV. De las cuatro estaciones, elementos, humores.

Las estaciones del año son cuatro, en las que el sol, al recorrer diferentes espacios del cielo, temple el orbe subyacente, por la divina sabiduría que lo dispone, para que no permanezca siempre en los mismos lugares, devastando con la aridez del calor el ornato mundano, sino que, al trasladarse gradualmente a diferentes lugares, conserve los temperamentos necesarios para el nacimiento y maduración de los frutos terrenales. De este temperamento parece derivarse el nombre de estaciones, o ciertamente porque, por una cierta similitud de su calidad, se vuelven unas a otras, se llaman correctamente estaciones. El invierno, como el sol

está más alejado, es frío y húmedo. La primavera, cuando regresa sobre la tierra, es húmeda y cálida. El verano, cuando está en su punto más alto, es cálido y seco. El otoño, cuando se aleja hacia las regiones inferiores, es seco y frío; y así, al abrazar cada uno con un medio moderado lo que está a su alrededor, todo se concluye en un círculo como un orbe. Estas mismas cualidades, aunque dispares por sí mismas, pero conectadas entre sí por una sociedad mutua, también distinguen los elementos del mundo. La tierra es seca y fría, el agua fría y húmeda, el aire húmedo y cálido, el fuego es cálido y seco; por eso se compara al otoño, al invierno, a la primavera y al verano, respectivamente. Pero también el mismo hombre, que los sabios llaman microcosmos, es decir, un mundo menor, tiene su cuerpo temperado en todo por estas mismas cualidades, imitando cada una de ellas a los humores de los que se compone, según el modo de las estaciones en las que más prevalece. La sangre, que crece en primavera, es húmeda y cálida. La bilis roja, que en verano, es cálida y seca. La bilis negra, que en otoño, es seca y fría. Los flemas, que en invierno, son frías y húmedas. Y ciertamente la sangre prevalece en los niños, la bilis roja en los adolescentes, la melancolía en los adultos, es decir, la bilis mezclada con la hez del negro, los flemas dominan en los ancianos. Asimismo, la sangre hace a aquellos en quienes más prevalece, alegres, felices, misericordiosos, que ríen y hablan mucho. La bilis roja hace a los delgados, aunque comen mucho, veloces, audaces, iracundos, ágiles. La bilis negra hace a los estables, serios, de modales compuestos, y engañosos. Los flemas generan a los lentos, somnolientos, olvidadizos. Sin embargo, los principios de las estaciones los colocan de manera diversa diferentes personas. Isidoro, obispo de Hispania, dijo que el invierno comienza el 23 de noviembre, la primavera el 22 de febrero, el verano el 24 de mayo, el otoño el 23 de agosto. Pero los griegos y romanos, cuya autoridad en esta disciplina se suele seguir más que la de los hispanos, decretan que el invierno comienza el 7 de noviembre, la primavera el 7 de febrero, el verano el 7 de mayo, el otoño el 7 de agosto, señalando los inicios del invierno y el verano con el orto o el ocaso vespertino o matutino de las Pléyades. Asimismo, los inicios de la primavera y el otoño, cuando las Pléyades se levantan y se ponen casi a mediodía o medianoche. Finalmente, en los libros auténticos y más nobles de los cosmógrafos, encontramos que las mismas estaciones están así distinguidas, anotando también el orto de las Pléyades el 7 de mayo y su ocaso el 7 de noviembre. Y Plinio el Segundo, en el segundo libro de la Historia Natural, juzgó que debían distinguirse de la misma manera. Pero también el santo hombre de la Iglesia, Anatolio, en su obra pascual, después de haber discutido muy sutilmente sobre los equinoccios y solsticios, y sobre el incremento de las horas y momentos, así terminó su discusión y el mismo librito: «No ignores, sin embargo, que los mismos cuatro confines de las estaciones que mencionamos, aunque se aproximen a las Calendas de los meses siguientes, cada uno de ellos ocupa el medio de las estaciones, es decir, de la primavera y el verano, del otoño y el invierno, y no se inician los principios de las estaciones desde donde se inician las Calendas de los meses, sino que cada estación debe comenzar de tal manera que el equinoccio divida el tiempo desde el primer día de la primavera, y el verano el 24 de junio, y el otoño el 24 de septiembre, y el invierno el 24 de diciembre, de manera similar.» Donde el pueblo de Dios en la ley hacía los inicios de las estaciones, lo testimonia la Escritura, que ordenó diciendo: «Observa el mes de las nuevas cosechas, y el primer tiempo de la primavera, y harás la Pascua al Señor tu Dios.» A quienes parecen haber seguido los egipcios, por lo que su eruditísimo sacerdote Protereo dice: «También es necesario observar que se equivocan mucho aquellos que establecen el inicio del primer mes del curso lunar el 25 de marzo, que es el 12 de abril, porque parece que el inicio del tiempo de la primavera fue fijado por aquellos que quisieron encontrarlo con toda diligencia. Se llama primavera porque en ella todo florece, es decir, reverdece. El verano por el calor que se da en él para madurar los frutos. El otoño, por la recolección de los frutos que se recogen en él. Por otro lado, el invierno es interpretado por los doctores como frío y esterilidad. Y estos nombres de las

estaciones ciertamente concuerdan con nuestras partes. Pero se dice que los indios, donde hay otra faz del cielo, otros son los ortos de las estrellas, tienen dos veranos en el año y dos cosechas, en medio de su invierno, con el soplo de los etesios, mientras que en nuestro invierno tienen suaves brisas y un mar navegable. Pero también Egipto, en medio de nuestro invierno, se dice que tiene campos floridos con hierbas y bosques cargados de frutos.

CAPÍTULO XXXVI. De los años naturales.

El año recibió su nombre ya sea por la renovación de todas las cosas que habían pasado en orden natural, o por el ciclo del tiempo, porque los antiguos solían poner "am" por "circum", como dice Cato en las Orígenes, "oratorum amterminum", es decir, "circumterminum"; y se dice "ambire" por "circumire". Sin embargo, hay un año lunar, uno solar, uno de las estrellas errantes, y uno de todos los planetas juntos, al que llaman especialmente grande. Pero el año lunar se entiende de cuatro maneras: el primero es cuando la luna, recorriendo el zodiaco en 27 días y 8 horas, regresa al signo del que salió. El segundo es dos días y cuatro horas más largo, que comúnmente se llama mes, cuando, después de 29 días y 12 horas, vuelve al sol del que se había separado. El tercero, que se completa en 12 meses de este tipo, es decir, en 354 días, y se llama común, porque dos de estos suelen correr juntos. El cuarto, que en griego se llama "ἐμβολισμὸς", es decir, super aumento, tiene 13 meses, es decir, 384 días, ambos comienzan y terminan en el mes pascual entre los hebreos. Entre los romanos, sin embargo, comienza con la luna de enero y termina allí. Asimismo, el año del sol es cuando regresa a los mismos lugares de las estrellas, después de 365 días y 6 horas, es decir, un cuarto de día completo, que multiplicado por cuatro obliga a intercalar un día que los romanos llaman bisiestro, para que se vuelva al mismo ciclo. El cuarto año del ciclo solar es bisiestro, un día más largo que los otros tres, y cuando se completa, el sol regresa a todos los lugares de los signos en las mismas horas de día y noche que hace cuatro años. El año de las estrellas errantes es aquel en el que cada una de ellas recorre el zodiaco, del que hablamos antes. El gran año es cuando todas las estrellas errantes regresan a sus respectivos lugares que tuvieron simultáneamente. De esto, Josefo, en el primer libro de las Antigüedades, capítulo 4, al describir la longevidad de los primeros hombres, menciona: «Nadie, comparando la vida moderna y la brevedad de los años en los que ahora vivimos, debe pensar que lo que se dice de ellos es falso, y porque ahora la vida no se extiende tanto tiempo, creer que ellos tampoco alcanzaron esa longitud de vida. Pues ellos, siendo religiosos y hechos por Dios mismo, y teniendo alimentos más adecuados preparados para un tiempo más largo, vivían correctamente durante tantos años; luego, debido a las virtudes y gloriosas utilidades que continuamente investigaban, es decir, la astrología y la geometría, Dios les concedió más tiempo de vida, que ahora no podrían aprender a menos que vivieran seiscientos años, pues en tantos años se completa el gran año. El año civil, es decir, el solar, los hebreos lo comienzan desde el equinoccio de primavera, los griegos desde el solsticio, los egipcios desde el otoño, y los romanos desde el invierno.»

CAPÍTULO XXXVII. De los años desiguales de los antiguos.

Estas cosas sobre los años naturales han sido dichas, pero el beato Agustín también enseña que los antiguos pueblos de diversas naciones se desviaron de la verdad en la observación anual, quien, en el duodécimo libro de la Ciudad de Dios, al argumentar contra aquellos que pensaban que incluso la Sagrada Escritura computaba los años de manera diferente en los primeros tiempos del mundo, es decir, de tal brevedad que se creía que un año nuestro contenía diez de ellos, diciendo: Cuando alguien escuche o lea que alguien vivió novecientos años, debe entender noventa, pues diez de esos años son uno nuestro, y diez nuestros fueron

cien de ellos; dice entre otras cosas. «Para que no sea increíble que el año se computara de otra manera entonces, añaden que se encuentra en varios escritores de historia que los egipcios tenían un año de cuatro meses, los acarnanios de seis meses, los lavinius de trece meses.» Plinio el Viejo, después de haber mencionado que se había registrado en las letras que alguien vivió 152 años, otro más de diez, otros tuvieron una vida de doscientos años, otros de trescientos años, otros de cuatrocientos, algunos llegaron a quinientos, otros a seiscientos, y algunos incluso a ochocientos, pensó que todo esto sucedió por ignorancia de los tiempos. «Pues algunos, dice, determinaban el año en verano, y otro en invierno; otros en tiempos cuatripartitos, como los arcadios, cuyos años eran trimestrales.» También añadió que a veces los egipcios, cuyos pequeños años de cuatro meses mencionamos antes, limitaban el año al final de la luna. «Por lo tanto, entre ellos, dice, se dice que vivieron mil años.»

CAPÍTULO XXXVIII. Sobre la razón del bisiestro.

Sobre la razón del bisiestro, no me propongo ahora forjar algo nuevo, sino que decidí incluir en estas obras lo que una vez dije en una carta a un amigo que me lo pidió, donde después de una prefación adecuada, añadí así. «Así como, digo, el salto de la luna, como lo llaman, el lugar y la hora más rápida de su encendido se efectúa en nueve y diez años; así, por el contrario, el bisiestro no se genera por otra causa que la lentitud del curso solar. Hay algunos que, con facilidad de cálculo, comprenden sin esfuerzo cuánta parte del bisiestro creciente se completa cada año, o mes, o incluso semanas y días. Sin embargo, no saben decir cómo crece esa parte, o cuál es la causa o razón de su aumento, o qué error dañino nacería si no se intercalara el día del bisiestro en su orden según la costumbre necesaria. El bisiestro, por lo tanto, se completa por la razón del cuarto en cuatro años. Suelen llamar cuarto a la cuarta parte de cualquier cosa, por ejemplo, de dinero, tiempo, lugar, y por eso la cuarta parte del día, que se completa en 24 horas con su noche, es decir, seis horas, se llama comúnmente cuarto. La razón para reunir este cuarto en un día completo en cuatro años e intercalarlo en su lugar es porque se sabe que el sol completa el circuito anual del cielo, es decir, los doce signos del círculo zodiacal, no en 365 días, sino añadiendo seis horas; de modo que si, por ejemplo, ahora entra en el lugar equinoccial del cielo al amanecer, al año siguiente lo hará al mediodía, al tercero al atardecer, al cuarto a medianoche, al quinto nuevamente al amanecer, habiendo completado el circuito de todo el día, y así necesariamente advierte que se debe intercalar un día adicional en cualquier lugar y ser añadido a la plenitud del cuarto año. Los egipcios solían intercalar solemnemente este día al final de su año, es decir, el 4 de las Calendas de septiembre, y los romanos el 6 de las Calendas de marzo, de donde también lo llaman bisiestro. Si algún calculador, negligente en hacer esto, pensara que debe llevar todos los años solo con 365 días, pronto encontrará que ha incurrido en una gran pérdida en el circuito anual, de modo que después de algunos años transcurridos, se horrorizará al descubrir que en los meses de verano se encuentra en el tiempo de primavera, en los de primavera en el invierno, en los de invierno en el otoño, y en los de otoño en el verano, siendo un calculador perverso. Si alguien, por supuesto, encuentra desconocido lo que hemos dicho brevemente sobre el zodiaco y el circuito del cielo, nos hemos preocupado por satisfacerlo con una razón vulgar, y quizás más breve y clara, para que quien no aprendió a atender a los signos del cielo en la escuela infantil, al menos pueda comprender lo que busca necesario en las líneas del reloj de sol en la tierra. Y así, sepa que el sol, con sus pequeñas demoras y la lentitud diaria, dispone este cuarto anual por la obra del Creador, que una investigación más diligente muestra que no puede ser completamente devuelto a la misma línea del reloj de sol en 365 días, sino que, si, por ejemplo, este año en el equinoccio de primavera, que según los egipcios, que tienen la palma de los calculadores, suele venir el 12 de las Calendas de abril, se levanta desde el medio del este, al año siguiente se levantará un

poco más abajo el mismo día, y en el tercer, cuarto y quinto año, la misma disminución aumentará tanto por la moderación natural de su curso, que a menos que el día bisiesto se intercale antes según la costumbre, ya el 11 de las Calendas de abril hará el equinoccio desde el medio del este, y mantendrá la misma constancia de su lentitud en los demás amaneceres y puestas durante todo el año.»

CAPÍTULO XXXIX. Sobre la medida del aumento y del bisiesto.

Pero para que no te quede oculta nuestra opinión sobre la medida del aumento del bisiesto, decimos que el cuarto de ese día, es decir, seis horas, aumenta por año, una hora por dos meses, y medio hora por un mes, me refiero al sol natural; además, un cuarto de hora, es decir, un punto, por medio mes, porque sabemos que el sol recorre el círculo zodiacal, es decir, los doce signos del horóscopo en 365 días y 6 horas; y que recorre cada signo de ese zodiaco en 30 días y 10 horas y media en su curso natural, y la mitad de cada signo en 15 días, 5 horas y un cuarto de hora. No creemos en absoluto que deba aceptarse la opinión de aquellos que, como si no atribuyeran nada a la noche, afirman que solo tres horas por año se añaden al bisiesto. Si así fuera, el día completo que había crecido no se completaría antes del ciclo de ocho años, pues incluso el vulgo ignora que un día completo, es decir, con su noche, tiene 24 horas. Si no se niega que se completa un día completo en cuatro años, ¿por qué se niega que se complete una cuarta parte de él en cada uno de los cuatro años? Sin embargo, si alguien piensa que nuestra afirmación debe ser despreciada, que lea el cuarto libro de San Agustín sobre la Trinidad, donde, al disertar sobre la perfección del número seis, en el que el mundo fue hecho, no omitió mencionar este cuarto, e incluso enseñar que fue previsto y hecho por la sabiduría del omnipotente Creador por un cierto misterio. «Uno, dos y tres, hacen seis; este número se llama perfecto porque se completa con sus partes. Tiene tres, sexta, tercera y mitad, y no se encuentra en él ninguna otra parte que pueda decirse qué parte es. Por lo tanto, su sexta parte es uno, su tercera parte es dos, su mitad es tres. Uno, dos y tres completan el mismo seis, cuya perfección nos recomienda la Sagrada Escritura principalmente en que Dios hizo sus obras en seis días, y el hombre fue hecho a imagen de Dios en el sexto día, y en la sexta edad de la humanidad, el Hijo de Dios vino y se hizo hijo del hombre, para reformarnos a la imagen de Dios. También un año, si se consideran los doce meses completos, que los antiguos observaron como de treinta días, que el circuito lunar muestra, tiene el poder del número seis. Porque lo que vale seis en el primer orden de números, que consta de unos hasta llegar a diez; eso vale sesenta en el segundo orden, que consta de decenas, hasta llegar a cien. Por lo tanto, el número sesenta de días es la sexta parte del año.» Y poco después: «Por lo tanto, dice, el primer verso se multiplica por seis, como el sexto del segundo verso, y seis veces sesenta son trescientos sesenta días, que son doce meses completos. Pero como el año se observa por el circuito del sol, quedan cinco días y un cuarto de día para que el sol complete su curso y concluya el año; pues cuatro cuartos hacen un día, que es necesario intercalar en el curso de cuatro años, lo que llaman bisiesto, para que no se altere el orden de los tiempos; incluso si consideramos esos cinco días y el cuarto, el número seis tiene mucho poder en ellos, primero, porque, como suele hacerse, para contar el todo desde la parte, ya no son cinco días, sino más bien seis, para que se tome ese cuarto como un día; además, porque en esos cinco días hay una sexta parte de un mes, y ese cuarto tiene seis horas, pues un día completo, es decir, con su noche, tiene 24 horas, de las cuales la cuarta parte, que es el cuarto del día, se encuentra en seis horas; así, en el curso del año, el número seis tiene mucho poder.» Nos ha complacido extraer estas palabras de tan gran autor, para que al releer el sentido de mi pequeñez sobre la naturaleza del bisiesto, no solo entiendas que crece anualmente por seis horas, sino también la múltiple perfección del mismo número seis, del cual también consta el año, de la boca del más docto tratador.

CAPÍTULO XL. Por qué se intercala el sexto día de las Calendas de marzo.

Por esta razón, los romanos decidieron intercalar el día del bisiesto en el mes de febrero, porque este era el mes más corto y el último del año. Sin embargo, no querían hacerlo antes de que se completara, como los egipcios y griegos querían hacer después de que se completara el curso de todo su año, para no romper completamente su antigua ley, separando el inicio del mes de marzo del final de febrero. Por eso no antes del sexto día de las Calendas de marzo, porque al adorar al dios Término, no se atrevían a cambiar las fiestas Terminalia, que habían instituido una vez el vigésimo tercer día de ese mes, a otro día, sino que, después de celebrarlas debidamente, intercalaban entonces los días necesarios durante algún tiempo, pero con el aumento de la habilidad a lo largo de las edades del mundo, intercalaban un día del cuarto. ¡Ay de los miserables insensatos! que, sin conocer a aquel cuyo reino no tendrá fin, quien dijo: «Yo soy el principio, lo que también os hablo», creían que el término debía ser honrado con culto divino, y que se debían realizar sacrificios y ofrendas a él. Pero mucho más miserablemente dementes son aquellos que, teniendo la promesa del reino celestial, prefieren adherirse a las cosas que están sujetas al término en lugar de apresurarse a las eternas, donde vivirán sin fin.

CAPÍTULO XLI. Que también la luna tiene un cuarto.

Entre estas cosas, el calculador debe recordar que debe contar la luna del mes de febrero con 29 días en los otros años, pero con 30 en el año bisiesto, ya sea que termine antes o después del cuarto intercalado. Con la adición de este día, se hace que el año lunar, si es común, se complete en 355 días, y si es embolismo, en 385 días. Pues claramente se muestra que el cuarto del que hablamos no solo pertenece al curso del sol, sino también al de la luna, porque si niegas dar un cuarto a la luna, pero en el año bisiesto ajustas el mes lunar de febrero a la misma cantidad que antes solías, resulta que la decimocuarta luna pascual de ese año llega un día antes de lo que debería. Por lo tanto, la razón pascual vacila, y el curso de todo el año pronto se tambalea, y ese estado siempre inviolable del ciclo decimonoveno se perturba y se derrumba más y más. Por lo tanto, es necesario que, así como, dictado por la razón del cuarto, en el cuarto año, que llamamos bisiesto, solemos poner en la misma línea del sexto de las Calendas de marzo, por ejemplo, el tercer y cuarto día de la semana, también recordemos contar la luna, por ejemplo, el tercer y cuarto día allí: siempre con esta vigilancia, que cuando hayamos hecho que la luna del mes de febrero tenga un día más de lo habitual, sin embargo, en los días de las Calendas de marzo, excepto solo en el undécimo año del ciclo decimonoveno, conserve la misma edad lunar que antes solía tener. Pues por eso principalmente aconsejamos dar un cuarto a la luna, para que no sea mayor de lo habitual en las Calendas de marzo, desviando el curso correcto de la observancia pascual. Pero con qué y cuántas partes del tiempo aumenta ese cuarto de la luna, requiere una mayor investigación; pues incluso la frecuente interrupción de los embolismos y la razón del salto impiden que se pueda conocer completamente la medida del curso lunar.

CAPÍTULO XLII. Sobre el salto de la luna.

De lo que sin embargo parece verosímil que el lugar y la hora de la incensión lunar se produzcan más rápidamente de lo que comúnmente se piensa. Pues, ¿cómo podría ser que durante diecinueve años fuera necesario restar un día del número habitual de días de la luna, si no fuera porque alguna velocidad del giro lunar lo procurara gradualmente durante todo el tiempo del ciclo decennoval? De manera similar, se ha demostrado que por la lentitud del curso solar, un día se añade a su curso cada cuatro años. Sin embargo, la medida de esta

velocidad y, por así decirlo, anticipación, aunque el orden no es fácilmente evidente, no está en absoluto oculta. Es sabido que la disminución y sustracción de un día, que de alguna manera se lleva a cabo durante diecinueve años, se incrementa cada año en una hora, un punto y una diecinueve parte de un punto. Pues el día tiene 24 horas, de las cuales, al distribuir las en los 19 años del ciclo decenovenal, quedan 5; multiplícalas por 4, ya que una hora consta de cuatro puntos, resultan 20; da uno a cada año, y queda uno: divídelo por 19, y verás que para completar el salto de la luna, como hemos dicho, anualmente se incrementa en una hora, un punto y una diecinueve parte de un punto. Por lo tanto, la incensión de la luna no se celebra en los mismos puntos del tiempo o climas del cielo, sino siempre algo más temprano que en el mes anterior, de modo que en el año decimonoveno se salte un día. Sin embargo, en diferentes lugares del ciclo decenovenal, diversos calculadores han considerado que este mismo salto lunar debe interponerse, es decir, el mes lunar, que en otros años solía tener treinta días, debe hacerse de treinta días; y la razón natural está a la vista, ya que todos estos incrementos o disminuciones del sol y la luna deben comenzar y terminar en las partes de los equinoccios, donde fueron creados por primera vez, el sol en el equinoccio de primavera, y la luna en el equinoccio de otoño. Por lo tanto, Anatolio, quien muy acertadamente determina el inicio de los meses y la cabeza de todo el ciclo en el equinoccio de primavera, no colocó esta mutación de la luna al principio o al final de su ciclo decenovenal, sino en el decimocuarto año, que es el último de la ogdoada, haciendo que ascienda en el equinoccio de la octava a la vigésima. Por el contrario, Victorio consideró que esta luna debía intercalarse en el tercer año antes del final de la ogdoada, convirtiéndola de la cuarta a la decimosexta de las Calendas de Enero. Además, los egipcios, con cuya opinión ahora concuerda la Iglesia católica, asignan esta misma mutación al primer año del ciclo decenovenal, haciendo que las epactas anuales de la luna, cuyo lugar es en las XI Calendas de Abril, salten de la decimoctava a ninguna. Por lo tanto, completan ese mismo año, si no es bisiesto, con trescientos cincuenta y tres días. Esto también parece tocar Dionisio en su epístola, cuando dice: «Desde la decimoquinta luna de la fiesta pascual, por ejemplo, del año anterior, hasta la decimocuarta del siguiente, si es un año común, tendrá 354 días; si es embolismo, 384. Pero si ocurre un día más o menos, es un error evidente, excepto en el primer año del ciclo decenovenal mencionado a menudo, que contamos desde la decimocuarta luna de la Pascua del último, es decir, del decimonoveno año hasta la decimocuarta luna del mismo primer año.» Por lo tanto, el mismo último retiene entonces las epactas, es decir, las adiciones lunares de 18, y en el primer año no acomoda 11 días, como suele hacerse en los demás años, sino 12. Y como se completan al final de 30 días, no se colocan epactas al principio de ese ciclo. Sin embargo, el segundo año recibe 11 epactas. Y por eso, como hemos dicho, desde la decimoquinta luna de la Pascua del primer ciclo, hasta el final de este en los años comunes y embolismos, no hay duda de que encontraremos los días prefijados. Por lo tanto, esta diversidad obliga a considerar que solo los primeros seis años del ciclo decenovenal tienen la misma edad lunar que nosotros según Victorio. Pues después de la inserción de la mutación del salto, siempre la tendremos un día mayor que nosotros hasta que también nosotros, al finalizar el ciclo completo, la insertemos; este salto, de hecho, parece más apropiado devolverlo el día XII de las Calendas de Abril, debido a la mencionada origen de la condición de los astros, para que la luna del mes de marzo, que ese día es la vigésima novena, se convierta en la novena. Pero hay quienes piensan que esto debe hacerse más bien en la luna del mes de noviembre, para que, con estos impedimentos resueltos al final del año anterior, puedan comenzar el nuevo año con un cálculo libre, según el ejemplo de los egipcios, quienes se dice que lo hacen en el penúltimo mes de su año, que es nuestro julio. Pero ya sea aquí, allí o en otro lugar, es necesario, si no me equivoco, contar tres meses seguidos de veintinueve días.

CAPÍTULO XLIII. Por qué la luna a veces aparece más grande de lo calculado.

Es importante notar que la razón de este salto lunar, debido a su largo exceso de crecimiento, hace que la luna a veces parezca más grande de lo calculado, tanto que incluso en el trigésimo día al anochecer puede aparecer no delgada en el cielo, y cuanto más se acerca el final del ciclo decennovenal, más frecuentemente ocurre esto, debido a la causa evidente de que ese salto del que hablamos ya está en gran parte completado. Pero en la afirmación natural de la verdad, que también se confirma en el concilio de Nicea, esta es la regla que debe observarse especialmente, que debemos saber que la edad de la luna no cambia según algunos desde el mediodía o la tarde, sino más bien desde la hora vespertina, porque ciertamente la luna que primero surgió en el mundo al anochecer, necesariamente debe tomar otra y otra edad siempre en las horas vespertinas, explicando cada una de ellas en veinticuatro horas, así como, por el contrario, el sol que se levantó primero por la mañana, según el testimonio de la Escritura del Génesis, completó un día de mañana a mañana. Pues, ¿qué razón hay para calcular el cambio de la luna desde las horas del mediodía, cuando ni siquiera está puesta en el cielo, ni ha regresado sobre la tierra, ni ninguna solemnidad de la ley comienza o se completa en horas del mediodía o de la tarde, sino todas en horas vespertinas? A menos que tal vez porque Adán, pecando, fue reprendido por el Señor al aire de la tarde y expulsado de las alegrías del paraíso, la mutación lunar, que con sus crecimientos y decrecimientos perpetuos imita nuestros trabajos, debía ser especialmente notada en la hora en que comenzamos a exiliarnos, para que diariamente fuéramos recordados por ese versículo, porque el necio cambia como la luna, mientras que el sabio permanecerá con el sol, y suspiráramos más ardientemente por esa vida bienaventurada con paz eterna, cuando la luz de la luna será como la luz del sol, y la luz del sol será siete veces como la luz de siete días. Sin embargo, como está escrito, la señal del día festivo es de la luna, y así como la primera luz de la luna iluminó el mundo desde la tarde, así todo día festivo en la ley debe comenzar al anochecer y completarse al anochecer, más congruentemente la edad lunar se calculará nueva desde la hora vespertina que desde otro lugar, y esa misma edad que comienza al anochecer, la mantendrá hasta el anochecer siguiente. Y si la luna se enciende un poco antes del anochecer por el sol, tan pronto como el sol se ponga, es necesario que se cuente y sea la primera, porque ciertamente ha alcanzado la hora del tiempo en que comenzó a brillar sobre la tierra. Pero si se enciende después de la puesta del sol, no obstante, no debe considerarse la primera antes de ver el anochecer, sino más bien la trigésima. Incluso si se enciende 23 horas después de la puesta del sol, debe retener la edad que tenía al ponerse el sol hasta la siguiente puesta, para que no se altere el orden de la primera condición. Y no es de extrañar que la luna, habiendo pasado tantas horas nueva, se muestre claramente en el cielo, ya que a veces aparece incluso en la sexta o séptima hora después de encenderse. A menudo sucede, especialmente cuando está en Aries, que se ve en la misma mañana y tarde del mismo día, debido al movimiento de ascensión realizado alrededor del mediodía. Si alguien, insistiendo más gravemente en esta cuestión, dijera que vio la luna nueva ese año en que se debe insertar el salto, es decir, el último del ciclo decennovenal, dos días antes de que se cantara la primera, es decir, el cuarto día de las Nonas de Abril, cuando la luna pascual de ese año en el ciclo mencionado está anotada el XV de las Calendas de Mayo, y por lo tanto no puede ser la primera antes del día anterior a las Nonas de Abril, y exigiera de nosotros la razón de esta causa, nuestra pequeñez, para no fallar por su fragilidad, recurrirá a la ayuda de la autoridad paterna, o más bien divina. Pues nos apoyamos en la ayuda de la autoridad paterna cuando seguimos los decretos del sínodo de Nicea, que fijó las lunas del decimocuarto día de la fiesta pascual con tal firmeza que su ciclo decennovenal nunca puede vacilar ni fallar. En este ciclo, no hay duda para ninguno de los calculadores de que la luna pascual de ese año se hace la primera el II de las Nonas de Abril. Por lo tanto, no es lícito para ninguno de los fieles

definirla de otra manera. ¿Qué? ¿Acaso se debe creer que nadie de esos 318 obispos que residieron en el concilio de Nicea, nadie del grupo de grados menores que asistieron a sus consejos y decretos, vio la luna nueva que nosotros vimos el IV de las Nonas de Abril, y no más bien entender que cuando señalaban que la luna pascual de ese año comenzaba el día anterior a las Nonas de Abril, evitaban un peligro mayor, para que, si decidieran de otra manera, no se rompiera el estado indisoluble de los años comunes y embolismos que reconocieron como inviolablemente observados por la autoridad de la ley divina transmitida por los hebreos? Pero también defendemos la observancia lunar que mantenemos con los indicios de la autoridad divina. Leemos, según escribe el bendito Cirilo, obispo de Alejandría, que el monje Pachomio, insigne por sus hechos de gracia apostólica y fundador de los monasterios de Egipto, emitió cartas a los monasterios que gobernaba, que recibió dictadas por un ángel, para que no incurrieran en error en el cálculo de la solemnidad pascual, y supieran la luna del primer mes en un año común y en un embolismo. Leemos, según el mismo Cirilo, que si el sínodo de Nicea no hubiera escrito el ciclo lunar del primer mes, el ciclo de la piedra selenita en Persia sería suficiente como ejemplo de la razón pascual, cuyo brillo interior crece y decrece con la luna del primer mes. Leemos también, según escribe el santo Pascasio, obispo de Lilybaeum, al bendito papa León, que en tiempos del papa Zósimo, cuando era el último año del ciclo decennovenal, y algunos declinaban celebrar la Pascua el décimo día de las Calendas de Mayo, celebrándola el octavo día de las Calendas de Abril, es decir, manteniendo un año común en lugar de un embolismo, la verdad de la observancia pascual se hizo evidente por múltiples milagros de la virtud celestial. «Cierta, dice, posesión muy humilde llamada Melthinas, situada en montañas altas y bosques densos, allí hay una iglesia muy pequeña y de construcción humilde, en cuyo baptisterio, en la noche sagrada de Pascua, a la hora del bautismo, sin ningún canal ni tubería, ni agua cercana, el manantial se llena por sí mismo, y después de que se consagran unos pocos, sin tener ningún conducto, el agua se retira por sí misma como había venido. Entonces, bajo el papa Zósimo de santa memoria, hasta el amanecer, sin que llegara agua, los que iban a ser bautizados no fueron consagrados. Pero esa noche que amanecía en el día del Señor, el décimo día de las Calendas de Mayo, el manantial sagrado se llenó a la hora adecuada; por lo tanto, quedó claro por un milagro evidente que el error era de las partes occidentales.» Por lo tanto, está claro que esta es una antigua cuestión sobre esta edad lunar, también investigada diligentemente en tiempos del bendito papa León, y es la misma que hizo una larga y grave controversia entre las Iglesias de Oriente y Occidente. Esta también persuadió al papa Hilario, después de tanto tiempo del concilio de Nicea, a buscar un nuevo ciclo, y a Victorio a establecer un nuevo ciclo pascual. En esta contienda, el mencionado papa León, con la ayuda del doctísimo y elocuente Próspero, se esforzaba por vencer, y finalmente, con la unanimidad de aquellos que adherían invenciblemente a los decretos del sínodo de Nicea, se alegraba de ser vencido laudablemente. Por lo tanto, no encuentro nada mejor que hacer o decir en esta cuestión que lo que descubro que él hizo, quien nos supera en tanto en conocimiento, mérito y autoridad, es decir, seguir la sentencia cierta de los reverendísimos Padres en lo que nos es dudoso e incierto. Pues no se debe pensar que podemos percibir más agudamente que los antiguos la diversidad del curso lunar, ni discernir más saludablemente cuál es el camino que se debe seguir en esa diversidad.

CAPÍTULO XLIV. Sobre el ciclo decennovenal.

El orden del ciclo decennovenal fue compuesto por primera vez por Eusebio, obispo de Cesarea de Palestina, para encontrar las lunas del decimocuarto día de la fiesta pascual y el mismo día de Pascua, porque la luna de cualquier edad regresa al mismo día del año solar después de tanto tiempo, no porque Egipto o las demás Iglesias de Oriente desconocieran o

no supieran encontrar correctamente el curso de la luna o el día pascual, sino porque lo que en esos tiempos se investigaba anualmente con esfuerzo y se mandaba por el mundo, solía entrar a menudo en cuestión, y más fácilmente, con una regla circular prefijada, siempre se podía observar y aprender sin el escrúpulo de la duda. De hecho, se dice que antiguamente se delegó al obispo de la Iglesia de Alejandría la tarea de dedicar diligentemente su esfuerzo y cuidado a la investigación del cómputo pascual, para que, anunciando al pontífice de la sede apostólica, hiciera conocer el día solemne de Pascua a los demás príncipes de las Iglesias. Por lo tanto, el bendito papa León, pidiendo al emperador Marciano que delegara al obispo de Alejandría para que investigara diligentemente el pascual de san Teófilo, en el que parece que la Pascua está fijada el VIII de las Calendas de Mayo, pensando que no había sido correctamente escrito por él, entre otras cosas dice: «Los santos Padres se esforzaron por eliminar esta ocasión, delegando toda esta tarea al obispo de Alejandría, ya que entre los egipcios parecía haber una antigua tradición de esta habilidad, por medio de la cual se indicaría anualmente el día de la solemnidad a la sede apostólica, cuyo escrito se difundiría como un anuncio a las Iglesias más lejanas. Sin embargo, para que este trabajo descansara alguna vez, el mencionado hombre compuso el ciclo ahora ampliamente conocido, en el que comprendiendo las lunas del decimocuarto día del primer mes en orden, dejaba a cualquiera encontrar fácilmente el día de Pascua, que sería el domingo siguiente. El obispo Proterio de la ciudad de Alejandría, respondiendo con una explicación muy clara a la investigación del santo papa León, mereció ser proclamado con este tenor de respuesta: Me alegraron las cartas de tu amor, que nuestro hermano y coobispo Nectario trajo con piadoso oficio. Pues era necesario que tales escritos fueran enviados a la sede apostólica por el obispo de la Iglesia de Alejandría, que mostraran que los egipcios habían aprendido esto desde el principio por la enseñanza del beatísimo apóstol Pedro a través de su discípulo Marcos, lo que se sabe que los romanos creyeron.»

CAPÍTULO XLV. Sobre los embolismos y los años comunes.

El mismo ciclo se divide en embolismos y años comunes, que también se sabe que fueron observados por la autoridad de los antiguos hebreos: los años comunes, es decir, de 354 días, son 12, mientras que el embolismo, es decir, de 384 días, contiene 7. El primero y el segundo son comunes, el tercero es embolismo, el cuarto y el quinto son comunes, el sexto es embolismo, el séptimo es común, el octavo es embolismo, el noveno y el décimo son comunes, el undécimo es embolismo, el duodécimo y el decimotercero son comunes, el decimocuarto es embolismo, el decimoquinto y el decimosexto son comunes, el decimoséptimo es embolismo, el decimooctavo es común, el decimonoveno es embolismo. Ambos, como se ha dicho antes, comienzan desde el inicio del primer mes, que los hebreos llaman Nisán, es decir, desde la incensión de la luna pascual, cuyo inicio del mes debe observarse con esta regla, que la luna pascual XIV nunca preceda al equinoccio de primavera, sino que proceda legítimamente ya sea en el mismo equinoccio, es decir, el XII de las Calendas de Abril, o después de haberlo pasado. Por lo tanto, los comienzos del año lunar deben buscarse desde el octavo de los Idus de marzo hasta el día de las Nonas de abril. La misma luna decimocuarta, cuando primero ocurre el XII de las Calendas de abril, y cuando finalmente ocurre el XIV de las Calendas de mayo, hace que el día de la fiesta pascual se busque desde el XI de las Calendas de abril hasta el VII de las Calendas de mayo. La razón de los embolismos, como dice Dionisio, se prueba que existe para suplir las pérdidas de los años comunes, de modo que el curso lunar se iguale al tiempo solar. Aunque la luna recorre el ciclo anual del sol cada mes, no puede completar su perfección en doce meses. De hecho, en los años comunes se observa que a la luna le faltan once días en comparación con el año solar. En los embolismos, parece que la luna supera al mismo año solar en diecinueve días. Y

los hebreos, que solo conocían y observaban los meses lunares en la ley, explicaban los meses de los años comunes con treinta y veintinueve días según el curso natural de la luna, y en el tercer o segundo año, donde correspondía, añadían un decimotercer mes de treinta días al final del año como embolismo. Sin embargo, los romanos, que tienen meses desiguales, no quisieron interponer los embolismos en cualquier lugar, sino más bien donde pudieran encontrar un lugar vacío y adecuado entre las Calendas en los tiempos medios del año. Por lo tanto, dijeron que la primera luna de los embolismos nace el cuarto día de las Nonas de diciembre, la segunda el cuarto día de las Nonas de septiembre, la tercera el día anterior a las Nonas de marzo, la cuarta el día anterior a las Nonas de diciembre, la quinta el cuarto día de las Nonas de noviembre, la sexta el cuarto día de las Nonas de agosto, la séptima el tercer día de las Nonas de marzo, cuidando con la mayor diligencia posible que cualquier luna de cualquier edad que ocurriera en las Calendas, se considerara que era la luna de ese mismo mes. Sin embargo, no pudieron lograr esto en todos los casos debido al curso prefijado de la luna pascual, cuyas extremidades a veces ocurren en las Calendas de mayo, y también pueden ocupar el segundo o incluso el tercer día después de las Calendas, no solo debe decirse que es la luna del mes de mayo, sino más bien de abril, como siempre debe decirse.

CAPÍTULO XLVI. Sobre la ogdoada y la hendecada.

Existe otra división del mencionado ciclo, que se distingue en ogdoada y hendecada, es decir, en VIII y XI años, porque en el octavo y undécimo año la luna pascual alcanza los límites máximos de su nacimiento, y a cada uno de ellos les precede un año común según el habitual modo de los embolismos; o ciertamente porque a los antiguos les pareció que VIII años solares se igualaban en número de días a los mismos años lunares, lo cual fue comprobado por doctores más eruditos en la era siguiente, que no podía hacerse sin añadir XI años, para indicar la observación de ambos, la conversión total de la luna se organiza en ogdoadas y hendecadas. Pues también los griegos de antaño, a quienes se dice que imitaron los más antiguos romanos, cuando aún contaban los años según el curso de la luna, completados VIII años comunes de igual manera, intercalaban embolismos de tres meses. Si deseas calcular ocho veces once y un cuarto, obtendrás XC días, es decir, tres meses. Sin embargo, incluso ahora hay quienes piensan que solo ocho años se componen de igual número de años lunares, y también solo XI años se componen de igual número de años lunares en cuanto a la igualdad de días. Primero, hay que decir, lo que es sin contradicción: Si alguna vez los ocho años de ambos astros concuerdan en longitud, siempre lo harán, y no habrá lugar para la igualdad de los once años. Pero si alguna vez XI años de ambos comienzan juntos y terminan juntos, siempre lo harán, y no habrá cuando pueda regresar la concordia de los ocho años. Luego, el número mismo debe ser examinado, y ver que ocho años solares tienen días, exceptuando los bisiestos, MMDCCCXX, pues ocho veces trescientos sesenta y cinco hacen IIMDCCCXX. Pero los años lunares del mismo número, mira cuántos días tienen, ocho veces trescientos cincuenta y cuatro hacen MMDCCCXXII, añade XC días de los tres meses de embolismos, hacen MMDCCCXXII. Pero los dos que faltan en la ogdoada solar se superan con la adición de dos bisiestos. Veamos también la hendecada de ambos astros, si acaso el sol busca ayuda bisiesta allí; pues ambos tiempos deben ser abarcados por una sola regla. Once veces trescientos sesenta y cinco hacen IIIIMXXV. Asimismo, once veces trescientos cincuenta y cuatro hacen MMMDCCCXCIII. Añade los días de los meses de embolismos CXX, hacen IIIIMXIII. Resta un día de salto, quedan IIIIMXIII. Mira, pues, si aquí la hendecada del sol necesita ayuda bisiesta, para que, añadiendo dos o tres días, sea suficiente para compensar la hendecada lunar. No necesita en absoluto la ayuda de un cuarto para igualar la hendecada lunar, que se prueba que supera por dos días, sino que más bien abunda en sus propios días, lo que falta en la ogdoada solar se completa. Y claramente se

muestra que en la concordancia de estos tiempos los bisiestos no perjudican en nada, sino que cuantos ocurran en el ciclo decennovenal, todos son igualmente provechosos para ambos astros, según lo que hemos enseñado antes. Finalmente, para desentrañar el interior de este asunto, en el primer año del ciclo decennovenal no hay epactas, porque el curso de la luna termina en XI Calendas de Abril. Asimismo, en el noveno año del mismo ciclo, es decir, después de MMDCCCCXXII días, en el noveno día de las Calendas de Abril, es la trigésima luna, lo que también el orden de las epactas, que entonces son XXVIII, manifiestamente atestigua. ¿Qué necesidad habrá, pues, de añadir dos días al curso solar para completar la ogdóada lunar, es decir, el décimo y noveno de las Calendas de Abril, si esos dos días bisiestos podían completarlo? No, pues, los dos días que faltan en la ogdóada solar respecto a la ogdóada lunar se suplen con la intercalación de dos bisiestos, sino que más bien se suplen con la adición de dos que en su hendecáda son más que la lunar. No perjudica que el salto de la luna, que algunos colocan al inicio de la ogdóada, lo hayamos recordado para colocarlo en la hendecáda. Dondequiera que lo interpongas, la cuestión propuesta se resolverá con el mismo fin, y el ciclo decennovenal tiene meses solares CCXXVIII, lunares CCXXXV, días, exceptuando los bisiestos, VIMDCCCCXXXV; pues diecinueve veces doce son CCXXVIII; añade VII, hacen CCXXXV. Asimismo, diecinueve veces trescientos sesenta y cinco son VIMDCCCCXXXV; diecinueve veces trescientos cincuenta y cuatro son VIMDCCXXVI; añade los días de los VII meses de embolismos CCX, hacen VIMDCCCCXXXVI; resta un día de salto lunar, y probarás que el curso del ciclo decennovenal del sol y la luna se incluye en el mismo número de días. Asimismo, la ogdóada del sol tiene meses XCVI, pero la de la luna XCIX, mientras que la hendecáda del sol tiene meses CXXXII, pero la de la luna CXXXVI. Sobre el número de días se ha dicho arriba.

CAPÍTULO XLVII. De los años de la Encarnación del Señor.

En el primer verso del ciclo decennovenal se prefigura el orden de los tiempos, que los calculadores griegos observaron desde los años del príncipe Diocleciano. Pero Dionisio, el venerable abad de la ciudad de Roma, dotado de no despreciable conocimiento de ambas lenguas, griega y latina, al escribir los ciclos pascales, no quiso, como él mismo testifica, entrelazar la memoria del impío y perseguidor, sino que prefirió anotar los tiempos de los años desde la Encarnación de nuestro Señor Jesucristo, para que el comienzo de nuestra esperanza nos fuera más conocido, y la causa de la reparación humana, es decir, la pasión de nuestro Redentor, se hiciera más evidente. En su primer ciclo, al poner el año quingentésimo trigésimo segundo de la Encarnación del Señor en la cabecera, enseñó claramente que el segundo año de su ciclo era el mismo en el que comenzó el misterio de la sacrosanta Encarnación. Porque el ciclo lunar es decennovenal, pero el solar se completa en XX y VIII años, multiplicando ambos entre sí, se obtiene la suma de DXXX y II años. Al replicar finalmente esto, todo el orden del curso solar y lunar se revuelve en sí mismo por sus huellas, restituyendo el mismo año del ciclo decennovenal lunar, las mismas epactas de la luna, los días concurrentes del sol, la misma decimocuarta luna, el mismo día de Pascua del Señor y la luna de la misma según el orden. Lo cual también Victorio, aunque de otra institución, al componer el pascual, probó manifiestamente al describir un ciclo de tantos años. Porque, por tanto, en el segundo año del ciclo que Dionisio escribió primero, se completó el año quingentésimo trigésimo tercero desde la Encarnación del Señor, es ciertamente el mismo según la concurrencia de los astros en el que se dignó encarnarse, porque este segundo año del ciclo decennovenal es el decimooctavo del ciclo lunar, teniendo XI epactas, V días concurrentes de la semana, la decimocuarta luna de Pascua VIII Calendas de Abril; todo entonces fue muy similar, y si hubiera quien entonces celebrara la Pascua al modo ahora usado por las Iglesias en domingo, ciertamente ese mismo día, como aquí se ha anotado,

vendría VI Calendas de Abril, y tendría la decimosexta luna. Finalmente, el mismo Dionisio nos muestra de alguna manera tácitamente lo que decimos en los argumentos pascuales que escribió, donde para encontrar qué año es del ciclo decennovenal, ordena tomar los años del Señor, y antes de dividirlos por X y IX, manda añadir uno, significando que al encarnarse ya se había completado un año del ciclo decennovenal. Asimismo, para saber qué año es del ciclo lunar, aconseja tomar los años del Señor, y siempre restar dos, y así dividir por X y IX, para que, quitados los dos años que entonces quedaban, dividiendo los demás calculados por la decimonovena parte, se retenga lo que quedara; además, para investigar cuántas son las epactas lunares, ordena tomar correctamente los años del Señor, dividir, multiplicar. Asimismo, dividir, pero sin restar ni añadir nada, porque ciertamente en el segundo año del ciclo decennovenal, comenzando las epactas, para encontrar su estado, no requerían que se añadiera o restara algo de los años del Señor que con ellos comenzaban. Asimismo, si queremos saber las adiciones del sol, es decir, los días concurrentes de la semana, ordena tomar los años del Señor, y añade una cuarta parte, enseña siempre añadir además IIII regulares, y así finalmente dividir por VII, porque ciertamente V eran los concurrentes en el año en que nació el Señor, para que también la serie fija de cálculo pudiera avanzar, el calculador necesita añadir los IIII que precedieron. Así, pues, estando estas cosas de esta manera, investigar diligentemente el año de la pasión del Señor no es un camino desconocido si el cálculo no se equivoca en algún lugar. Pues tiene, si no me equivoco, la fe de la Iglesia, que el Señor en la carne vivió un poco más de XXXIII años hasta el tiempo de su pasión, porque evidentemente fue bautizado a los XXX años, como testifica el evangelista Lucas, y predicó tres años y medio después del bautismo, como Juan en su Evangelio no solo enseña claramente mencionando el tiempo del regreso de la Pascua, sino que también lo mismo en su Apocalipsis. Daniel también en sus visiones proféticamente lo designa. La santa Iglesia romana y apostólica testifica que mantiene esta fe en los mismos indicios, que solía escribir anualmente en sus cirios, donde recordando al pueblo el tiempo de la pasión del Señor, siempre anota un número de años treinta y tres menor que el que Dionisio pone desde su encarnación. Finalmente, en el año setecientos uno desde su encarnación según Dionisio, en la decimocuarta indicción, nuestros hermanos que entonces estaban en Roma, decían haber visto escrito de esta manera en el natalicio del Señor en los cirios de Santa María, y de allí haberlo copiado: «Desde la pasión de nuestro Señor Jesucristo son DCLXVIII años.» Por tanto, como hemos mencionado antes, el ciclo pascual se completa en DXXXII años, añade a estos XXXIII o más bien XXXIV, para que puedas alcanzar ese mismo año en que el Señor sufrió, hacen DLXVI. Ese es, pues, el año de la pasión del Señor y de la resurrección de entre los muertos. Porque así como el quingentésimo trigésimo tercero primero, así el quingentésimo sexagésimo sexto trigésimo cuarto concuerda en todos los cursos del sol y la luna. Y por eso, abiertos los ciclos del bienaventurado Dionisio, si encuentras el año quingentésimo sexagésimo sexto desde la encarnación del Señor, la decimocuarta luna en el IX Calendas de Abril el quinto día, y el día de Pascua dominical VI Calendas de Abril luna decimoséptima, da gracias a Dios, porque lo que buscabas, como él mismo prometió, te permitió encontrar. Pues que el Señor subió a la cruz el XV luna el viernes, y resucitó de entre los muertos el uno de los sábados, es decir, el domingo, nadie debe dudarle siendo católico, para no parecer incrédulo a la ley, que por el cordero pascual ordena inmolarse el decimocuarto día del primer mes al atardecer, y al Evangelio, que testifica que el Señor fue apresado por los judíos esa misma tarde, y crucificado y sepultado el viernes por la mañana, resucitó el primer día del sábado. Pero que fue crucificado el VIII Calendas de Abril, y resucitó el VI Calendas de las mismas, es una sentencia ampliamente divulgada de muchos doctores eclesiásticos. Aunque Teófilo de Cesarea, un antiguo doctor vecino de los tiempos apostólicos, en la epístola sinodal que escribió contra aquellos que celebraban la Pascua el decimocuarto día con los judíos, junto con los demás obispos de Palestina, dice así: «Y no es

impío que el misterio de la pasión del Señor de tan gran sacramento se excluya fuera del límite. Pues el Señor sufrió desde el XI Calendas de Abril, la noche en que fue entregado por los judíos, y resucitó el VIII Calendas de Abril. ¿Cómo se excluirán tres días fuera del término?» Y se estableció en ese sínodo que desde el XI Calendas de Abril hasta el VIII Calendas de Mayo debe observarse la Pascua, como está escrito más arriba en el mismo libro. Pues los galos, cualquier día que fuera el VIII Calendas de Abril, cuando se decía que fue la resurrección de Cristo, siempre celebraban la Pascua. Pero si no puedes encontrar el año que buscabas en el lugar que pensabas, atribúyelo a la negligencia de los cronógrafos, o más bien a tu propia culpa de haber sido descuidado, cuidando diligentemente de no parecer impugnar el testimonio intachable de la ley o del Evangelio defendiendo los escritos de los cronistas, diciendo que el Salvador o en el XV o XVI del imperio de Tiberio César, o en el XXIX o XXX de su edad, sufrió el sacrosanto misterio de la cruz, cuando los Evangelios manifiestamente indican que en el XV año de Tiberio comenzó a predicar el precursor del Señor, y que inmediatamente entre otros bautizó a Jesús, comenzando ya a ser como de XXX años.

CAPÍTULO XLVIII. De las indicciones.

El segundo orden del ciclo decennovenal abarca las indicciones en un circuito de XV años que siempre regresan a sus huellas, que encontramos que fueron instituidas por la antigua industria de los romanos para evitar el error que podría surgir de los tiempos. Pues si, por ejemplo, cualquier emperador muriera en medio del año, podría suceder que un historiador atribuyera ese mismo año a los tiempos de su reinado, porque reinó una parte de él; pero otro historiador podría pensar que debía atribuirse más bien a su sucesor, porque también este tenía una parte igual en el reino. Pero para que no creciera el error en los tiempos por tal disonancia, establecieron las indicciones, por las cuales cada escritor, e incluso todo el pueblo, pudiera fácilmente seguir el curso de los tiempos, que también quisieron que fueran XV para facilitar el cálculo, para que con un número muy claro, y muy fácil de multiplicar, se pudiera recordar más fácilmente el estado del tiempo transcurrido. Algunos, sin embargo, piensan que porque en la república después del censo realizado en el quinto año, la ciudad de Roma era purificada, las indicciones fueron establecidas como indicio de la triple purificación y censo. Comienzan las indicciones el VIII Calendas de Octubre, y allí terminan.

CAPÍTULO XLIX. Argumento para encontrar qué indicción es.

Con este argumento encontrarás qué indicción es en cualquier año que desees calcular: toma los años desde la Encarnación del Señor, cuantos sean en el presente, por ejemplo, DCCXXV; añade siempre tres, porque en la cuarta indicción según Dionisio nació el Señor, hacen DCCXXVIII; divide esto por XV, quince veces cuarenta, seiscientos, quince veces ocho ciento veinte, quedan ocho: es la octava indicción. Si no queda nada, es la decimoquinta.

CAPÍTULO L. De las epactas lunares.

La tercera línea del mencionado ciclo contiene las epactas lunares, que suelen aumentar anualmente en once días al curso del sol; de ahí que se llamen epactas, del vocablo griego, es decir, adiciones, porque se acumulan anualmente con un aumento de XI días. O ciertamente porque para encontrar qué lunas son las de las Calendas, se añaden IX durante todo el año, como hemos enseñado antes: con razón se llaman epactas, es decir, adiciones, y de hecho cada una tiene sus días de adiciones lunares XI durante todo el año. Pues, por ejemplo, si hoy que escribo es la quinta luna, en este mismo día después de un año será la decimosexta luna,

después de dos años la vigésima séptima, después de tres la octava, y no volverá a ser la misma que ahora es antes de que se complete el ciclo de XXIX años. Pero propiamente las epactas anotadas en el ciclo decennovenal señalan qué luna es en XI Calendas de Abril, donde está el principio de la fiesta pascual, observando siempre esta regla prefijada de su curso, que cuantas veces tienen un número menor de XV, presentan la luna pascual; pero cuantas veces tienen un número mayor, indican que la Pascua debe buscarse en la luna siguiente. Porque ciertamente la plenitud de la luna pascual no debe preceder al equinoccio, sino, como se ordenó en el principio de las criaturas, debe seguirlo, cuando primero el sol surgió en el comienzo del día teniendo el equinoccio vernal, luego surgió la luna en el comienzo de la noche teniendo ella la parte del equinoccio otoñal. Por lo tanto, se sabe que erran mucho aquellos que definen que el inicio de la luna del primer mes debe buscarse el tercer día de las Nonas de Marzo, porque evidentemente allí la luna nacida antes del tiempo del equinoccio muestra el plenilunio. Por lo tanto, es inadecuada para la solemnidad pascual, en la cual, como hemos dicho, primero el sol debe superar la longitud de la noche por el paso del equinoccio, y luego la luna debe iluminar toda su longitud, por pequeña que sea, por el plenilunio. Lo cual nadie casi duda que se refiere al sacramento de Cristo y la Iglesia, de lo cual también en los principios de este pequeño trabajo hemos mencionado algo, y ahora lo replicamos brevemente. Porque así como la luna y las estrellas no tienen luz de sí mismas, como dicen, sino del sol, así también la Iglesia y todos los santos no tienen el bien por el que viven por mérito de su propia virtud, sino por la gracia del dador. Y así como no mantenemos nuestra fortaleza por el vigor de nuestro libre albedrío, sino que, al ser sostenidos por él, su misericordia nos precede, no somos suficientes para pensar algo por nosotros mismos como de nosotros mismos, sino que nuestra suficiencia es de Dios, así también en el tiempo en que celebramos los signos de nuestra redención, la perfección del esplendor solar que ilumina debe preceder al lunar que es iluminado.

CAPÍTULO LI. Cómo algunos se equivocan en el inicio del primer mes.

Pero, ¿es el error de aquellos que piensan de otra manera, al menos para aquellos que promulgan tales leyes injustas y escriben injusticia, parece estar respaldado por la razón y la verdad? Victorio, quien escribió sobre sus ciclos, dice en el prólogo de la misma obra, entre otras cosas: «Los latinos, desde el III de las Nonas de marzo hasta el IV de las Nonas de abril, es decir, durante 29 días, consideraron que debía observarse principalmente que, en cualquier día de ellos en que naciera la luna, se hiciera el inicio del primer mes, cuya luna decimocuarta, si cayera en viernes, el siguiente domingo, es decir, la luna decimosexta, se asignara sin ambigüedad a la festividad pascual. Pero si el plenilunio ocurriera en sábado, y el siguiente domingo se encontrara la luna decimoquinta, dijeron que la Pascua debía trasladarse al siguiente domingo, es decir, a la luna vigesimosegunda, para que no se celebrara el misterio del mismo domingo con menos de la decimosexta luna, ni se recibiera nunca con más de la vigesimosegunda luna, prefiriendo extender el día festivo pascual a la luna vigesimosegunda, que comenzar la pasión dominical antes de la decimocuarta luna. Además, afirman que las lunas decimocuartas del mismo mes deben observarse desde el XV de las Calendas de abril hasta el XVI de las Calendas de mayo.» También al final del mismo prólogo: «Cuando ocurra, dice, que la luna vigesimoséptima caiga en sábado, o especialmente el día de las Calendas de enero, sin año bisiesto, sepa vuestra santidad que la Pascua no debe celebrarse nunca el XIII de las Calendas de abril según los latinos, aunque la luna coincida, se encuentra completamente. O el VIII de las Calendas de mayo según los egipcios, lo cual a veces debe observarse, no puede encontrarse.» Veamos, pues, cómo Victorio elogia a los latinos. Dice que consideraron principalmente que la luna nacida el III de las Nonas de marzo hace el inicio del primer mes, y que la Pascua debe celebrarse el

domingo de la luna decimosexta. Y nuevamente dice que nunca debe celebrarse la Pascua el XIII de las Calendas de abril, aunque la luna coincida, según los latinos, sino más bien el VIII de las Calendas de mayo según los egipcios. Sin embargo, es evidente que la luna nacida el III de las Nonas de marzo es la decimosexta el XIII de las Calendas de abril. Te ruego, santo hermano Victorio, si la luna nacida el III de las Nonas de marzo hace el inicio del primer mes, ¿qué razón hay para no celebrar la Pascua en él, sino más bien diferirla a otro mes, cuando la ley ordena tantas veces que todos los que puedan celebren la Pascua en el primer mes, y solo aquellos que estén en el camino y sean impuros la celebren en el segundo mes? ¿Qué es, te pregunto, lo que añades, sin año bisiesto? ¿O tal vez porque cuando las Calendas de enero caen en sábado, el día decimotercero de las Calendas de abril cae en domingo, si no es año bisiesto; pero si ha intervenido un bisiesto, el mismo día cae en lunes, quieres enseñar que cuando el decimotercer día de las Calendas de abril es lunes en la luna decimosexta, el siguiente domingo, el VII de las Calendas de abril, la luna vigesimosegunda debe celebrarse la Pascua correctamente; pero cuando el mismo día, el XIII de las Calendas de abril, tiene la luna decimosexta en domingo, no puede celebrarse la Pascua en él, porque aún no ha pasado el equinoccio; ni tampoco el siguiente domingo, porque la luna superadulta, es decir, la vigesimotercera, cae en ese día, y por esta necesidad se deben diferir las solemnidades de la Pascua a los tiempos del segundo mes? Un maestro admirable de cálculos, que enseñas principalmente que la luna nacida el III de las Nonas de marzo hace el inicio del primer mes, y nuevamente, superado por la razón misma, te ves obligado a admitir que, a menos que intervenga un bisiesto, de ninguna manera la luna nacida en este día, sino más bien la que se encendió después de 29 días, es adecuada para las fiestas pascuales. Pero si ha habido un bisiesto, entonces se hace la primera luna del año siguiente, que sin él podría ser la última del pasado. ¿Y qué es lo que dices: aunque la luna coincida, nunca se encuentra que la Pascua deba celebrarse el XIII de las Calendas de abril? ¿Cómo puede la luna coincidir con las solemnidades pascuales, donde nunca deben celebrarse las solemnidades pascuales? Y si nunca debe celebrarse la Pascua el XIII de las Calendas de abril, aunque sea la decimosexta, ciertamente los latinos se equivocan al decidir que la luna pascual comienza el III de las Nonas de marzo, en la que el decimosexto y decimoséptimo, porque no ha pasado el equinoccio, no se permite celebrar la Pascua. Y con razón, despreciando su observancia, aconsejas diferir la Pascua ese año con los egipcios al VIII de las Calendas de mayo. Pero si crees que debe observarse más lo que enseñan los egipcios, ¿por qué no sigues su conocimiento en todo? Sin embargo, como no quieres hacer esto, sino que, caminando en medio de ambos, más bien contradices el cálculo de los latinos que criticas, que el de los egipcios que prefieres, nosotros conocemos que la disciplina egipcia de cálculo, que parece más verdadera tanto a tu juicio como al consenso de la Iglesia universal, debe ser seguida por todos, es decir, el inicio del primer mes desde el VIII de los Idus de marzo hasta el día de las Nonas de abril; las lunas decimocuartas de la Pascua, desde el duodécimo de las Calendas de abril hasta el décimo cuarto de las Calendas de mayo; y el día dominical de la Pascua desde el undécimo de las Calendas de abril hasta el séptimo de las Calendas de mayo, y esto debe buscarse en la luna decimoquinta hasta la vigesimoprimera. Pero para que los amantes de Victorio no nos ataquen temerariamente, que lean el libro del hombre más docto y santísimo, Víctor, obispo de Capua, sobre la Pascua, que se pensaba que debía celebrarse el decimoquinto de las Calendas de mayo, en la decimotercera indictione, nueve veces procónsul Basilio, y encontrarán cuánto fue valorado por los prudentes y doctores católicos de la Iglesia su maestro, cuyo principio del libro es: «Cuando la venerable solemnidad pascual se buscaba con diligencia por nosotros en qué día principalmente caería durante la indictione decimotercera del año presente, y según las constituciones de los venerables Padres decíamos que la resurrección del Señor debía celebrarse sin duda el octavo de las Calendas de mayo, a algunos nuestra respuesta no les pareció razonable, porque un tal

Victorio en el ciclo pascual que publicó fijó de otra manera el día de la resurrección dominical, aunque también designó este que nosotros igualmente profesamos que debe celebrarse.» Y en el desarrollo de la obra: «Pero ahora, digo, el orden exige que exponga claramente los errores de los ciclos que Victorio publicó, mientras no sabe definir el día pascual legítimo, para que, cuando se haya mostrado que erró de esta manera en el pasado, en el presente y en el futuro carezca de autoridad y pierda la ocasión de una persuasión errónea.»

CAPÍTULO LII. Argumento de cuántas son las epactas lunares.

Si deseas conocer cuántas son las epactas cada año, toma los años del Señor que hayan sido, por ejemplo, en la presente octava indictione DCCXXV, divídelos por XIX: diecinueve veces treinta DLXX, diecinueve veces ocho ciento cincuenta y dos, quedan III; multiplica estos por XI, son XXXIII; resta XXX, quedan III. Tres son las epactas, es decir, las adiciones lunares.

CAPÍTULO LIII. De las epactas solares.

En el cuarto tramo del ciclo decenovenal se designan las epactas solares, es decir, los días concurrentes de la semana que siempre crecen en tres por año, pero en dos por año bisiesto hasta el séptimo número, cuyo ciclo tiene años cuatro veces siete, es decir, XXVIII, porque ciertamente no puede completarse antes de que el bisiesto, que suele regresar cada cuatro años, toque todos los días de la semana, a saber, el domingo, el viernes, el miércoles, el lunes, el sábado, el jueves, el martes, pues recorre esos en ese orden. Y aunque cada año tiene sus días concurrentes, estos que están fijados en el ciclo son concurrentes, especialmente designan qué día de la semana es el IX de las Calendas de abril, es decir, para que, colocados más cerca del inicio de la festividad pascual, fácilmente revelen qué día de las epactas, o de la luna decimocuarta, es el día de la semana, y por esto hagan claro el camino para la invención del día dominical pascual. Sin embargo, ocurre que el mismo día anual de los concurrentes, lo cual es útil que el calculador recuerde, también el II de las Calendas de abril, el VII de los Idus de abril, el XVIII de las Calendas de mayo, y el XI de las mismas Calendas. El curso de este ciclo es tal que cualquiera que sea el año bisiesto, las concurrentes son las mismas que fueron cinco años antes, y serán seis años después. Las que son el primer año después del bisiesto, son las mismas que pasaron once años antes, y regresan seis años después. Las que son el segundo año después del bisiesto, son las mismas que pasaron seis años antes, y regresan once años después. Las que son el tercer año después del bisiesto, son las mismas que pasaron seis años antes, y regresan cinco años después. Y este orden de distinción abarca todos los días de los años que giran. Es digno de notar que la causa de este ciclo solar, que se completa en XXVIII años, hace que los ciclos decenovenales deban completarse en XXVIII años antes de que el mismo curso de observancia pascual regrese completamente a sí mismo, para que cada año de este ciclo establezca el inicio del ciclo decenovenal. Asimismo, cada año del ciclo decenovenal alcance este inicio, y por esto toda la serie de observancia pascual se explique en no menos de quinientos treinta y dos años.

CAPÍTULO LIV. Argumento de cuántas son las epactas solares, y cuándo es el año bisiesto.

Dado que el curso de las epactas, es decir, las adiciones del sol, es común e indistinto con el bisiesto, aprende el estado de ambos con este argumento. Si deseas saber cuándo es el día bisiesto, toma los años del Señor DCCXXV, divídelos por IV, y si no queda nada, es bisiesto; si queda uno, dos o tres, es el primer, segundo o tercer año desde el bisiesto, por ejemplo, cuatro veces cien CCCC, cuatro veces ochenta CCCXX, cuatro veces uno, queda uno, porque es el primer año desde el bisiesto. Si deseas conocer las adiciones del sol, es decir, los días concurrentes de la semana, toma los años desde la encarnación del Señor que hayan sido, por

ejemplo, DCCXXV por la octava indictione, y siempre añade la cuarta parte de los años que hayan sido, es decir, ahora CLXXXI, que suman juntos DCCCCVI; añade a estos IV, son DCCCCX. Divídelos por VII, siete veces cien DCC, siete veces treinta CCX, y no queda nada, porque VII son las epactas del sol, es decir, los días concurrentes de la semana.

CAPÍTULO LV. Del retorno y cálculo articular de ambas epactas.

Sin embargo, porque quien memoriza fácilmente el ciclo del sol y la luna comprende el día de Pascua, o los otros ciclos de los tiempos, excepto que sabe multiplicar y dividir esos mismos ciclos por diecinueve y por veintiocho, todo calculador debe recordar que las mismas concurrentes del sol regresan en el trigésimo año como en el próximo, las mismas en el sexagésimo como en el cuarto, las mismas en el nonagésimo como en el sexto, las mismas en el centésimo vigésimo como en el octavo, las mismas en el centésimo quincuagésimo como en el décimo, y las demás de esta manera regresan. Cualquiera que sea el número de años transcurridos que desees conocer las concurrentes, observa cuántas veces tiene XXX, y con la parte trigésima duplicada, conocerás la concordancia de los años que giran. Por ejemplo, trescientos tienen diez veces XXX, y por eso las mismas concurrentes en el año CCC que en el XX serán futuras, si queda algo, también lo añadirás. Del mismo modo, el orden de las concurrentes también se refiere a los tiempos pasados. Además, porque el ciclo lunar es decennovenal, las epactas del año presente regresan en el vigésimo año, las del siguiente en el cuadragésimo, las del tercero en el sexagésimo, las del cuarto en el octogésimo, las del quinto en el centésimo, las del sexto en el centésimo vigésimo, las del séptimo en el centésimo cuadragésimo, las del octavo en el centésimo sexagésimo, las del noveno en el centésimo octogésimo, las del décimo en el ducentésimo, y las demás de manera similar. Lo mismo debe entenderse sobre la luna decimocuarta de la Pascua y las demás que están incluidas en el ciclo decennovenal. Un calculador diligente podrá de esta manera también anotar para sí mismo ciclos más largos de los tiempos futuros, a los que siempre recordará que también se ajusta el estado del tiempo pasado. Sin embargo, parece digno de mención que algunos, por la brevedad del cálculo, transfieren el orden de ambos ciclos, tanto solar como lunar, a los dedos; pues como la mano humana tiene, junto con las uñas, X y IX articulaciones, asignando a cada una de estas un año, comienzan el curso lunar en la mano izquierda desde la raíz del pulgar, y lo completan en la uña del dedo meñique por dentro. Además, como las dos manos tienen, excepto las uñas, XXVIII articulaciones, asignan a cada una de estas un año, comenzando desde el dedo meñique de la mano izquierda y completando en el pulgar de la derecha, no como en el ciclo lunar, liberando cada dedo en orden hasta el número, sino que, por la razón del cuarto, marcan todo el cuatrienio por cuatro dedos transversalmente, de modo que los dos grupos de tres articulaciones de los dedos meñiques contengan tantos años bisiestos; asimismo, los dos grupos de tres articulaciones de los dedos siguientes a los meñiques expliquen tantos años como los dos grupos de tres bisiestos, los segundos de manera similar contengan los segundos, y los terceros dedos contengan los terceros tantos años de manera equitativa; además, el séptimo bisiesto con tres años siguientes se asigna dos veces dos articulaciones de los pulgares. De esta manera, o de cualquier otra que el calculador desee ordenar, las manos recibirán con gusto el ciclo de ambos astros. Pero innumerables aspectos de esta disciplina, como de otras artes, se transmiten mejor por la conversación viva que por el oficio del estilo que escribe.

CAPÍTULO LVI. Del ciclo lunar.

En la quinta región del ciclo decennovenal se incluye el ciclo lunar, comenzando en el cuarto y completándose en el tercer año, que es propiamente de los romanos, y pertenece al mes de enero; pues así como cada año del ciclo decennovenal comienza por la observancia legal de

los hebreos en el mes pascual, y allí termina, así también este por la institución de los romanos comienza en la luna del mes de enero, y allí termina, así como aquel, así también este, tiene el primer y segundo años comunes, el tercero es embolismo, el cuarto y quinto comunes, el sexto embolismo, el séptimo común, el octavo embolismo. También el ciclo lunar tiene, al igual que el ciclo decennovental, VII años comunes, y IV embolismos. Y los años comunes tienen XII meses lunares, es decir, trescientos cincuenta y tres días. Los embolismos, sin embargo, tienen trece meses, es decir, trescientos ochenta y cuatro días, excepto un solo año, el decimoséptimo del ciclo, que es el primero del decennovental, en el que un día se omite por la razón del salto lunar. Para que esto sea más claro, veamos el curso de cada año en orden, y lo que Dionisio hace en el mes pascual, nosotros lo hacemos en enero.

En el primer año lunar, el cuarto del decennovental, desde las Calendas de enero hasta el XIII de las Calendas de enero, porque es común, son CCCLIII días.

En el segundo año lunar, el quinto del decennovental, desde el XII de las Calendas de enero hasta el V de los Idus de diciembre, porque es común, son CCCLIV días.

En el tercer año lunar, el sexto del decennovental, desde el IV de los Idus de diciembre hasta el V de las Calendas de enero, porque es embolismo, son CLXXXIV días.

En el cuarto año lunar, el séptimo del decennovental, desde el IV de las Calendas de enero hasta el XVI de las Calendas de enero, porque es común, son CCCLIV días.

En el quinto año lunar, el octavo del decennovental, desde el XV de las Calendas de enero hasta el VIII de los Idus de diciembre, porque es común, son CCCLIV días.

En el sexto año lunar, el noveno del decennovental, desde el VII de los Idus de diciembre hasta el VIII de las Calendas de enero, porque es embolismo, son CCCLXXXIV días.

En el séptimo año lunar, el décimo del decennovental, desde el VII de las Calendas de enero hasta el XIX de las Calendas de enero, porque es común, son CCCLIV días.

En el octavo año lunar, el undécimo del decennovental, desde el XVIII de las Calendas de enero hasta el IV de las Nonas de enero, porque es embolismo, son CCCLXXXIV días.

En el noveno año lunar, el duodécimo del decennovental, desde el III de las Nonas de enero hasta el XI de las Calendas de enero, porque es común, son CCCLIV días.

En el décimo año lunar, el decimotercero del decennovental, desde el X de las Calendas de enero hasta el III de los Idus de diciembre, porque es común, son CCCLIV días.

En el undécimo año lunar, el decimocuarto del decennovental, desde el II de los Idus de diciembre hasta el III de las Calendas de enero, porque es embolismo, son CCCLXXXIV días.

En el duodécimo año lunar, el decimoquinto del decennovental, desde el II de las Calendas de enero hasta el XIV de las Calendas de enero, porque es común, son CCCLIV días.

En el decimotercer año lunar, el decimosexto del decennovental, desde el XIII de las Calendas de enero hasta el VI de los Idus de diciembre, porque es común, son CCCLIV días.

En el decimocuarto año lunar, el decimoséptimo del decennovental, desde el V de los Idus de diciembre hasta el VI de las Calendas de enero, porque es embolismo, son CCCLXXXIV días.

En el decimoquinto año lunar, el decimoctavo del decennovental, desde el V de las Calendas de enero hasta el XVII de las Calendas de enero, porque es común, son CCCLIV días.

En el decimosexto año lunar, el decimonoveno del decennovental, desde el XVI de las Calendas de enero hasta las Nonas de diciembre, porque es común, son CCCLIV días.

En el decimoséptimo año lunar, el primero del decennovental, desde las Nonas de diciembre hasta el X de las Calendas de enero, porque es embolismo, son CCCLXXXIV días.

En el decimoctavo año lunar, el segundo del decennovental, desde el IX de las Calendas de enero hasta el II de los Idus de diciembre, porque es común, son CCCLIV días.

En el decimonoveno año lunar, el tercero del decennovental, desde los Idus de diciembre hasta el II de las Calendas de enero, porque es embolismo, son CCCLXXXIV días.

Por lo tanto, el cálculo del decimoséptimo año lunar comienza desde el mismo día en que se concluyó el año anterior, y no desde el siguiente como los demás, para que no parezca que falta un día en ese año debido al salto lunar, como Dionisio enseñó al recorrer el ciclo decennovental de esta manera, comenzando el principio del primero desde el mismo día en que concluyó los límites del último año.

CAPÍTULO LVII. Argumento sobre cuál es la luna en las Calendas de enero.

Quien quiera puede hacer un argumento desde el ciclo lunar para encontrar cuál es la luna de las Calendas de enero. Toma, por ejemplo, el ciclo lunar que sea, digamos el quinto, multiplícalo por XI, son LV; añade siempre uno regular, son LVI; divídelo por XXX, quedan XXVI: la vigesimosexta es la luna en las Calendas de enero, en el quinto año del ciclo lunar. También toma ocho, multiplícalo por XI; son LXXXVIII, añade uno regular, y divídelo por XXX, quedan XXIX: la vigesimonovena es la luna en las Calendas mencionadas en el octavo año del ciclo lunar. Solo recuerda, en el decimoséptimo, decimoctavo y decimonoveno año del ciclo mencionado, no añadir uno, como en los demás, sino dos regulares, y encontrarás la luna de las Calendas de enero sin error.

CAPÍTULO LVIII. Argumento sobre cuál es el año del ciclo lunar o decennovental.

Si deseas conocer en qué año se encuentra el ciclo lunar, toma los años del Señor, por ejemplo, 725, y resta siempre dos, quedando 723; divide estos por 19, quedando uno, que es el primer año del ciclo lunar. Cuando no queda nada, es el decimonoveno. Y dado que el ciclo decennovental comparte camino con el lunar aunque más rápido, si deseas saber en qué año se encuentra, toma los años del Señor, por ejemplo, 725, y suma siempre uno, resultando 726; divide estos por 19, quedando cuatro, que es el cuarto año del ciclo decennovental. Si no queda nada, es el último.

CAPÍTULO LIX. De la decimocuarta Luna de Pascua.

El sexto lugar del mencionado ciclo abarca las lunas XIV del primer mes, que demuestran sin ambigüedad el día de la Pascua cada año; pues el día domingo que sigue a la luna XIV es el

día de la resurrección pascual. Esta decimocuarta luna aparece primero en el equinoccio, es decir, el 21 de marzo, y por última vez el 29 de abril, mostrando su ocaso en la tierra, dentro de cuyos límites se comprenden los años del ciclo pascual de diecinueve años; y si fuera posible que la misma luna decimocuarta cayera en sábado todos los años, el tiempo de nuestra observancia pascual no diferiría del legal. Pues ellos, según el edicto de la ley, siempre sacrificando en la luna decimocuarta del primer mes al atardecer, y comiendo la carne del cordero inmaculado, y rociando su sangre en nuestros postes para repeler al exterminador, es decir, el agua del bautismo, y celebrando las solemnidades pascales de las misas, superaríamos espiritualmente a Egipto, y al amanecer del día quince del mismo mes entraríamos en el primer día de los ázimos, y completaríamos con la debida veneración los siete días legítimos de la misma celebración desde la mañana del día quince hasta el atardecer del día veintiuno del mes; es decir, desde el Domingo de Pascua hasta el Domingo de la Octava de Pascua. Pero como los días de la luna caen en diferentes días de la semana, sucede que, al reservar el inicio de nuestra Pascua para el domingo por la resurrección de nuestro Redentor, a veces nuestra festividad comienza el séptimo día después del inicio de los ázimos legales, aunque nunca sucede que nuestra solemnidad pascual no abarque alguno de los días de la Pascua legal, y a menudo todos. Por el contrario, aquellos que consideran que el Domingo de Pascua debe celebrarse desde la luna decimosexta hasta la vigésima segunda, sufren una doble miseria, porque nunca tienen el inicio legítimo de la Pascua, y a menudo sucede que no alcanzan ninguno de los días prescritos por la ley en su observancia pascual, ya que rechazan por completo de su festividad tanto el atardecer del día catorce, cuando se establece que debe comenzar la Pascua, como la mañana del día quince, cuando se ordena que comience la solemnidad de los siete días de los ázimos. Además, en castigo por este pecado, frecuentemente ordenan que el día veintidós, que en toda la institución pascual a través de Moisés no se menciona ni una sola vez, sea sancionado como el inicio de su Pascua. Hay quienes, desviándose en la otra dirección del camino de la verdad, pero no con menos error, cuando la Escritura ordena caminar por el camino real, sin desviarse ni a la derecha ni a la izquierda. Estos, al decidir observar el Domingo de Pascua desde la luna decimotercera hasta la vigésima, a menudo anticipan el inicio de la Pascua legal, ya que lo que la ley establece que debe hacerse en la luna decimocuarta, ellos lo convierten en la decimotercera; y lo que establece para la vigésima, consagrándola como santa y muy celebrada, lo desprecian por completo como si no tuviera nada que ver con la Pascua. Entre otros defensores de la fe y acción católica, el bienaventurado Teófilo, obispo de la Iglesia de Alejandría, los refuta con razón manifiesta, escribiendo al emperador Teodosio el Mayor: «Pero porque a veces sucede que algunos caen en error por la ocasión de la luna decimocuarta del primer mes, si la misma luna decimocuarta cae en domingo, en cuyo caso es necesario romper el ayuno el sábado, cuando se muestra que la luna decimotercera ha llegado, y comenzamos a hacer cosas contrarias a la ley. Por lo tanto, conviene observar diligentemente que siempre que la luna decimocuarta caiga en domingo, debemos posponer el día pascual a la semana siguiente, de esta manera: primero, para no romper el ayuno el sábado con la luna decimotercera, lo cual no es consecuente, ya que ni siquiera la ley lo prescribe, especialmente cuando la luz de la luna misma aún parece estar incompleta en su propio globo; luego, para no ser obligados a ayunar el domingo con la luna decimocuarta, haciendo algo indecente e ilícito, pues esto es una costumbre de la secta de los maniqueos.» Por lo tanto, ya que no debemos ayunar cuando la luna decimocuarta cae en domingo, ni es consecuente que rompamos el ayuno si la luna decimotercera cae en sábado, afirmamos necesariamente que esto debe posponerse a la semana siguiente, como se comprendió un poco más arriba, sin que se cometa ninguna transgresión en el cálculo pascual; pues así como el número diez incluye al nueve, también siempre que la luna decimocuarta caiga en domingo, ya que no se puede ayunar en ese día, es

necesario posponer el día de Pascua a la semana siguiente; pues no parece haber ninguna disminución de la Pascua por esto, ya que los días siguientes incluyen a los restantes.

CAPÍTULO LX. Argumento para encontrarla.

Es necesario que cualquier calculador experto retenga de memoria las lunas decimocuartas del primer mes, así como las epactas lunares anuales. Pero si alguien también desea encontrar estas por argumento, debe ver cuántas son las epactas lunares del año que desea calcular, y si son XIV o XV, debe reconocer que la luna decimocuarta cae el 22 o el 21 de marzo, porque ciertamente el 22 de marzo, como se ha dicho a menudo, es el lugar propio de todas las epactas. Pero si las epactas son menos, déjelas crecer por días hasta que completen el número catorce, y no dude de que allí tiene la luna decimocuarta de Pascua. Por otro lado, si tiene más epactas que el número quince, y estas hasta el número treinta, es decir, el término del mes, déjelas crecer por días, y comenzando desde la luna nueva, y recorriendo hasta la decimocuarta en orden, encontrará debidamente el día adecuado para las celebraciones pascuales. Pero también debe notarse que la luna decimocuarta, si es común, el año regresa siempre once días antes; si es embolismal, diecinueve días más tarde que el año anterior, excepto en el primer año del ciclo decenovenal, en el cual, debido a la razón del salto lunar, suele adelantarse doce días al curso anual.

CAPÍTULO LXI. Del día domingo de Pascua.

El séptimo título del ciclo decenovenal comprende el día domingo de Pascua, que comenzó con la resurrección de nuestro Salvador de entre los muertos; pues en el Antiguo Testamento se ordena observar el tiempo pascual con tres indicios de argumentos, a saber, que después del equinoccio, en el primer mes, en la tercera semana de este, es decir, desde la tarde de la luna decimocuarta, que es el inicio de la decimoquinta, hasta la tarde, es decir, el término de la vigesimoprimera, se celebre, una cuarta regla en la observación de este nos ha sido impuesta desde el tiempo de la resurrección del Señor, que cuando veamos que la luna decimocuarta del primer mes aparece al atardecer después del equinoccio, no nos apresuremos inmediatamente a celebrar la Pascua, sino que esperemos el día domingo en el cual Él mismo, es decir, el paso de la muerte a la vida, de la corrupción a la incorrupción, de la pena a la gloria, resucitando, se dignó hacer, y finalmente celebremos en él las solemnes celebraciones de Pascua. Si alguien objeta que el legislador no mencionó el equinoccio, sino solo el primer mes y la tercera semana en él, sepa que aunque no menciona el equinoccio por nombre, sin embargo, al ordenar que la Pascua se celebre en el plenilunio del primer mes, declara plenamente el paso del equinoccio, ya que sin duda alguna se entiende que la luna que muestra su globo lleno después del equinoccio es la luna del primer mes. Por lo tanto, siempre que tengamos el día domingo inmediatamente después de la llegada de la luna decimoquinta, nuestro tiempo pascual no difiere del legal, aunque celebremos las solemnidades de la misma Pascua con otros géneros de sacramentos. Pero siempre que el mismo domingo ocurra el segundo, tercero, cuarto, quinto, sexto o séptimo día después de esto, tampoco rompemos la ley o los profetas, sino que más bien cumplimos con los sacramentos de la gracia evangélica; porque nuestro Salvador, como escribe Teófilo, el venerable obispo de Alejandría, a quien mencioné antes, fue entregado en la luna decimocuarta, es decir, el quinto día después del sábado, crucificado en la decimoquinta, y resucitó al tercer día, es decir, en la luna decimoséptima, que entonces se encontró en el día domingo, como también aprendemos de la observación de los Evangelios. Por lo tanto, tenemos consuelo para celebrar correctamente la Pascua, incluso si ha habido un retraso debido a una necesidad que ha surgido, como si la luna decimocuarta del primer mes cayera en sábado, o si en otros días antes del sábado de la semana siguiente ocurriera, celebremos la

Pascua sin duda. Pero si cae en domingo, de todos modos, como se ha dicho a menudo, pospongámosla a la semana siguiente, por las razones que hemos mencionado. Habiendo demostrado y aclarado esto, también debe considerarse que la ley frecuentemente, por causa de necesidad, ordena a aquellos que no pudieron celebrar la Pascua en el primer mes debido a una cierta restricción de tiempo, que lo hagan en el segundo; pues es mejor en necesidad seguir lo superior que lo inferior, ya que lo inferior está contenido en lo superior, pero lo superior no está contenido en el número inferior, declarando nuevamente lo que ya hemos mencionado, que el número diez incluye al nueve, pero el nueve no puede incluir al diez. Si la ley nos ordena pasar al segundo mes si no podemos celebrar la santa Pascua en el primer mes debido a ciertas necesidades, no entiendo por qué no deberíamos razonablemente hacer una dilación de la Pascua a la semana siguiente si la luna decimocuarta cae en domingo, manteniendo tanto el primer mes como la luna decimoquinta en la que el Salvador fue crucificado, y también la decimoséptima cuando resucitó después de tres días. Dondequiera que haya sido el primer día de la resurrección de Cristo, se refiere de diversas maneras, y ciertamente, como hemos mencionado antes, algunos afirman que fue el 25 de marzo, pero otros el 27, y algunos el 28 del mismo mes. Donde debe notarse que si la resurrección del Señor ocurrió el 25 de marzo, como escribieron los más antiguos, el quinto año del ciclo decennovenal se estaba llevando a cabo, teniendo concurrentes VII y la luna decimocuarta, como siempre el 22 de marzo. Si el Señor resucitó el 27 de marzo, fue el decimotercer año del ciclo mencionado, teniendo concurrentes V, y la luna decimocuarta, como siempre el 24 de marzo. Pero si la resurrección de Cristo se celebró el 28 de marzo, el segundo año del ciclo decennovenal existía, teniendo concurrentes IV y la luna decimocuarta, como siempre el 23 de marzo, todas las cuales se despliegan en el curso indudable de la luna decimoséptima, en la que se llevaron a cabo los primeros misterios sagrados de la resurrección en el día domingo: solo debe tenerse mucho cuidado de no confirmar que esto ocurrió en la luna decimosexta, como algunos, incurriendo no solo en una pérdida inevitable de nuestro cálculo, sino también en un gravísimo peligro para la fe católica.

CAPÍTULO LXII. De la luna de ese día.

La última meta del ciclo mencionado a menudo despliega las lunas del domingo de Pascua, incluidas en el ámbito de siete días debido a la variación de la ocurrencia del mismo domingo, es decir, desde el decimoquinto hasta el vigesimoprimer: estos días están ciertamente fijados por la frecuente anotación de la ley, diciendo el Señor: En el primer mes, el día catorce del mes comeréis ázimos, hasta el día veintiuno del mismo mes al atardecer; durante siete días no se encontrará levadura en vuestras casas. La regla de este primer mes y de sus siete días de ázimos es ahora tal que la luna que ocurra después del equinoccio el día quince se entienda como del primer mes, y esta, cualquiera de los siete días hasta el vigesimoprimer que tome, ofrezca adecuadamente las alegrías de la fiesta pascual. Esto lo repito tantas veces porque hubo algunos que, anotando el día domingo de Pascua, por ejemplo, el 26 de marzo, con la luna vigésima, decían: ¿Y qué nos muestran que pecamos al establecer el tiempo de Pascua, cuando ningún calculador jamás prohibió celebrar la Pascua el 26 de marzo? todos igualmente confesando que entonces el equinoccio ha sido pasado, nadie negará que la luna vigésima es adecuada para el domingo pascual. A estos se les debe responder que tanto el 26 de marzo, donde la luna sea adecuada, como la luna vigésima, donde el día sea oportuno, el domingo de Pascua se celebrará correctamente. Pero porque la luna que es vigésima el 26 de marzo tuvo su plenilunio antes del equinoccio, no es lícito celebrar el domingo de Pascua el 26 de marzo con la luna vigésima. La que es plena en el equinoccio, o después del equinoccio, tan pronto como llegue el día domingo, dará la Pascua legítima. El mismo error, la misma respuesta, cuando los calculadores mencionados decretan

que el 22 de marzo, con la luna decimosexta, el 23 de marzo, con la luna decimoséptima, el 24 de marzo, con la luna decimooctava, el 25 de marzo, con la luna decimonovena, el 26 de marzo, con la luna vigésima, el 27 de marzo, con la luna vigesimoprimera, el 28 de marzo, con la luna vigesimosegunda, se debe celebrar la Pascua. Esto lo hacen más a menudo en el año cuando han tenido la luna vigesimoquinta en el 1 de enero. Pero cuando han tenido esta luna vigesimoséptima allí, entonces se desvían más de la verdad, porque ciertamente consideran como luna del primer mes la que, nacida el 5 de marzo, se muestra casi llena tres días antes del equinoccio. Y porque la luna decimoquinta, decimosexta y decimoséptima no pueden hacer el día domingo de Pascua, ya que estas edades han tenido el 19, 18 y 17 de marzo, ciertamente no puede tener sus otras edades, aunque sigan al equinoccio, convenientes para las solemnidades de la resurrección del mismo domingo.

CAPÍTULO LXIII. Qué diferencia hay entre Pascua y ázimos.

Y puesto que hemos tocado algunos puntos sobre la observancia de la Pascua, también nos ha parecido bien indicar que, según la escritura de la ley, la Pascua es una solemnidad diferente de la de los ázimos. Un día es la Pascua, es decir, el paso, el decimocuarto del primer mes, en el cual al atardecer se ordenó inmolar el cordero; y en la noche siguiente el Señor pasó hiriendo a los primogénitos de Egipto y liberando las casas de los hijos de Israel marcadas con la sangre del cordero; los días siguientes, siete, es decir, del decimoquinto al vigesimoprimero del mismo mes, se llaman propiamente ázimos; pues está escrito en Éxodo, donde se ordena inmolar el cordero el decimocuarto día del primer mes al atardecer: Y comeréis apresuradamente, porque es la Pascua, es decir, el paso del Señor. Y: Pasaré por la tierra de Egipto en aquella noche, y heriré a todo primogénito en la tierra de Egipto. Y poco después: Y cuando vuestros hijos os pregunten: ¿Qué significa este rito? diréis: Es la víctima del paso del Señor, cuando pasó sobre las casas de los hijos de Israel en Egipto, hiriendo a los egipcios y liberando nuestras casas. También en Levítico: En el primer mes, dice, el decimocuarto día del mes al atardecer, es la Pascua del Señor, y el decimoquinto día de este mes es la solemnidad de los ázimos del Señor; durante siete días comeréis ázimos, el primer día será para vosotros muy solemne y santo. No haréis en él ningún trabajo servil, sino que ofreceréis sacrificio al Señor durante siete días. Y para que nadie piense que hemos entendido las palabras de la ley de manera diferente a como la verdad las tiene, que el doctísimo en las letras legales, y sacerdote, vea lo que José piensa sobre esto. Escribe en el libro de las Antigüedades de esta manera: «El cordero se inmola en la luna decimocuarta del primer mes, y el decimoquinto sigue la festividad de los ázimos, que se celebra durante siete días. En el segundo día de los ázimos, que es el decimosesto, ofrecen las primicias de las cosechas que siegan. La costumbre de los sagrados ritos legales también es imitada no ignobilmente por la Iglesia ahora, observando principalmente una noche del paso del Señor, es decir, de su resurrección de entre los muertos, en la cual se dignó salvar a los fieles piadosos triunfando, en cuyo amanecer la sangre, es decir, del mismo cordero inmaculado, limpia a su pueblo lavado en la fuente de la regeneración de todo pecado, y luego añadiendo otros siete días en memoria de la misma resurrección del Señor con una festividad adecuada. Pero porque también el mismo día de Pascua se ordena que sea castigado del fermento, la Escritura del Evangelio a veces lo llama el primer día de los ázimos. Y el primer día de los ázimos, cuando inmolan la Pascua, le dicen sus discípulos: ¿Dónde quieres que vayamos y preparemos para que comas la Pascua? También el día XV del primer mes, desde el cual comienzan los siete días de los ázimos, por la cercanía de la Pascua lo llama con su nombre, cuando dice: Y ellos no entraron en el pretorio, para no contaminarse, sino para comer la Pascua; no porque la Escritura evangélica sea contraria a la ley, sino porque se preocupó por inculcarnos más vivamente el sacramento que convenía con esta sociedad de vocablos. Salvo una discusión

más sutil, podemos entender que cada uno de nosotros celebró los solemnes misterios de la Pascua en el día de su bautismo, evitando al exterminador espiritual con la señal de la preciosa sangre, pasando las tinieblas espirituales, y durante todo el tiempo de nuestra vida, que llevamos en esta peregrinación, celebramos los siete días de los ázimos, en los cuales, como enseña el Apóstol, no debemos comer con el fermento de malicia y maldad, sino con los ázimos de sinceridad y verdad. Y porque en el bautismo, para que podamos pasar del poder de Satanás a la parte de la herencia de los santos, es necesario mantener la sinceridad y la verdad, y también durante todo el tiempo de nuestra peregrinación, que se desarrolla en el número de siete días, se nos ordena pasar diariamente a cosas mejores, como si también comiéramos los ázimos de la Pascua, y en los días de los ázimos celebráramos espiritualmente la Pascua.»

CAPÍTULO LXIV. Interpretación típica de la Pascua.

Así como toda la observancia de las ceremonias pascuales, también el tiempo en que se ordena celebrarlas está impregnado de misterio sagrado. En primer lugar, nos preocupamos por pasar el equinoccio en la celebración de la Pascua del Señor según los decretos de la ley, para que la solemnidad en la que el mediador entre Dios y los hombres, habiendo destruido el poder de las tinieblas, abrió al mundo el camino de la luz, muestre también externamente lo que tiene internamente en el orden del tiempo. Y la que nos promete la luz de la eterna bienaventuranza, se celebre especialmente cuando la luz del sol, aumentando anualmente, obtiene su primera victoria sobre la sombra de la noche. Luego, observamos el primer mes del año, llamado también de los Nuevos, en el que celebramos la Pascua. Este es el mes en el que este mundo fue formado y el hombre fue colocado por primera vez en el paraíso. Porque a través de los misterios de esta solemnidad, esperamos recuperar la primera vestidura, el primer reino de la bienaventuranza celestial, del cual nos alejamos hacia una región lejana. De la gloria de este reino, el bienaventurado apóstol Pedro dice: "Esperamos cielos nuevos y tierra nueva, y las promesas de Él, en las cuales habita la justicia". Y también Juan en su Apocalipsis: "Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, hago nuevas todas las cosas". Luego, también observamos la tercera semana del mismo mes en la Pascua, lo cual se adapta perfectamente a los gozos de la resurrección del Señor. Porque la misma resurrección sagrada ocurrió al tercer día, y en el tercer tiempo del mundo, es decir, con la llegada de la gracia celestial, toda su dispensación en la carne, que fue consumada por la gloria de la resurrección, apareció al mundo. Los primeros tiempos del mundo fueron ilustrados por la ley natural a través de los padres, los medios por la ley escrita a través de los profetas, y los últimos por el carisma espiritual viniendo Él mismo. Pero también la misma conversión de la luna nos ofrece un espectáculo bellísimo del sacramento celestial; porque la luna, que hecha de forma redonda, recibe la luz del sol, como dijimos antes, y por eso siempre es luminosa desde la mitad del orbe que tiene hacia el sol, pero siempre oscura desde la otra mitad, tiene un aumento de luz hacia la tierra desde el primero hasta el XV, y una disminución hacia el cielo. Desde el XV hasta el último, el aumento de su luz se aleja de lo terrenal y poco a poco regresa a lo celestial. Porque, sin duda, su conversión señala correctamente los misterios del gozo pascual, por los cuales se nos enseña a apartar toda la gloria de nuestra mente de los placeres visibles y de los favores caducos, y a suspenderla en la contemplación de la luz de la gracia celestial. O si se prefiere interpretar ambas conversiones en un sentido positivo, podemos entender que el aumento de la luz de la luna hacia los ojos humanos insinúa la gracia de las virtudes, con las cuales el Señor, apareciendo en la carne, iluminó al mundo, de las cuales se dice: "Y Jesús crecía en sabiduría y en edad, y en gracia ante Dios y los hombres". Pero el regreso hacia el cielo designa la gloria de su resurrección y ascensión, que en sí misma se completó de inmediato, pero en el ánimo de los fieles crece con ciertos

aumentos de su luz hasta el fin del mundo. Porque el Señor resucitado de entre los muertos apareció primero a uno y dos, luego a más, a veces a siete, a veces a once, a veces a doce, a veces a más de quinientos hermanos a la vez, y finalmente a todos los discípulos; a quienes, viéndolo ascender al cielo, les ordenó ser testigos de su dispensación en Jerusalén, y en toda Judea, y Samaria, y hasta el último rincón de la tierra. Y bien, la luna cuando crece hacia nuestros ojos, se aleja poco a poco del sol; pero cuando regresa al cielo, vuelve a él en espacios iguales. Esto es lo que Él mismo dijo: "Salí del Padre, y vine al mundo; otra vez dejo el mundo, y voy al Padre". Y lo que el salmo dice de Él: "Desde el extremo del cielo es su salida, y su curso hasta su extremo". Porque, por lo tanto, el aumento de su luz, que al salir del sol se vuelve hacia nuestros ojos, significa la doctrina y las virtudes del Salvador en la carne hasta los tiempos de la pasión, pero lo que al regresar al sol se recoge poco a poco hacia la faz invisible del cielo, demuestra los milagros de su resurrección y gloria posterior, con razón se proclama adecuada a los gozos del voto pascual desde el decimoquinto. Con estos indicios del tiempo pascual tomados de la observancia de la ley, los herederos del Nuevo Testamento también añadimos el día del Señor, que la Escritura llama uno o primero del Sábado; y no sin razón, que es excelente por la condición de la luz primitiva, y notable por el triunfo de la resurrección del Señor, y también siempre deseable para nosotros por nuestra resurrección. También los siete días de la luna, es decir, del XV al XXI, por los cuales el mismo Domingo discurre en orden natural, anuncian abiertamente la universalidad de la Iglesia, que ha sido redimida por los misterios pascales en todo el mundo. Porque la Escritura suele designar la universalidad con el número siete. De ahí que lo que dice el Profeta: "Siete veces al día te alabo", no se entiende mejor que lo que dice en otro lugar: "Siempre su alabanza en mi boca". Y especialmente Juan testifica que toda la perfección de la Iglesia católica se figura en eso, quien escribiendo a las siete iglesias de Asia, reveló los misterios de la Iglesia universal en todo el mundo. Por eso, en todo lo que escribe a cada una de las siete iglesias, se preocupó por incluir este versículo: "El que tiene oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias", probando abiertamente que lo que había dicho a uno, lo había dicho a todas las iglesias. Tampoco menos los tiempos pascales nos recomiendan un sentido moral. En el nombre de la Pascua, para que hagamos diariamente un tránsito espiritual de los vicios a las virtudes. En el mes de los Nuevos, en el que los frutos maduros anuncian con su llegada el cese de los antiguos, para que despojándonos del hombre viejo con sus actos, nos renovemos en el espíritu de nuestra mente, y nos revistamos del nuevo hombre, y demás. Y para que, animados por la variedad de diversas virtudes, y velados por sus hojas como por la sombra de un árbol agradable, florezcamos como campos alegres y fructíferos en la luna llena, para que llevando el esplendor perfecto de la fe y el sentido, nos separemos de las tinieblas del pecado. En la misma luz lunar que regresa al cielo, que comienza a partir del decimoquinto día de la luna, para que cuanto más grandes somos, nos humillemos en todo, diciendo cada uno con el Apóstol: "Por la gracia de Dios soy lo que soy". Esta gracia del don celestial, porque se derramó más manifiestamente en el tercer tiempo del mundo, con la bellísima consecuencia de las figuras, en la tercera semana de la luna, la luz de la misma que hasta entonces había crecido hacia la tierra, comienza a crecer hacia lo celestial, y se nos ordena observarla bellamente en la Pascua, para que nunca olvidemos la gracia que recibimos, y recordemos devolverle al dador de ella obedeciendo en cada paso del tránsito espiritual; o ciertamente, en el aumento de la luna hacia los hombres, se nos muestra el tipo de vida activa, y en el regreso hacia el cielo, el tipo de vida contemplativa. O en esta conversión se nos señala el amor al prójimo, y en aquella, el de nuestro autor. O el progreso de su luz hacia aquí nos advierte para que hagamos el bien externamente, y hacia allá, para que hagamos esas buenas obras solo con la mirada en la recompensa celestial. Aquí, para que nuestra luz brille ante los hombres, y vean nuestras buenas obras, allá, para que glorifiquen a nuestro Padre que está en los cielos. En el uno del Sábado, que es la solemnidad propia del

Nuevo Testamento, se nos instruye para que, con la esperanza de nuestra futura resurrección en Cristo, soportemos pacientemente en el presente todas las adversidades por Cristo, e incluso la misma injuria de la muerte, escuchando del Apóstol: "Porque si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en nosotros, el que resucitó a Jesús de entre los muertos vivificará también nuestros cuerpos mortales, por su Espíritu que habita en nosotros". Y porque el Espíritu es de gracia septiforme, puede no inadecuadamente entenderse en el mismo número de siete días lunares, en el cual se lleva a cabo el mencionado uno del Sábado, es decir, el día del Señor. Sin embargo, si alguien desea saber más plenamente sobre el misterio del tiempo pascual, lea la carta del beato Aurelio Agustín a Juanuario sobre la razón pascual.

CAPÍTULO LXV. Del gran ciclo de la Pascua.

El ciclo de la Pascua es grande, que, multiplicado entre sí el ciclo solar y lunar, se completa en 532 años. Porque ya sea que se multipliquen diecinueve veces veintiocho, o veintiocho veces diecinueve, completan el número 532. De ahí que este gran ciclo decimonoveno tenga 28 ciclos lunares, y del sol, que suelen completarse en veintiocho años, tiene 19 ciclos, 133 bisiestos, 195 meses solares, veintiocho veces 228, es decir, 6,384, y meses lunares, veintiocho veces 235, es decir, 6,580 días, excepto los bisiestos, veintiocho veces 6,935, es decir, 193,180, y sumando los bisiestos 193,313. Que cuando haya completado la suma mencionada de meses y días en orden, inmediatamente se revolverá sobre sí mismo, restaurando todo lo que pertenece al curso del sol o de la luna, siempre con el mismo tenor con el que pasaron: solo los años de la Encarnación del Señor avanzan en su cierto camino hacia lo mayor, y las indicciones, dondequiera que se lleven en orden, no mueven el curso de los astros, y por lo tanto no alteran el orden del cálculo pascual. Para que esto quede más claro, se ha decidido presentar el mismo ciclo en orden completo en esta obra, comenzando desde el año 532 de la Encarnación del Señor, donde Dionisio comenzó el ciclo por primera vez, y llevando la obra hasta el año 1063 de la misma sagrada Encarnación, para que todos los lectores puedan no solo prever el estado presente o futuro de la Pascua, sino también contemplar con una visión inenarrable todo el estado pasado del tiempo pascual, y reconocer más claramente todos los años que alguna vez estuvieron en cuestión, cuándo o cómo fueron:

CAPÍTULO LXVI. Crónica o de las seis edades de este siglo.

De las seis edades de este mundo, y de la séptima u octava de descanso y vida celestial, ya hemos mencionado algo en comparación con la primera semana en la que el mundo fue adornado, y ahora en comparación con la vida de un solo hombre, que en griego los filósofos suelen llamar "microcosmos", es decir, pequeño mundo, expondremos algo más extensamente sobre las mismas.

La primera edad de este mundo es desde Adán hasta Noé, conteniendo años, según la verdad hebrea, 1,656, según los Setenta intérpretes 2,242, generaciones según ambas ediciones en número de 10. Que fue borrada por el diluvio universal, así como el olvido suele sumergir la primera edad de cada hombre; ¿cuántos son los que recuerdan su infancia?

La segunda edad es desde Noé hasta Abraham, abarcando generaciones, según la autoridad hebrea, 10, y años 292; pero, según los Setenta intérpretes, años 1,072, y generaciones 11. Esta fue como la niñez del pueblo de Dios, y por eso en ella se encontró la lengua, es decir, el hebreo. Porque desde la niñez el hombre comienza a saber hablar después de la infancia, que se llama así porque no puede hablar.

La tercera es desde Abraham hasta David, abarcando generaciones, según ambas autoridades, 14, y años 942. Esta fue como una cierta adolescencia del pueblo de Dios, desde la cual, porque el hombre comienza a poder engendrar, por eso el evangelista Mateo tomó el comienzo de las generaciones desde Abraham, quien también fue constituido padre de las naciones cuando recibió el cambio de nombre.

La cuarta es desde David hasta la transmigración de Babilonia, teniendo años, según la verdad hebrea, 473, según la traducción de los Setenta, 12 más, generaciones, según ambos Códices, 17. Que sin embargo el evangelista Mateo pone 14 por cierta gracia de misterio. Desde la cual, como una edad juvenil en el pueblo de Dios, comenzaron los tiempos de los reyes; porque esta edad en los hombres suele ser apta para gobernar el reino.

La quinta, como una edad senil, es desde la transmigración de Babilonia hasta la venida del Salvador en la carne, extendida en generaciones también 14, pero en años 589, en la cual, como fatigada por una grave vejez, el pueblo hebreo es sacudido por males más frecuentes.

La sexta, que ahora se lleva a cabo, no tiene ninguna serie cierta de generaciones o tiempos, sino que como una edad decrepita, debe ser consumada por la misma muerte del siglo. Aquellos que han vencido estas edades laboriosas y llenas de trabajos del mundo con una muerte feliz, recibidos ya en la séptima edad del eterno Sábado, esperan la octava edad de la bienaventurada resurrección, en la cual siempre reinarán con el Señor.

PRIMERA EDAD.

En la primera edad del mundo naciente, en el primer día de este, Dios hizo la luz a la que llamó día. En el segundo, estableció el firmamento del cielo en medio de las aguas, con las mismas aguas y la tierra junto con el cielo superior y las virtudes que en él alabaran al creador, creadas antes del comienzo de estos seis días. En el tercer día, reuniendo en su lugar las aguas que cubrían todo, ordenó que apareciera lo seco. En el cuarto, puso las estrellas en el firmamento del cielo, que ahora, según la conjetura del equinoccio, llamamos el duodécimo de las Calendas de abril. En el quinto, creó los animales acuáticos y volátiles. En el sexto, formó los animales terrestres y al mismo hombre, Adán, de cuyo costado, mientras dormía, produjo a Eva, madre de todos los vivientes, que ahora, según me parece creíble, se llama el décimo de las Calendas de abril. Por lo cual se cree con razón, si no prevalece una sentencia más verdadera, que el beato Teófilo, junto con otros obispos no solo de Palestina, sino también de muchas otras regiones, al discutir sobre la Pascua, escribió que el Señor fue crucificado el mismo décimo de las Calendas de abril. Porque convenía que en el mismo día no solo de la semana sino también del mes, según Adán, dormido por la muerte vivificante para la salvación del género humano, santificara para sí la Iglesia como esposa con los sacramentos celestiales producidos de su costado, en el cual día había creado primero a Adán, el padre del género humano, y de su costado, tomando una costilla, edificó a la mujer, con cuya ayuda propagara el género humano.

[A. M. Hebr. 130. Sep. 230.] Adán, de 130 años, engendró a Set; a quien sobrevivió 800 años. Pero los Setenta intérpretes pusieron antes del nacimiento de Set 230 años, y después 700. Set se interpreta como resurrección, significando la resurrección de Cristo de entre los muertos, cuya muerte infligida por los judíos significa Abel, que se llama luto, asesinado por su hermano Caín.

[A. M. Hebr. 235. Sept. 435.] Set, de 105 años, engendró a Enós; a quien sobrevivió 807 años. Por otro lado, los Setenta pusieron antes del nacimiento de Enós 205 años, y después

707. Enós se interpreta como hombre, de quien se dice bien: "Este comenzó a invocar el nombre del Señor", porque es propio de los hombres, conscientes de su fragilidad, invocar la ayuda del creador, de aquellos que viviendo en la fe de Cristo se alegran de ser hijos de la resurrección.

[A. M. Hebr. 325. Sept. 625.] Enós, de 90 años, engendró a Cainán; a quien sobrevivió 815 años. Pero los Setenta pusieron antes del nacimiento de Cainán 190 años, y después 715.

[A. M. Hebr. 395. Sept. 795.] Cainán, de 70 años, engendró a Mahalaleel; después de cuyo nacimiento vivió 840 años. Los Setenta pusieron antes del nacimiento de Mahalaleel 170 años, y después 740.

[A. M. Hebr. 460. Sept. 960.] Mahalaleel, de 65 años, engendró a Jared; a quien sobrevivió 830 años. Los Setenta pusieron antes del nacimiento de Jared 165 años, y después 730.

[A. M. Hebr. 622. Sept. 1122.] Jared, de 162 años, engendró a Enoc; a quien sobrevivió 800 años. En esta generación, en ninguna parte los dos Códices discrepan. A este Enoc se le atribuye haber escrito algo divinamente, según atestigua Judas el apóstol. Pero, como dice el beato Agustín: "No en vano no están en ese canon de las Escrituras que se guardaba en el templo del pueblo hebreo por la diligencia de los sacerdotes sucesores, sino porque por su antigüedad se juzgaron de fe sospechosa, ni se podía encontrar si eran estas las que él había escrito". Por lo tanto, aquellas que se presentan bajo su nombre, y contienen esas fábulas sobre los gigantes, que no tuvieron padres humanos, se juzgan correctamente por los prudentes como no creíbles que sean de él.

[A. M. Hebr. 687. Sept. 1287.] Enoc, de 65 años, engendró a Matusalén; después de cuyo nacimiento vivió 300 años, y caminó con Dios. Los Setenta pusieron antes del nacimiento de Matusalén 165 años, y después 200. Y bien, en la séptima generación, Dios tomó a Enoc, que se interpreta como dedicación, de entre los mortales, porque la ciudad de los elegidos, trabajando por Dios en las seis edades de este siglo, espera la gloria de la dedicación en el séptimo Sábado futuro. Pero porque los réprobos están contentos solo con la felicidad presente, Caín consagra la ciudad que estableció no en la séptima generación, sino en su primogénito Enoc.

[A. M. Hebr. 874. Sept. 1454.] Matusalén, de 187 años, engendró a Lamec; a quien sobrevivió 782 años, es decir, hasta el diluvio. Los Setenta ponen antes del nacimiento de Lamec 167 años, y después 802. Este número, como el lector verá fácilmente, según la verdad hebrea, pasa 20 años, según la autoridad de ellos, 14 años los tiempos del diluvio. Sobre esta famosísima cuestión, los doctísimos Padres, Jerónimo en el libro de las Cuestiones Hebreas, Agustín en el libro de la Ciudad de Dios decimoquinto, discuten plenamente.

[A. M. Hebr. 1056. Sept. 1642.] Lamec, de 182 años, engendró a Noé; a quien sobrevivió 595 años. Los Setenta ponen antes del nacimiento de Noé 188 años, y después 565. En esta única generación, la suma de la totalidad discrepa, porque se encuentra que Lamec vivió 24 años más en los hebreos que en los Códices de los Setenta traductores.

[A. M. Hebr. 1656. Sept. 2242.] En el año 600 de Noé vino el diluvio, en el segundo mes, el día 17 del mes. Ciertamente, sobre la diferencia de años entre la autoridad hebrea y la de los Setenta intérpretes, para que nadie nos acuse de haber planteado nuevas cuestiones, lea las obras mencionadas de los Padres antes mencionados, y entenderá que esta diferencia ya era muy conocida; cuya origen de la diferencia, cuando el beato Agustín la buscó con gran

diligencia, dijo en el libro mencionado en el capítulo XIII entre otras cosas: "Por lo tanto, es más creíble que alguien diga que cuando primero comenzaron a copiarse estas cosas de la biblioteca de Ptolomeo, entonces algo así pudo haber ocurrido en un Códice, pero primero copiado de allí, de donde ya se difundió más ampliamente, donde también pudo ocurrir un error del escriba. Y esto en esa cuestión sobre la vida de Matusalén no es absurdo sospechar". Y después de algunas cosas: "No dudaría en absoluto que se haga correctamente, para que cuando se encuentra algo diferente en ambos Códices, dado que no puede ser verdadero en ambos para la fe de los hechos, se crea más bien a la lengua de la cual se hizo la traducción a otra por los intérpretes".

SEGUNDA EDAD.

Segunda era del siglo, el primer día de este, que es el vigésimo séptimo del segundo mes, Noé salió del arca, en la cual pocos, es decir, VIII almas fueron salvadas por el agua. Recordando esto en la Epístola, el bienaventurado apóstol Pedro (I Pet. III, 21) se apresuró a explicarlo maravillosamente, cuando añadió que ahora el bautismo nos salva de manera similar, no la eliminación de la suciedad de la carne, sino la consulta de una buena conciencia hacia Dios, por la resurrección de Jesucristo que está a la derecha de Dios. Enseñando que en el agua del diluvio está figurado el bautismo, en el arca y lo que contenía la Iglesia y sus fieles, en el número de ocho almas el misterio de la resurrección del Señor en cuya fe somos bautizados.

[A. M. Hebr. 1658. Sept. 2244.] Sem, de 100 años, engendró a Arfaxad, dos años después del diluvio. De Arfaxad, Jerónimo escribe que los caldeos tomaron su origen. Sem sobrevivió a su hijo Arfaxad 500 años, es decir, hasta el quincuagésimo año del nacimiento de Jacob.

[A. M. Hebr. 1693. Sept. 2379]. Arfaxad, de 35 años, engendró a Sala. Los intérpretes de los Setenta colocaron una generación más que la verdad hebrea, diciendo que Arfaxad, cuando tenía 135 años, engendró a Cainán; quien, cuando tenía 130 años, engendró a Sala. El evangelista Lucas parece haber seguido esta traducción. Sin embargo, los cronógrafos griegos, al corregir la serie de generaciones según la autoridad hebrea, eliminaron una generación, Cainán, pero no se preocuparon por corregir el número de años en las generaciones que tenían en común con ellos, siguiendo su propia autoridad, dieron a esta era una suma de años, menor que la edición de los Setenta por 130 años, pero mayor que la verdad hebrea por 650 años, es decir, 942 años. Arfaxad vivió después de engendrar a Sala 403 años, pero los Setenta escriben 430 años después de engendrar a Cainán, y Cainán 338 años después de engendrar a Sala.

[A. M. Hebr. 1723. Sept. 2639.] Sala, de 30 años, engendró a Heber; a quien sobrevivió 403 años. Los Setenta colocaron 130 años antes de engendrar a Heber, luego 330. De este Heber se origina el nombre y la raza de los hebreos.

[A. M. Hebr. 1757. Sept. 2773.] Heber, de 34 años, engendró a Peleg; a quien sobrevivió 430 años. Los Setenta colocaron 134 años antes de engendrar a Peleg, luego 270. Peleg se interpreta como división, y sus padres le dieron este nombre porque en el tiempo de su nacimiento la tierra fue dividida por la confusión de lenguas. Arnobio, el retórico, recuerda esta división en la exposición del salmo CIV: «A Sem, el primogénito de Noé, se le asignó la parte desde Persia y Bactria hasta la India lejana, y hasta Rinocorura. Estas extensiones de tierra tienen 27 lenguas en un idioma bárbaro: En estas lenguas hay naciones de patrias. 406, no de lenguas diferentes, sino, como dije, de patrias diferentes. Por ejemplo, aunque hay una

lengua latina, bajo una lengua hay diferentes patrias, de los Brutios, Lucanos, Apulios, Calabreses, Pícnos, Etruscos, y si decimos cosas similares a estas.

«Cam, el segundo hijo de Noé, desde Rinocorura hasta Gades, tiene lenguas en un idioma púnico por parte de los Garamantes, en latín por parte del norte, en un idioma bárbaro por parte de los etíopes y egipcios del sur, y con bárbaros interiores en un idioma variado, en 22 lenguas, en 394 patrias. Jafet, el tercero, desde Media hasta Gades hacia el norte. Jafet tiene el río Tigris, que divide Media y Babilonia en 200 patrias, en un idioma variado, en 23 lenguas. Por lo tanto, todas juntas son 72 lenguas. Las patrias de las generaciones son 1000, que están situadas en este orden en el siglo tripartito. Como dijimos, Jafet tiene el río Tigris, que divide Media y Babilonia; Sem, el Éufrates; Cam, el Geón, que se llama Nilo.»

[A. M. Hebr. 1787. Sept. 2903.] Peleg, de 30 años, engendró a Reu; a quien sobrevivió 209 años. Los Setenta colocan 130 años antes de engendrar a Reu, luego 209. En estos tiempos se construyeron los primeros templos, y algunos príncipes de las naciones fueron adorados como dioses.

[A. M. Hebr. 1819. Sept. 3035.] Reu, de 32 años, engendró a Serug; a quien sobrevivió 207 años. Los Setenta colocan 132 años antes de engendrar a Serug, luego 207. Se dice que el reino de los escitas surgió, donde Tanaus fue el primer rey.

[A. M. Hebr. 1849. Sept. 3165.] Serug, de 30 años, engendró a Nacor; a quien sobrevivió 200 años. Los Setenta colocan 130 años antes de engendrar a Nacor, luego 200. Se dice que el imperio de los egipcios comenzó, con Zoves como su primer rey.

[A. M. Hebr. 1878. Sept. 3244.] Nacor, de 29 años, engendró a Taré; a quien sobrevivió 119 años. Los Setenta colocan 79 años antes de engendrar a Taré, luego 129. Nace el reino de los asirios y los sicionios; con Belo como su primer rey, y Aegialeo como el de ellos:

[A. M. Hebr. 1948. Sept. 3314.] Taré, de 70 años, engendró a Abraham; a quien sobrevivió 135 años. Hasta aquí se extiende la segunda era del siglo, cuya serie completa el bienaventurado Agustín, en el libro de la Ciudad de Dios XVI, capítulo décimo, concluyó de esta manera: «Por lo tanto, los años desde el diluvio hasta Abraham son 1072, según la edición vulgar, es decir, de los intérpretes de los Setenta: En los códices hebreos se dice que se encuentran muchos menos años, de los cuales no dan razón o es muy difícil de dar.»

TERCERA ERA.

[A. M. Hebr. 2023. Sept. 3389.] La tercera era del mundo comenzó con el nacimiento del patriarca Abraham; quien, a los 75 años, dejando su patria, vino por mandato de Dios a la tierra de Canaán, recibiendo la promesa del Salvador que nacería de su descendencia, en quien serían bendecidas todas las naciones, y también que él mismo se convertiría en una gran nación; de las cuales una es la promesa espiritual, y la otra es la promesa carnal. En estos tiempos reinan Nino y Semíramis en Asiria.

[A. M. Hebr. 2034. Sept. 3400.] Abraham, de 86 años, engendró a Ismael, de quien provienen los ismaelitas: Ismael engendró 12 príncipes, y vivió 137 años.

[A. M. Hebr. 2048. Sept. 3414.] El mismo Abraham, de 100 años, engendró a Isaac, quien es el primero y único en toda la serie del Antiguo Testamento que se lee que fue circuncidado al octavo día, lo cual es un privilegio otorgado al hijo de la promesa no sin gran misterio.

[A. M. Hebr. 2108. Sept. 3474.] Isaac, de 60 años, engendró a Esaú y Jacob, patriarcas de las naciones de Edom e Israel; después de cuyo nacimiento vivió 120 años. En estos tiempos, Inaco reinó primero en Argos durante 50 años; su hija Io, a quien los egipcios, cambiando su nombre, adoran como Isis.

[A. M. Hebr. 2238. Sept. 3604.] Jacob, de 130 años, descendió a Egipto con 70 almas. En sus tiempos, Menfis en Egipto fue fundada por el rey de los argivos Ape. Esparta también fue fundada por Esparto, hijo del rey de los argivos Foroneo.

[A. M. Hebr. 2453. Sept. 3819.] La estancia de los hijos de Israel en Egipto fue de 430 años; al cumplirse estos, el mismo día salió todo el ejército del Señor de la tierra de Egipto, como testifica la Escritura del Éxodo: sin embargo, los cronógrafos cuentan la suma de años desde el septuagésimo quinto año del nacimiento de Abraham, cuando entró en la tierra de la promesa, siguiendo la edición de los Setenta intérpretes, que dice: La estancia de los hijos de Israel en Egipto, y en la tierra de Canaán, ellos y sus padres, fue de 430 años; lo cual la misma verdad hebrea muestra que debe seguirse; que narra que Caath, hijo de Leví, que se sabe que nació en la tierra de Canaán, vivió 133 años, y su hijo Amram, padre de Moisés, 137 años, y Moisés mismo tenía 80 años en el tiempo de la salida de Egipto, porque evidentemente la suma de estos años no puede completar 430. El apóstol también aprueba esta traducción cuando dice: A Abraham fueron hechas las promesas y a su descendencia; no dice Y a las descendencias, como si fueran muchas, sino, como si fuera una, Y a tu descendencia que es Cristo. Esto digo, que el pacto confirmado por Dios, que fue la ley dada 430 años después, no anula para invalidar las promesas de los padres.

[A. M. Hebr. 2493. Sept. 3859.] Moisés durante 40 años guió al pueblo de Israel en el desierto; en cuyo primer año construyó el tabernáculo del Señor, y completando la obra en 7 meses, lo erigió el primer día del primer mes del segundo año. Hasta aquí, como recuerda Eusebio, los cinco libros de Moisés contienen los hechos de 3730 años, según la interpretación de los Setenta Ancianos. Cuántos años contiene realmente este tiempo según la verdad hebrea, José en el primer libro contra el gramático Apión lo recuerda así: «Por lo tanto, no tenemos innumerables volúmenes entre nosotros que discrepen entre sí, sino que solo hay 22 libros, que contienen la serie de todos los tiempos, que se cree justamente que son divinamente inspirados. De los cuales cinco son de Moisés, que contienen las leyes de la vida, y la genealogía de la sucesión humana, extendiéndose hasta el final de Moisés mismo. Que contienen un poco menos de tres mil años.»

[A. M. Hebr. 2519. Sept. 3885.] Josué durante 26 años guió al pueblo de Israel, como enseña José; porque la Sagrada Escritura no menciona cuántos fueron los años de su liderazgo. Por qué Eusebio en las Crónicas colocó 27, lo diremos más adelante. En el primer año de su liderazgo, Josué, en el primer mes, el décimo día del mes, condujo al pueblo, abriendo el cauce del Jordán, a la tierra de la promesa; en cuyo año, como encontramos en las Crónicas del mencionado Eusebio, era el principio del quincuagésimo primer jubileo según los hebreos, es decir, 2000 años estaban completos desde el principio del mundo, asignando a cada orden de jubileos 50 años. Sin embargo, nuestra investigación no pudo encontrar que esta sea la suma de este tiempo. Es evidente que 1656 años fueron hasta el diluvio; de ahí a Abraham 292, quien tenía 75 años cuando recibió la promesa de Dios; los años de la promesa 430, los años del liderazgo de Moisés 40, que ciertamente no suman 2000, sino 7 menos, es decir, 2493 años, como hemos señalado.

[A. M. Hebr. 2559. Sept. 3925.] Otoniel durante 40 años, de la tribu de Judá, fue constituido primer juez de Israel, por mandato del Señor. En sus primeros tiempos, los hijos de Israel sirvieron a Cusán Rasaatim, rey de Mesopotamia, durante 8 años.

[A. M. Hebr. 2639. Sept. 4005.] Aod durante 80 años, hijo de Gera hijo de Jemini, que usaba ambas manos como derecha, en cuyos principios Israel sirvió a Eglón rey de Moab durante 18 años, hasta que él mismo, habiendo matado a Eglón, los liberó. En este tiempo, la ciudad de Cirene fue fundada en Libia.

[A. M. Hebr. 2679. Sept. 4045.] Débora durante 40 años, profetisa de la tribu de Efraín con Barac de la tribu de Neftalí, en cuyo inicio de liderazgo Jabin rey de Canaán oprimió a los hijos de Israel durante 20 años, quien reinó en Hazor. Pero habiendo sido asesinado el príncipe de su ejército Sísara por Israel, finalmente fue humillado y destruido. En este tiempo, Mileto fue fundada.

[A. M. Hebr. 2719. Sept. 4085.] Gedeón durante 40 años, de la tribu de Manasés. Bajo él, Israel sirvió a los madianitas y amalecitas durante 7 años, pero fue liberado por Gedeón luchando. Tiro fue fundada 240 años antes del templo de Jerusalén, como escribe José.

[A. M. Hebr. 2722. Sept. 4088.] Abimelec durante 3 años, hijo de Gedeón, que reinaba en Siquem. Hércules devasta Ilión.

[A. M. Hebr. 2745. Sept. 4111.] Tolá durante 23 años, hijo de Fúa, tío de Abimelec, hombre de Isacar, que habitaba en Sanir del monte Efraín. La guerra de los lapitas y centauros, que Palaefato, en el primer libro de Increíbles, escribe que eran nobles jinetes de los tesalios. En Troya, después de Laomedonte, reinó Príamo.

[A. M. Hebr. 2767. Sept. 4133.] Jair durante 22 años, de la tribu de Manasés. Hércules establece los juegos olímpicos, desde los cuales hasta la primera Olimpiada se cuentan 430 años.

[A. M. Hebr. 2773. Sept. 4139.] Jefte galaadita durante 6 años. Los filisteos y amonitas oprimen a Israel, de los cuales los amonitas son derrotados por Jefte, quien en el libro de los Jueces dice que desde la era de Moisés hasta él mismo se cuentan 300 años.

[A. M. Hebr. 2780. Sept. 4146.] Abesán de Belén durante 7 años. Agamenón gobierna en Micenas durante 35 años, en cuyo año 15 Troya es capturada.

[A. M. Hebr. 2790.] Ajalón de Zabulón durante 10 años. Este con sus diez años no se encuentra en los Setenta intérpretes; para suplir esta falta, Eusebio anotó más años a Josué hijo de Nun, Samuel y Saúl, cuyos años la Escritura no menciona, para que desde la salida de Israel de Egipto hasta la construcción del templo se tenga la suma de 480 años que la Escritura proclama.

[A. M. Hebr. 2798. Sept. 4154.] Labdón de la tribu de Efraín durante 8 años. En su tercer año, Troya fue capturada, completándose desde el primer año de Cécrope, quien primero reinó en Ática, 375 años; desde el año 43 del reinado de Nino rey de los asirios, 835 años. Muerto Labdón, Israel sirvió a los filisteos durante 40 años.

[A. M. Hebr. 2818. Sept. 4174.] Sansón de la tribu de Dan durante 20 años. Hasta aquí el libro de los Jueces marca los tiempos, teniendo 299 años, y 12 jueces. A los latinos, que después fueron llamados romanos, después del tercer año de la captura de Troya, o, como

algunos quieren, el octavo, reinó Eneas durante tres años; después de él, Ascanio durante 38 años. Antes de Eneas, Jano, Saturno, Pico, Fauno, Latino reinaron en Italia durante unos 150 años. Ascanio, hijo de Eneas, fundó la ciudad de Alba.

[A. M. Hebr. 2858. Sept. 4194.] Elí sacerdote durante 40 años. En el libro hebreo se encuentran 40 años, pero en la interpretación de los Setenta, 20. Los hijos de Héctor recuperaron Ilión, expulsando a los descendientes de Antenor, con la ayuda de Heleno. El tercer latino, Silvio Eneas, hijo de Eneas, reina durante 29 años; quien, porque fue engendrado después de la muerte de su padre, fue criado en el campo, y recibió el nombre de Silvio y Póstumo, de quien todos los reyes de Alba fueron llamados Silvios. Los reyes de Sición desaparecieron, que reinaron desde Aegialeo hasta Zeuxipo durante 962 años. Después de ellos, se establecieron sacerdotes de Carni.

[A. M. Hebr. 2870. Sept. 4206.] Samuel durante 12 años, como enseña José. En la Sagrada Escritura, no está claro cuánto tiempo gobernó. Desde aquí comienzan los tiempos de los profetas. El cuarto latino, Eneas Silvio, reinó durante 31 años.

[A. M. Hebr. 2890. Sept. 4226.] Saúl, primer rey de los hebreos, durante 20 años. Y de este, porque no se encuentra en la Escritura canónica, anotamos el tiempo de su reinado del libro de las antigüedades de José. En Lacedemonia, reinó primero Euristeo durante 42 años; en Corinto, primero Aletes durante 35 años.

CUARTA ERA.

La cuarta era del mundo, no solo con el inicio del imperio de la nación de Judea, sino también con la renovación de la promesa que fue dada a los padres, toma su comienzo el imperio cristiano, jurando el Señor a David con verdad, que del fruto de su vientre se sentará sobre su trono.

[A. M. Hebr. 2930. Sept. 4266.] David, primer rey de la tribu de Judá, durante 40 años. El quinto latino, Latino Silvio, durante 50 años. Éfeso fue fundada por Andrónico. Cartago fue fundada, como algunos quieren, por Carcedón el tirio, pero otros dicen que por Dido su hija, 143 años después de la caída de Troya.

[A. M. Hebr. 2970. Sept. 4306.] Salomón, hijo de David, durante 40 años. En el cuarto año de su reinado, en el segundo mes, comenzó a construir el templo del Señor en Jerusalén, habiendo pasado 480 años desde la salida de Israel de Egipto, como también es testimonio el libro de los Reyes; que en figura de todo el tiempo en que en este mundo se edifica la Iglesia de Cristo, que en el futuro se perfecciona, lo completó en 7 años, y en el séptimo mes del octavo año lo dedicó. El sexto latino, Alba Silvio, hijo de Silvio Eneas, reinó durante 39 años. La reina de Saba vino a escuchar la sabiduría de Salomón.

[A. M. Hebr. 2987. Sept. 4323.] Roboam, hijo de Salomón, durante 17 años. Jeroboam de la tribu de Efraín, separó 10 tribus de la casa de David y del Señor, en figura de los herejes, que separan a sus seguidores de Cristo y de la Iglesia. En su quinto año, Sesac rey de Egipto, viniendo a Jerusalén, saqueó el templo. El séptimo latino, Egipto Silvio, hijo del anterior rey Alba, reinó durante 24 años. Samos fue fundada, y Esmirna ampliada al tamaño de una ciudad.

[A. M. Hebr. 2990. Sept. 4326.] Abías, hijo de Roboam, durante 3 años. Este venció a Jeroboam que luchaba contra él, matando a 500,000 de su ejército, porque había confiado en el Señor.

[A. M. Hebr. 3031. Sept. 4367.] Asa, hijo de Abías, durante 41 años. Por él fue contratado Benadad rey de Siria de Damasco contra Israel, y golpeó toda la tierra de Neftalí. El octavo latino, Capis Silvio, hijo del anterior rey Egipto, reina durante 28 años. Asa destruye ídolos, purifica el templo, y derrota al ejército de Zera el etíope que salió contra él. Omrí rey de Israel compra el monte de Samaria a Semer por dos talentos de plata, y la edifica. Ajiel de Betel reconstruye Jericó.

[A. M. Hebr. 3056. Sept. 4392.] Josafat, hijo de Asa, durante 25 años. Elías el tesbita retuvo la lluvia durante tres años y medio por los pecados de Acab y del pueblo de Israel, y entre otros prodigios ungió a Eliseo hijo de Safat, que era de Abel-mejolá, como profeta en su lugar. El noveno latino, Carpentio Silvio, hijo del anterior rey Capis, reinó durante 13 años. Después de él, su hijo Tiberio Silvio durante 8 años, de quien el río fue llamado Tíber, que antes se llamaba Albula. Después de él, Agripa Silvio su hijo durante 40 años. Josafat hizo lo recto ante el Señor.

[A. M. Hebr. 3064. Sept. 4400.] Joram, hijo de Josafat, durante 8 años. Elías es arrebatado en un carro de fuego como si fuera al cielo, y Eliseo, dejado como heredero de la profecía, en su primer milagro sana las aguas de Jericó. En los días de Joram, Edom se rebeló para no estar bajo Judá, y se constituyó un rey. Joram anduvo en los caminos de la casa de Acab, pues la hija de Acab era su esposa.

[A. M. Hebr. 3065. Sept. 4401.] Azarías hijo de Joram en el año J. Jonadab hijo de Recab es considerado ilustre. Azarías, junto con su hijo Joás y su nieto Amasías, debido a la enormidad de sus crímenes, y porque nadie consideraba bueno ni al padre ni al hijo, el evangelista Mateo los excluye de la genealogía del Salvador del Señor. [A. M. Hebr. 3071. Sept. 4408.] Atalía, madre de Azarías, durante seis años, al ver que su hijo Azarías fue asesinado por Jehú, rey de Israel, mató a toda la descendencia real de la casa de Joram, excepto a Joás, hijo de Azarías, a quien Josabet, hermana de Azarías y esposa del sacerdote Joiada, rescató de entre los hijos del rey cuando fueron asesinados. En los intérpretes de los Setenta se narra que Atalía reinó durante siete años.

[A. M. Hebr. 3111. Sept. 4448.] Joás, hijo de Azarías, durante cuarenta años. Este, con un buen comienzo y un pésimo final, al principio de su reinado renovó el templo, y al final, entre otros crímenes, también ordenó apedrear a Zacarías, hijo de Joiada, su antiguo tutor y restaurador del reino, entre el templo y el altar; a quien, por la gracia de sus méritos, el Señor en el Evangelio llama hijo de Berequías, es decir, bendito del Señor. El duodécimo de los latinos, Aremulo Silvio, hijo del rey Agripa el Mayor, reinó durante diecinueve años, quien estableció una guarnición de albanos entre los montes donde ahora está Roma. Su hijo fue Julio, bisabuelo de Julio Próculo, quien, emigrando a Roma con Rómulo, fundó la gens Julia.

[A. M. Hebr. 3140. Sept. 4477.] Amasías, hijo de Joás, durante veintinueve años. El profeta Eliseo fallecido es sepultado en Samaria. Hazael, rey de Siria, aflige a Israel. El decimotercero de los latinos, Aventino Silvio, hijo mayor del rey Aremulo el Mayor, reinó durante treinta y siete años, y en ese monte que ahora es parte de la ciudad, murió y fue sepultado, dando al lugar un nombre eterno.

[A. M. Hebr. 3192. Sept. 4529.] Azarías, también llamado Ozías, hijo de Amasías, durante cincuenta y dos años. El trigésimo sexto de los asirios, Thonos concoleros, llamado en griego Sardanápalo, fundó Tarsis y Anquialo, y derrotado en batalla por Arbaces el Medo, se quemó

a sí mismo en un incendio. La historia refiere que hasta ese tiempo hubo reyes de Asiria, y se completan en total mil ciento noventa y siete años. Todos los años de los asirios se cuentan desde el primer año de Nino, sumando mil doscientos cuarenta. El decimocuarto de los latinos, Procas Silvio, hijo del rey Aventino el Mayor, reinó durante veintitrés años. Después de él, el decimoquinto, Amulio Silvio, durante cuarenta y cuatro años. Arbaces el Medo, tras destruir el imperio asirio, trasladó el reino a los medos, donde él mismo reinó primero durante veintiocho años. Comienza el reino de los macedonios, teniendo como primer rey a Carano durante veintiocho años. Los reyes de Lacedemonia decaen, comienzan los de Lidia.

[A. M. Hebr. 3208. Sept. 4545.] Jotam, hijo de Ozías, durante dieciséis años. La primera Olimpiada es establecida por los eleos cuatrocientos cinco años después de la captura de Troya. Rómulo y Remo son engendrados por Marte e Ilia. Jotam, entre otras obras de buenas virtudes, construyó la puerta más elevada de la casa del Señor, que en los Hechos de los Apóstoles se llama Hermosa. Todas las puertas del templo estaban en la tierra, excepto la Hermosa que colgaba, la cual los hebreos llamaban puerta de Jotam.

[A. M. Hebr. 3224. Sept. 4561.] Acáz, hijo de Jotam, durante dieciséis años. Por él, Teglafalasar, rey de Asiria, mata a Rezín, rey de Siria, y traslada a los habitantes de Damasco a Cirene. Roma es fundada en el monte Palatino, el 21 de abril, por los gemelos Rómulo y Remo, hijos de Rea Silvia, quien era hija de Numitor, hermano del rey Amulio, virgen vestal, pero violada. En los juegos Consuales, las sabinas son raptadas, en el tercer año desde la fundación de la ciudad. Remo es asesinado con una pala pastoral por Fabio, líder de Rómulo.

[A. M. Hebr. 3253. Sept. 4590.] Ezequías, hijo de Acáz, durante veintinueve años. En su sexto año, Salmanasar, rey de Asiria, captura Samaria y traslada a Israel a Asiria, cuyo reino había permanecido desde el primer Jeroboam durante doscientos sesenta años. Muerto Rómulo, quien reinó durante treinta y ocho años, los senadores gobernaron la república durante cinco días, y así se completó un año. Después de ellos, Numa Pompilio durante cuarenta años, quien construyó el Capitolio desde sus cimientos.

[A. M. Hebr. 3308. Sept. 4645.] Manasés, hijo de Ezequías, durante cincuenta y cinco años. Este, por sus crímenes, es encadenado y llevado a Babilonia, pero por su penitencia y oraciones es restituido en el reino. El tercero de los romanos, Tulo Hostilio, reinó durante treinta y dos años. Fue el primero de los reyes romanos en usar púrpura y fascas, y al añadir el monte Celio, amplió la ciudad.

[A. M. Hebr. 3310. Sept. 4657.] Amón, hijo de Manasés, durante dos años. En la verdad hebrea se lee que reinó dos años, en los Setenta se lee que reinó doce. La ciudad de Histria es fundada en el Ponto. Amón es asesinado por sus siervos.

[A. M. Hebr. 3341. Sept. 4689.] Josías, hijo de Amón, durante treinta y un años. Este, habiendo purificado Judea y Jerusalén, y renovado el templo, después de haber eliminado las inmundicias de la idolatría, celebra la Pascua del Señor de manera muy solemne en el decimoctavo año de su reinado, y al enfrentarse con Neco, rey de los egipcios, es asesinado en el campo de Meguido, que ahora se llama Maximianópolis. El cuarto de los romanos, Anco Marcio, nieto de Numa por su hija, reinó durante veintitrés años. Añadió el monte Aventino y el Janículo a la ciudad, y fundó Ostia a dieciséis millas de la ciudad sobre el mar. Después de él, Tarquinio Prisco durante treinta y siete años. Construyó el circo de Roma, aumentó el número de senadores, instituyó los juegos romanos, construyó muros y cloacas, y erigió el Capitolio. En hebreo se lee que Josías reinó treinta y un años, en los Setenta

Intérpretes treinta y dos. Pero también Eusebio añade un año entre su reinado y el de Joaquín, debido a los seis meses que Joacaz o Joaquín reinó. Sin embargo, Jeremías revela la verdad, quien dice que profetizó desde el decimotercer año de Josías hasta el cuarto año de Joaquín durante veintitrés años, y que Nabucodonosor comenzó a reinar en el cuarto año de Joaquín; y que en el decimonoveno año de su reinado Jerusalén fue destruida.

[A. M. Hebr. 3352. Sept. 4700.] Joaquín, hijo de Josías, durante once años. Después de Josías, su hijo Joacaz reinó durante tres meses: a quien Neco, llevándolo cautivo a Egipto, estableció a Joaquín como rey. En su tercer año, Nabucodonosor, habiendo capturado Jerusalén y llevado a muchos cautivos, entre los cuales estaban Daniel, Ananías, Azarías y Misael, trasladó parte de los vasos del templo a Babilonia. Desde el cuarto año de Joaquín, la Escritura cuenta el reino de Nabucodonosor, porque desde entonces comenzó a reinar no solo sobre los caldeos y judíos, sino también sobre los asirios, egipcios, moabitas y otras innumerables naciones. Joaquín, también llamado Jeconías, hijo de Joaquín, durante tres meses y diez días. Este, con Jerusalén rodeada por los caldeos, salió al rey de Babilonia junto con su madre, y fue llevado a Babilonia con su pueblo en el octavo año del reinado de Nabucodonosor.

[A. M. Hebr. 3363. Sept. 4711.] Sedequías, también llamado Matanías, hijo de Josías, durante once años. En su undécimo año, y en el decimonoveno del rey de Babilonia, Judea fue llevada cautiva a Babilonia, y el templo del Señor fue incendiado, en el año desde que comenzó a ser fundado cuatrocientos treinta. Los judíos que quedaron huyeron a Egipto, que después de cinco años fue golpeada por los caldeos, y ellos también fueron trasladados a Babilonia.

QUINTA EDAD.

La quinta edad del mundo comenzó con la destrucción del reino de Judá, que según la profecía de Jeremías permaneció durante setenta años.

[A. M. Hebr. 3377. Sept. 4725.] En el decimocuarto año después de que la ciudad fue golpeada, que es el vigésimo quinto año de la deportación del rey Joaquín, con quien también Ezequiel fue llevado cautivo, Ezequiel, llevado en visiones de Dios a la tierra de Israel, vio la renovación de la ciudad y del templo, y de sus ceremonias. El sexto de los romanos, Servio, reinó durante treinta y cuatro años, quien añadió tres montes a la ciudad, el Quirinal, el Esquilino y el Viminal, rodeó los muros con fosos, e instituyó el censo de los ciudadanos romanos por primera vez.

[A. M. Hebr. 3389. Sept. 4737.] En el vigésimo sexto año después de la destrucción de Jerusalén, que es el trigésimo séptimo año de la deportación del rey Joaquín, Evilmerodac, rey de Babilonia, en el año en que comenzó a reinar, levantó la cabeza de Joaquín, rey de Judá, de la prisión, y puso su trono sobre el trono de los reyes que estaban con él en Babilonia. Jeremías, el profeta, aún recordando este tiempo futuro, escribe así: "He aquí que enviaré y tomaré a todas las familias del norte, dice el Señor, y a Nabucodonosor, rey de Babilonia, mi siervo, y los traeré sobre esta tierra, y sobre sus habitantes, y sobre todas las naciones que están alrededor de ella, y los destruiré, y los pondré en asombro, y en silbido, y en desolaciones perpetuas, y todas estas naciones servirán al rey de Babilonia setenta años. Y cuando se hayan cumplido los setenta años, visitaré sobre el rey de Babilonia, y sobre esa nación, dice el Señor, su iniquidad, y sobre la tierra de los caldeos, y la pondré en desolaciones perpetuas." Y en otro lugar, escribiendo sobre la deportación que Nabucodonosor llevó de Jerusalén a Babilonia con el rey Jeconías: "Cuando comiencen, dice,

a cumplirse en Babilonia los setenta años, os visitaré, y levantaré sobre vosotros mi buena palabra, y os devolveré a este lugar, dice el Señor." Nuevamente, las Palabras de los Días recuerdan este tiempo ya pasado así: "Si alguno escapó de la espada, fue llevado a Babilonia y sirvió al rey y a sus hijos, hasta que el rey de Persia gobernó, y se cumplió la palabra del Señor por boca de Jeremías, y la tierra celebró sus sábados. Porque todos los días de su desolación guardó el sábado, hasta que se cumplieron setenta años. En el primer año del rey Ciro de Persia, para cumplir la palabra del Señor que había hablado por boca de Jeremías, el Señor despertó el espíritu del rey Ciro de Persia, etc." Con estas palabras se muestra que, después de que los caldeos devastaron Judea, no enviaron colonos a Samaria como los asirios, sino que dejaron la tierra desierta, hasta que los judíos regresaron a ella después de setenta años. José, en el décimo libro de las Antigüedades, está de acuerdo con esto, escribiendo que el templo y Jerusalén, y toda Judea, permanecieron desolados durante setenta años. Quien, al enumerar nuevamente a los reyes de Babilonia (si él mismo escribió así, y no es el códice el que falla por error), hace que se cuenten casi cien años desde la destrucción de Jerusalén hasta la destrucción del reino de los caldeos. Escribe que, después de Nabucodonosor, quien, según la Sagrada Escritura, vivió veinticinco años después de la destrucción de Jerusalén, su hijo Evilmerodac reinó durante dieciocho años; después de él, su hijo Egesar durante cuarenta; a quien sucedió su hijo Labosordoc durante nueve meses. Con la muerte de este, el imperio pasó a Belsasar, quien es llamado Nabooan. Quien, habiendo reinado ya diecisiete años, sigue que Babilonia fue capturada por Ciro, rey de los persas, y Darío, rey de los medos. Darío, hijo de Astiages, quien destruyó el imperio de los babilonios con su pariente Ciro, tenía sesenta y dos años cuando Babilonia fue invadida, quien sin embargo era llamado por otro nombre por los griegos, y quien, tomando al profeta Daniel, lo llevó consigo a Media, y lo honró con todo honor. De este Darío, el mismo Daniel hace mención así: "En el primer año de Darío, hijo de Asuero, de la simiente de los medos, quien gobernó sobre el reino de los caldeos, yo, Daniel, entendí en los libros el número de los años, de los cuales fue hecho el discurso del Señor a Jeremías el profeta, para que se cumplieran las desolaciones de Jerusalén setenta años." Eusebio, en el libro de los Tiempos, cuenta treinta años desde la destrucción de Jerusalén hasta el comienzo del rey Ciro de Persia, mientras que Julio Africano cuenta setenta. Además, Jerónimo, en la exposición del profeta Daniel, dice así: "Los hebreos cuentan una fábula de este tipo: hasta el año setenta, cuando Jeremías había dicho que la cautividad del pueblo judío sería liberada, de la cual también habla Zacarías al principio de su volumen: Belsasar, pensando que la promesa de Dios era nula y falsa, se volvió en gran alegría, hizo un gran banquete, burlándose de alguna manera de la esperanza de los judíos, y de los vasos del templo de Dios, pero inmediatamente la venganza lo siguió.

[A. M. Hebr. 3423. Sept. 4771.] El primero de los persas, Ciro, reinó durante treinta años. Este, para cumplir la palabra del Señor por boca de Jeremías, en el primer año de su reinado, liberó la cautividad de los hebreos, permitiendo que casi cincuenta mil hombres regresaran a Judea, devolviéndoles los vasos del templo del Señor, de oro y plata, cinco mil cuatrocientos. Reunidos en Jerusalén en el séptimo mes, construyeron el altar, y desde el primer día de ese mes comenzaron a ofrecer holocaustos al Señor. En el segundo año de su llegada, en el segundo mes, echaron los cimientos del templo, en el año setenta y dos desde su incendio, según Africano, y según las Crónicas de Eusebio, treinta y dos: pero, obstaculizados por los samaritanos, la obra se interrumpió hasta el segundo año de Darío, quien también en el reino de Asuero y Artajerjes escribió una acusación contra los judíos; y Artajerjes respondió que no se construyera Jerusalén. El séptimo de los romanos, Tarquinio, reinó durante treinta y cinco años, quien, debido a su hijo Tarquinio el Joven, que había corrompido a Lucrecia, fue expulsado del reino.

[A. M. Hebr. 3431. Sept. 4779.] Cambises, hijo de Ciro, durante ocho años. Este, habiendo conquistado Egipto, abominó toda su religión, depuso sus ceremonias y templos: construyó Babilonia en Egipto. Se dice que los hebreos lo llaman el Segundo Nabucodonosor, bajo el cual se escribe la historia de Judit.

[A. M. Hebr. 3432. Sept. 4780.] Los hermanos magos durante siete meses. Jesús, sumo sacerdote, y príncipe del pueblo Zorobabel. Los profetas Ageo, Zacarías y Malaquías se destacan. Pitágoras, físico y filósofo, es considerado ilustre.

[A. M. Hebr. 3468. Sept. 4816.] Darío durante treinta y seis años. Entre Darío y Cambises, encontramos en los libros de las Crónicas de Eusebio que reinaron dos hermanos magos. Sin embargo, Jerónimo, en la exposición de Daniel, escribe que después de Cambises, Smerdis el Mago reinó, quien, dice, se casó con Pantaptes, hija de Cambises, quien, habiendo sido asesinado por siete magos, y en su lugar Darío asumió el imperio, la misma Pantaptes se casó con Darío, y de él engendró a Jerjes. En el segundo año de Darío, se cumple el año setenta de la cautividad de Jerusalén, como quiere Eusebio, citando como testigo al profeta Zacarías, en quien en el segundo año de Darío el ángel dice: "Señor de los ejércitos, ¿hasta cuándo no tendrás misericordia de Jerusalén y de las ciudades de Judá con las que te has enojado? Este es el año setenta." También en el cuarto año del rey Darío, el mismo profeta dice: "Cuando ayunabais y llorabais durante estos setenta años, ¿acaso ayunabais para mí?" En el sexto año de Darío, se completa la construcción del templo, el tercer día del mes de Adar, que es el año cuarenta y seis desde que sus cimientos fueron echados bajo Ciro. Por eso en el Evangelio los judíos dicen: "Cuarenta y seis años se ha estado construyendo este templo." Comenzaron a construir en el segundo año de Darío, en el sexto mes, el vigésimo cuarto día, y en el sexto año, como se ha dicho, en el duodécimo mes, el tercer día, lo completaron. De lo cual se desprende que la obra del templo ya había sido realizada en gran parte antes, pero que los setenta años desde su destrucción hasta la completa restauración deben contarse. Expulsados los reyes de la ciudad, que gobernaron durante doscientos cuarenta y tres años, Roma apenas tenía dominio hasta la decimoquinta milla. En Roma, después de la expulsión de los reyes, los cónsules comenzaron primero con Bruto, luego los tribunos de la plebe, y los dictadores; y nuevamente los cónsules gobernaron la república durante casi cuatrocientos sesenta y cuatro años hasta Julio César, quien primero asumió el poder singular, en la Olimpiada ciento ochenta y tres.

[A. M. Hebr. 3488. Sept. 4836.] Jerjes, hijo de Darío, durante veinte años. Este, habiendo capturado Egipto, que se había separado de Darío, y dispuesto a luchar contra Grecia, se dice que tuvo setecientos diez mil soldados del reino, y trescientos auxiliares, también mil doscientas naves de guerra, y tres mil naves de carga; sin embargo, derrotado, huyó a su patria. Heródoto, escritor de historias; Zeuxis, pintor, es reconocido.

[A. M. Hebr. 3489. Sept. 4837.] Artabano durante siete meses. Sócrates nace.

[A. M. Hebr. 3529. Sept. 4877.] Artajerjes, también llamado Longimano, es decir, μακρόχειρ, durante cuarenta años. En su séptimo año, el primer día del primer mes, Esdras, sacerdote y escriba de la ley de Dios, subió de Babilonia con cartas del rey, y el primer día del quinto mes llegó a Jerusalén con mil setecientos hombres, y entre otras cosas, castigó enérgicamente a los hijos de la deportación por sus esposas extranjeras. En el vigésimo año del mismo, Nehemías, copero, viniendo del castillo de Susa, restauró el muro de Jerusalén en cincuenta y dos días, y proporcionó liderazgo a la gente durante doce años. Hasta aquí, la Escritura divina contiene la serie de tiempos. Lo que después de esto se hizo entre los judíos se presenta en el libro de los Macabeos, y en los escritos de Josefo y Africano, quienes continuaron la historia

universal hasta los tiempos romanos. Y de hecho, Africano en el quinto volumen de los Tiempos menciona este tiempo así: "Por lo tanto, la obra permaneció incompleta hasta Nehemías, y el vigésimo año del rey Artajerjes, cuando habían transcurrido ciento quince años del reino de los persas, y el año ciento ochenta y cinco de la cautividad de Jerusalén. Y entonces, por primera vez, Artajerjes ordenó que se construyeran los muros de Jerusalén, a cuya obra Nehemías estuvo a cargo, y se construyó la plaza, y se rodearon los muros. Y desde ese tiempo, si deseas contar, podrás encontrar setenta semanas de años hasta Cristo." Jerjes durante dos meses: después de él, Sogdiano durante siete meses. Platón nace. Hipócrates, médico insigne, es considerado.

[A. M. Hebr. 3548. Sept. 4896.] Darío, apodado Noto, durante diecinueve años. Egipto se separó de los persas. A los judíos que regresaron de la cautividad no les gobernaron reyes, sino sumos sacerdotes hasta Aristóbulo, quien, junto con la dignidad de sumo sacerdote, también comenzó a usurpar para sí el título real.

[A. M. Hebr. 3588. Sept. 4936.] Artajerjes, apodado Mnemón, hijo de Darío y Parisátide, durante cuarenta años. Bajo este rey parece completarse la historia de Ester. Él mismo es quien los hebreos llaman Asuero, y los Setenta Intérpretes llaman Artajerjes. Los atenienses comenzaron a usar veinticuatro letras, cuando antes solo tenían dieciséis letras: la famosa guerra de los cartagineses. Los galos senones, bajo el liderazgo de Breno, invadieron Roma, excepto el Capitolio, y la incendiaron durante seis meses. Los tribunos militares comenzaron a ser en lugar de cónsules. Aristóteles es discípulo de Platón, teniendo dieciocho años de edad.

[A. M. Hebr. 3614. Sept. 4962.] Artajerjes, también llamado Oco, durante veintiséis años. Este unió Egipto a su imperio. Con el rey Nectanebo expulsado a Etiopía, el reino de los egipcios fue destruido. Demóstenes, orador, es celebrado por todos. Los romanos superan a los galos. Platón muere. Después de él, la academia fue dirigida por Espeusipo.

[A. M. Hebr. 3618. Sept. 4966.] Arses, hijo de Oco, reinó cuatro años. El sumo sacerdote de los judíos, Jaddus, es considerado ilustre, cuyo hermano Manasés construyó un templo en el monte Garizim. Speusipo muere, y le sucede Xenócrates. En el cuarto año de Oco, Alejandro, hijo de Filipo y Olimpia, con veinte años de edad, comienza a reinar sobre los macedonios.

[A. M. Hebr. 3624. Sept. 4972.] Darío, hijo de Arsames, reinó seis años. Alejandro, luchando exitosamente contra los ilirios y tracios, tras destruir Tebas, levantó armas contra los persas y, habiendo derrotado a los generales reales en el río Gránico, capturó la ciudad de Sardes. Luego, tras tomar Tiro, invade Judea, donde es recibido favorablemente, ofrece sacrificios a Dios y honra al sumo sacerdote del templo, Jaddus, despidiendo a Andrómeda, el guardián de los lugares. En el séptimo año de su reinado, fundó Alejandría en Egipto. Sin demora, conquistó Babilonia, tras la muerte de Darío, destruyendo así el reino persa que había durado 231 años. En ese tiempo, también los latinos fueron sometidos por los romanos.

[A. M. Hebr. 3629. Sept. 4977.] Alejandro reinó cinco años después de la muerte de Darío; antes había reinado siete. Alejandro capturó a los hircanos y mardos, y al regresar a Ammón fundó Paraetonium. Llegó hasta el Océano Índico más por victorias que por guerras, y al regresar a Babilonia, en el año treinta y dos de su vida, y el duodécimo de su reinado, murió por envenenamiento. Después de él, el imperio se dividió entre muchos: Ptolomeo, hijo de Lágidas, tomó Egipto; Filipo, también llamado Arideo, hermano de Alejandro, tomó Macedonia; Seleuco Nicátor, Siria y Babilonia y todos los reinos de Oriente; Antígono

gobernó Asia, quien en Daniel es designado por los cuatro cuernos del macho cabrío que destruiría al carnero.

[A. M. Hebr. 3669. Sept. 5017.] Ptolomeo, hijo de Lágidas, fue el primero en reinar en Egipto durante 40 años. Apio Claudio el Ciego es considerado ilustre en Roma, quien introdujo el agua Claudia y pavimentó la Vía Apia. Ptolomeo, habiendo sometido Jerusalén y Judea a su dominio mediante engaños, trasladó a muchos cautivos a Egipto. El sumo sacerdote de los judíos, Onías, hijo de Jaddus, es considerado ilustre. En el decimotercer año de Ptolomeo, Seleuco Nicátor comienza a reinar en Siria y Babilonia y en las regiones superiores; desde este tiempo, la historia hebrea de los Macabeos cuenta el reino de los griegos, y los edesenos también cuentan sus tiempos desde él. Seleuco fundó las ciudades de Seleucia, Laodicea, Antioquía, Apamea, Edesa, Berea y Pella. El sumo sacerdote de los judíos, Simón, hijo de Onías, es considerado muy religioso y piadoso. Después de él, su hermano Eleazar asumió el ministerio del templo, dejando a su hijo Onías muy pequeño. Seleuco trasladó a los judíos a las ciudades que había construido, concediéndoles el derecho de ciudadanos y el orden municipal con igual honor que a los griegos.

[A. M. Hebr. 3707. Sept. 5055.] Ptolomeo Filadelfo reinó 38 años. Sóstrato de Cnido construyó el Faro en Alejandría. Ptolomeo permitió que los judíos que estaban en Egipto fueran libres, y enviando muchos vasos a Jerusalén y al templo, pidió a Eleazar, el sumo sacerdote, setenta intérpretes para traducir las Escrituras sagradas al griego. Arato es reconocido. El sumo sacerdocio de los judíos, después de Eleazar, lo asumió su tío Manasés. Se dice que este Ptolomeo Filadelfo fue de tal poder que superó a su padre Ptolomeo. Las historias cuentan que tenía 200,000 infantes, 20,000 jinetes, 2,000 carros, 400 elefantes, que fue el primero en traer de Etiopía, y otras cosas similares.

[A. M. Hebr. 3733. Sept. 5081.] Ptolomeo Evergetes, hermano del rey anterior, reinó 26 años. Fue llamado Evergetes por los egipcios porque, tras capturar Siria y Cilicia, y casi toda Asia, entre innumerables pesos de plata y vasos preciosos que tomó, también devolvió sus dioses que Cambises había llevado a Persia tras capturar Egipto. El sumo sacerdote de los judíos, Onías, hijo de Simón el Justo, es considerado ilustre, cuyo hijo Simón también brilla con no menor gloria, bajo quien Jesús, hijo de Sirac, componiendo el libro de la Sabiduría, llamado Panaretos, también hizo mención de Simón en él.

[A. M. Hebr. 3750. Sept. 5098.] Ptolomeo Filopátor, hijo de Evergetes, reinó 17 años. Antíoco, rey de Siria, tras vencer a Filopátor, se alía con Judea. El sumo sacerdote de los judíos, Onías, hijo de Simón, es considerado ilustre, a quien el rey de los lacedemonios, Arius, envía embajadores.

[A. M. Hebr. 3774. Sept. 5122.] Ptolomeo Epífanos, hijo de Filopátor, reinó 24 años. El segundo libro de los Macabeos entre los judíos contiene los hechos de este tiempo. El sacerdote Onías, tomando a muchos judíos, huyó a Egipto, y siendo recibido honorablemente por Ptolomeo, recibió la región llamada Heliópolis, y con el consentimiento del rey, construyó un templo en Egipto similar al de los judíos, que permaneció hasta el imperio de Vespasiano durante 250 años. Por la ocasión del sumo sacerdote Onías, innumerables enjambres de judíos huyeron a Egipto, y en ese tiempo también Cirene se llenó de multitud. Esta fue la causa de que Onías y otros buscaran Egipto, porque, luchando entre sí el gran Antíoco y los generales de Ptolomeo, Judea, situada en medio, se dividía en facciones opuestas, algunos favoreciendo a Antíoco, otros a Ptolomeo.

[A. M. Hebr. 3809. Sept 5157.] Ptolomeo Filométor reinó 35 años. Aristóbulo, de nación judía, es reconocido como filósofo peripatético, quien escribió comentarios explicativos sobre Moisés para Ptolomeo Filométor. Antíoco Epífanés, quien reinó en Siria 11 años después de Seleuco, apodado Filopátor, atacando la ley de los judíos y llenando todo de inmundicias de ídolos, coloca una imagen de Júpiter Olímpico en el templo. También en Samaria, sobre la cima del monte Garizim, construye un santuario de Júpiter Peregrino, a petición de los mismos samaritanos. Pero Matatías, sacerdote, defiende las leyes patrias, levantando armas contra los generales de Antíoco, y tras su muerte, su hijo Judas Macabeo asumió el liderazgo de los judíos en el año 146 del reino de los griegos, y en la vigésima olimpiada de Ptolomeo, la 155. Expulsando pronto a los generales de Antíoco de Judea y limpiando el templo de las imágenes de los ídolos, devolvió las leyes patrias a sus ciudadanos después de tres años. Por lo tanto, tras la partida del sacerdote Onías a Egipto, de lo cual hablamos antes, y la muerte de Alquimo, quien, habiendo expulsado a Onías, intentaba usurpar indignamente el sumo sacerdocio, por el favor de todos los judíos, el sacerdocio fue otorgado a Macabeo, que tras su muerte, su hermano Jonatán lo asumió, administrándolo con gran diligencia durante 19 años.

[A. M. Hebr. 3838. Sept. 5186.] Ptolomeo Evergetes reinó 29 años. Jonatán, líder de los judíos y sumo sacerdote, establece amistades con los romanos y espartanos; tras ser asesinado por Trifón, su hermano Simón es asumido en el sacerdocio en el séptimo año del reinado de Evergetes, que administró con gran vigor durante 8 años, dejándolo a su hijo Juan. Este, luchando contra los hircanos, recibió el nombre de Hircano, y solicitando el derecho de amistad a los romanos, fue incluido entre los amigos por decreto del senado. Samaria, que en nuestro tiempo se llama Sebaste, fue capturada y arrasada, la cual más tarde Herodes reconstruyó y quiso que se llamara Sebaste en honor a Augusto.

[A. M. Hebr. 3855. Sept. 5203.] Ptolomeo Fiscón, también llamado Sóter, reinó 17 años. Cicerón nace en Arpino de madre Helvia, padre de orden ecuestre de la familia real de los Volscos. A Hircano en el sumo sacerdocio, que él mismo mantuvo durante 26 años, le sucede Aristóbulo por un año, quien fue el primero entre los judíos en tomar el distintivo de rey y sumo sacerdote, 484 años después de la cautividad babilónica; después de él, reinó Jannai, apodado Alejandro, durante 27 años, quien también administrando el sumo sacerdocio, gobernó cruelmente a sus ciudadanos.

[A. M. Hebr. 3865. Sept. 5213.] Ptolomeo, también llamado Alejandro, reinó 10 años. En su séptimo año, Siria pasó a dominio romano, tras la captura de Filipo por Gabinio. Expulsado del reino, Ptolomeo Fiscón se retira a Chipre por su madre Cleopatra.

[A. M. Hebr. 3873. Sept. 5221.] Ptolomeo, quien fue expulsado por su madre durante 8 años, regresó de su exilio y obtuvo el reino, porque los ciudadanos habían expulsado a Alejandro, quien había estado antes que él, por el asesinato de su madre. Sila devasta a los atenienses.

[A. M. Hebr. 3903. Sept. 5251.] Ptolomeo Dionisio reinó 30 años. Desde su quinto año, Alexandra, esposa del sumo sacerdote Alejandro, tras su muerte, gobernó a los judíos durante 9 años, desde cuyo tiempo la confusión y diversas calamidades oprimieron a los judíos. Tras su muerte, sus hijos Aristóbulo e Hircano, luchando entre sí por el poder, dieron ocasión a los romanos para invadir Judea. Así, Pompeyo, llegando a Jerusalén, tras capturar la ciudad y abrir el templo, llegó hasta el santo de los santos, llevó a Aristóbulo encadenado con él, confirmó el sumo sacerdocio a Hircano, y luego nombró a Antípatro, hijo de Herodes el Ascalonita, procurador de Palestina, y Hircano permaneció en el sumo sacerdocio durante 34 años. Virgilio Marón nace en el pueblo llamado Andes, no lejos de Mantua, durante el

consulado de Pompeyo y Craso. Pompeyo, tras capturar Jerusalén, hace tributarios a los judíos. Virgilio se educa en Cremona. César captura a los germanos y galos, y también a los britanos, a quienes antes de él ni siquiera conocían el nombre de los romanos, haciéndolos tributarios tras recibir rehenes.

[A. M. Hebr. 3925. Sept. 5273.] Cleopatra, hermana de Ptolomeo, reinó 22 años. Surgiendo la guerra civil entre César y Pompeyo, Pompeyo, derrotado, busca refugio en Alejandría, donde es asesinado por Ptolomeo, de quien esperaba ayuda; pronto, cuando César llegó a Alejandría, Ptolomeo también intentó tenderle una trampa, por lo que, al declararle la guerra, fue derrotado y murió en ella. César, habiendo tomado Alejandría, dio el reino a Cleopatra, con quien había tenido una relación adúltera; en el tercer año de su reinado, él fue el primero de los romanos en obtener el poder singular, de quien los príncipes romanos fueron llamados Césares. Cleopatra, con séquito regio, entró en la ciudad.

[A. M. Hebr. 3910. Sept. 5258.] César, debido a su insolencia, fue asesinado en el senado por más de 60 senadores y caballeros romanos, después de 4 años y 6 meses desde que comenzó a reinar. Casio, tras capturar Judea, saquea el templo.

[A. M. Hebr. 3966. Sept. 5314.] Octaviano César Augusto, el segundo de los romanos, reinó 56 años y 6 meses, de quien los reyes romanos fueron llamados Augustos, de los cuales vivió 15 años durante Cleopatra, y 41 después. En el undécimo año de Augusto, al cesar el principado de los sumos sacerdotes en Judea, Herodes, que no tenía relación con él, siendo hijo de Antípato el Ascalonita y de madre árabe, recibió de los romanos el principado de los judíos, que mantuvo durante 36 años; para que no se le considerara ignoble y ajeno a la descendencia de los judíos, quemó todos los libros en los que estaba inscrita la nobleza de la nación judía en el templo, para que, al faltar pruebas, se pensara que él también pertenecía a esta. Además, para mezclar su descendencia con la familia real de ellos, tras repudiar a Doside, una mujer de Jerusalén, que había tomado como esposa en privado, y habiendo tenido un hijo con ella, Antípato, se unió a Mariamna, hija de Alejandro, nieta de Aristóbulo, hermano de Hircano, quien antes que él era rey de los judíos. Ella le dio cinco hijos, de los cuales él mismo mató a dos, Alejandro y Aristóbulo, en Samaria; sin demora, también mató a su madre, a quien no conocía nada más querido, con un crimen similar. De ellos, Aristóbulo había tenido un hijo, Herodes, con Berenice, a quien leemos en los Hechos de los Apóstoles que fue golpeado por un ángel. En el tercer año, surgió una guerra entre Augusto y Antonio, porque Antonio, que tenía Asia y Oriente, habiendo repudiado a la hermana de Augusto, se casó con Cleopatra; Antonio y Cleopatra, derrotados, se suicidan. Desde ese tiempo, algunos cuentan el primer año de la monarquía de Augusto. Hasta aquí, los llamados Lágidas reinaron en Egipto durante 295 años.

SEXTA EDAD.

[A. M. 3952. Chr. 1.] En el año 42 de César Augusto, y en el año 27 desde la muerte de Cleopatra y Antonio, cuando Egipto se convirtió en provincia; en el tercer año de la Olimpiada 194, y en el año 752 desde la fundación de la ciudad, es decir, en el año en que, al suprimir los movimientos de todas las naciones del mundo, César, por disposición de Dios, estableció una paz muy firme y verdadera, Jesucristo, Hijo de Dios, consagró la sexta edad del mundo con su advenimiento. En el año 47 del imperio de Augusto, Herodes murió miserablemente y merecidamente de hidropesía, con gusanos brotando por todo su cuerpo, y fue sustituido por Augusto, su hijo Arquelao, quien reinó 9 años, es decir, hasta el final de Augusto. Entonces, no soportando más, pero acusando a los judíos su ferocidad ante Augusto, fue relegado a la ciudad de Vienne en Galia, y para disminuir el poder del reino

judío y domar su insolencia, sus cuatro hermanos fueron creados tetrarcas en su lugar; Herodes, Antípatro, Lisias y Felipe, de los cuales Felipe y Herodes, que antes se llamaba Antipas, también fueron ordenados tetrarcas mientras Arquelao vivía.

[A. M. 3989. Chr. 38.] Tiberio, hijastro de Augusto, es decir, hijo de Livia, su esposa, de un matrimonio anterior, reinó 23 años. En su duodécimo año, Pilato fue enviado como procurador de Judea por él. Herodes, el tetrarca, que gobernó el principado de los judíos durante 24 años, fundó Tiberíades y Libiade en honor a Tiberio y su madre Livia.

[A. M. 3981. Chr. 30.] En el decimoquinto año del imperio de Tiberio, el Señor, después del bautismo que predicó Juan, anuncia al mundo el reino de los cielos, habiendo transcurrido desde el principio del mundo, según los hebreos, 4,000 años, como señala Eusebio en sus Crónicas, anotando que en el decimosexto año de Tiberio fue el comienzo del jubileo 81, según los hebreos. Sin embargo, nuestra cuenta estima que deben restarse 19 años, lo cual quien haya leído las partes anteriores de este libro encontrará fácilmente. Según las mismas Crónicas que Eusebio compuso de ambas ediciones, como le parecía, los años son 5,228.

[A. M. 3984. Chr. 33.] En el año 18 del imperio de Tiberio, el Señor redimió al mundo con su pasión, y los apóstoles, para predicar por las regiones de Judea, ordenan a Santiago, hermano del Señor, como obispo de Jerusalén, y ordenan a siete diáconos, y tras la lapidación de Esteban, la Iglesia se dispersa por las regiones de Judea y Samaria. Agripa, apodado Herodes, hijo de Aristóbulo, hijo del rey Herodes, acusador de Herodes el tetrarca, partió a Roma, donde fue encarcelado por Tiberio, donde se ganó la amistad de muchos, especialmente del hijo de Germánico, Cayo.

[A. M. 3993. Chr. 42.] Cayo, apodado Calígula, reinó 3 años, 10 meses y 8 días. Este liberó a su amigo Herodes Agripa de las cadenas y lo hizo rey de Judea, quien permaneció en el reino 7 años, es decir, hasta el cuarto año de Claudio; tras ser golpeado por un ángel, le sucedió en el reino su hijo Agripa, y perseveró durante 26 años hasta la exterminación de los judíos. Herodes el tetrarca, buscando también la amistad de Cayo, a instancias de Herodías, fue a Roma, pero acusado por Agripa, también perdió la tetrarquía, y huyendo a España con Herodías, murió de tristeza. Pilato, quien había dictado la sentencia de condena contra Cristo, fue tan atormentado por Cayo que se suicidó. Cayo, considerándose un dios, profana los lugares sagrados de los judíos con inmundicias de ídolos. Mateo, predicando el Evangelio en Judea, lo escribió.

[A. M. 4007. Chr. 56.] Claudio reinó 13 años, 7 meses y 28 días. El apóstol Pedro, habiendo fundado primero la Iglesia de Antioquía, se dirigió a Roma, donde ocupó la cátedra episcopal durante 25 años, es decir, hasta el último año de Nerón. Marcos predica en Egipto el Evangelio que había escrito en Roma, enviado por Pedro. En el cuarto año de Claudio, ocurrió una gran hambruna, de la cual Lucas hace mención. Ese mismo año, él mismo, yendo a Britania, que ni antes de Julio César ni después de él nadie se había atrevido a tocar, sin ninguna batalla ni sangre, en pocos días recibió gran parte de la isla bajo su dominio. También añadió las islas Orcadas al imperio romano, y al sexto mes de haber partido, regresó a Roma. En el noveno año de su reinado, expulsó a los judíos que se amotinaban en Roma, lo cual también Lucas menciona. Al año siguiente, una gran hambruna azotó Roma.

[A. M. 4021. Chr. 70.] Nerón reinó 13 años, 7 meses y 28 días. En su segundo año, Festo sucedió a Félix como procurador de Judea, quien envió a Pablo a Roma encadenado, y permaneciendo en custodia libre durante dos años, después fue liberado para predicar, aún sin que Nerón hubiera estallado en los crímenes que las historias narran de él. Santiago, hermano

del Señor, habiendo gobernado la Iglesia de Jerusalén durante 30 años, fue lapidado por los judíos en el séptimo año de Nerón, vengándose en él porque no pudieron matar a Pablo. A Festo en el cargo de Judea le sucedió Albino, y a Albino, Floro; no soportando los judíos su lujo, avaricia y otros crímenes, se rebelaron contra los romanos, contra quienes fue enviado Vespasiano como maestro de la milicia, capturando muchas ciudades de Judea. Nerón, sobre todos sus crímenes, también persigue a los cristianos, de los cuales en Roma, Pedro fue crucificado y Pablo decapitado. Este, sin atreverse a nada en asuntos militares, casi perdió Britania, pues dos de las ciudades más nobles fueron capturadas y destruidas allí bajo su mando.

[A. M. 4031. Chr. 80.] Vespasiano reinó 9 años, 11 meses y 22 días. Fue proclamado emperador por el ejército en Judea, y confiando la guerra a su hijo Tito, se dirigió a Roma a través de Alejandría; Tito, en su segundo año, subvirtió el reino de Judea y arrasó el templo, después de 1,139 años desde su primera construcción. Esta guerra se completó en 4 años, dos de ellos mientras Nerón vivía, y dos después. Vespasiano, entre otras grandes obras, en su vida privada, fue enviado a Germania y luego a Britania por Claudio, luchando 32 veces con el enemigo. Añadió al imperio romano dos naciones muy poderosas, 20 ciudades, y la isla de Vecta, cercana a Britania. Se erige el Coloso, con una altura de 107 pies.

[A. M. 4033. Chr. 82.] Tito reinó 2 años, 2 meses. Hombre admirable en todo tipo de virtudes, tanto que fue llamado el amor y delicia del género humano. Construyó el Anfiteatro en Roma, y en su dedicación mató a 5,000 bestias.

[A. M. 4049. Chr. 98.] Domiciano, hermano menor de Tito, reinó 15 años, 5 meses. Fue el segundo después de Nerón en perseguir a los cristianos, bajo cuyo reinado el apóstol Juan fue relegado a la isla de Patmos. Y Flavia Domitila, sobrina de Flavio Clemente, cónsul, por parte de su hermana, fue exiliada a la isla de Pontia por testimonio de fe. Se dice que también arrojó a Juan en un caldero de aceite hirviendo, pero Juan salió tan inmune de los tormentos como permanecía siempre inmune a la corrupción de la carne.

[A. M. 4050. Chr. 99.] Nerva, un año I, meses IV, días VIII. En su primer edicto, revocó a todos los exiliados, por lo que Juan el apóstol fue liberado por esta indulgencia general y regresó a Éfeso. Y al ver que la fe de la Iglesia había sido sacudida en su ausencia por los herejes, inmediatamente la estabilizó en su Evangelio describiendo la eternidad de la palabra de Dios. [A. M. 4069. Chr. 118.] Trajano, años XIX, meses VI, días XV. Juan el apóstol, en el año sesenta y ocho después de la pasión del Señor, y en el noventa y ocho de su vida, descansó en paz en Éfeso. Durante la persecución de Trajano contra los cristianos, Simeón, también llamado Simón, hijo de Cleofás, obispo de Jerusalén, fue crucificado, e Ignacio, obispo de Antioquía, fue llevado a Roma y entregado a las bestias. Alejandro, obispo de la ciudad de Roma, también fue coronado con el martirio y sepultado en el séptimo miliario de la ciudad, en la vía Nomentana, donde fue decapitado. Plinio el Joven, orador e historiador de Novocomum, es considerado notable, y muchas de sus obras de ingenio aún existen. El Panteón de Roma, que había sido construido por Domiciano, fue destruido por un rayo; se le dio ese nombre porque era la morada de todos los dioses. Los judíos, al provocar disturbios en diversas partes del mundo, fueron abatidos con una matanza merecida. Trajano extendió los límites del imperio romano, que después de Augusto había sido más defendido que noblemente ampliado, muy lejos y ampliamente.

[A. M. 4090. Chr. 139.] Adriano, hijo de la prima de Trajano, años XXI. Instruido por los libros sobre la religión cristiana compuestos por Cuadrato, discípulo de los apóstoles, y

Aristides de Atenas, un hombre lleno de fe y sabiduría, y por Sereno Granio, legado, ordenó por carta que los cristianos no fueran condenados sin acusaciones de crímenes. También sometió a los judíos rebeldes a una última matanza, privándolos del derecho de entrar en Jerusalén, que él mismo restauró a un estado óptimo mediante la construcción de murallas, y ordenó que se llamara Aelia en su honor. También, eruditísimo en ambas lenguas, construyó una biblioteca de obra admirable en Atenas. En Jerusalén, Marcos fue el primer obispo de los gentiles, cesando aquellos que habían sido de los judíos, que fueron quince en número y presidieron desde la pasión del Señor por casi ciento siete años.

[A. M. 4112. Chr. 161.] Antonino, apodado Pío, con sus hijos Aurelio y Lucio, años XXII, meses III. Justino el filósofo entregó a Antonino un libro compuesto en defensa de la religión cristiana, y lo hizo benigno hacia los cristianos. No mucho después, al suscitarse una persecución por Crescente el Cínico, derramó su sangre por Cristo bajo el obispo Pío de Roma. Hermes escribió un libro llamado Pastor, que contiene el mandato del ángel de celebrar la Pascua el domingo. Policarpo, al llegar a Roma, corrigió a muchos de la mancha herética, que habían sido recientemente corrompidos por la doctrina de Valentino y Cerdo.

[A. M. 4131. Chr. 180.] M. Antonino Verus, con su hermano Lucio Aurelio Cómodo, años XIX, un mes. Estos administraron el imperio con igual derecho por primera vez, ya que hasta entonces había habido emperadores únicos: luego llevaron a cabo una guerra contra los partos con admirable virtud y felicidad. Durante la persecución en Asia, Policarpo y Pionio sufrieron el martirio, y en Galia también muchos derramaron gloriosamente su sangre por Cristo. No mucho después, una plaga vengadora de crímenes devastó muchas provincias, especialmente Italia y Roma. Tras la muerte de su hermano Cómodo, Antonino hizo a su hijo Cómodo co-regente del reino. Al emperador Antonino, Melitón, obispo de Sardes en Asia, le entregó una Apología en defensa de los cristianos. Lucio, rey de Britania, envió una carta al obispo Eleuterio de Roma para convertirse en cristiano. Apolinar de Hierápolis en Asia y Dionisio de Corinto son considerados obispos ilustres.

[A. M. 4144. Chr. 193.] L. Antonino Cómodo, tras la muerte de su padre, reinó trece años. Llevó a cabo una guerra con éxito contra los germanos, pero él mismo, entregado por completo al lujo y la obscenidad, no realizó nada similar a la virtud y piedad de su padre. Ireneo, obispo de Lyon, es considerado notable. El emperador Cómodo, tras quitar la cabeza de la estatua de Coloso, ordenó que se le pusiera la cabeza de su propia imagen.

[A. M. 4145. Chr. 194.] Aelio Pertinax, seis meses. Fue asesinado en el palacio por el crimen del jurista Juliano, a quien, en el séptimo mes después de haber comenzado a gobernar, Severo mató en la batalla cerca del puente Milvio. Víctor, el decimotercer obispo de Roma, al emitir ampliamente libelos, estableció que la Pascua se celebrara el domingo, como también su predecesor Eleuterio, desde la decimoquinta luna del primer mes hasta la vigésima primera. Teófilo, obispo de Cesarea en Palestina, apoyando sus decretos, escribió contra aquellos que celebran la Pascua con los judíos en la decimocuarta luna, junto con otros obispos presentes en el mismo concilio, una carta sinodal y muy útil.

[A. M. 4163. Chr. 212.] Severo Pertinax, dieciocho años. Clemente, presbítero de la Iglesia de Alejandría, y Panteno, filósofo estoico, son considerados muy elocuentes en la discusión de nuestra doctrina. Narciso, obispo de Jerusalén, y Teófilo de Cesarea, así como Policarpo y Bacilo, obispos de la provincia de Asia, son considerados notables. Durante la persecución contra los cristianos, muchos en diversas provincias, entre ellos Leonidas, padre de Orígenes, fueron coronados con el martirio. Clodio Albino, que se había proclamado César en Galia, fue asesinado en Lyon, y Severo trasladó la guerra a Britania, donde, para hacer más seguras

las provincias recuperadas de las incursiones bárbaras, construyó una gran zanja y un muro muy fuerte con torres frecuentes a lo largo de 132 millas desde el mar hasta el mar, y murió en Eburacum. Perpetua y Felicidad en Cartago, África, fueron entregadas a las bestias por Cristo en las Nonas de marzo.

[A. M. 4170. Chr. 219.] Antonino, apodado Caracalla, hijo de Severo, siete años. Alejandro, obispo de Capadocia, al llegar a Jerusalén con el deseo de los lugares santos, mientras Narciso, un hombre de edad muy avanzada, aún vivía como obispo de esa ciudad, también fue ordenado obispo allí, siendo advertido por revelación del Señor de que así debía hacerse. Tertuliano, hijo de un centurión procónsul africano, es celebrado en el discurso de todas las Iglesias.

[A. M. 4171. Chr. 220.] Macrino, un año. Abgaro, un hombre santo, reinó en Edesa, según lo desea Africano. Macrino, junto con su hijo Diadumeno, con quien había usurpado el imperio, fue asesinado en un tumulto militar en Archilaida.

[A. M. 4175. Chr. 224.] M. Aurelio Antonino, cuatro años. En Palestina, Nicópolis, que antes se llamaba Emaús, fue fundada como ciudad, con Julio Africano, escritor de tiempos, asumiendo la diligencia de la embajada por ella. Esta es Emaús, que el Señor, después de su resurrección, se dignó santificar con su entrada, como narra Lucas. Hipólito, obispo, autor de muchas obras, llevó hasta aquí el canon de los tiempos que escribió; quien también, al descubrir el ciclo pascual de dieciséis años, dio ocasión a Eusebio, quien compuso el ciclo de diecinueve años sobre la misma Pascua.

[A. M. 4858. Chr. 237.] Aurelio Alejandro, trece años. Fue muy devoto con su madre Mammea, y por ello amado por todos. Urbano, obispo de Roma, llevó a muchos nobles a la fe de Cristo y al martirio. Orígenes es considerado ilustre en Alejandría, y de hecho en todo el mundo. Finalmente, Mammea, madre de Alejandro, se preocupó por escucharlo, y lo recibió en Antioquía con el más alto honor.

[A. M. 4191. Chr. 240.] Maximino, tres años. Este ejerció persecución contra los sacerdotes y clérigos de las Iglesias, es decir, los doctores, principalmente por la familia cristiana de Alejandro, a quien sucedió, y de su madre Mammea, o especialmente por Orígenes el presbítero. Ponciano y Antero, obispos de la ciudad de Roma, fueron coronados con el martirio y sepultados en el cementerio de Calixto.

[A. M. 4197. Chr. 246.] Gordiano, seis años. Julio Africano es considerado noble entre los escritores eclesiásticos: quien en las Crónicas que escribió, relata que se apresura a Alejandría, provocado por la reputación de Heraclas, de quien se decía que estaba muy instruido en estudios divinos y filosóficos y en toda la doctrina griega. Orígenes en Cesarea de Palestina instruyó en filosofía divina a Teodoro, apodado Gregorio, y a Atenodoro, hermanos jóvenes, quienes más tarde fueron obispos muy nobles de Ponto.

[A. M. 4204. Chr. 253.] Filippo con su hijo Filippo, siete años. Este fue el primero de todos los emperadores en ser cristiano; y después del tercer año de su imperio, se completó el milésimo año desde la fundación de Roma; así, este año natal, el más augusto de todos los pasados, fue celebrado con magníficos juegos por el emperador cristiano. Orígenes respondió en ocho volúmenes a un tal Celso, un filósofo epicúreo que había escrito libros contra nosotros; quien, para decirlo brevemente, fue tan diligente en escribir que Jerónimo en un lugar recuerda haber leído seis mil de sus libros.

[A. M. 4205. Chr. 254.] Decio, un año, tres meses. Habiendo matado a los Filipos, padre e hijo, por odio hacia ellos, inició una persecución contra los cristianos, en la cual Fabián, coronado con el martirio en la ciudad de Roma, dejó su sede episcopal a Cornelio, quien también fue coronado con el martirio. Alejandro, obispo de Jerusalén, fue asesinado en Cesarea de Palestina, y Babilas en Antioquía. Esta persecución, como refiere Dionisio, obispo de Alejandría, no comenzó por orden del emperador, sino que, dice, precedió durante un año entero a los edictos imperiales, por el ministerio de un demonio que en nuestra ciudad era llamado Divino, incitando a la multitud supersticiosa contra nosotros.

[A. M. 4207. Chr. 256.] Galo con su hijo Volusiano, dos años, cuatro meses. Dionisio, obispo de Alejandría, recuerda así este imperio: «Ni siquiera Galo pudo ver o evitar el mal de Decio, sino que tropezó con la misma piedra de ofensa: cuando su reino florecía al principio, y todo le salía según su deseo, persiguió a los hombres santos que suplicaban a Dios supremo por la paz de su reino, con quienes también ahuyentó su prosperidad y paz.» Orígenes, en su septuagésimo año de vida, no completado del todo, murió y fue sepultado en la ciudad de Tiro. Cornelio, obispo de Roma, a petición de una matrona llamada Lucina, trasladó los cuerpos de los apóstoles de las catacumbas por la noche, y colocó el de Pablo en la vía Ostiense donde fue decapitado, y el de Pedro junto al lugar donde fue crucificado, entre los cuerpos de los santos obispos en el templo de Apolo, en el monte Aureo, en el Vaticano del palacio de Nerón, el tercer día antes de las calendas de julio.

[A. M. 4222. Chr. 271.] Valeriano con su hijo Galieno, quince años. Este, al iniciar una persecución contra los cristianos, fue capturado de inmediato por Sapor, rey de los persas, y allí, privado de la vista, envejeció en una miserable servidumbre. Por lo cual, Galieno, aterrorizado por tan claro juicio de Dios, devolvió la paz a los nuestros, pero debido al mérito de su propia lujuria o de la teomaquia de su padre, soportó innumerables pérdidas del reino romano por los bárbaros que se levantaban. En esta persecución, Cipriano, obispo de Cartago, de quien existen obras muy doctas, fue coronado con el martirio: de cuya vida y pasión dejó un volumen excelente su diácono Poncio, quien soportó el exilio con él hasta el día de su pasión. Teodoro, de quien hemos mencionado antes, apodado Gregorio, obispo de Neocesarea en Ponto, brilla con gran gloria de virtudes. De las cuales una es que, para que hubiera lugar suficiente para construir la Iglesia, movió una montaña con sus oraciones. Esteban y Sixto, obispos de Roma, sufrieron el martirio.

[A. M. 4224. Chr. 273.] Claudio, un año, nueve meses. Este superó a los godos que durante quince años habían devastado Ilírico y Macedonia, por lo cual se le colocó un escudo de oro en la curia y una estatua de oro en el Capitolio. Malquión, presbítero muy elocuente de la Iglesia de Antioquía, ya que había enseñado retórica en la misma ciudad, disputó contra Pablo de Samosata, quien, siendo obispo de Antioquía, enseñaba que Cristo era solo un hombre de naturaleza común, con notarios tomando nota, y este diálogo aún existe.

[A. M. 4229. Chr. 278.] Aureliano, cinco años, seis meses. Este, al haber iniciado una persecución contra nosotros, un rayo cayó ante él con gran temor de los presentes, y no mucho después fue asesinado por los soldados en medio del camino entre Constantinopla y Heraclea, en el lugar de la antigua calzada llamado Caenofrurio. Eutiquiano, obispo de Roma, fue coronado con el martirio y sepultado en el cementerio de Calixto, quien también sepultó con su propia mano a trescientos trece mártires.

[A. M. 4230. Chr. 279.] Tácito, seis meses. Tras ser asesinado en Ponto, Floriano obtuvo el imperio por ochenta y ocho días, y así fue asesinado en Tarso. Anatolio, de nación alejandrina, obispo de Laodicea en Siria, erudito en las disciplinas de los filósofos, es

celebrado con mucho discurso. La magnitud de su ingenio puede conocerse muy claramente por el libro que compuso sobre la Pascua y por los diez libros de la institución aritmética.

[A. M. 4236. Chr. 285.] Probo, seis años, cuatro meses. Este liberó completamente a las Galias, que habían sido ocupadas por los bárbaros durante mucho tiempo, tras muchas y graves batallas, finalmente destruidos los enemigos. En el segundo año de este, que, como leemos en las Crónicas de Eusebio, fue el año 325 según los antioquenos, 402 según los tirios, 324 según los laodiceos, 588 según los edesenos, 380 según los ascalonitas, según los hebreos el inicio del 86º jubileo que significa 4,250 años, surgió la insana herejía de los maniqueos para el mal común del género humano. Arquelao, obispo de Mesopotamia, compuso un libro de su disputa que tuvo contra Maniqueo saliendo de Persia en lengua siria, que traducido por los griegos es tenido por muchos.

[A. M. 4238. Chr. 287.] Caro, con sus hijos Carino y Numeriano, dos años. Cayo, obispo de la Iglesia Romana, brilla, quien sufrió el martirio bajo Diocleciano. Pierio, presbítero de Alejandría, bajo el obispo Teón, enseñó al pueblo con gran éxito, y encontró tal elegancia en el discurso y en los diversos tratados que aún existen, que fue llamado el joven Orígenes, un hombre de admirable parsimonia y amante de la pobreza voluntaria, quien después de la persecución vivió en Roma durante toda su vida.

[A. M. 4258. Chr. 307.] Diocleciano, con Maximiano Hercúleo, veinte años. Carausio, habiendo tomado la púrpura, ocupó Britania. Narseo, rey de los persas, llevó la guerra al Oriente. Los quinquegentianos devastaron África. Aquileo ocupó Egipto. Por lo cual, Constancio y Galerio Maximiano fueron asumidos como césares en el reino. Constancio tomó a Teodora, hijastra de Hercúleo, de quien más tarde tuvo seis hijos, hermanos de Constantino; Galerio tomó a Valeria, hija de Diocleciano. Después de diez años, Britania fue recuperada por Asclepiodoto, prefecto del pretorio. En el decimonoveno año de Diocleciano, él en Oriente, Maximiano Hercúleo en Occidente, ordenaron que las iglesias fueran devastadas y los cristianos afligidos y asesinados. En el segundo año de la persecución, Diocleciano en Nicomedia, Maximiano en Milán, depusieron la púrpura. Sin embargo, la persecución iniciada una vez no cesó de arder hasta el séptimo año de Constantino. Constancio, en el decimosexto año de su imperio, un hombre de suma mansedumbre y civilidad, murió en Britania en Eburacum. Esta persecución fue tan cruel y frecuente que en un mes se encontraron diecisiete mil mártires que sufrieron por Cristo. Pues incluso al cruzar el borde del Océano, condenó con sangre feliz a Albano, Aarón y Julio de Britania, junto con muchos otros hombres y mujeres. En esta persecución, Pamfilo el presbítero, amigo del obispo Eusebio de Cesarea, sufrió, cuya vida él mismo comprendió en tres libros.

[A. M. 4259. Chr. 308.] En el tercer año de la persecución, en el cual también murió Constancio, Maximino y Severo fueron hechos césares por Galerio Maximiano, de los cuales Maximino acumuló sus maleficios y estupros con las persecuciones de los cristianos. En ese tiempo, Pedro, obispo de Alejandría, sufrió junto con muchos obispos de Egipto, y también Luciano, un hombre destacado por sus costumbres, continencia y erudición, presbítero de Antioquía; y Timoteo sufrió en Roma el décimo día antes de las calendas de julio.

[A. M. 4290. Chr. 339.] Constantino, hijo de Constancio y de su concubina Helena, fue creado emperador en Britania y reinó treinta años y diez meses. Desde el cuarto año de la persecución, Majencio, hijo de Maximiano Hercúleo, fue llamado Augusto en Roma. Licinio, esposo de Constancia, hermana de Constantino, fue creado emperador en Carnunto. Constantino se convirtió de perseguidor a cristiano. En el concilio de Nicea se expuso la fe católica, en el año seiscientos treinta y seis después de Alejandro, el día del mes, según los

griegos, el decimonoveno de Desio, que es el decimotercer día antes de las calendas de julio, en el consulado de Paulino y Juliano, vv. cc. Constantino construyó en Roma, donde fue bautizado, la basílica de San Juan Bautista, que fue llamada Constantiniana. También la basílica de San Pedro en el templo de Apolo, así como la de San Pablo, rodeando el cuerpo de ambos con cobre chipriota de cinco pies de grosor. También la basílica en el palacio Sessoriano, que se llama Jerusalén, donde colocó un fragmento de la cruz del Señor. También la basílica de la santa mártir Inés a petición de su hija, y el baptisterio en el mismo lugar, donde también fue bautizada su hermana Constancia con su hija Augusta. También la basílica del mártir San Lorenzo en la vía Tiburtina en el campo Verano. También la basílica en la vía Lavicana entre dos laureles para los mártires San Pedro y Marcelino, y el mausoleo donde colocó a su madre en un sarcófago púrpura. También la basílica en la ciudad de Ostia junto al puerto de la ciudad de Roma para los santos apóstoles Pedro, Pablo y Juan Bautista. También la basílica en la ciudad de Albano de San Juan Bautista. También la basílica en la ciudad de Nápoles. También Constantino restauró la ciudad de Drepana en Bitinia en honor al mártir Luciano enterrado allí, y la llamó Helenópolis en honor a su madre. El mismo estableció una ciudad con su nombre en Tracia, deseando que fuera la sede del imperio romano y la capital de todo el Oriente. También decretó que sin derramamiento de sangre humana se cerraran los templos paganos.

[A. M. 4314. Chr. 363.] Constancio, con sus hermanos Constantino y Constante, veinticuatro años, cinco meses, trece días. Jacobo, obispo de Nisibis, es reconocido, a cuyas oraciones la ciudad fue liberada a menudo del peligro. La impiedad arriana, apoyada por el poder de Constancio, persiguió primero a Atanasio, y luego a todos los obispos que no eran de su partido, con exilios, cárceles y varios modos de aflicción. Maximino, obispo de Tréveris, es considerado ilustre, quien recibió honorablemente a Atanasio, obispo de Alejandría, cuando fue buscado por Constancio para ser castigado. Antonio el monje murió en el desierto en el año ciento cinco de su vida. Las reliquias del apóstol Timoteo fueron llevadas a Constantinopla. Al entrar Constancio en Roma, los huesos del apóstol Andrés y del evangelista Lucas fueron recibidos con gran favor por los constantinopolitanos. Hilario, obispo de Poitiers, quien había sido exiliado por los arrianos en Frigia, regresó a las Galias después de presentar un libro en su defensa a Constancio en Constantinopla.

[A. M. 4316. Chr. 365.] Juliano, dos años y ocho meses. Juliano, convertido al culto de los ídolos, persigue a los cristianos. Los paganos en la ciudad de Sebaste, en Palestina, invaden la tumba de Juan el Bautista, dispersan sus huesos, y luego de recolectarlos y quemarlos, los dispersan aún más. Pero, por la providencia de Dios, algunos monjes de Jerusalén, mezclados entre los recolectores, lograron llevar lo que pudieron a su padre Felipe. Este, considerando que un tesoro tan grande no debía ser guardado solo por su vigilancia, los envía al sumo pontífice, entonces Atanasio, a través de su diácono Juliano. Atanasio, al recibirlos con pocos testigos, los ocultó en un hueco en la pared del santuario, preservándolos con espíritu profético para una generación futura; su presagio se cumplió bajo el príncipe Teodosio a través de Teófilo, obispo de la misma ciudad, quien, tras destruir el sepulcro de Serapis, consagró allí una iglesia a San Juan.

[A. M. 4317. Chr. 366.] Joviano, ocho meses. Un sínodo en Antioquía, convocado por Melecio y sus seguidores, rechaza el omousio y el anomoio, y reivindica el dogma macedoniano del omoiousion como un término medio. Joviano, advertido por la caída de su predecesor Constancio, solicita a Atanasio con cartas honoríficas y muy respetuosas, recibiendo de él la forma de la fe y el modo de organizar las iglesias. Sin embargo, su piadoso y alegre comienzo fue truncado por una muerte prematura.

[A. M. 4328. Chr. 377.] Valentiniano con su hermano Valente, once años. Apolinar de Laodicea, obispo, compone numerosos escritos sobre nuestra religión, quien más tarde, desviándose de la fe, establece una herejía con su nombre. Dámaso, obispo de Roma, construyó una basílica cerca del teatro en honor a San Lorenzo, y otra en las catacumbas donde yacían los cuerpos de los santos apóstoles Pedro y Pablo, adornando el lugar con versos. Valente, bautizado por Eudoxio, obispo arriano, persigue a los nuestros. Graciano, hijo de Valentiniano, fue proclamado emperador en su tercer año en Amiens. En Constantinopla se dedica el martirio de los Apóstoles. Tras la tardía muerte de Auxencio, con Ambrosio establecido como obispo en Milán, toda Italia se convierte a la fe correcta. Hilario, obispo de Poitiers, muere.

[A. M. 4332. Chr. 381.] Valente con Graciano y Valentiniano, hijos de su hermano Valentiniano, cuatro años. Valente, al promulgar una ley para que los monjes sirvieran en el ejército, ordena matar a los que se niegan con palos. La nación de los hunos, encerrada durante mucho tiempo en montañas inaccesibles, se enciende con una furia repentina contra los godos, expulsándolos de sus antiguas sedes. Los godos, cruzando el Danubio, son recibidos por Valente sin deponer las armas, pero pronto, por la avaricia del duque Máximo, son forzados a rebelarse por el hambre, y tras vencer al ejército de Valente, se mezclan por toda Tracia, devastando todo con asesinatos, incendios y saqueos.

[A. M. 4338. Chr. 387.] Graciano con su hermano Valentiniano, seis años. Teodosio, creado emperador por Graciano, vence a las grandes naciones escitas, es decir, a los alanos, hunos y godos, en muchas y grandes batallas; los arrianos, incapaces de soportar su concordia, abandonan las iglesias que habían mantenido por la fuerza durante cuarenta años. Se convoca un sínodo de 150 padres en la ciudad de Augusta contra Macedonio bajo el obispo Dámaso de Roma. Teodosio hace a su hijo Arcadio co-emperador. Desde el segundo año de Graciano, él mismo cinco veces y Teodosio cónsules, Teófilo escribe el cómputo pascual. Máximo, un hombre valiente y digno de ser Augusto si no hubiera surgido por la tiranía contra la fe del juramento, es creado emperador casi a la fuerza por el ejército en Britania, cruza a la Galia, y allí mata a Graciano Augusto, atrapado por engaños en Lyon, y expulsa a su hermano Valentiniano de Italia; quien, sin embargo, paga con su madre Justina la justísima pena del exilio, porque también él fue manchado por la herejía arriana, y acosó con un asedio traicionero a Ambrosio, la eminente fortaleza de la fe católica, y no desistió de sus nefandos intentos hasta que, por revelación divina, se descubrieron las incorruptas reliquias de los mártires Gervasio y Protasio.

[A. M. 4349. Chr. 398.] Teodosio, quien ya gobernaba Oriente por seis años mientras vivía Graciano, reinó once años después de su muerte. Él y Valentiniano, a quien había recibido amablemente tras ser expulsado de Italia, matan al tirano Máximo a tres millas de Aquilea. Como Máximo había despojado a Britania de casi toda su juventud armada y fuerzas militares, que siguieron sus huellas de tiranía hacia las Galias y nunca regresaron a casa, las feroces naciones transmarinas, los escotos desde el noroeste y los pictos desde el norte, viendo la isla desprotegida de soldados y defensores, llegan y la oprimen, devastada y saqueada, durante muchos años. Jerónimo, intérprete sagrado de la historia, lleva el libro que escribe sobre los hombres ilustres de la Iglesia hasta el decimocuarto año del imperio de Teodosio.

[A. M. 4362. Chr. 411.] Arcadio, hijo de Teodosio, con su hermano Honorio, trece años. Los cuerpos de los santos profetas Habacuc y Miqueas son revelados por divina revelación. Los godos atacan Italia, los vándalos y alanos atacan las Galias. Inocencio, obispo de Roma,

dedica la basílica de los bienaventurados mártires Gervasio y Protasio, por devoción del testamento de una ilustre mujer llamada Vestina. Pelagio, britano, ataca la gracia de Dios.

[A. M. 4377. Chr. 426.] Honorio con Teodosio el Menor, hijo de su hermano, quince años. Alarico, rey de los godos, invade Roma y quema parte de ella el 24 de agosto, año 1164 de su fundación, y al sexto día de haberla ingresado, tras saquear la ciudad, se retira. El presbítero Luciano, a quien Dios reveló en el séptimo año del principado de Honorio el lugar del sepulcro y las reliquias del bienaventurado protomártir Esteban y de Gamaliel y Nicodemo, que se leen en el Evangelio y en los Hechos de los Apóstoles, escribió la revelación en griego para todas las iglesias. Esta revelación fue traducida al latín por el presbítero Avito, un hombre de origen hispano, y, añadiendo su carta, la entregó a los occidentales a través del presbítero Orosio. Este mismo Orosio, al llegar a los lugares santos, donde Agustín lo había enviado a Jerónimo para aprender sobre el alma, recibió las reliquias del bienaventurado Esteban y, al regresar a su patria, las introdujo primero en Occidente. Los britanos, incapaces de soportar la invasión de los escotos y pictos, envían a Roma, y, prometiendo su sumisión, solicitan ayuda contra el enemigo, a quienes se envía inmediatamente una legión que derriba a una gran multitud de bárbaros, expulsa a los demás de los límites de Britania, y, al regresar a casa, ordena a los aliados construir un muro a través de la isla entre dos mares para repeler a los enemigos, que, sin un maestro artesano, hecho más de césped que de piedra, no sirvió de nada. Pues tan pronto como los romanos se marcharon, el enemigo anterior, llegado en barcos, corta, pisa y devora todo lo que encuentra como si fuera una cosecha madura. Nuevamente, los romanos, solicitados, vuelan en ayuda, y tras derrotar al enemigo, lo expulsan más allá de los mares, y, uniéndose a los britanos, colocan un muro, no de tierra como antes, sino sólido de piedra, entre las ciudades que allí se habían hecho por miedo al enemigo, desde el mar hasta el mar. También en la costa sur del mar, porque también se temía al enemigo desde allí, colocan torres a intervalos para vigilar el mar; así se despiden de los aliados como si no fueran a regresar. Bonifacio, obispo de Roma, construyó un oratorio en el cementerio de Santa Felicidad, y adornó su sepulcro y el de San Silvano. Jerónimo, presbítero, murió el duodécimo año de Honorio, el 30 de septiembre, a la edad de noventa y un años.

[A. M. 4103. Chr. 452.] Teodosio el Menor, hijo de Arcadio, veintiséis años. Valentiniano el Joven, hijo de Constancio, es creado emperador en Rávena. Su madre Placidia es nombrada Augusta. La feroz nación de los vándalos, alanos y godos, al pasar de Hispania a África, devastó todo con hierro, fuego, saqueos y también con la impiedad arriana. Pero el bienaventurado Agustín, obispo de Hipona y eminente doctor de todas las iglesias, para no ver la ruina de su ciudad, partió al Señor en el tercer mes de su asedio, el 28 de agosto, habiendo vivido setenta y seis años, y casi cuarenta años en el clero o episcopado, tiempo en el cual los vándalos, tras capturar Cartago, también devastaron Sicilia. Pascasio, obispo de Lilibeo, menciona esta captura en una carta sobre el cálculo pascual que escribió al papa León. A los escotos creyentes en Cristo, el papa Celestino envía a Palladio, ordenado como primer obispo, en el octavo año de Teodosio. Al retirarse el ejército romano de Britania, al conocer la negativa de los escotos y pictos a regresar, ellos mismos regresan y toman toda la isla desde el norte hasta el muro como si fueran nativos; sin demora, tras matar, capturar y expulsar a los guardianes del muro, y romperlo, el cruel saqueador se mueve dentro de él. Se envía una carta llena de lágrimas y sufrimientos al hombre de poder romano Aecio, tres veces cónsul, en el vigésimo tercer año del principado de Teodosio, pidiendo ayuda, pero no la obtiene. Mientras tanto, una terrible y muy famosa hambruna asola a los fugitivos, lo que obliga a algunos a rendirse a los enemigos, mientras que otros, desde las montañas, cuevas y bosques, resisten valientemente y causan estragos en los enemigos. Los escotos regresan a

casa, para regresar no mucho después: los pictos retienen la parte extrema de la isla, que entonces y en adelante habitarán. La mencionada hambruna es seguida por una gran abundancia de frutos, la abundancia por la lujuria y la negligencia, la negligencia por una plaga muy severa y más grave aún por la llegada de nuevos enemigos, es decir, los anglos, a quienes, con consejo unánime, con su rey Vortigerno, eligieron invitar como defensores de la patria, pero pronto los sintieron como atacantes y conquistadores. Sixto, obispo de Roma, construyó la basílica de Santa María, madre del Señor, que antiguamente se llamaba de Liberio. Eudoxia, esposa del príncipe Teodosio, regresó de Jerusalén, llevando consigo las reliquias del santísimo Esteban, el primer mártir, que se veneran en la basílica de San Lorenzo. Bleda y Atila, hermanos y reyes de muchas naciones, devastaron Iliria y Tracia.

[A. M. 4410. Chr. 459.] Marciano y Valentiniano, siete años. La nación de los anglos, o sajones, llega a Britania en tres largas naves, y al informar en casa sobre su exitoso viaje, se envía un ejército más fuerte que, unido a los anteriores, primero expulsa a los enemigos que se les había pedido que combatieran; luego, volviendo las armas contra los aliados, someten casi toda la isla desde su lado oriental hasta el occidental con fuego o espada, alegando que los britanos no pagaban suficientemente a los que luchaban por ellos. Juan el Bautista revela su cabeza a dos monjes orientales que habían venido a Jerusalén por oración, cerca de la antigua residencia del rey Herodes, que luego fue llevada a Emesa, ciudad de Fenicia, y venerada con digno honor. La herejía pelagiana perturba la fe de los britanos, quienes, buscando ayuda de los obispos galos, reciben a Germán, obispo de la Iglesia de Auxerre, y a Lupo, obispo de Troyes, igualmente obispos de gracia apostólica, como defensores de la fe. Los obispos confirman la fe con la palabra de verdad y con signos de milagros. Pero también la guerra de los sajones y pictos contra los britanos, emprendida con fuerzas unidas en ese tiempo, es rechazada por el poder divino; cuando el mismo Germán, hecho líder de la guerra, no con el sonido de la trompeta, sino con el clamor de Aleluya elevado al cielo por todo el ejército, pone en fuga a los feroces enemigos; quien luego, al llegar a Rávena y ser recibido con gran reverencia por Valentiniano y Placidia, partió hacia Cristo; su cuerpo es llevado a Auxerre con un cortejo honorífico, acompañado de obras de virtudes. Aecio, patricio, gran salvación de la república occidental y terror del rey Atila, es asesinado por Valentiniano; con él cayó el reino de Hesperia y no ha podido ser levantado hasta ahora.

[A. M. 4427. Chr. 476.] León, diecisiete años. Este, por el Tomo de Calcedonia, envió cartas individuales y concordantes a cada uno de los obispos ortodoxos en todo el mundo, pidiendo que le escribieran lo que pensaban sobre el mismo Tomo. Recibió las respuestas de todos con tal concordancia sobre la verdadera encarnación de Cristo, como si todas hubieran sido escritas al mismo tiempo y con un solo dictado. Teodoreto, obispo de la ciudad que, fundada por el rey persa Ciro, lleva el nombre de Ciro, escribe sobre la verdadera encarnación del Señor Salvador contra Eutiques y Dióscoro, obispo de Alejandría, quienes niegan la carne humana en Cristo. También escribió la historia eclesiástica desde el final de los libros de Eusebio hasta su tiempo, es decir, hasta el imperio de este León bajo el cual también murió. Victorio, por orden del papa Hilario, escribió el ciclo pascual de 532 años.

[A. M. 4444. Chr. 493.] Zenón, diecisiete años. El cuerpo del apóstol Bernabé y el Evangelio de Mateo, escrito por él, se encuentran por revelación suya. Odoacro, rey de los godos, toma Roma, que desde entonces fue mantenida por sus reyes durante mucho tiempo. Tras la muerte de Teodorico, hijo de Triario, otro Teodorico, apodado Valamer, asume el reino de los godos, quien devastó ambas Macedonias y Tesalia, y quemando muchos lugares de la ciudad de Regia, también ocupó Italia como enemigo. Honorico, rey arriano de los vándalos en África, tras exiliar y dispersar a más de 334 obispos católicos, cerró sus iglesias, sometiendo al pueblo a varios castigos, y aunque a innumerables les cortó las manos y les arrancó las

lenguas, no pudo quitarles la confesión católica. Los britanos, bajo el liderazgo de Ambrosio Aureliano, un hombre modesto que quizás fue el único de la raza romana que sobrevivió a la masacre de los sajones, tras haber matado a sus padres en la misma, vestidos de púrpura, provocan a la victoriosa nación a la batalla, la vencen, y desde entonces, a veces unos, a veces otros, han tenido la victoria, hasta que un extranjero más poderoso se apoderó de toda la isla a lo largo del tiempo.

[A. M. 4472. Chr. 521.] Anastasio, veintiocho años. Trasamundo, rey de los vándalos, cerró las iglesias católicas y envió a 220 obispos al exilio en Cerdeña. El papa Símaco, entre muchas obras de las iglesias que creó desde los cimientos o renovó, construyó viviendas para los pobres en honor a San Pedro, San Pablo y San Lorenzo, y cada año proporcionaba dinero y ropa a los obispos en el exilio en África o Cerdeña. Anastasio, por favorecer la herejía de Eutiques y perseguir a los católicos, murió por un rayo divino.

[A. M. 4480. Chr. 329.] Justino el Mayor, ocho años. Juan, pontífice de la Iglesia Romana, al llegar a Constantinopla, en la puerta llamada Aurea, al encontrarse con las multitudes del pueblo, devolvió la vista a un ciego en presencia de todos; cuando regresaba y llegó a Rávena, Teodorico lo mató junto con sus acompañantes en prisión, llevado por la envidia porque Justino, defensor de la piedad católica, lo había recibido honorablemente: ese año, es decir, en el consulado de Probo el Joven, también había matado al patricio Símaco en Rávena, y él mismo murió allí al año siguiente de muerte repentina, sucediéndole en el reino su nieto Atalarico. Hilderico, rey de los vándalos, ordenó que los obispos regresaran del exilio y restauraran las iglesias después de setenta y cuatro años de profanación herética. Benito, abad, brilló con la gloria de las virtudes, que el bienaventurado papa Gregorio escribió en el libro de los Diálogos.

[A. M. 4518. Chr. 567.] Justiniano, sobrino de Justino por parte de su hermana, treinta y ocho años. Belisario, patricio, enviado por Justiniano a África, destruyó la nación de los vándalos. Cartago también fue recuperada en el año 96 de su captura, tras expulsar y derrotar a los vándalos, y enviar a su rey Gelimero capturado a Constantinopla. El cuerpo de San Antonio monje, encontrado por revelación divina, es llevado a Alejandría y enterrado en la iglesia de San Juan Bautista. Dionisio escribe los ciclos pascales, comenzando desde el año 532 de la encarnación del Señor, que es el año 248 de Diocleciano, después del consulado de Lampadio y Orestes, año en que el Código Justiniano fue promulgado al mundo. Víctor de Capua, escribiendo un libro sobre la Pascua, critica los errores de Victorio.

[A. M. 4529. Chr. 578.] Justino el Menor, once años. Narsés, patricio, venció y mató a Totila, rey de los godos en Italia; luego, por la envidia de los romanos, por quienes había trabajado mucho contra los godos, fue acusado ante Justino y su esposa Sofía de oprimir a Italia con su servicio, se retiró a Nápoles en Campania, y escribió a la gente de los lombardos para que vinieran y poseyeran Italia. Juan, pontífice de la Iglesia Romana, completó y dedicó la iglesia de los Apóstoles Felipe y Santiago que su predecesor Pelagio había comenzado.

[A. M. 4536. Chr. 585.] Tiberio Constantino, siete años. Gregorio, entonces apocrisario en Constantinopla, luego obispo de Roma, escribió libros de exposición sobre Job y convenció a Eutiquio, obispo de la misma ciudad, de haber errado en la fe de nuestra resurrección en presencia de Tiberio, de tal manera que el mismo Augusto, destruyendo su libro sobre la resurrección con sus propias alegaciones católicas, decidió que debía ser quemado en las llamas. Eutiquio enseñaba que nuestro cuerpo en la gloria de la resurrección sería impalpable y más sutil que el viento y el aire, en contra de lo que dijo el Señor: "Palpad y ved, porque un espíritu no tiene carne y huesos como veis que yo tengo". La nación de los lombardos,

acompañada de hambre y mortalidad, invade toda Italia, y asedia la ciudad de Roma como devastadores, bajo el rey Alboino en ese tiempo.

[A. M. 4557. Chr. 606.] Mauricio, veintiún años. Hermenegildo, hijo de Leovigildo, rey de los godos, por su inquebrantable confesión de la fe católica, fue privado por su padre arriano de las insignias del reino, y arrojado a prisión y cadenas, finalmente fue golpeado en la cabeza con un hacha en la noche santa de la resurrección del Señor, y como rey y mártir entró en el reino celestial en lugar del terrenal. Su hermano Ricardo, tan pronto como recibió el reino después de su padre, convirtió a toda la nación de los godos que gobernaba a la fe católica, instado por Leandro, obispo de Sevilla, quien también había enseñado a Hermenegildo. Gregorio, pontífice de la Iglesia Romana y eminente doctor, en el decimotercer año del imperio de Mauricio, en la decimotercera indictione, convocando un sínodo de veinticuatro obispos en el cuerpo del bienaventurado apóstol Pedro, decreta sobre las necesidades de la Iglesia. Él mismo, enviando a Britania a Agustín, Melito y Juan, y a muchos otros monjes temerosos de Dios con ellos, convierte a los anglos a Cristo. Y de hecho, Ethelberto, convertido inmediatamente a la gracia de Cristo, junto con la gente de Kent que gobernaba, y las provincias vecinas, también otorgó la sede episcopal a su obispo y maestro Agustín, y a los demás santos obispos. Sin embargo, las naciones de los anglos al norte del río Humber, bajo los reyes Aelle y Aedilfrido, aún no habían oído la palabra de vida. Gregorio, en el decimonoveno año de Mauricio, en la cuarta indictione, escribiendo a Agustín, decreta que también debe haber obispos en Londres y York, recibiendo el palio de la sede apostólica, como metropolitanos.

[A. M. 4565. Chr. 614.] Focas, ocho años. En su segundo año, en la octava indictione, el papa Gregorio partió hacia el Señor. Este, a petición del papa Bonifacio, decretó que la sede de la Iglesia Romana y apostólica fuera la cabeza de todas las iglesias, porque la Iglesia de Constantinopla se escribía a sí misma como la primera de todas las iglesias. El mismo, a petición de otro papa Bonifacio, ordenó que en el antiguo templo llamado Panteón, tras eliminar las impurezas de la idolatría, se hiciera una iglesia de la bienaventurada siempre virgen María y de todos los mártires, para que donde antes se celebraba el culto de todos los no dioses, sino demonios, allí se hiciera en adelante la memoria de todos los santos. Los persas, librando gravísimas guerras contra la república, se apoderan de muchas provincias romanas e incluso de Jerusalén, destruyendo iglesias y profanando las cosas sagradas, entre los ornamentos de los lugares santos o comunes que se llevaron, también se llevan el estandarte de la cruz del Señor.

[A. M. 4591. Chr. 610.] Heraclio, durante veintiséis años. Anastasio el Persa, monje, sufre un noble martirio por Cristo; quien, nacido en Persia, aprendía de su padre las artes mágicas en su niñez, pero al escuchar el nombre de Cristo de los cristianos cautivos, se convirtió completamente a Él, dejando Persia, buscando a Cristo en Calcedonia y Hierápolis, y luego se dirigió a Jerusalén; donde, habiendo recibido la gracia del bautismo, ingresó en el monasterio del abad Anastasio, a cuatro millas de la misma ciudad, donde vivió siete años según la regla, y cuando llegó a Cesarea de Palestina por devoción, fue capturado por los persas, y después de soportar durante mucho tiempo muchos azotes entre cárceles y cadenas bajo el juez Marzabán, finalmente fue enviado a Persia ante su rey Cosroes, quien, después de ser azotado tres veces en intervalos de tiempo, finalmente fue decapitado mientras estaba colgado de una mano durante tres horas del día, completando así su martirio junto con otros setenta. Inmediatamente, un endemoniado fue curado al vestirse con su túnica. Mientras tanto, Heraclio, el príncipe, llegó con su ejército, venció a los persas y devolvió a los cristianos cautivos con alegría. Las reliquias del bienaventurado mártir Anastasio fueron

llevadas primero a su monasterio y luego a Roma, donde son veneradas en el monasterio del beato apóstol Pablo, llamado ad aquas Salvias. En el año dieciséis del reinado de Heraclio, en la decimoquinta indictione, Edwin, el excelentísimo rey de los anglos, en Britania de la gente Transumbrana al norte, al predicar el obispo Paulino, enviado desde Cantia por el venerable arzobispo Justo, recibió la palabra de salvación con su gente, en el undécimo año de su reinado, aproximadamente ciento ochenta años después de la llegada de los anglos a Britania, y le otorgó a Paulino la sede episcopal de Eburaco. A este rey, como augurio de la fe venidera y del reino celestial, también le creció el poder del reino terrenal, de modo que recibió bajo su dominio todos los confines de Britania, lo que ningún anglo antes que él había logrado, donde habitaban tanto sus propias gentes como las de los britones. En ese tiempo, el papa Honorio, mediante una carta, reprendió el error de los Cuartodecimanos surgido entre los escotos en la observancia de la Pascua; y también Juan, quien sucedió a su sucesor Severino, cuando aún era elegido para el pontificado, les escribió sobre la misma Pascua y sobre la herejía pelagiana que revivía entre ellos.

[A. M. 4593. Chr. 642.] Heraclonas, con su madre Martina, durante dos años. Ciro, de Alejandría, Sergio y Pirro, obispos de la ciudad real, restaurando la herejía de los Acéfalos, enseñan una operación en Cristo de la divinidad y la humanidad, una voluntad. De ellos, Pirro, en esos tiempos, es decir, bajo el papa Teodoro, vino a Roma desde África, ofreciendo al mismo papa, en presencia de todo el clero y el pueblo, un libelo con su suscripción, en el que se condenaban todas las cosas que él o sus predecesores habían escrito o hecho contra la fe católica: por lo cual fue recibido amablemente por él como pontífice de la ciudad real. Pero como al regresar a casa, repitió su error doméstico, el mencionado papa Teodoro, convocando a todos los sacerdotes y al clero en la iglesia del bienaventurado Pedro, príncipe de los apóstoles, lo condenó bajo el vínculo del anatema.

(A. M. 4594. Chr. 643.) Constantino, hijo de Heraclio, durante seis meses. El sucesor de Pirro, Pablo, no solo con doctrina insensata como sus predecesores, sino también con abierta persecución, atormenta a los católicos, afectando a los apocrisarios de la santa Iglesia Romana que habían sido enviados para su corrección, en parte con cárceles, en parte con exilios, en parte con azotes. Pero también, derribando el altar consagrado en la casa de Placidia en el venerable oráculo, lo saqueó, prohibiéndoles celebrar misas allí. Por lo cual, él mismo, como sus predecesores, fue condenado por la sede apostólica con la justa venganza de la deposición.

(A. M. 4622. Chr. 671.) Constantino, hijo de Constantino, durante veintiocho años. Engañado por Pablo, como su abuelo Heraclio por Sergio, obispo de la misma ciudad real, expuso un tipo contra la fe católica, no definiendo que deban confesarse ni una ni dos voluntades u operaciones en Cristo, como si Cristo no debiera ser creído que quiere o actúa. Por lo cual, el papa Martín, convocando un sínodo en Roma de ciento cinco obispos, condenó bajo anatema a los mencionados Ciro, Sergio, Pirro y Pablo, herejes. Y después de esto, enviado por el emperador Teodoro el exarca, llevó al papa Martín de la Iglesia Constantiniana y lo condujo a Constantinopla; quien después fue relegado a Chersona, donde terminó su vida, brillando hasta hoy con muchos signos de virtudes en el mismo lugar. El mencionado sínodo se celebró en el noveno año del imperio de Constantino, en el mes de octubre, en la octava indictione. El príncipe Constantino, con el papa Vitaliano recién ordenado, envió al bienaventurado apóstol Pedro unos Evangelios de oro adornados con gemas blancas de maravillosa magnitud alrededor; él mismo, después de algunos años, es decir, en la sexta indictione, viniendo a Roma, ofreció sobre su altar un manto de oro tejido, entrando toda la tropa con cirios en la iglesia. Al año siguiente se produjo un eclipse solar que nuestra era recuerda, casi a la décima hora del día, el quinto de las Nonas de mayo. El arzobispo Teodoro y el abad Adriano,

hombre igualmente doctísimo, enviados por Vitaliano a Britania, fecundaron muchas Iglesias de los anglos con el fruto de la doctrina eclesiástica. Constantino, después de muchas y inauditas depredaciones hechas en las provincias, fue asesinado en un baño y pereció en la duodécima indictione. No mucho después, también el papa Vitaliano buscó los reinos celestiales.

[A. M. 4639. Chr. 688.] Constantino, hijo del anterior Constantino, durante diecisiete años. Los sarracenos invaden Sicilia, y llevándose consigo un gran botín, regresan pronto a Alejandría. El papa Agatón, a petición de Constantino, Heraclio y Tiberio, príncipes piísimos, envió a sus legados a la ciudad real, entre los cuales estaba Juan, entonces diácono de la Iglesia Romana, no mucho después obispo, para realizar una unificación de las santas Iglesias de Dios. Quienes, recibidos muy amablemente por el reverentísimo defensor de la fe católica Constantino, fueron ordenados, dejando de lado las disputas filosóficas, a buscar pacíficamente la verdadera fe, dándoles de la biblioteca constantinopolitana todos los libros de los Padres antiguos que solicitaban. Asistieron también ciento cincuenta obispos, presididos por el patriarca Jorge de la ciudad real, y Macario de Antioquía. Y fueron convencidos aquellos que afirmaban una voluntad y operación en Cristo de haber falsificado muchas declaraciones de los Padres católicos. Terminado el conflicto, Jorge fue corregido, pero Macario con sus seguidores, junto con sus predecesores, Ciro, Sergio, Honorio, Pirro, Pablo y Pedro, fue anatematizado, y en su lugar fue hecho obispo de Antioquía Teofano, abad de Sicilia. Tal gracia acompañó a los legados de la paz católica, que Juan, obispo de Porto, quien era uno de ellos, celebró misas públicas en latín en la iglesia de Santa Sofía ante el príncipe y el patriarca el domingo de la octava de Pascua. Este es el sexto sínodo universal celebrado en Constantinopla y escrito en lengua griega en tiempos del papa Agatón, ejecutado y presidido por el piísimo príncipe Constantino dentro de su palacio, junto con los legados de la sede apostólica y ciento cincuenta obispos presentes. El primer sínodo universal fue convocado en Nicea contra Arrio, con trescientos dieciocho Padres, en tiempos del papa Julio, bajo el príncipe Constantino. El segundo en Constantinopla, con ciento cincuenta Padres, contra Macedonio y Edoxio, en tiempos del papa Dámaso y el príncipe Graciano, cuando Nectario fue ordenado obispo de la misma ciudad. El tercero en Éfeso, con doscientos Padres, contra Nestorio, obispo de la ciudad de Augusta, bajo el gran príncipe Teodosio y el papa Celestino. El cuarto en Calcedonia, con seiscientos treinta Padres, bajo el papa León, en tiempos del príncipe Marciano, contra Eutiques, el nefandísimo prelado de los monjes. El quinto también en Constantinopla, en tiempos del papa Vigilio, bajo el príncipe Justiniano, contra Teodoro y todos los herejes. El sexto es este del que hemos hablado. La santa y perpetua virgen de Cristo, Aediltrida, hija del rey de los anglos Ana, y primero esposa de otro hombre muy noble, y luego del rey Ecfrido, después de haber guardado el lecho marital incorrupto durante doce años, después de ser reina, tomando el velo sagrado, se convierte en una virgen monástica: y pronto también madre de vírgenes y piadosa nodriza de santas, habiendo recibido un lugar para construir un monasterio llamado Elge, cuyos méritos vivaces testifica incluso su carne muerta, que después de dieciséis años de sepultura, se encuentra incorrupta junto con la vestidura con la que fue envuelta.

[A. M. 4649. Chr. 698.] Justiniano el Menor, hijo de Constantino, durante diez años. Este estableció la paz con los sarracenos por diez años por tierra y mar. Pero también la provincia de África fue sometida al imperio romano, que había sido tomada por los sarracenos, incluso Cartago fue capturada y destruida por ellos. Este, al beato pontífice de la Iglesia Romana Sergio, porque no quiso favorecer ni suscribir a su sínodo errático, que había celebrado en Constantinopla, envió a su protospatrio Zacarias, ordenando que fuera llevado a Constantinopla. Pero la milicia de la ciudad de Rávena y de las partes vecinas previno las

órdenes nefandas del príncipe, y repelió a Zacarias de la ciudad de Roma con insultos e injurias. El mismo papa Sergio ordenó al venerable hombre Vilbrordo, de sobrenombre Clemente, obispo de la gente de los frisonos, en la cual hasta hoy, peregrino por la patria eterna, pues es de Britania de la gente de los anglos, hace innumerables daños al diablo y aumentos a la fe cristiana. Justiniano, por culpa de su perfidia, fue privado de la gloria del reino y se retiró exiliado a Ponto.

[A. M. 4652, Chr. 701.] Leo, durante tres años. El papa Sergio, en el santuario del beato apóstol Pedro, encontró una caja de plata que había yacido durante mucho tiempo en un rincón muy oscuro, y en ella una cruz adornada con diversas y preciosas piedras, revelada por el Señor; de la cual, al extraer cuatro pétalos en los que estaban incluidas las gemas, vio una porción de la madera salutífera de la cruz del Señor de maravillosa magnitud colocada en su interior; la cual desde entonces, todos los años en la basílica del Salvador, llamada Constantiniana, el día de su exaltación, es besada y adorada por todo el pueblo. El reverentísimo obispo de la Iglesia de Lindisfarne en Britania, Cuthberto, desde anacoreta, llevó toda su vida desde la infancia hasta la vejez llena de signos milagrosos; cuyo cuerpo, después de permanecer enterrado once años, fue encontrado incorrupto, como si hubiera muerto en esa misma hora, junto con la vestidura con la que estaba cubierto; como hemos señalado en el libro sobre su Vida y virtudes, escrito recientemente tanto en prosa como en versos hexámetros, hace algunos años.

[A. M. 4659. Chr. 708.] Tiberio, durante siete años. El sínodo de Aquilea, por ignorancia de la fe, dudó en aceptar el quinto concilio universal, hasta que, instruido por las saludables advertencias del beato papa Sergio, también consintió en adherirse a este junto con las demás Iglesias de Cristo. Gisulfo, duque de la gente de los lombardos, devastó Campania con fuego, espada y cautiverio, y como no había quien resistiera su ímpetu, el papa apostólico Juan, que sucedió a Sergio, enviando sacerdotes y muchos dones, rescató a todos los cautivos y hizo que los enemigos regresaran a casa. A él le sucedió otro Juan, quien, entre muchas obras ilustres, hizo un oratorio a la santa Madre de Dios con una obra bellísima dentro de la iglesia del beato apóstol Pedro. Hereberto, rey de los lombardos, devolvió muchas cortes y patrimonios de los Alpes Cottios, que una vez pertenecieron al derecho de la sede apostólica, pero que habían sido arrebatados por los lombardos durante mucho tiempo, al derecho de la misma sede, y envió esta donación escrita en letras de oro a Roma.

[A. M. 4665. Chr. 714.] Justiniano segundo, con Tiberio su hijo, durante seis años. Este, con la ayuda de Terbelli, rey de los búlgaros, recuperando el reino, mató a los patricios que lo habían expulsado, y a León, quien había usurpado su lugar, así como a su sucesor Tiberio, quien lo había mantenido en custodia en la misma ciudad durante todo el tiempo que él había reinado. A Calínico, el patriarca, le sacó los ojos y lo envió a Roma, y dio el episcopado a Ciro, quien era abad en Ponto y lo había alimentado en el exilio. Este, ordenando al papa Constantino que viniera a él, lo recibió honoríficamente y lo envió de regreso, de modo que, ordenándole celebrar misas para él el domingo, recibió la comunión de su mano: a quien, postrado en tierra, rogándole que intercediera por sus pecados, renovó todos los privilegios de la iglesia. Cuando envió un ejército a Ponto, mucho prohibiéndolo el papa apostólico, para capturar a Filípico, a quien había relegado allí, todo el ejército se volvió a favor de Filípico y lo hizo emperador allí, y regresando con él a Constantinopla, luchó contra Justiniano a doce millas de la ciudad, y vencido y asesinado Justiniano, Filípico asumió el reino.

[A. M. 4667. Chr. 716.] Filípico, durante un año y seis meses. Este expulsó a Ciro del pontificado y le ordenó regresar a Ponto para gobernar su monasterio con el derecho de abad. El mismo envió cartas al papa Constantino de dogma perverso, las cuales él rechazó con el

consejo de la sede apostólica; y por esta razón hizo pinturas en el pórtico de San Pedro que contenían los Actos de los seis santos sínodos universales. Pues también tales pinturas, cuando se tenían en la ciudad real, Filípico había ordenado que se quitaran, y el pueblo romano decretó que no se recibiera el nombre del emperador hereje en los documentos, ni su figura en el sólido; por lo cual ni su efigie fue introducida en la iglesia, ni su nombre pronunciado en las solemnidades de las misas.

[A. M. 4670. Chr. 719] Anastasio, durante tres años. Este capturó a Filípico y lo privó de los ojos, pero no lo mató. El mismo envió cartas al papa Constantino a Roma a través del patricio y exarca de Italia, el escolástico, en las cuales se declaraba defensor de la fe católica y predicador del santo sexto concilio. Liutprando, rey de los lombardos, confirmó la donación del patrimonio de los Alpes Cottios que Hereberto, el rey, había hecho y que él había reclamado, por la amonestación del venerable papa Gregorio. Ecberto, hombre santo de la gente de los anglos, adornando también el sacerdocio con la vida monástica y peregrino por la patria celestial, convirtió con piadosa predicación muchas provincias de la gente escocesa a la observancia canónica del tiempo pascual, de la cual se habían desviado durante mucho tiempo, en el año de la Encarnación del Señor 716.

[A. M. 4671. Chr. 720.] Teodosio, durante un año. Este, elegido emperador, venció a Anastasio en la ciudad de Nicea en una grave batalla, y habiéndole dado un juramento, lo hizo clérigo y lo ordenó presbítero. Él mismo, tan pronto como recibió el reino, siendo católico, inmediatamente en la ciudad real erigió la imagen venerable, en la que estaban representados los santos del sexto sínodo y que había sido derribada por Filípico, en su lugar original. El río Tíber, saliéndose de su cauce, causó muchas destrucciones a la ciudad de Roma, de modo que en la vía ancha creció hasta una y media estatura, y desde la puerta de San Pedro hasta el puente Milvio las aguas descendentes se unieron. Permaneció durante siete días, hasta que, haciendo los ciudadanos frecuentes letanías, finalmente el octavo día retrocedió. En esos tiempos, muchos de la gente de los anglos, nobles e ignobles, hombres y mujeres, duques y privados, por instinto del amor divino, solían venir de Britania a Roma, entre los cuales también mi reverentísimo abad Ceolfrido, de setenta y cuatro años, siendo presbítero durante cuarenta y siete años, y abad durante treinta y cinco, cuando llegó a Lingonas, allí falleció y fue sepultado en la iglesia de los beatos mártires Geminos: quien, entre otros dones que había dispuesto traer, envió a la iglesia de San Pedro un Pandecto traducido por el beato Jerónimo del hebreo o griego al latín.

[A. M. 4680. Chr. 729.] Leo, durante nueve años. Los sarracenos, viniendo con un inmenso ejército a Constantinopla, sitiaron la ciudad durante tres años, hasta que, clamando los ciudadanos con mucha insistencia a Dios, muchos de ellos perecieron de hambre, frío y pestilencia, y así, cansados del asedio, se retiraron. Regresando de allí, atacaron a la gente de los búlgaros que está sobre el Danubio, y también vencidos por estos, huyeron y regresaron a sus naves. Cuando se dirigían al mar abierto, una repentina tormenta se desató, y muchos también se ahogaron, o, al romperse sus naves en las costas, fueron muertos. Liutprando, al escuchar que los sarracenos, después de devastar Cerdeña, también profanaban aquellos lugares donde los huesos del santo obispo Agustín habían sido trasladados y honrosamente depositados debido a la devastación de los bárbaros, envió y, pagando un gran precio, los recibió y los trasladó a Ticinis, donde los volvió a depositar con el debido honor a tan gran Padre.

CAPÍTULO LXVII. Reliquias de la sexta edad.

Este texto sobre el curso del siglo pasado lo hemos elaborado a partir de la verdad hebrea, en la medida de nuestras posibilidades, considerando justo que, así como los griegos, utilizando la edición de los Setenta traductores, escribieron libros sobre sus tiempos, también nosotros, que gracias a la diligencia del bienaventurado intérprete Jerónimo bebemos de la fuente pura de la verdad hebrea, podamos conocer el curso de los tiempos según esta. Si alguien considera que nuestro esfuerzo es superfluo, que reciba, quienquiera que sea, una respuesta justa, con caridad intacta, como la que el mencionado Jerónimo dio a los calumniadores de la cosmografía antigua: si no les agrada, que no lo lean. Sin embargo, aconsejamos a todos en común que, ya sea que alguien, a partir de la verdad hebrea que nos ha llegado pura a través del mencionado intérprete, lo cual incluso los enemigos judíos reconocen, o a partir de la traducción de los Setenta intérpretes, que muchos afirman fue editada con menos cuidado al principio, o corrompida después por los gentiles, como parece al bienaventurado Agustín, o ciertamente a partir de códices de obra mixta de ambos, como le parezca, haya notado el curso de los tiempos, y haya señalado o encontrado señalados los tiempos del siglo pasado, ya sean más largos o más cortos, de ninguna manera piense que los tiempos del siglo restante serán más largos o más cortos por esto, recordando siempre la sentencia del Señor: Porque del día y la hora última nadie sabe, ni los ángeles del cielo, sino solo el Padre. No deben ser escuchados aquellos que sospechan que el estado de este siglo fue definido en seis mil años desde el principio, y, para no parecer que contradicen la sentencia del Señor, añaden que es incierto para los mortales en qué año de la sexta milenaria parte vendrá el día del juicio, cuya llegada, sin embargo, debe esperarse especialmente hacia el final del sexto milenio. Si les preguntas dónde han leído que esto debe ser pensado o creído, inmediatamente se irritan, porque no tienen otra respuesta: ¿No has leído, dicen, en el Génesis que Dios hizo el mundo en seis días? Por lo tanto, con razón se debe creer que durará más o menos seis mil años. Y lo que es más grave, hubo quienes, debido al séptimo día en que Dios descansó de sus obras, esperaban que después de seis mil años de trabajo de los santos en esta vida mortal, en el séptimo milenio ellos reinarian en esta misma vida inmortales en delicias y gran bienaventuranza con Cristo. Pero, omitiendo completamente estas cosas porque son heréticas y frívolas, entendamos sincera y católicamente que esos seis días en los que Dios perfeccionó el ornato de este mundo y el séptimo en el que descansó de toda su obra, que por eso santificó con la bendición de un descanso perpetuo, no significan seis mil años de un siglo laborioso y un séptimo del reino de los bienaventurados en la tierra con Cristo, sino más bien seis edades del mundo que se desvanece en las que los santos trabajan en esta vida por Cristo, y una séptima de descanso perpetuo en otra vida que las almas santas perciben con Cristo, liberadas de los cuerpos. Se cree correctamente que el sábado de las almas comenzó cuando el primer mártir de Cristo, asesinado en la carne por su hermano, fue trasladado inmediatamente con su alma al descanso eterno, y se completará cuando en el día de la resurrección las almas reciban también cuerpos incorruptos. Y como ninguna de las cinco edades pasadas se encuentra que haya durado mil años, sino que unas tuvieron más años, otras menos, y ninguna tuvo una suma de años similar a otra, queda que de igual manera esta que ahora se lleva a cabo tenga un estado de longitud incierto para los mortales, pero conocido solo por aquel que mandó a sus siervos a vigilar con los lomos ceñidos y las lámparas encendidas, semejantes a hombres que esperan a su señor cuando regrese de las bodas.

CAPÍTULO LXVIII. Sobre la triple opinión de los fieles acerca de cuándo vendrá el Señor.

La hora de cuya venida todos los santos desean con razón y desean que llegue pronto; pero actúan con bastante peligro si presumen pensar o predicar que está cerca o lejos. Por lo tanto, el bienaventurado Agustín, eliminando a aquel siervo malo que dice en su corazón: Mi señor tarda en venir, pues sin duda este odia la venida de su señor, da el ejemplo de tres buenos

siervos, deseando ansiosamente la venida de su señor, esperándola vigilantes, amándola fielmente, de los cuales uno dice: «Vigilemos y oremos, porque el señor vendrá pronto.» Otro dice: «Vigilemos y oremos, porque esta vida es breve e incierta, aunque el señor venga más tarde.» El tercero dice: «Vigilemos y oremos, porque esta vida es breve e incierta, y no sabemos el tiempo cuando vendrá el señor.» Por lo tanto, si se cumple lo que predijo el primero, el segundo y el tercero se alegrarán con él. Pero si no se cumple, se teme que los que le creyeron se perturben y comiencen a pensar que la venida del señor no es tardía, sino inexistente. Pero los que creen lo que dice el segundo, que el señor vendrá más tarde, si se encuentra que es falso, cuando el señor venga más pronto, de ninguna manera se turbarán en la fe los que le creyeron, sino que disfrutarán de un gozo inesperado. Por lo tanto, quien dice que el señor vendrá pronto, habla de manera más deseable, pero se equivoca peligrosamente. Pero quien dice que el señor vendrá más tarde, y sin embargo cree, espera, ama su venida, ciertamente de su tardanza, aunque se equivoque, se equivoca felizmente. Tendrá más paciencia si es así, más alegría si no lo es; y por lo tanto, de aquellos que aman la manifestación del señor, aquel es escuchado más suavemente, a estos se les cree más seguramente. Pero quien confiesa ignorar cuál de estas cosas es verdadera, desea aquello, soporta esto, no se equivoca en ninguno de ellos, porque no afirma ni niega ninguno de ellos.

CAPÍTULO LXIX. Sobre los tiempos del Anticristo.

Tenemos dos indicios muy ciertos del día del juicio que aún no ha llegado, a saber, la fe del pueblo israelita y el reino y persecución del Anticristo, la cual la fe de la Iglesia sostiene que será una persecución de tres años y medio. Pero para que esta no venga de improviso y envuelva a todos los que encuentre desprevenidos, Enoc y Elías, grandes profetas y doctores, vendrán al mundo antes de su surgimiento, para convertir al pueblo israelita a la gracia de la fe, y para hacerlos invencibles ante la presión de tan gran tormenta en parte de los elegidos. Cuando ellos mismos hayan predicado primero durante tres años y medio, y como el profeta Malaquías predijo de uno de ellos, Elías, hayan convertido los corazones de los padres a los hijos, es decir, hayan plantado en la mente de aquellos que vivirán entonces la fe y el amor de los santos antiguos, entonces esa horrible persecución, encendida, los coronará primero con la virtud del martirio; luego, tomando a los demás fieles, los hará mártires gloriosísimos de Cristo o apóstatas condenados. Esto parece significar el apóstol Juan, escribiendo así en el Apocalipsis: Pero el atrio que está fuera del templo, échalo fuera, y no lo midas, porque ha sido dado a los gentiles, y pisotearán la ciudad santa por cuarenta y dos meses, es decir, muestra que aquellos que son fieles solo de nombre y aman solo las cosas exteriores, separados de la suerte de los elegidos, también se convertirán en perseguidores de la Iglesia en esa última persecución de tres años y medio. Y daré, dice, a mis dos testigos, y profetizarán por mil doscientos sesenta días, vestidos de cilicio, es decir, ceñidos con los más estrictos trabajos de continencia y presiones, predicarán. Y poco después: Y cuando hayan terminado su testimonio, la bestia que sube del abismo hará guerra contra ellos, y los vencerá y los matará, y demás. En otro lugar, el mismo recuerda que los ministros de esa misma bestia, es decir, del Anticristo, se alegrarán de la muerte de estos dos testigos, es decir, mártires, y se burlarán de ellos incluso muertos: Y vi, dice, una bestia que subía del mar, y el dragón le dio su poder y gran autoridad, es decir, vi a un hombre de ingenio muy cruel, nacido de la tumultuosa estirpe de los impíos, al que, recién nacido, y por artes mágicas instruido por los peores maestros, el diablo, uniéndose a él, le otorgó toda la potencia de su poder, por la cual realizaría mágicamente cosas mayores que todos los demás, como compañero inseparable. Y le fue dada, dice, autoridad para actuar por cuarenta y dos meses, es decir, tres años y medio. Pero después de que ese hijo de perdición sea golpeado, ya sea por el mismo Señor o por el arcángel Miguel, como algunos enseñan, y condenado a eterna

venganza, no se debe creer que el día del juicio seguirá inmediatamente; de lo contrario, los hombres de esa época podrían conocer el tiempo del juicio, si después de tres años y medio de la persecución iniciada por el Anticristo siguiera inmediatamente. Ahora bien, porque antes de que se complete el tiempo de esa persecución no vendrá el día del juicio, todos pueden saberlo. Pero después de cuánto tiempo de completada esa persecución vendrá, a nadie se le permite saberlo. Finalmente, el profeta Daniel, que describe el reino del Anticristo como de mil doscientos noventa días, concluye así: Bienaventurado el que espera y llega a los mil trescientos treinta y cinco días. Lo que Jerónimo expone así: «Bienaventurado, dice, quien, después de la muerte del Anticristo, espera más allá de los mil doscientos noventa días, es decir, tres años y medio, cuarenta y cinco días, en los cuales el Señor y Salvador vendrá en su majestad. Pero por qué hay un silencio de cuarenta y cinco días después de la muerte del Anticristo, es de la ciencia divina, a menos que digamos: La dilación del reino de los santos es una prueba de paciencia.»

CAPÍTULO LXX. Sobre el día del juicio.

Vendrá el día del Señor como un ladrón, porque, como él mismo testifica, no sabemos cuándo vendrá el Señor, si al atardecer, a medianoche, al canto del gallo o al amanecer, en el cual los cielos, dice, pasarán con gran estruendo, y los elementos se disolverán por el calor. Pero cuáles son los cielos que pasarán, el mismo apóstol Pedro enseña un poco antes diciendo: Los cielos existían antes, y la tierra, formada del agua y por medio del agua, por la palabra de Dios, por los cuales el mundo de entonces pereció. Pero los cielos que ahora son y la tierra, por la misma palabra están reservados, guardados para el fuego en el día del juicio. No será, por lo tanto, el firmamento del cielo, en el cual las estrellas fijas giran, ni el cielo etéreo, es decir, ese vasto vacío desde el cielo estrellado hasta el aire turbulento, en el cual, puro y tranquilo, y siempre lleno de luz diurna, se cree que se mueven los siete astros errantes, sino este cielo aéreo, es decir, el más cercano a la tierra, del cual se dice que las aves del cielo vuelan en él, que el agua del diluvio, al borrar a los terrestres, lo superó, este será destruido por el fuego del juicio final, ocupando su espacio con su medida. No solo esta sentencia del bienaventurado Pedro, que dice que esos cielos serán destruidos por el fuego del juicio, que perecieron por el agua del diluvio, testifica que el cielo estrellado no será tocado por ese fuego, aunque sea muy grande, sino también el sermón del Señor que dice: Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su luz, y las estrellas caerán del cielo. Porque ni el sol puede oscurecerse, ni la luna ser privada de su luz, ni las estrellas caer del cielo, si el mismo cielo, su lugar, es consumido por el fuego. Ahora bien, el cielo aéreo se marchitará por el fuego, el estrellado permanecerá intacto. Además, los astros se oscurecerán no porque carezcan de su luz, sino porque serán cubiertos por la luz mayor del juez supremo, de modo que no se verán, lo cual es evidente para todos en esta vida, que la luna y todas las estrellas sufren durante el día por la luz superior del sol. Pero cuando, después del juicio, haya un cielo nuevo y una tierra nueva, es decir, no otros en lugar de estos, sino estos mismos renovados por el fuego, y brillen glorificados con una especie de virtud de resurrección, entonces, como predijo Isaías, la luz de la luna será como la luz del sol, y la luz del sol será siete veces mayor como la luz de siete días. Pero lo que Juan dice en el Apocalipsis después de haber dicho: Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, añade y dice: Y el mar ya no existe, si el mar será secado por ese gran ardor, o si también será transformado en algo mejor, no es fácil de entender. Porque leemos que habrá un cielo nuevo y una tierra nueva, pero no un mar nuevo. Pues también puede entenderse de manera figurada lo que se ha dicho, y el mar ya no existe, porque ya no será este siglo la vida de los mortales, turbulenta, que a menudo en las Escrituras se figura con el nombre de mar. Pero donde debe tenerse el juicio

final y universal, a menudo se pregunta entre muchos. Porque está claro que cuando, al descender el Señor para el juicio, en un abrir y cerrar de ojos se celebre la resurrección de todos los muertos, los santos serán arrebatados inmediatamente al encuentro con él en el aire. Esto es lo que se entiende que indica el Apóstol cuando dice: Porque el mismo Señor con mandato y con voz de arcángel, y con trompeta de Dios descenderá del cielo, y los muertos en Cristo resucitarán primero; luego nosotros, los que vivimos, los que quedamos, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes al encuentro del Señor en el aire. Pero si los réprobos también serán elevados más alto desde la tierra al encuentro del juez que viene, o si, por los méritos de sus pecados, estarán tan pesados que, aunque tengan cuerpos inmortales, no podrán elevarse a lo alto, y con el Señor sentado para juzgar, los santos estarán en lo alto a su derecha, y ellos estarán en lo bajo a su izquierda, se verá entonces. Pero si entonces ese gran y altísimo fuego cubre la superficie de toda la tierra, y los injustos resucitados de entre los muertos no pueden ser arrebatados a lo alto, está claro que, como están en la tierra, rodeados por el fuego, esperarán la sentencia del juez; pero si serán quemados por ese fuego, que no es para castigarlos, sino para condenarlos al fuego eterno, ¿quién se atreverá a prejulgar? Porque algunos de los elegidos serán purgados por él de ciertos pecados leves, como el bienaventurado Agustín entiende en el libro vigésimo de la Ciudad de Dios, a partir de las palabras de los profetas, y el santo papa Gregorio, en las Homilias del Evangelio, exponiendo lo que dice el Salmista: Un fuego arderá delante de él, y a su alrededor habrá una gran tempestad: «porque la tempestad y el fuego acompañan la severidad de tan gran justicia, porque la tempestad examina a quienes el fuego quema.» Pero está claro que, arrebatados a la voz de la trompeta al encuentro del Señor en el aire, los siervos perfectos de él no serán dañados por la conflagración del mundo, si el fuego del horno no pudo tocar los cuerpos mortales de los tres jóvenes. Pero en todas estas cosas es más útil para cada uno presentarse casto ante la vista del juez estricto, que discutir sobre el modo o lugar de ese juicio. Ciertamente, lo que el Apóstol dice después de haber dicho: Seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes al encuentro del Señor en el aire, añade diciendo: Y así estaremos siempre con el Señor, no debe entenderse como si hubiera dicho que estaremos siempre con el Señor en el aire, porque él mismo no permanecerá allí, porque viniendo pasará. Porque se va al encuentro de quien viene, no de quien permanece, sino que así estaremos con el Señor, es decir, así estaremos teniendo cuerpos eternos dondequiera que estemos con él.

CAPÍTULO LXXI. Sobre la séptima y octava edad del siglo futuro.

Y esta es aquella octava edad siempre amada, esperada, suspirada por los fieles, cuando Cristo conduzca sus almas, dotadas del don de cuerpos incorruptibles, a la percepción del reino celestial y a la contemplación de su divina majestad: no quitando la gloria que, despojadas de sus cuerpos, habían percibido en el tiempo de su salida en bienaventurada paz, sino acumulándolas con mayor gloria incluso con la restitución de los cuerpos; en cuyo tipo de beatitud continuada y no interrumpida Moisés, después de haber dicho que aquellos seis primeros días en los que fue hecho el mundo, comenzaban con la luz y la mañana y terminaban al atardecer, en el séptimo, en el que Dios descansó de sus obras, hizo mención solo de la mañana, pero no del atardecer. Pero concluyó todo lo que consideró digno de mención sobre él con la luz de la eterna paz y bendición. Porque, como recordamos antes, todas las edades de este siglo son seis, en las cuales los justos, con la ayuda del Señor, se dedican a las buenas obras, están dispuestas por la ordenación suprema de tal manera que, teniendo cada una en sus comienzos algo de cosas alegres, no se consumen sin las no pequeñas tinieblas de las aflicciones y presiones. Pero el descanso de las almas, que reciben en el siglo futuro por sus buenas obras, nunca se verá turbado por la ansiedad de alguna

preocupación, sino que, cuando llegue el tiempo del juicio y la resurrección, se completará con la más gloriosa perfección de la beatitud perpetua.

Se compara a esas edades el tiempo sacratísimo de la pasión, sepultura y resurrección del Señor. Leemos, en efecto, en el Evangelista Juan, que Cristo vino a Betania seis días antes de la Pascua, donde, ofendido Judas por el oficio de una mujer devota, lo traicionó a los príncipes de los sacerdotes. Al día siguiente, viniendo él mismo en un asno a Jerusalén, con la multitud que cantaba alabanzas a Dios, durante cinco días continuos fue atacado por sus insidiosas preguntas, y finalmente el sexto día fue crucificado, el séptimo descansó en el sepulcro, y el octavo, es decir, el primer día de la semana, resucitó de entre los muertos. Porque, pasadas las cinco edades de este mundo, los santos nunca cesaron de sufrir las insidias y odios de los réprobos. Pero en la sexta, que el Señor se dignó confirmar en la fe con su encarnación, redimir del infierno con su pasión, y encender a la esperanza y amor del reino celestial con su resurrección y ascensión, la virtud de los bienaventurados mártires soportó las más atroces guerras de persecución de los infieles. Pero estas vencieron tanto más fuertemente cuanto más ciertamente sabían que sufrían por aquel que prometió al ladrón que sufría con él, pero entonces confesor: Hoy estarás conmigo en el paraíso.

Esta beatísima paz del paraíso, porque no tiene otro fin que el inicio de la gloriosa resurrección, queriendo significar esto el evangelista Mateo, cuando escribió que el Señor sufrió el viernes y fue sepultado el sábado, al hablar de la resurrección, comienza así: Al atardecer del sábado, que alumbra hacia el primer día de la semana, María Magdalena y la otra María vinieron a ver el sepulcro. Dice que el atardecer del sábado, en el que el Señor descansó en el sepulcro, no se oscurece en la noche, sino que alumbra en el primer día de la semana, porque evidentemente su sepulcro no debía ser tocado por la corrupción del cuerpo recibido, sino, como dice Isaías: Y su sepulcro será glorioso, debía ser elevado rápidamente por la virtud de la resurrección, porque también nuestro descanso después de que las almas se despojan de los cuerpos no debe ser oscurecido por las tinieblas de alguna angustia, sino que debe ser recibido y acumulado con los dones de la verdadera y perpetua luz al final.

Esta es aquella gran y singular octava por la cual se escriben los Salmos sexto y undécimo, cuyas palabras de los días se recuerdan así. Por su parte, Matatías, y Helifalu, y otros de los levitas, cantaban con cítaras por la octava un epinicio, es decir, alabanzas al Señor victorioso en la Ogdóada venidera y en el juicio. Epinicio significa triunfo y palma. O profetizaban sobre el misterio de la resurrección de Cristo, que con razón se llama singular y grande octava, porque todo día del siglo que pasa es octava después del séptimo sábado, de modo que también es el primero de la semana siguiente. Así como el primer día de todo el siglo fue primero, de modo que no tenía algunos siete días precedentes para ser octava, y por eso es singularmente primero, así singularmente no solo es grande, sino también octava es el día de la futura resurrección, porque así después del séptimo sábado próximo vendrá la octava, de modo que no tendrá algunos días siguientes para ser primero, sino que ella sola permanecerá con la luz celestial perenne. Por eso bien el profeta, deseando la visión de este día, la llama una diciendo: Porque mejor es un día en tus atrios que mil. Cuando, por lo tanto, leemos octava en las Escrituras, sepamos que mística y tanto el día como la edad pueden ser entendidos, porque el Señor resucitó de entre los muertos el octavo día, es decir, después del séptimo sábado. Y nosotros no solo después de los siete días de este siglo voluble, sino también después de las siete edades tantas veces recordadas, resucitaremos en la octava edad y día. Este día de vida en sí mismo ha permanecido siempre, permanece y permanecerá eterno, pero para nosotros comenzará entonces, cuando merezcamos entrar para verlo, donde los santos, renovados en la perfecta inmortalidad del espíritu y la carne, se ocupan, lo testimonia el salmista, quien canta a Dios por la alabanza del amor: Bienaventurados los que habitan en

tu casa, Señor, te alabarán por los siglos de los siglos. Y el mismo expone a continuación con qué visión se deleitan: Y en verdad dará bendición, quien dio la ley, caminarán de virtud en virtud, será visto el Dios de los dioses en Sion. Qué tipo de personas pueden llegar a esto, lo testifica el mismo que es el camino, la verdad y la vida, el Señor: Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios.

Por lo tanto, nuestro pequeño libro, descrito sobre el curso voluble y fluctuante de los tiempos, tenga un fin oportuno sobre la estabilidad eterna y la eternidad estable. A quien, ruego, si algunos lo consideran digno de lectura, me encomienden al Señor en sus oraciones, y actúen con piedad ante Dios y los prójimos, tanto como puedan, para que, después de los sudores temporales de las acciones celestiales, todos merezcamos recibir la palma eterna de las recompensas celestiales.